

# La Guerra Civil de 1891 cien años hoy



L. ORTEGA (EDITOR).

DEPARTAMENTO DE HISTORIA - UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE

# La Guerra Civil de 1891 100 años hoy

*Luis Ortega*  
EDITOR



UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE

Mirando las cosas al revés: Algunas reflexiones a propósito del período  
parlamentario

*María Rosaria Stabili*

157

Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de  
- Balmaceda y el movimiento popular

*Gabriel Salazar*

171

Dedicado a la memoria de:  
Harold Blakemore y  
Hernán Ramírez Necochea



# ÍNDICE

## PREFACIO

9

### Historia y proyecto nacional

*Marcos García de la Huerta*

13

### La crisis de 1891: civilización moderna versus modernidad desenfrenada

*Alfredo Jocelyn-Holt Letelier*

23

### Balmaceda y los orígenes del intervencionismo estatal

*Rafael Sagredo Baeza*

37

### La profesionalización del ejército y su conversión en un sector innovador hacia comienzos del siglo xx

*Luis Barros Lezaeta*

49

### La política militar del Presidente Balmaceda

*Jorge Núñez Pinto*

65

### La política migratoria del Gobierno de Balmaceda

*Baldomero Estrada*

73

### Los trabajadores del área salitrera, la huelga general de 1890 y Balmaceda

*Enrique Reyes Navarro*

85

### El balmacedismo como mito popular: los trabajadores de Tarapacá y la Guerra Civil de 1891

*Julio Pinto Vallejos*

109

### Morir en la frontera. La Araucanía en tiempos de Balmaceda

*Jorge Pinto Rodríguez*

127



*Foto de Balmaceda con Banda Presidencial*

## PREFACIO

El centenario de la Guerra Civil de 1891 impuso a los historiadores chilenos, y a aquellos extranjeros que han hecho de la historia de nuestro país su especialidad, una doble tarea. De un lado, la efeméride requería la realización de eventos que, de una manera apropiada, dieran cuenta de una situación histórica que sin lugar a dudas constituye uno de los hitos más importantes en la historia contemporánea de Chile. De otro, pero relacionado con lo anterior, se trataba de estimular la realización de estudios especializados sobre diversos aspectos del quehacer nacional, no sólo sobre la Guerra Civil misma, sino en relación al período 1870-1920, que aparecía como el marco temporal amplio en el cual debía insertarse todo análisis del conflicto.

Con esas dos ideas *in mente*, el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile organizó el simposio "La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy", que se realizó entre los días 4 y 6 de septiembre de 1991. El título conferido a la reunión no es arbitrario. Por el contrario, al confirmársele a mediados de 1990 se buscó darle al evento una característica tal, que constituyera, además de una reunión académica, un espacio de debate amplio acerca de cuestiones fundamentales que han preocupado a nuestro país una vez superadas coyunturas críticas. La reciente recuperación de la democracia y las incertidumbres de la transición —uno de cuyos componentes más sobresalientes por aquellos días lo constituían los llamados a la reconciliación nacional— configuraban una situación que en el tiempo correspondía a dos importantes dimensiones de la tragedia de 1891: la cicatrización de las heridas y la restauración de la convivencia nacional en el marco del derecho y el respeto a las personas y las ideas.

Como en toda reunión académica, la organización de ésta no estuvo exenta de dificultades. Sin embargo, el interés por participar demostrado desde su anuncio de parte de numerosos especialistas fue siempre un aliciente que contribuyó a superar limitaciones materiales y deserciones de última hora. Las primeras lo fueron gracias al tesón de los académicos, personal administrativo y de servicio de nuestro Departamento, y en el plano financiero cubiertas por la Rectoría de nuestra Universidad y por el aporte de empresas del sector privado. Las segundas resaltaron la producción de los participantes en términos de la calidad de sus ponencias y el compromiso con su quehacer intelectual.

También esta reunión experimentó pérdidas sensibles. En efecto, en febrero de 1991 falleció quien estaba llamado a ser un participante de primer orden: nuestro amigo y colega, el historiador británico Harold Blakemore. Pero

su desaparición física se convirtió en un estímulo académico para los organizadores, de tal manera que una de las tareas principales en torno al Simposio, pasó a ser la traducción y edición de dos de sus manuscritos. Con satisfacción, el día de la apertura se presentó el libro *Dos estudios sobre salitre y política en Chile, 1870-1895*, rindiendo así un homenaje póstumo a su autor.

La ceremonia inaugural fue también la ocasión propicia para que la comunidad de estudiosos de la historia hiciera un recuerdo y rindiera un homenaje al profesor Hernán Ramírez Necochea, destacado cultor de nuestro oficio y, como su amigo Harold Blakemore, importante estudioso del período de la Guerra Civil de 1891, condenado al ostracismo durante el régimen militar, aún después de su muerte en el exilio.

El Simposio reunió a un selecto grupo de especialistas, y no sólo del campo de la historia, pues concurrieron con presentaciones cientistas políticos y sociólogos, quienes contribuyeron de manera decisiva a conferirle un alto nivel, lo cual queda en evidencia en este libro. Lo que lamentablemente no refleja este volumen es la extensión, calidad e intensidad de los debates que las ponencias generaron tanto entre los expositores, como entre éstos y el público que asistió a las cinco sesiones de trabajo. Al respecto, cabe destacar que junto con ser numerosos y participativos, los asistentes llamaron la atención de los organizadores por su amplio rango de edad. Y, en ese contexto, fue notable, y a la vez reconfortante, la gran cantidad de jóvenes que llegó hasta los salones de nuestra Universidad.

Las ponencias presentadas al Simposio que el lector tiene hoy en sus manos, son un fiel reflejo de las preocupaciones esenciales de nuestro país por estos días: las cuestiones de orden institucional y social. Contrariamente a lo que por muchos años constituyó el fundamento esencial de los estudios sobre la Guerra Civil, los temas económicos constituyeron un componente marginal.

Los énfasis temáticos registrados en el evento constituyen una reafirmación de lo que parecen ser las preocupaciones fundamentales de los historiadores hoy. Si bien los estudios de historia económica no han sido ni serán desterrados de la agenda historiográfica, nuestra sociedad parece buscar con más urgencia respuestas a problemas que aparecen como más fundamentales —tal vez por su propia complejidad— para la convivencia nacional como son el de sus instituciones políticas, la modernización, las condiciones de vida de los más pobres, y el rol de los trabajadores y de las fuerzas armadas, entre otros. En este sentido, existe un consenso mayoritario, acerca de cuál debe ser la estrategia de crecimiento económico y las políticas más adecuadas para su consecución. Con ello, el largo debate acerca de las políticas económicas más convenientes de adoptar ha, para todos los efectos prácticos, terminado y no es, por lo tanto, necesario recurrir, como se hizo a menudo, a la historia en busca de "lecciones" y de argumentos con los cuales reforzar planteamientos propios y refutar propuestas alternativas.

No ocurre lo mismo en el plano de las ideas y las instituciones. La crisis y replanteamientos de diversas ideologías han contribuido a ello, y el fin del



régimen militar en marzo de 1990 no dejó en estos planos bases ampliamente aceptadas que permitieran construir consensos amplios. Es más, pareciera que en relación a estas cuestiones se están recién comenzando a proponer los elementos básicos para una discusión, es decir, para un replanteamiento. De allí que las miradas hacia atrás estén cargadas con esos signos. En ese sentido, las ponencias de Marcos García de la Huerta (Universidad de Chile), Alfredo Jocelyn-Holt (Universidad de Santiago de Chile) y María Rosaria Stabili (Università Degli Studi di Roma "La Sapienza") constituyen aportes significativos en el estudio de las ideologías y las instituciones en su desarrollo, crisis y reconstitución en torno al conflicto de 1891. En todas ellas se analiza con amplitud y riqueza la gama de elementos de naturaleza teórica y valórica que concurrieron al diseño de proyectos político-institucionales con antelación y posterioridad al gobierno del Presidente José Manuel Balmaceda.

Julio Pinto (Universidad de Santiago de Chile), Enrique Reyes (Universidad Blas Cañas) y Gabriel Salazar (Centro de Estudios Sociales sur) en sus exposiciones analizan diversos ámbitos del mundo popular. Los dos primeros observan, con perspectivas y metodologías diferentes, el comportamiento de los trabajadores del norte en torno a una coyuntura específica: la huelga de 1890, fenómeno hasta entonces inédito por su envergadura y extensión temporal y geográfica. Ambos buscan explicaciones para cuestiones diferentes: Julio Pinto para la visión de los trabajadores respecto del Presidente Balmaceda y su relación con sus luchas antes y después de 1891; Enrique Reyes para la relación entre el comportamiento de la industria salitrera y las organizaciones y movilizaciones obreras. Como ellos dos, en su ponencia Gabriel Salazar abunda sobre lo que ha sido la temática de sus investigaciones por un largo tiempo: el mundo de los sectores populares, de sus estrategias de supervivencia, de su autonomía en relación al diseño de mecanismos de participación y representación y de los embates desde el Estado.

Baldomero Estrada (Universidad Católica de Valparaíso) y Jorge Pinto (Universidad de la Frontera) abordaron temas relativos a poblamiento en la forma de políticas implementadas y resultados obtenidos durante el período de la Guerra Civil, el primero, y el segundo acerca de los problemas relativos a la colonización de las tierras poco tiempo antes ocupadas por el Estado en el territorio de la Araucanía. De ambas ponencias se desprende una política oficial bastante clara en cuanto a objetivos, aunque de difícil aplicación, sobre todo por las limitaciones propias de un aparato oficial sin recursos materiales y humanos suficientes y, por lo tanto, a merced de la voluntad del poder de individuos y grupos.

Luis Barros (Pontificia Universidad Católica de Chile) y Jorge Núñez (Universidad de Talca) en sus ponencias examinan el problema de las fuerzas armadas, y el primero analiza su creciente profesionalización y la incidencia de este fenómeno en el ámbito político-institucional, mientras que el segundo formula un recuento del gasto que estos servicios públicos demandaron en el período del Presidente Balmaceda. Finalmente, Rafael Sagredo (Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Biblioteca Nacional y Pontificia Univer-

sidad Católica de Chile), intenta ofrecer una nueva visión del rol del Estado en la economía.

Este conjunto de ponencias, además de aumentar nuestro conocimiento acerca de un período crucial en la vida nacional, contribuyó a que el Simposio constituyera un éxito académico. El recuento final es alentador; este encuentro no resolvió ninguna de las grandes interrogantes que aún están planteadas acerca del último cuarto del siglo XIX y del primero del presente; no era, en todo caso, ése su objeto. Por el contrario, las ponencias y las discusiones tal vez nos dejaron a todos algo más confundidos que al comienzo. Pero esto también es positivo, pues han aflorado nuevas interrogantes que constituyen incentivos para que los ponentes, aquellos que concurrieron a las sesiones y quien hoy inicia la lectura de este libro se sientan estimulados a buscar nuevas respuestas. En la búsqueda en que se encuentra abocado nuestro país, a tan sólo dieciocho años de su bicentenario, este ejercicio es el mejor aporte que la comunidad de historiadores puede hacer a la sociedad que constituye su objeto de estudio y de sus preocupaciones.

LUIS ORTEGA  
Storrs, Connecticut  
Octubre de 1992



Pañuelo jeográfico

# Historia y proyecto nacional

*Marcos García de la Huerta*

## CONSIDERACIONES INTRODUCTORIAS

A menudo se presenta la crisis de 1891 como si fuese un momento estelar en la memoria de Chile, algo así como lo que en la historia mundial representan las efemérides de 1776, 1789, 1917 ó 1990: instantes cúlmines en que a la vez concluye y recomienza un ciclo de la vida. Sin embargo, el derrumbe definitivo del régimen político chileno del siglo XIX puede considerarse diferido hasta una fecha algo posterior a ese quiebre inicial: 1910 o incluso 1920. De modo que el año de la Guerra Civil resulta una fecha emblemática, un símbolo de un giro o vuelco que la historia vino en rigor a completar sólo dos o tres decenios más tarde. Aunque para los que lo vivieron, sin duda, aquel instante separó un "antes" de un "después": no en vano los contemporáneos llamaron "Revolución" a este evento que, pese a todo, fue más bien una Guerra Civil, no un cambio sustancial de régimen. Sobre todo si se admite precisamente la explicación más difundida que consideró el conflicto político-constitucional como la única y verdadera causa del estallido. Por lo general han sido autores más recientes los que han intentado ir más lejos subrayando otras causas del conflicto, especialmente la evolución social y las transformaciones económicas generadas por la riqueza salitrera, en particular la interferencia de intereses foráneos ligados a la explotación de la nueva riqueza. Estos cambios, según estos autores, en alguna medida alteraron al mismo tiempo la estructura del Estado, su peso relativo dentro de la sociedad, así como el antiguo orden societal de carácter agrario<sup>1</sup>.

Estos empeños por descubrir otras causas del conflicto representan, bien podría pensarse, la vieja resistencia a reconocer que en lo más aparente se defina la totalidad del acontecimiento; que no haya tras la superficie visible

<sup>1</sup> Hay autores de la época que subrayaron aspectos económicos del conflicto como Osgood Hardy y Maurice Hervey. Ambos ingleses, destacaron la cuestión salitrera y la política adversa a los intereses de Thomas North (O. Hardy, "Los intereses salitreros ingleses y la Revolución de 1891" en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, 1949, enero-junio. M. Hervey *Dark Days in Chile*, Londres, 1891-92). El ministro y testamentario del presidente Balmaceda Señor Julio Bañados Espinoza también sostiene entre las causas que llevaron al conflicto "la influencia (que) han tenido los potentados del salitre en nuestras disidencias parlamentarias y en la marcha política del país" (*Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891*. París, 1894). Entre los autores más recientes que intentan ir más allá de la explicación político-constitucional mencionaremos desde luego a Hernán Ramírez Necochea y J. César Jobet, a Henry Kirsch, H. Blakemore, Luis Barros y Ximena Vergara, entre otros.



exactamente una réplica de 1776 o de 1789, mucho menos lo fue el 91 que tuvo mucho, pese a las apariencias, de reacción antiliberal.

En vista de lo antes señalado, tal vez conviniera considerar el 91 también como un aviso de los tiempos y reflexionar no sólo sobre los riesgos de una concepción confrontacional de la política, sino ante todo sobre sus condiciones. Pues no se trata sólo de un hábito o tendencia perversa a llevar cualquier conflicto hasta el ensañamiento y la sangre. Se trata de que tras los conflictos entre poderes institucionales suele estar la cuestión de la legitimidad del poder a secas, la legitimidad del régimen legal y constitucional y el problema de su eventual divorcio respecto a los requerimientos de la sociedad civil. Es una miopía pretender que una Constitución puede ser, impúnemente, una "camisa de fuerza" de la sociedad civil, en lugar de un marco de referencia legal funcional a aquellos requerimientos. Desde este ángulo, el 91 acaso no sea tampoco algo tan anacrónico e impensable en el siglo xx o en otro cualquiera.

#### HISTORIA DE FANTASMAS

Por otra parte, en la óptica larga, la historia presenta residuos y sobrevivencias —tendencias, humores o furores seculares— que reaparecen con extraña y pertinaz intemporalidad. La política reciente, como bien lo ha mostrado Claude Lefort en uno de sus ensayos notables, lejos de haber exorcizado el duende de lo teológico-religioso, lo ha revivido<sup>2</sup>. En el mundo hispánico sabemos bien cómo algunos viejos fantasmas no están todavía bien muertos y siguen penando, acaso porque en vida no tuvieron debido reposo. Un ejemplo es el espíritu de la *cruzada*. Primeramente, fue la guerra santa contra los sarracenos dentro de la península y luego los reyes católicos la continuarían en el escenario más vasto de América con la llamada *evangelización*. La colonia dejó acá, junto con la semilla de la fe, la de sus campañas. Son otros ahora los cruzados y otros los infieles, pero continuó operando una idea mesiánica de la política en los nuevos Estados. De modo que llegaron a ser independientes de la corona española pero continuaron dependientes del padrón impuesto por la conquista. Para volver a nuestro caso, quiero decir que ni la separación de la Iglesia y el Estado ni la dictación de "leyes laicas" bastan para considerar definitivamente expurgada la política de sus pasiones, que tienen a menudo algo más que un fondo de religiosidad laica y de teología atea. La historia parece empeñarse en mostrar, en todo caso, que su moral es todo menos canija o gazmoña: más bien es trágica, terrible, sacrificial e insondable.

No sé si existen pruebas concluyentes de que no operaron en 1891 resabios de viejos rencores pelucones contra el ex ministro del interior, a la sazón presidente. Balmaceda había aparecido como uno de los responsables directos

<sup>2</sup> Claude Lefort, *Le Retour du Théologico-politique en L'Invention Democratique*. Fayard, Paris, 1981.

en la desacralización legal del Estado, cuando se dictaron las llamadas "leyes laicas". Pero es preciso, en cualquier caso, averiguar cómo y con qué se sobrecargó o "sobredeterminó" el diferendo constitucional para llegar a generar un conflicto armado. Sin una explicación adicional, dicha interpretación a mi entender queda trunca porque no arroja ninguna claridad hacia adelante. En circunstancias que el 91 da para reinterpretar la historia de Chile en su conjunto —no sólo la del siglo XIX— a la luz de la cuestión de la legitimidad y de la definición, constitucional o no, del balance entre los dos principales poderes del Estado. No vale la pena mencionar al tercero porque sin independencia administrativa no juega ningún papel propio.

Lo que sobre todo nos interesa aquí, sin embargo, es de orden aún más genérico, pero tal vez igualmente significativo: es subrayar el rango y los derechos que posee lo subterráneo y marginal, lo no aparente, lo invisible, que no obstante está presente y actuante en la historia.

En las grandes crisis precisamente se puede revelar esta presencia de lo inaparente. Las crisis permiten a los que las viven, o incluso a los que las reviven, iluminar contrastando el pasado con el presente: descubrir un sentido en el tiempo histórico. La temporalidad no libra un sentido tan sólo narrando lo que otrora aconteciera, como cuando se "habla de historia" y por ello se entiende "contar historias" de lo que fue, o "hacer la historia" desenterrando documentos hasta ahora ignorados, revelando hechos hasta ahora desconocidos. Así no avanza el conocimiento histórico, a menos que se suponga que los hechos mismos, con la sola condición de haber sido rigurosamente establecidos, pueden hablar por sí solos. Esta suposición se muestra insuficiente si comparamos el sentido histórico con el sentido del tiempo propio. Así como éste no es una mera reproducción de acontecimientos pasados —un residuo de nuestros afanes y propósitos—, la conciencia histórica es comprensión del pasado como momento esencial de la proyección temporal, o sea, de posibilidades actuales. Ni siquiera desde el instante supremo de la muerte el pasado se ofrece a nosotros como mero "espectáculo" o "panorama" de eventos. Al revés: sobre todo en ese momento el pasado se condensa y totaliza expurgándose de todo lo trivial y adventicio. El final remite la comprensión del tiempo a su más íntima y radical verdad: la que muestra el sentido de la trayectoria, el resultado de su gestión. Precisamente entonces, en los instantes que marcan un finiquito, se revela mejor que nunca que los anteriores afanes, éxitos y fracasos, son tales en vista de cierta orientación o sentido de conjunto.

Con el pasado histórico no ocurre algo tan diferente. Si puede hablarse de una "historia de Chile", ha de haber esta unidad supuesta en los términos para que la trama objeto del relato se muestre como la continuidad de un sujeto. También para que en el despliegue temporal de este sujeto pueda decirse de qué se trata y si se trata de algo que valga la pena contar y rememorar para recuperar o para evitar reiterar.

Esta doble condición —1. Que se pueda decir de "quién" trata la historia o de qué sujeto y 2. Que se pueda decir de qué trata en su trayectoria—, no es nada obvio que se cumpla siquiera en uno de sus aspectos. Desde luego,

porque cuando decimos "Chile" no aludimos sólo a un territorio, un espacio geográfico y marítimo; abarcamos ante todo un espacio social y la conciencia de cierta pertenencia. Sin embargo, la idea de "Chile" —el "quién" de esta historia— es relativamente reciente, posterior a 1810, según algunos<sup>3</sup>. Y en cuanto a saber la trayectoria, también es preciso una idea sobre de lo que se trata en esta historia; sea del progreso de la libertad y de la democracia, sea del progreso a secas, o lo que fuese.

#### LA ESTRATEGIA DEL OBJETO

A la historiografía se le asigna por lo general la tarea de descubrir y mostrar "el pasado" *wie es ist eigentlich geschehen*, "tal como ha acontecido" (Ranke). Pero qué sea ese pasado y a qué nivel haya que describirlo, explicarlo o interrogarlo, no es en absoluto algo evidente. A menos que se lo suponga ya de algún modo dado o abierto en el presente como, por ejemplo, cuando se privilegia lo político, como si fuese el acontecimiento mayor y lo más digno de recordarse. Se sobreentiende así, además, que "lo político" es una clase o tipo particular de hechos que tendría un privilegio sobre otros hechos. Cuando "lo político" no está circunscrito en modo alguno a un área determinada, no es un territorio o ámbito específico del acontecer ni la superestructura de una estructura, tampoco es sólo el "objeto" de una ciencia particular. Es antes bien un principio de puesta en forma de todo el sistema social que subtiende el conjunto de las estructuras, en cuanto dice relación con la eficacia específica de lo simbólico en un sistema dado. Por eso en cierto modo todo es político en el sentido que todo es simbólicorepresentativo, no sólo "ideológico". Incluso el considerar "lo político" como la región más representativa de lo histórico responde a una modalidad de autorrepresentación que define a su vez un modo de ser colectivo y una estrategia de autodefinition del colectivo. Nuestra historiografía ha privilegiado "lo político" en el sentido indicado por la misma razón que el Estado ha cumplido una función fundamental en la conformación de la nación: por la congénita debilidad, división y carencia de organización de la sociedad civil; en una palabra, por la necesidad de *inventar* y reinventar cada vez la nación. La pregunta por la suerte de la nación vista a través de su Estado ha sido la preocupación fundamental, casi obsesiva, de nuestra historiografía, pero se explica como preocupación *política* en el sentido antes indicado. Tal vez por eso la crisis, la experiencia de la crisis, ha sido un acicate fundamental de la historiografía chilena<sup>4</sup>.

Lo político, sin embargo, no es un aspecto o región de lo real, sino que define implícitamente, como toda determinación de objeto, una intencionali-

<sup>3</sup> Mario Góngora, *Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Ediciones La Ciudad, Santiago, 1981.

<sup>4</sup> Ver Marcos García de la Huerta, *Chile 1891: La Gran Crisis y su Historiografía*. Edeh, Santiago, 1981, Capítulo V.

dad, una estrategia de búsqueda y exploración<sup>5</sup>. También el sicoanálisis o la etnología o la antropología, por ejemplo, cada una a su modo, buscan en un "pasado" las fuentes reveladoras del enigma de las configuraciones de un "presente". La arqueología lo hace a través del análisis de los restos materiales que son los testimonios mudos, los únicos que el pasado remoto pone a nuestra disposición. A partir de éstos *se inventa* una visión arqueológica del mundo humano que representa una estrategia discursiva conscientemente acotada en vista de la precariedad de las pruebas testimoniales. Por su parte, la historiografía cuando toma los episodios, gestas y eventos como expresión y testimonio de "la vida que fue" hace como la arqueología con los restos materiales: recorta su objeto, define una estrategia, *propone* un pasado, que no es un objeto *per se*.

"La vida que fue" es, por demás, una expresión problemática: puede tomarse como la vida individual pero también como la vida en común, del colectivo. Así, por ejemplo, cuando se dice "la vida se tornó difícil" o "la vida concluyó un ciclo ascendente", no se indica sólo la situación de quien entra a una cierta edad biográfica. También puede valer para una situación como la de 1891, en el que culmina sin concluir todavía del todo, un período de casi continuo adelanto y en que para Chile las cosas empiezan a cambiar de talante.

Esta ambigüedad la resuelve en cierto modo la historiografía política cuando se atiende a "la vida de los grandes hombres", entendiendo por tales a los militares y a los políticos, los que hacen las guerras y las leyes. Sin embargo, la historiografía queda con eso atrapada en el mismo círculo dentro del cual se debate la política que ella describe. Por ejemplo, la política chilena de los inicios de la vida independiente estuvo marcada por la lucha contra el caudillismo. La política de Portales es justamente la del impersonalismo de la ley, la acción suprapersonalista y anticaudillista por excelencia. Por eso los historiadores que considerarían a Portales como el gran artífice del Estado y atribuyen al "régimen portaliano" el papel de columna vertebral de Chile en el siglo XIX, incurren en una suerte de caudillismo historiográfico: una variante del subjetivismo que suplanta el personalismo de las gestas y de la espada por el del héroe del civilismo y el orden<sup>6</sup>.

Así se cauciona, por otra parte, y ratifica la divisoria consagrada en las Ciencias Sociales: hay una historia política, como hay una historia económica y una social. Cuando precisamente la historiografía tendría que intentar traspasar estos muros y constituir ella el ámbito común de encuentro, el espacio de enlace y articulación de los diferentes aspectos de la *episteme*, en lugar de reproducir pasivamente una tabiquería ya hecha y para colmo frágil.

Por último, dentro de su estrategia de definición de objeto, y para remachar su carácter fáctico, constataador —y por ende ratificador de lo existente—, la

<sup>5</sup> Para la cuestión de la caracterización de lo político, aunque la literatura es interminable, arriesgaría remitir a la obra de Claude Lefort, Hannah Arendt y de Foucault. Puede consultarse igualmente el trabajo colectivo reunido en *Rejouer le Politique*. Ediciones Galilée, París, 1981.

<sup>6</sup> Remito aquí de nuevo a mi TV\*41, capítulo v.

historiografía suele subrayar que ella se ocupa de “lo que ha sido” *efectivamente*, con lo cual se remacha la cosificación o arqueologización de su objeto. Pues si es la realidad humana lo que ella historiza, ésta se caracteriza justamente porque *no* es como los restos físicos, los residuos óseos o la utilería de la arqueología. Lo propio de la vida humana, lo que la diferencia frente a todo otro ente u objeto, es su no cosidad, su efectiva y originaria indeterminación, su condición de ser apertura y posibilidad, en una palabra, la libertad.

El imperativo de “atenerse a los hechos”, de dar cuenta del “efectivo pretérito”, de la “nuda facticidad del pasado” y expresiones semejantes que pretenden traducir una voluntad de rigor científico, resultan por tanto inadecuadas o resueltamente falsas. Pues el carácter no meramente factual pertenece al objeto mismo: cuando la realidad humana es más real y más viva no es pura facticidad, es más bien histórica posibilidad. Lo que tendría entonces que mostrar la más rigurosa ciencia histórica es la *efectividad de lo virtual*, lo no meramente fáctico-cósico, es decir, aquella oculta y “silenciosa fuerza de lo posible” que encierra un pasado. Por ejemplo, el de esta insólita Guerra Civil que nos aparecía en un primer momento como un anacronismo y un episodio digno del teatro del absurdo. Si hubo entonces un conflicto político-constitucional y no una mera disputa sobre interpretación constitucional, al menos debe haber habido *proyectos* de gobierno en pugna, divergencias de fondo en cuanto a propósitos y planes. Incluso, más allá de las intenciones, acaso despuntaba ya el nuevo orden industrial y, por ende, requerimientos nuevos a nivel de la sociedad civil. En una palabra: si hubiese sido nada más que una pugna legal entre facciones que no diferían sustancialmente en nada, querría decir que la clase gobernante en su conjunto mostró entonces, pese a toda su retórica patriótica, el más profundo desprecio por la nación y la más arrogante, ciega y estúpida indiferencia frente a la eventualidad de su desgarramiento en una lucha armada.

Habría cierta inconsistencia en una descripción que se limitara a narrar y exponer los sucesos sin referencia alguna a la índole del conflicto y a las posibilidades en juego. Éstas nunca están *dadas* como *hechos*, porque los “eventos” no son como *cosas*; son más bien lo opuesto, son eventualidades. No le acaecen al hombre como los pelotazos le caen encima a un frontón, sino que se gestan a partir de algo y con vistas a algo. Esta condición proyectivo-prospectiva —no sólo resultante de un plan del todo consciente y deliberado—, es lo que tendría que mostrar el análisis del pasado. De un modo semejante se suele por demás proceder cuando se trata de explicar los sucesos que se mantienen vivos y presentes en la conciencia colectiva. La explicación consagrada del golpe militar de 1973, por ejemplo, señala en esencia que el derrocamiento de Salvador Allende era la única manera de poner fin a un gobierno que, según reza la opinión difundida, “llevaba inevitablemente a una dictadura marxista”. Un juicio discutible, por cierto, tanto como el supuesto que le sirve de base —de origen marxista, por demás— de que la historia lleva algún curso forzoso o “necesidad inevitable”. Independientemente de eso, lo cierto es que el diagnóstico ilustra aquello de que la posibilidad es una



componente de "la realidad", es decir, que lo simbólico traspasa de cabo a rabo lo social. Sólo que en cierto modo la posibilidad misma está en el ejemplo cosificada, pues ese juicio representa sólo una hipótesis y el trabajo historiográfico comienza recién cuando se interrogan y ponen a prueba las hipótesis.

Para sobreponerse, por tanto, al naturalismo y su amenaza de cosificación del objeto histórico, sería preciso rechazar el cuádruple prejuicio de la historiografía política corriente, según el cual: 1) "Lo político" es aquello que hacen los políticos; 2) "lo político" es lo más digno de narrar y lo dramático por excelencia; 3) "lo político" es visible ocularmente, es lo espectacular de la historia, y por tanto: 4) el historiador es el observador externo que, como el viajero curioso, se limita a fotografiar "la realidad" del pasado "tal como fue", ojalá dotado de un gran angular para registrar lo más posible.

La política es, en efecto, lo notorio-espectacular, sobre todo si se entiende como evento y gesta o como un tipo específico de hechos separado de otras "áreas temáticas", menos aparentes o "in-visibles". Sin embargo, "con la historia pasa que lo espectacular y sorprendente no es lo capital. Los nervios son invisibles, como en general es invisible lo esencial" (York).

#### LA "ENFERMEDAD DEL HISTORICISMO"

Cuando Nietzsche prevenía sobre la "amenaza para la vida" que entrañan los estudios históricos y en general el historicismo<sup>7</sup>, su advertencia puede entenderse también en el sentido indicado, o sea, que el carácter fundamental de lo histórico es la virtualidad y su unidad germinal visible, la vida humana. Por eso su apasionada requisitoria no es contra el sentido histórico —él mismo es un "historiador" de la moral y un "arqueólogo— faucaultiano *avant la lettre*, de los "sentimientos morales". Su argumento es más bien a favor de la potencialidad plástica de la vida, y por el cuidado de esa capacidad de olvido indispensable para discernir en el pasado lo muerto y lo que mata respecto de lo vivo, necesario e incitante. "Sólo impulsados por la fuerza suprema del presente debéis interpretar lo pasado", decía<sup>8</sup>; "¿Será preciso un linaje de eunucos para custodiar el gran harén histórico del pasado? A éstos, ciertamente, les sienta bien la objetividad pura"<sup>9</sup>. Uno de los excesos del historicismo consiste para él en esa actitud erudita que lleva a un *fiat veritas et pereat vita*. En términos psicoanalíticos equivale a una inhibición de la pulsión de vida, una verdadera patología de la voluntad consistente en exceso de memoria o, si se prefiere, una patología de la memoria consistente en la parálisis de la voluntad. Es lo que llamamos vulgarmente desesperanza y que Nietzsche definió como "enfermedad del historicismo".

<sup>7</sup> Nietzsche, *Consideraciones Inactuales. De la Utilidad y Desventaja del Historicismismo para la Vida*. Traducción de Pablo Simón. Obras, Ediciones Prestigio, Buenos Aires, 1970, Tomo I.

<sup>8</sup> *Op. cit.* 6, p. 663.

<sup>9</sup> *Op. cit.* 5, p. 653.

Cuando él recusa, en su estilo inigualable, las apologías del "hecho" histórico anteponiéndole la idea del hecho como "estupidez irreparable" —v. gr. Rafael muerto a los 36 años—, lo que él reclama frente al pasado como *memento mori* es un *memento vivere*. Pero al mismo tiempo apunta, si no a un saber que pudiera decir "así será" o "así habría de ser" frente al "así fue", al menos que descubriera en lo que ha sido su potencial crítico y a la vez impulsor, renovador. También previsor, aunque él rechaza toda forma de fetichización del futuro, de la "necesidad histórica", sea bajo la forma del "proceso natural", del "progreso", de una "corriente del devenir universal" o de un "espíritu de los tiempos". Todo eso alimenta la idea de que la historia puede eximirnos de hacerla, sea porque ella conspire *contra* o trabaje *por* nosotros<sup>10</sup>.

Cabría de todos modos preguntarse si esa incapacidad que advertía Nietzsche de "servirse del pasado como de un alimento sustancioso" deriva de un exceso de sentido histórico o más bien de una casi total ausencia del mismo. Porque si bien se trata de cierta incapacidad para ligar el pasado con el porvenir, no está claro en absoluto que esa incapacidad sea imputable siempre a mirar demasiado hacia atrás. Se diría que también se puede producir por no mirar más que hacia adelante, y que la carencia o la amputación de las raíces suele convertirse en un fardo tanto o más pesado y agobiante que el exceso de pasado. Que los estudios históricos vayan tan rápidamente siguiendo el camino de los estudios arqueológicos, compitiendo con ellos en el rescate de algunas curiosidades para el museo del pasado, tal vez no sea un fenómeno tan opuesto a la subida de la marea desarrollista. La borrachera del progreso también impide el sincretismo del ayer con el presente y el mañana: cualquier modernización a cualquier precio. Los excesos de economicismo y sociologismo vienen a dar por resultado una sintomatología similar a la de los excesos del historicismo: incapacidad de discernir las necesidades legítimas y desechar las seudonecesidades, el no poder rescatar lo propio frente al imperio de los diseños modernizadores. En una palabra, el convertirse no tanto en el heredero abrumado por la historia como en el émulo atolondrado del fantasma del porvenir: en el consumidor ávido del último modelo de receta prefabricada para el desarrollo.

Si el exceso de historicismo puede matar los impulsos más poderosos en el hombre y producir un efecto de falsificación sobre él mismo y su presente, la ausencia de sentido histórico comporta un riesgo simétrico: nos convierte en los testigos atónitos y en epígonos alucinados del "progreso".

El peligro, en consecuencia, no deriva tanto de un anclaje en el pasado como de la carencia de anclaje, de una falta de gravedad que no consiguen remediar ni el fetiche del futuro ni el fetiche del desarrollo. Podemos llamar a este fenómeno, parafraseando a Nietzsche, la "enfermedad del ahistoricismo". No consiste sólo en realzar la idea de un tiempo histórico lineal, progre-

<sup>10</sup> *Op. cit.* 8, pp. 671 ss.

## La crisis de 1891: civilización moderna versus modernidad desenfundada

Alfredo Jocelyn-Holt Letelier  
Universidad de Santiago de Chile

Que en Chile se produjo una "crisis" en 1891, nadie que se haya referido al tema, pareciera dudarlo. Cuál fue su naturaleza y alcance es materia, sin embargo, de un arduo debate que todavía no encuentra solución. El propósito de este trabajo es contribuir a dicha discusión a fin de llegar eventualmente a posibles respuestas.

Antes que todo, debo señalar que concuerdo con lo que ha postulado Marcos García de la Huerta en su extraordinario y lúcido análisis sobre 1891 y su historiografía: la Crisis requiere de un enfoque estructural que vincule todos los niveles y componentes en juego<sup>1</sup>. A su vez, concuerdo con el propósito que inspira todo análisis interpretativo revisionista: es imperioso plantearse y ensayar hipótesis nuevas<sup>2</sup>.

### PRELUDIO FATAL: "DARK DAYS IN CHILE"

*El mar, como un vasto cristal azogado,  
refleja la lámina de un cielo de zinc;  
lejanas bandadas de pájaros manchan  
el fondo bruñido de pálido gris*

RUBÉN DARÍO, *Sinfonía en Gris Mayor*

A fin de introducir lo que a mí me parece es una posible explicación de la Crisis de 1891, me voy a servir de tres "hechos" inconexos, poco destacados, desconocidos, y a primera vista insignificantes pero que a mi juicio son paradigmáticos o emblemáticos de la época, y sintomáticos de una profunda crisis, y por ende pueden servir como una primera aproximación al tema general.

El primero de ellos, es la destrucción del Puente de Cal y Canto que tuvo lugar el 11 de agosto de 1888. Como es bien sabido, esta sólida y centenaria fortaleza de piedra canteada —símbolo del despotismo ilustrado borbónico—

<sup>1</sup> Marcos García de la Huerta, *Chile 1891: La Gran Crisis y su Historiografía, los Lugares Comunes de Nuestra Conciencia Histórica* (Santiago, 1981).

<sup>2</sup> En este sentido, el trabajo de Maurice Zeitlin, *The Civil Wars in Chile (or the Bourgeois Revolutions that Never Were)* (Princeton, 1984) resulta un ensayo novedoso e interesante precisamente por plantearse en términos polémicos.

fue demolida luego que no soportara una crecida repentina del río Mapocho. En realidad, lo que ocurrió fue que a causa de la obras de canalización del río, emprendidas por Balmaceda, se dinamitaron algunos de los cimientos del puente, y consiguientemente se debilitó su resistencia provocando así el desenlace final<sup>3</sup>.

El segundo hecho que quisiera traer a colación es la muerte acaecida el 22 de enero de 1888 de Miguel Luis Amunátegui, insigne historiador, educador, político y patriarca del Chile liberal. Amunátegui murió de muerte natural, pero —y esto es lo que quisiera destacar— al menos a juicio de un observador de la época, ésta no fue fortuita. Al día siguiente, Pedro Balmaceda Toro escribiría al respecto: “¡Que triste pérdida para el país! Lo mata el pensamiento. Ha caído abrumado por el trabajo; se le han venido encima las ideas, aplastándolo. No se puede soportar por muchos años eso de llevar en la cabeza la cosecha de medio siglo de labores intelectuales”<sup>4</sup>.

Por último, quisiera destacar la prematura muerte del observador anterior, la de Pedro Balmaceda, hijo del Presidente, amigo de Rubén Darío y de los intelectuales más eximios de fines de siglo, uno de los pilares del naciente modernismo literario y artístico chileno. Pedro Balmaceda era joven —apenas tenía 21 años—, era débil y delicado al igual que la escuela literaria modernista que había ayudado a difundir. Imbuido de un *ethos* sofisticado, cosmopolita, elitista, casi “proustiano”, representaba una de las esperanzas más claras del nuevo Chile de vanguardia que anunciaba su llegada, un Chile que agudizaba aún más su mirada hacia afuera, un Chile que podía darse el lujo de contemplar y de soñar en francés, un Chile —que a juicio de Mario Góngora— perdía su carácter primordial: el rasgo guerrero<sup>5</sup>. Es conocido el pasaje escrito por el joven Balmaceda: “En Chile somos esencialmente patriotas: tenemos la furia del patriotismo, que es una de las tantas enfermedades heroicas que sufren los pueblos jóvenes, sin tradiciones, con un pasado nuevo y que todo lo aguardan de su propia fuerza, de su virilidad”<sup>6</sup>. De ahí que su muerte en 1889, apenas unos meses antes de la guerra civil, resultara premonitory y simbólica. Cuentan que Pedro una mañana acudió al Parque Cousiño a observar el ensayo de sus caballos y allí ocurrió el accidente que precipitaría su muerte; “...un poco más allá un piquete de caballería realizaba ejercicios preparatorios para

<sup>3</sup> Sobre el Puente de Cal y Canto, ver: Patricio Gross, Armando de Ramón y Enrique Vial, *Imagen Ambiental de Santiago, 1880-1930* (Santiago, 1985), pp. 155-158; Carlos Peña Otaegui, *Santiago de Siglo en Siglo* (Santiago, 1944), pp. 135, 163-165, 298-300; Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, 1984), pp. 223-225; Alfonso Calderón, *Memorial del Viejo Santiago* (Santiago, 1984), pp. 34-35; Justo Abel Rosales, *El Puente de Cal y Canto* (Santiago, 1948).

<sup>4</sup> Pedro Balmaceda Toro (A. de Gilbert), *Estudios y Ensayos Literarios* (Santiago, 1889), pp. xxxii-xxxiii.

<sup>5</sup> Mario Góngora, *Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX* (Santiago, 1981), p. 9. Sobre Pedro Balmaceda Toro, ver: Orrego Luco *op cit.*, pp. 82-85, 98-99; y el ensayo que sirve de prólogo de Emilio Rodríguez Mendoza en Balmaceda Toro, *op cit.*

<sup>6</sup> Balmaceda Toro *op cit.*, p. 87.

la revista militar de septiembre. De improviso, el coronel Sofanor Parra ordenó un simulacro de carga. Pedro sintió de pronto los cascos de los caballos que se le iban encima, atronando el aire. Sufrió una conmoción cardíaca que determinó su muerte poco más tarde"<sup>7</sup>.

¿Qué tienen en común estos tres casos y qué relación guardan con el desencadenamiento estructural que produce la Crisis de 1891, la muerte de aproximadamente 10.000 a 15.000 chilenos, y el suicidio final de Balmaceda? Creo que se trata de "víctimas de la modernidad". En ese sentido, todos estos casos apuntan al fenómeno medular que Marshall Berman ha destacado; la modernidad involucra siempre "una dialéctica extraña, en que una forma de modernismo se activa y se agota tratando de aniquilar a la otra, todo en nombre del modernismo"<sup>8</sup>.

El puente neoclásico debe caer para dar paso al materialismo prometeico, utilitarista y funcional, de hierro y acero. El viejo historiador y político liberal, fustigador de todo lo "tradicional" —incluso aquello que en su momento fue "moderno", como por ejemplo el proyecto modernizante borbónico que permitió la construcción del viejo puente— se agota y acaba "aplastado" por sus ideas, las de la última mitad de siglo, las del liberalismo triunfante. Por último, el esteta vanguardista afrancesado —el que ha perdido fe en los "dioses que civilizan", y en precisamente todo aquello que ese mismo tipo de viejo liberal anterior creyó y fomentó, es decir en la mitología nacional— caerá abatido también; no podrá soportar la impresión que le produce la estampida de un cuerpo de caballería, ya a estas alturas adiestrado en la más rígida disciplina profesional prusiana moderna perfeccionada con ese "toque" chileno, que muy luego y como ha ocurrido ya otras veces se tornará en contra de sus propios connacionales.

De este modo, tres etapas diferentes de la modernidad, tres estrategias modernizantes que se niegan pero se suponen unas a otras, se suceden y sucumben en su afán a propósito de canalizar, proyectar o "civilizar" lo que a la postre resulta ser una modernidad desbordante. En efecto, ya hacia fines de siglo el antiguo espíritu ilustrado absolutista, el liberalismo programático y utópico, y el primer presagio de vanguardismo elitista, habían fracasado. La Crisis de 1891 demostraría que todo intento de "civilizar" "desde arriba" acarrearía el desastre y colapso de esta hasta entonces exitosa pretensión. ¿A qué se debe esto? Pienso, que se debe al hecho de que ya la elite no cree en los mecanismos (estoy pensando fundamentalmente en el Estado) que otrora sirvieron para controlar una modernidad que siempre amenaza con desbocarse, a raíz de un error de cálculo respecto al estadio ya alcanzado y/o eventual de la modernidad.

<sup>7</sup> Cf. Eduardo Balmaceda Valdés, *Un Mundo que se Fue...* (Santiago, 1969), p. 28.

<sup>8</sup> Marshall Berman, *Todo lo Sólido se Desvanece en el Aire: La Experiencia de la Modernidad* (Madrid, 1988), p. 165.



"COMO SI FUERA AHORA...":

CIVILIZACIÓN O BARBARIE

*Lo que distingue nuestro país en la América del Sur, me decía un chileno muy conocido, es que todos nosotros, de arriba abajo de la escala social, nos sentimos ciudadanos... Nuestros 'peones', nuestros 'rotos' que veis pasar por las calles sucios y harapientos, conservan bajo sus andrajos el sentimiento de libertad cívica... Y mi interlocutor acentuaba estas últimas palabras con el énfasis que los antiguos debían pronunciar su famoso 'Sum Civis Romanus'.*

ANDRÉ BELLESSORT, *La Jeune Amérique, Chili et Bolivie*, París, 1897.

Desde el siglo XVIII la elite dirigente chilena aceptó cuotas importantes de cambio a fin de mantener sus prerrogativas tradicionales. A diferencia de otras elites hispanoamericanas no se opuso a la modernidad; tendió siempre a cooptarla, hacerla suya, a hacerla servir sus propósitos. Por ejemplo, aceptó la idea de un Estado fuerte promovida por la Corona borbónica, aun cuando esta idea en sus inicios pretendiera limitar el poder de las elites tradicionales y "reconquistar" el poder para la Corona. Con la Independencia, la elite continuó en esta misma senda. Aceptó el republicanismo-liberal; es decir, hizo suya una ideología que en el fondo cuestionaba su propio poder. No olvidemos que el republicanismo-liberal, en teoría al menos, auspiciaba una mayor participación política, y se postulaba contrario a prerrogativas tradicionales, estamentales. Así y todo, la elite se apropió de ella<sup>9</sup>.

¿Por qué? ¿Por qué un grupo tradicional tendió siempre a adaptarse a algo que en potencia prefiguraba un fin de la tradición y por ende el fin de su poder? Pienso que esto se debió a un cálculo certero que hizo esta elite. Era preferible sumarse a los cambios que la modernidad traía o presagiaba a fin de controlar dichos cambios y hacerlos servir sus intenciones. Tanto un Estado fuerte como una ideología progresista podían acrecentar el poderío de la elite a la vez que permitían sujetar una dinámica de cambio que bien podría desbordarse. Ambas concesiones, además, al ser suficientemente vagas o equívocas, le daban a la elite una cierta latitud o flexibilidad de manejo. Le permitían a la elite aparecer como moderna al mismo tiempo que no cuestio-

<sup>9</sup> Para una elaboración más en profundidad sobre las tesis que aquí se plantean acerca del siglo XVIII y la Independencia, ver A. Jocelyn-Holt L., *Independencia de Chile: Tradición, Modernización y Mito*, (Madrid, 1992).

naban su hegemonía. Se aceptaba el cambio, pero condicionado a que fuera canalizado "desde arriba". Se aceptaba la idea de una mayor participación, pero limitada censitariamente. Se lograba de este modo, aparentar ser moderno al mismo tiempo que se seguía siendo tradicional.

En esto consistió lo que denomino la estrategia civilizadora frente a la modernidad. Uso la palabra "civilización" en una de sus acepciones más convencionales que parte de la Ilustración dieciochesca, sigue luego con el liberalismo decimonónico y el positivismo, y llega hasta nuestros días con el Freud de *Civilización y sus Descontentos*<sup>10</sup>. De acuerdo a esta concepción, cabía aceptar el progreso pero siempre y cuando obedeciese a un orden institucional. Se admitían las utopías pero condicionadas a que fuesen programáticas, moderadas, eventuales, postergables hasta que su concreción ya no desestabilizaran el orden establecido. Era tolerable dar curso a los instintos y a las pasiones, pero siempre que obedecieran a una lógica imperativa categórica, subliminal, en el fondo una lógica de utilidad social. Se podía querer y llegar a ser libre únicamente bajo la condición de que se encauzaran dichos deseos admitiendo algún grado de represión.

Este esquema fue altamente exitoso. Dió a entender que todo había cambiado aunque nada o por lo menos muy poco de hecho hubiera cambiado. No obstante lo anterior, y a pesar de su éxito inmediato, sin embargo, este esquema fue riesgoso y a la postre devorador. Todo cambió aunque nada cambió, pero hizo posible o al menos legítimo que todo eventualmente terminara por cambiar. La estrategia evitó un desborde inmediato pero no logró impedir un desborde final. Se logró lo que el Príncipe de Salina en *Il Gattopardo* llama un "paliativo" que podía a lo más servir 100 años pero no más, aunque ello equivaliera a una "eternidad"<sup>11</sup>.

#### "VOILÁ LE COMMENCEMENT DE LA FIN"

*Creo que hay un arte que guía a la  
imaginación en sus más fogosos  
transportes; creo que sin ese arte la  
fantasía, en vez de encarnar en sus  
obras el tipo de lo bello, aborta  
esfinges, creaturas enigmáticas y*

<sup>10</sup> Esta idea está claramente enunciada en J.J. Rousseau, *Discurso sobre si el Restablecimiento de las Ciencias y de las Artes han Contribuido al Mejoramiento de las Costumbres* (1750). Tiene antecedentes previos en el siglo XVII, ver A.O. Hirschman, *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before Its Triumph* (Princeton, 1977). Se encuentra en autores como E. Guizot, *Histoire de la Civilisation en Europe*, durante el siglo XIX, y continúa durante el presente siglo en Sigmund Freud, *Civilización y sus Descontentos* (1930). Para una reformulación más reciente ver las conferencias recopiladas en Arnold Gehlen, *Ensayos de Antropología Filosófica* (Santiago, 1973).

<sup>11</sup> G. Tomasi de Lampedusa, *Il Gattopardo*, tr. en español (Barcelona, 1963), pp. 51-52.

*monstruosas... Libertad en todo; pero  
yo no veo libertad, sino embriaguez  
licenciosa, en las orgías de la  
imaginación.*

ANDRÉS BELLO, *Discurso Inaugural de  
la Universidad de Chile, 1843.*

*Esta sociedad... moderna, que ha  
hecho surgir tan potentes medios de  
producción y de cambio, se asemeja al  
mago que ya no es capaz de dominar  
las potencias infernales que ha  
desencadenado con sus conjuros.*

K. MARX y F. ENGELS, *Manifiesto  
Comunista, 1848.*

¿Cuál fue la trayectoria de esta estrategia en Chile? En realidad, esta estrategia sigue de un modo u otro presente hasta nuestros días, aunque resulta cada vez más fantasmal. De hecho, ya en el siglo XIX se observa su progresivo y acelerado debilitamiento. Ciertamente durante el XIX se afianzó esta táctica, sin perjuicio de que al mismo tiempo mostrara su precaria fragilidad.

Pienso que su debilidad comienza a manifestarse ya hacia mediados del siglo pasado cuando los mecanismos "civilizadores" o controladores del cambio adquieren una autonomía o dinámica propia independiente de la elite que hasta entonces se ha servido de ellos. Así como durante la Independencia la elite criolla terminó por apropiarse plenamente de un Estado dirigista y absoluto, prescindiendo de la monarquía española, ese mismo Estado se comenzó a distanciar a su vez de la elite entendida en su conjunto, hacia las décadas del 50 y 60. El aparato administrativo estatal generó sus propios cuadros, formuló sus propios objetivos; se convirtió en una burocracia cada vez más independiente de la elite entendida como un todo coherente. En otras palabras, queda en evidencia que el Estado ya no es un mero instrumento de la elite; puede ser eso, pero también mucho más. Obviamente, me estoy refiriendo al Estado de los Rengifo, Gandarillas, Egaña, Montt, Varas, Sarmiento, Bello, etc.

Otro tanto ocurrió con el discurso liberal. A partir de la Generación de 1842 y los jóvenes reformistas posteriores (Lastarria, Bilbao, Vicuña Mackenna, Errázuriz Zañartu, Santa María, Balmaceda) el discurso liberal se tornó más radical, más crítico, más de vanguardia, más lúdico, más volátil e impredecible, a la vez que menos funcional al orden establecido. Es un discurso que extrema cada vez más su propia lógica modernizante, a costa de seguir siendo meramente instrumental a una hegemonía social tradicional<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> Ver A. Jocelyn-Holt L., "Los Girondinos Chilenos: Una Reinterpretación" en revista *Mapocho*, Nº 29, Primer Semestre (Santiago, 1991), pp. 46-55.

Por último, los cambios económicos de mediados de siglo habrían de complejizar aún más un panorama hasta entonces bastante coherente y sólido. La riqueza minera del norte y del sur, el desarrollo comercial y financiero, y una embrionaria industrialización desdibujarían el carácter comparativamente más monolítico que había predominado hasta entonces en lo económico.

Ahora bien, la elite puede que haya seguido siendo la misma socialmente a pesar de esta creciente complejización, pero es claro que ya no actúa coherentemente. Sectores económicos de esa misma elite pero más vinculados al desarrollo capitalista van a defender una postura cada vez más sectorial. A su vez sectores políticos más progresistas van a extremar un discurso político que ya no pretende representar a toda la elite. Por último, los burócratas van a defender las prerrogativas del ente administrativo que ellos conforman.

De más está decirlo pero esta creciente complejidad y autonomía parcial de elementos no eran sino manifestaciones de una progresiva modernización que comenzaba a desbordar sus propios parámetros de control. De ahí que muy luego tensaran el orden establecido. Las revoluciones de 1851 y de 1859 reflejan ya esta tensión y potencial desborde<sup>13</sup>.

Con todo, se salva este primer presagio de desenfreno. ¿Cómo? Fundamentalmente reconociendo la creciente pluralidad y complejidad que existe e instituyendo mecanismos o espacios donde debían dirimirse los conflictos suscitados por esta progresiva pluralidad. El parlamentarismo sería el mecanismo principal. El parlamentarismo, después de todo, permitía que todos los elementos en juego pudieran expresarse abiertamente y perseguir sus propios objetivos autónomos sin que ninguno contrapesara al otro. La Guerra del Pacífico ayudaría también a sosegar esta proceso de mayor complejización; ofreció una unidad coyuntural en un momento histórico en que los ánimos flaqueaban. Ambos fenómenos —parlamentarismo y guerra— no evitarían que continuara el proceso de complejización pero sí lo harían por un tiempo menos gravitante.

#### "A TRAVÉS DE LA TEMPESTAD": CLÍMAX EN 1891

*Sitía la sombra a Balmaceda...  
Los elegantes jovencitos  
marcan las puertas y una horda  
asalta las casas, arroja  
los pianos desde los balcones.*  
PABLO NERUDA, *Balmaceda de Chile*

El respiro instrumental que proporcionaron el parlamentarismo y la guerra, sin embargo, no duró mucho. El equilibrio que se logró, a partir de 1860, con

<sup>13</sup> Sobre estas "revoluciones" ver Zeitlin, *op cit.*

el parlamentarismo fue exitoso mientras el poder de la elite siguió siendo incuestionado. La elite podía reconocerse como más plural e incluso darse el lujo de considerar al aparato estatal administrativo como un elemento más del juego político, porque aún no aparecía una sociedad más plural y moderna, es decir no aparecía aún una sociedad más amplia con nuevos sectores demandando lo que a juicio de ellos les correspondía. Por último, el aparato administrativo no aparentaba ser un desafío mayor porque de hecho aceptó y se acomodó al esquema instrumental consensualmente aceptado.

En la década del 80, sin embargo, esta situación aún controlable se comienza a escapar de las manos<sup>14</sup>. De hecho se desestabiliza el equilibrio logrado después de la administración de Manuel Montt. En efecto, a la pluralidad de la elite se va a sumar la pluralidad de la sociedad entera, y ésta incluso va a empezar a manifestar demandas sectoriales de grupos sociales nuevos; aparecen, por ejemplo, las primeras asociaciones obreras y se acelera la frecuencia de huelgas hasta culminar con la huelga general de 1890. El Estado a su vez, gracias a la nueva riqueza salitrera, va a comenzar a manejar recursos económicos, por la vía de la recaudación de impuestos, cada vez más cuantiosos. En realidad, el cambio de situación que se produce en la década del 80 hacía aconsejable un replanteamiento general de cómo enfrentar nuevos e imponderables desafíos. Balmaceda a cuyo cargo tenía el aparato administrativo, a mi juicio, se dio cuenta del nuevo contexto. La elite política lo ignoró, o bien, tuvo conciencia pero creyó que ello no requería un nuevo reordenamiento político. De ahí que surgieran dos proposiciones antagónicas respecto al alcance que debía tener el Estado y eso fue lo que precisamente precipitó la crisis y la guerra.

La proposición de Balmaceda era de hecho bastante sencilla, aun cuando falló completamente en convencer a la clase dirigente. A fin de evitar crecientes demandas de una sociedad cada vez más plural y compleja, por qué no utilizar los crecientes recursos del salitre e incentivar un desarrollo de corte nacional amplio. En otras palabras, por qué no reafirmar el Estado y hacerlo el eje del crecimiento y canalizador de la creciente complejidad. Detrás de la política de obras públicas está implícita la idea de un crecimiento económico nacional que vendría a beneficiar a la larga a todos, el "chorreo".

Para ello, sin embargo, se requería terminar con el monopolio salitrero y ampliarlo a todos aquellos que quisieran participar en la explotación del mineral. El desarrollo debía ser más orgánico, involucrar a otros rubros de la producción por lo demás ya existentes. El Estado se seguiría reservando la recaudación tributaria pero no quedaría tan a merced de los intereses de unos pocos productores.

Balmaceda intentó por todos los medios convencer a la elite que aceptara esta proposición. Intentó hacerlo dentro del esquema parlamentarista buscan-

<sup>14</sup> Sobre este período ver Bernardo Subercaseaux S., *Fin de Siglo: La Época de Balmaceda* (Santiago s.f.).



do un consenso o acuerdo general. Intentó también invocar la tradición presidencialista, que de hecho suponía que el Ejecutivo, es decir el aparato administrativo, debía canalizar el proceso. Por último, intentó la dictadura; desde luego, ésta era un recurso supraclassista que dejaba en todo caso intacto la vieja concepción de un Estado dirigista, canalizador de un cambio "desde arriba", con pretensiones nacionales.

La solución planteada por Balmaceda se encuadraba plenamente en la lógica o estrategia ya tradicionales de enfrentar la modernidad, es decir aceptar el cambio sin que ello implicara cuestionar la hegemonía de la elite. Proponía un cambio desde arriba, programático y controlado, no espontáneo o fruto de demandas o presiones, un cambio que significara a lo más beneficios indirectos, amplios, nacionales, es decir beneficios sociales (más educación, más empleo, más crecimiento, mejor transporte, mayor infraestructura), pero sin que ello derivara o exigiera una mayor participación o democracia. En el fondo, proponía profundizar el proceso de modernización sin renunciar a dirigirla desde arriba; postulaba una mayor modernización planteada en términos sociales o nacionales, antes que fuera exigida desde abajo. La proposición de Balmaceda tenía el mérito además de anticiparse a los nuevos tiempos apareciendo vanguardista, adelantado, previsor y civilizado; en otras palabras, la vieja fórmula de anticiparse a lo que era inevitable sin que lo inevitable corriera con colores propios. La vieja fórmula en virtud de la cual se aceptaba una nueva legitimación fundada en mecanismos ideológicos, utópicos, equívocos y programáticos sin que ello implicara una praxis efectiva.

Ahora bien, su proposición que de por sí no era antagónica a los intereses de la elite le exigía a ésta un costo. Esto era posible únicamente si se revertía el proceso ya comenzado con posterioridad al decenio de Montt. El Estado debía volver a ser fuerte. Lo cual significaba dejar sin efecto el acuerdo post 1860. Nuevamente el Estado debía dirigir el proceso de cambio, si es que se quería seguir gozando de la ya tradicional hegemonía.

A mi juicio la elite sencillamente cometió un garrafal y doble error de diagnóstico oponiéndose a la proposición de Balmaceda. En primer lugar, desestimó la creciente complejidad de una sociedad cada vez más moderna. Creyó que ella misma seguía siendo la sociedad. Estimó como todavía factible seguir apoyándose en la mera proyección enmascarada del "pueblo soberano" de que habla F.X. Guerra<sup>15</sup>; pensó que bastaba proyectarse a sí misma, aun cuando oligarquía, como "la sociedad", ignorando de paso que ya existían otros grupos sociales capaces de proyectar por sí solos una conciencia "de" y "para" sí mismos. En segundo lugar, no quiso reconocer que había operado un cambio de contexto de la década del 60 que requería a su vez revisar la actitud frente al aparato administrativo, al Estado propiamente tal. Persistió en la idea de un Estado débil, quizás razonable para las décadas del 60 al 80

<sup>15</sup>Francois-Xavier Guerra, " 'Nosotros Somos el Pueblo' Reflexiones sobre la Modernidad y la Democracia" en *Mapocho* N° 29, Primer Semestre (Santiago, 1991), pp. 56-66.

pero en el fondo suicida en un contexto de una sociedad cada vez más amplia, masificada y capaz de presionar. A consecuencia de lo cual desechó lo que siempre había sido un recurso exitoso para ella: un Estado fuerte que podía proteger y resguardar principalmente sus intereses no obstante presentarse como un Estado cuyo carácter y alcance a la larga eran beneficiosos para la nación toda.

¿Cómo respondió la elite a esta proposición? A mi juicio, desconfió en el rol tutelar del Estado y se atrincheró en una concepción puramente exclusivista de Estado. Se apoderó del Estado a fin de seguir manteniéndolo débil, y lo convirtió en un mero instrumento de clase. De esta manera creyó evitar lo que le parecía una doble amenaza: un Estado fuerte y una sociedad cada vez más plural y exigente. No entendió que lo que quería Balmaceda en el fondo era lo que le convenía a ella, que lo que quería Balmaceda era la única salida todavía posible y previsoramente para seguir como antes. Creyó ver en Balmaceda un tirano, ignorando que en "las naciones civilizadas —al decir de Pedro Balmaceda— el único tirano es el progreso"<sup>16</sup>.

¿A qué se debió este error de cálculo? Uno podría suponer que la elite se volvió reaccionaria. El argumento, para ser franco, no me convence, aun cuando puede haber habido una cierta cuota de temor frente a demandas sociales, que habría que determinar. En todo caso, vuelvo a repetir lo que ya antes he dicho, la elite siempre mostró una tendencia marcada a aceptar cuotas de modernidad mientras no se amenazara el orden establecido, el orden tradicional. Pienso más bien que el error de cálculo fue fruto de haber creído que el ritmo de aceleración del proceso de modernización ya alcanzado no era tan agudo. Pienso también que detrás de la postura que asume la elite el 91 hay una suerte de autoconvecimiento respecto a la efectividad de los medios de control ya logrados.

El esquema establecido con posterioridad a 1860 se construía sobre una base "imaginaria". Se creía haber alcanzado ya un desarrollo suficientemente "civilizado", es decir, moderno, compatible con los requerimientos del momento histórico en que se vivía. Después de todo ¿no era el equilibrio de los poderes, la fiscalización y control del poder administrativo, un propósito de por sí moderno? ¿No se evitaba de este modo cualquier posible desbordamiento, cualquier reversión a esquemas dictatoriales "carismáticos" en un sentido weberiano, y por ende asociales? En efecto, el trayecto ya recorrido —trayecto que a juicio de ellos mismos había sido ganado al autoritarismo estatal— implicaba una victoria frente a la tradición y a la "barbarie". De modo que al insistir en una postura que afirmaba un Estado débil, ellos afirmaban su propio carácter moderno. Ellos eran los modernos, y no los gobiernistas.

En el fondo, lo que se debate el 91 son dos versiones de modernidad, a la vez que dos versiones del estadio histórico de esa modernidad. Es un debate dentro de la modernidad, en un contexto consensual de modernidad. Pienso

<sup>16</sup> Balmaceda Toro, *op cit.*, p. 207.

que estamos frente a un debate dentro de la modernidad que pasa por el filtro ideológico de percibirse como modernos y de ese modo responder al cambio. El riesgo que se corría, sin embargo, era presuponer como válidos los parámetros asumidos, en uno u otro caso, respecto a la naturaleza de dicha modernidad. Una postura supuso que bastaba con una modernidad política, la otra previó una modernidad política-social.

En el fondo, a lo que estoy tratando de apuntar es que en uno u otro caso hay un diagnóstico implícito respecto a la efectividad del control del proceso de cambio ya alcanzado y aún por mantener en el futuro. Claro que en ambos casos, el diagnóstico —en cuanto a su certeza y efectividad eventual— depende no de las lógicas asumidas sino de la congruencia que estas lógicas tienen con el ritmo del proceso mismo de la modernidad. Balmaceda pecó de previsor; previó una complejidad cuyos efectos se harían palpables mucho después, y no suficientemente en el período en cuestión como para suscitar apoyo; la evidencia en que se basaba el diagnóstico oficialista era aún precaria. La elite, a su vez, se confió en los logros ya obtenidos.

En ambos casos, estamos frente a lógicas de cálculo, que implican proyectar concepciones "imaginarias" de la modernidad a fin de constituir, mantener o afianzar la hegemonía. El problema es que paralelamente a estas concepciones "imaginarias" de modernidad existía una modernidad imprevisible y real, de la cual dependería a la larga el éxito o fracaso de las proposiciones "imaginarias" formuladas. El 91 venció la propuesta de la elite porque la complejidad social existente no descartaba seguir pensando en términos de una modernidad meramente política. El que haya vencido esta propuesta, sin embargo, no garantizaba su efectividad futura. *A contrario sensu*, la proposición oficialista pretendía legitimarse en aras de una posible efectividad eventual pero condicionada a un diagnóstico que a lo más prevía efectos futuros.

Ambas posturas en realidad fueron "víctimas" de la modernidad. La posición de la elite lo fue en la medida que su cálculo no suponía una complejidad social creciente. La posición de Balmaceda fue "víctima" de una concepción de "modernidad" política que había dado suficientes frutos ya, en un pasado inmediato.

#### UN DRAMA CON DESENLACE:

"APRÈS NOUS LE DELUGE"

Yo quiero ser una amenaza... Quiero ser amenaza para todos aquellos que permanecen ciegos, sordos y mudos ante las evoluciones del momento histórico presente, sin apreciar las exigencias actuales para la grandeza de este país.

ARTURO ALESSANDRI PALMA, 1920

El triunfo de la elite en 1891 a lo más fue un triunfo pírrico. Planteándose como se planteó la elite perdió la oportunidad de seguir manejando el proceso de modernización, porque la modernidad se aceleró más allá de las previsiones que su concepción de modernidad ya alcanzada suponía. A lo más postergó el desenlace fatal para ella que comenzaría a ocurrir a partir de las décadas del 20 y 30 de este siglo.

En 1891 la elite se atrincheró en un esquema igualmente excluyente que el del pasado, claro que ahora más evidente en sus pretensiones exclusivistas a causa del ritmo mismo que asumió el proceso modernizador. El liberalismo ideológico pasó a ser únicamente representativo de un grupo social y perdió su legitimidad social-nacional. Por último, cundió un cierto ensimismamiento oligárquico que sólo significó sectorializar su hegemonía. En el fondo, todo esto eventualmente condujo a que se terminara por imponer la democracia.

Efectivamente, hacia los años 20 y 30 de este siglo la modernidad impuso su propia solución, porque la elite fue incapaz el 91 de congeniar su visión de la modernidad con lo que efectivamente estaba ocurriendo en la sociedad. De ahí que la modernidad haya terminado por imponer su propia proposición de autolimitación, su peculiar forma de enmascarar su desenfreno: la democracia. Desde luego, la democracia o "gobierno de las mayorías" es un orden legitimante instrumental y neutro, que ofrece ciertamente un reconocimiento más plural de la sociedad moderna, aun cuando pareciera reparar únicamente en la "pluralidad" implícita de la masa<sup>17</sup>. Todo es posible en democracia con tal que se logre la codiciada mayoría o bien se trate de algo que mayoritariamente o masivamente sea sentido como propio. De ahí que resulte más concordante y abarcador de una modernidad más avasallante, masificada y desbordante. De ahí también que no le haya costado mucho esfuerzo reemplazar a un liberalismo ya desgastado y clasista.

¿De qué medios hemos dispuesto en el siglo xx para evitar el desborde creciente de la modernidad? Descartemos de plano la democracia porque en sí misma es un desenfreno; hemos visto ya suficiente durante este siglo la confirmación de este fenómeno. ¿Qué nos queda? ¿El Estado? ¿Los técnicos? ¿Las grandes planificaciones? En el fondo todo apunta a lo que Octavio Paz denomina el "ogro filantrópico"<sup>18</sup>. En otras palabras, en el xx el desborde modernizante sólo ha sido posible controlarlo mediante una máscara de control que oculta un desenfreno mayor: Estado fuerte y legitimación democrática. No hay que sorprenderse, escribo en el amanecer de lo que algunos llaman la postmodernidad, guerra total en contra de todas las totalidades<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> En esto seguimos la visión de "democracia" que se encuentra en A. de Tocqueville, B. Constant, E. Guizot y en general en los llamados "liberales *doctrinaires*"; al respecto ver I. Collins, "Liberalism in Nineteenth-Century Europe" en E.C. Black ed., *European Political History 1815-1870: Aspects of Liberalism* (New York, 1967), pp. 103-127; y Luis Díez del Carril, *El Liberalismo Doctrinario* (Madrid, 1984).

<sup>18</sup> Octavio Paz, *El Ogro Filantrópico* (Barcelona, 1979).

<sup>19</sup> Ver a modo de ejemplo, Jean-François Lyotard, *La Condición Postmoderna* (Madrid, 1986).

Pienso que a este orden de cosas democratizante y estatista, fue lo que, en Chile, al menos, nos condujo la opción que hizo la elite en 1891 y su triunfo. ¿Habían otras opciones? Creo que sí. Quiero creer que sí, aunque intuyo que toda opción que se haga está condicionada a procesos históricos que a la larga escapan toda pretensión previsor o proyectual.

Pero al igual que Balmaceda, quien dejó "abierto" el problema con un tiro en la sien, me quedó con una esperanza que sospecha de sí misma. Hago mío lo que dice Scarlett O'Hara en *Lo que el Viento se Llevó*: "Lo pensaré todo mañana, en Tara. Entonces lo puedo soportar... Después de todo, mañana es otro día".



# Balmaceda y los orígenes del intervencionismo estatal

Rafael Sagredo Baeza

## INTRODUCCIÓN

Para la historiografía tradicional el predominio del liberalismo económico en Chile durante el siglo XIX fue absoluto. Según la misma, luego de la Independencia el libre cambismo se impuso en las políticas y en la realidad económica del país.

Discrepando de esta opinión tan difundida, en 1987 publicamos un libro, en conjunto con Sergio Villalobos, en el cual desvirtuábamos tal concepción, demostrando que durante el pasado siglo fue el proteccionismo económico el que predominó en las políticas económicas aplicadas en Chile<sup>1</sup>.

Todavía más. Hace ya algunos años, en dos trabajos sobre política económica chilena, hemos afirmado que es el pragmatismo proteccionista, vale decir el realismo, el sentido práctico, los hechos concretos, la realidad objetiva, las necesidades del país, etc., la base sobre la cual actuaron los estadistas del siglo XIX, y gran parte de los de la centuria actual<sup>2</sup>.

Desde este punto de vista, más que a las teorías y los principios económicos, los "economistas" adecuaron su acción y sus políticas económicas a la realidad y necesidades peculiares del país, tomando medidas de variado carácter según fueran las circunstancias en que debieron actuar.

El pragmatismo proteccionista es entonces el elemento que da continuidad a las políticas económicas existentes en el Chile republicano, y fruto de él, los cambios que en la concepción sobre el papel del Estado en la economía se han producido desde 1810 en adelante.

En esta visión de largo plazo, tres son, a nuestro juicio, las etapas o momentos en que es posible caracterizar la actuación del Estado en la economía.

Una primera época, la del proteccionismo estatal, se extiende desde la independencia hasta la Guerra del Pacífico. Durante ella, el Estado sólo se limitó a fomentar, proteger y cautelar las actividades productivas nacionales,

<sup>1</sup> SERGIO VILLALOBOS R. y RAFAEL SAGREDO B., *El proteccionismo económico en Chile. Siglo XIX*, Santiago, 1987.

<sup>2</sup> RAFAEL SAGREDO B., *Manuel Rengifo: un proteccionista del siglo XIX*, en *Pensamiento Iberoamericano* N° 14, Madrid, 1988 y *Pragmatismo proteccionista en los orígenes de la república*, en *Historia* N° 24, Santiago, 1989.

utilizando medidas como el alza o baja de los aranceles aduaneros, las exenciones tributarias y los privilegios exclusivos.

Luego de la Guerra del Pacífico, y a consecuencia de la creciente complejidad que adquirió la existencia social del Chile decimonónico, se pasó a la etapa del intervencionismo estatal prolongada hasta la década de 1930. Ella se caracterizó por la creciente influencia de las orientaciones sociales de la economía y con ello una presencia más activa del Estado en el quehacer económico, a través, por ejemplo, de la fijación de precios, el control del sistema monetario, del crédito y del cambio, además del comercio internacional.

Por último, a partir de 1939, se entró en la etapa del Estado empresario, es decir, en la intervención directa del Estado en la creación de empresas públicas y mixtas y en la obtención de recursos financieros para el desarrollo industrial. Lo anterior como consecuencia del cambio de modelo de desarrollo económico que en los años 30 se intentó conscientemente, cambio que sólo sería posible, se creía entonces, si el Estado asumía un papel protagónico en el quehacer económico.

En este trabajo, abordamos la actuación de José Manuel Balmaceda en los orígenes del intervencionismo estatal en la economía, proceso en el que, en nuestra opinión, tuvo un papel destacado como portavoz de la tendencia que, en el largo plazo, se impuso en el país, convirtiendo al Estado en un ente protagónico de la vida económica nacional.

Las ideas económicas de Balmaceda no fueron originales, correspondían a las que entonces circulaban en la sociedad, de donde resulta que su pretendido nacionalismo económico, y el proteccionismo de que hizo gala, no constituían ninguna novedad para sus contemporáneos.

Balmaceda resulta ser un intérprete de la época en que vivió, la del intervencionismo estatal en la economía —pero no cualquier intérprete, sino muy significativo desde el momento que alcanzó la Presidencia de la República— además de representante de la tendencia pragmática y proteccionista que ha dado continuidad al manejo de la economía nacional.

#### BALMACEDA Y LOS PROBLEMAS ECONÓMICOS Y SOCIALES

José Manuel Balmaceda, cuya carrera política se inició en 1868 en el Club de la Reforma, tuvo una temprana preocupación por los temas y asuntos de carácter económico. Ya en 1870, y formando parte de la Cámara de Diputados, pronunció su primer discurso relativo al quehacer económico nacional: *Contribuciones y hacienda pública*.

Desde entonces, la situación de la hacienda pública, la ejecución de obras públicas, la construcción de caminos y de ferrocarriles, la participación del

Estado en la economía, la devaluación monetaria, la industria del salitre, las manufacturas nacionales, la distribución de la riqueza y la suerte de los sectores populares, fueron temas de sus discursos<sup>3</sup>.

Aún en medio del conflicto de 1891, a pocos meses de dejar el poder, y como ejemplo de la importancia que le asignaba, se ocupó del tema económico y social, presentando un proyecto de ley sobre un banco del Estado o nacional, "una de las maneras más eficaces —decía— para fomentar la riqueza y el trabajo; prevenir trastornos económicos, y asegurar contra el agio, y la influencia de unos pocos la vida económica de todas las industrias y del comercio honrado, por la acción y el concurso efectivo de la comunidad"<sup>4</sup>.

Ya fuera como diputado, ministro de Estado y, más tarde, en su calidad de Presidente de la República, Balmaceda representó a través de sus ideas, discursos y quehacer económicos, los planteamientos que prevalecían en su época en materias económicas, coincidiendo en muchos aspectos con los tratadistas, estudiosos y "economistas" que, entre 1862 y fines del pasado siglo, se ocuparon de los asuntos económicos y sociales<sup>5</sup>.

Tal como lo habían hecho sus antecesores en la política y en el poder, Balmaceda pensó y actuó considerando la realidad económica objetiva del país, alejándose de las teorías. De ahí su rechazo al librecambismo, a su juicio, "irreprochable entre estados iguales, con industrias propias —pero— desastrozo entre estados desiguales", y su adhesión al proteccionismo, al que no defiende como "sistema absoluto, por lo mismo que creo que el libre cambio no debe ser entre nosotros un sistema absoluto"<sup>6</sup>.

Siguiendo un criterio práctico, sostuvo: "La ciencia y la experiencia económica prueban, que el acierto será siempre el resultado de la observación bien aplicada, y de la verdad claramente conocida y demostrada", señalando que los problemas sociales y económicos debían resolverse "considerando nuestra propia experiencia, nuestro poder de iniciativa, nuestras aptitudes, la armonía de nuestro progreso"<sup>7</sup>.

<sup>3</sup> Ver la obra *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza y Eduardo Devés Valdés, Santiago, 1991 y 1992.

<sup>4</sup> Ver el mensaje que acompañaba el proyecto de ley sobre el Banco del Estado del 9 de julio de 1891. Cámara de Diputados, *Boletín de Sesiones Ordinarias*, 1891, pp. 344 y 345.

<sup>5</sup> Fueron los escritos y proposiciones de Pedro Félix Vicuña, Mauricio Mena, Domingo Morel, Marcial Martínez y Enrique Salvador Sanfuentes, entre muchos otros, que Balmaceda leyó e hizo suyos, los que, junto a la realidad económica del país, contribuyeron a formar los planteamientos, criterios e ideas económicas que sustentó en diferentes momentos de su vida. Algunos planteamientos de estos autores en *El proteccionismo económico en Chile. Siglo XIX*.

<sup>6</sup> Ver su discurso *Las aspiraciones liberales*, pronunciado el 19 de junio de 1881 en la proclamación de la candidatura presidencial de Domingo Santa María. Sagredo y Devés, obra citada, volumen III, p. 87.

<sup>7</sup> Ver entre otros discursos de Balmaceda, *La ley de presupuesto y el estado económico del país* y *Las aspiraciones liberales*. En *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*. Volumen II, p. 233 y volumen III, p. 87, respectivamente.

## BALMACEDA Y EL ESTADO

Sin duda que uno de los principales méritos del discurso y acción económica de José Manuel Balmaceda fue el de transformar al Estado en un ente económico activo. Para el políptico, "toda actualidad económica interesa, por su propia naturaleza, al gobierno y a los particulares, a la riqueza fiscal y a la individual"<sup>8</sup>.

A lo largo de su carrera política, reiteró una y otra vez la necesidad de que el Estado se ocupara, activamente, de la realidad económica nacional, presentándose diversas coyunturas que contribuyeron a reforzar sus planteamientos. Entre ellas, la situación de crisis económicas, porque atravesó el país en la década de 1870, y, la expansión que experimentaron las rentas fiscales gracias a la riqueza del salitre, a partir de 1880.

Las dificultades económicas, y las consiguientes penurias sociales, crearon un clima que favoreció la adopción de medidas intervencionistas, como una forma de superar la situación. La bonanza fiscal, permitió la inversión en obras públicas, que Balmaceda transformó en un eficaz instrumento de intervención estatal.

Junto con hacer resaltar el papel del Estado en la economía, José Manuel Balmaceda demostró preocupación por lo que llamó intereses del Estado, que identificó con los intereses colectivos, señalando la necesidad de que prevalecieran por sobre los particulares.

Si consideramos que para Balmaceda la actividad pastoril era insuficiente, los cultivos imperfectos y limitados, que la industria fabril recién principiaba, que la minería no prosperaba y que carecíamos de la variedad del trabajo inteligente, de la extensión de los productos fomentados por el rigor colectivo, se comprenderá mejor que sus propósitos se encaminaran a hacer del Estado el principal instrumento del progreso moral, intelectual y material del país, la base del engrandecimiento de la República, el vehículo que conduciría a la nación a mejores y más elevados destinos<sup>9</sup>.

En su concepto, correspondía al Estado suministrar los medios para alcanzar dichos objetivos, y por eso señaló: "procuro que la riqueza fiscal se aplique a la construcción de liceos y escuelas y establecimientos de aplicación de todo género, que mejoren la capacidad intelectual de Chile: y por eso no cesaré de emprender la construcción de vías férreas, de caminos, de puentes, de muelles y de puertos, que faciliten la producción, que estimulen el trabajo, que alienten a los débiles, y que aumenten la savia por donde circula la vitalidad económica de la nación"<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Ver discurso *La ley de presupuesto y el estado económico del país*. Obra citada, volumen II, p. 233.

<sup>9</sup> En múltiples ocasiones y discursos Balmaceda repite los conceptos señalados. Al respecto véanse sus intervenciones en el Congreso Nacional y sus alocuciones como Presidente de la República. *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*. Santiago, 1991 y 1992.

<sup>10</sup> *La obra del gobierno*. Discurso de José Manuel Balmaceda en el banquete que la ciudad

Para Balmaceda, materializado el programa liberal, y alcanzada la libertad civil, religiosa y política, la obra del momento era ilustrar al pueblo y enriquecerlo, ahí estaba el porvenir y la grandeza de Chile, a ella consagró todas sus energías y hacia ella dirigió su gobierno, ejerciendo el poder en plenitud, en contra de la tendencia política de los tiempos, pero encauzando al Estado en favor de la corriente económica moderna, lo cual, evidentemente, provocó conflictos y crisis.

Si bien Balmaceda transformó al Estado en un ente económico activo, estuvo lejos del estatismo. Por el contrario, sus planteamientos en esta materia son fruto de una evolución en la que tiene gran importancia las circunstancias en que ejerció el poder.

Hasta 1882, sostuvo que el Estado sólo debía ejecutar aquellas obras poco productivas, pero de interés público, que no interesaban a los particulares. "El Estado, argumentó, es un mal empresario y mal industrial y sólo debe tomar por su cuenta aquellas obras de reconocida utilidad para el progreso de la nación, pero que como negocio no conviene a los particulares y por tanto no las aceptan"<sup>11</sup>.

Para él, la vocación liberal de los gobiernos debía "limitarse a garantizar la propiedad y la libertad", no olvidando "que la tendencia de encargarlo todo al Estado no puede ser sino sumamente inconveniente". Estos conceptos, sin embargo, no le impidieron, a partir de 1882, sostener la necesidad de que el Estado auxiliara a aquellas actividades y regiones decaídas u olvidadas.

Partiendo del supuesto de "que todo aquello que afecta al movimiento industrial del país no puede ser sino muy interesante para el gobierno", Balmaceda comprometió la participación directa del Estado en múltiples iniciativas, llevándolo por caminos que hasta entonces apenas si había recorrido, señalando, en 1889, que había llegado el momento de poner la fortuna pública al lado de aquellas actividades que atravesaban por dificultades, si con ello se conseguía mantener las fuentes productivas de la nación.

Entre los instrumentos que Balmaceda propuso para hacer más activa la acción del Estado en la economía, destacan sus ideas sobre expropiación de terrenos en casos de utilidad pública, control de precios, del cambio y de la emisión, además de las medidas que ya venían utilizándose a lo largo del siglo XIX como los aranceles aduaneros y las leyes de exenciones tributarias y de privilegios exclusivos.

Pero sin duda que fueron las obras públicas, y concretamente la ejecución de vías férreas, la forma directa que empleó para hacer del Estado un actor económico protagonista. En este sentido, su concepción sobre los ferrocarriles,

---

de La Serena celebró en su honor el 22 de marzo de 1889, en *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*. Volumen III, p. 199.

<sup>11</sup> Ver, como ejemplo de lo que sostenemos, sus intervenciones del 20 de diciembre de 1872, en la Cámara de Diputados y del 26 de diciembre de 1882 en la Cámara de Senadores.



la importancia que les atribuyó, y las nociones que manejó sobre la propiedad estatal de los mismos, resultan las más interesantes y novedosas.

Para Balmaceda, el Estado, además, debía propender a lo que llamó justicia distributiva, uno de cuyos elementos fundamentales era la descentralización de la riqueza, entendida como la realización de obras útiles en todas las provincias y regiones del país, especialmente vías férreas, establecimientos educacionales, cárceles, edificios públicos, caminos y puentes<sup>12</sup>.

La misma preocupación estuvo tras de su proyecto de banco del Estado, consagrado, no sólo al fomento del progreso, sino también, a la "equitativa distribución de la riqueza".

Otro elemento que contribuyó a hacer más activa la presencia del Estado en la vida económica nacional fue la situación creada por la precaria realidad sanitaria del país.

Al respecto, Balmaceda sostuvo la necesidad de que el Estado ejecutara obras de alcantarillado, y algunas adelantó él en su gobierno; luchó también por la vacunación obligatoria y general, "a los pobres es preciso salvarlos por la fuerza" señaló; propuso una farmoteca nacional y creó organismos públicos de salud que hicieron partícipe al Estado de realidades que hasta entonces eran propias de la vida privada, pero que a consecuencia de la evolución y progreso del país, exigieron la participación de los poderes públicos, ampliando la esfera de acción del Estado<sup>13</sup>.

Por último, Balmaceda en su afán por cambiar el papel del Estado en la economía viajó frecuentemente a provincias, como nunca antes —y hasta mucho después tampoco— lo había hecho y lo hizo algún primer mandatario. A través de sus frecuentes desplazamientos y giras presidenciales, no sólo inauguró una nueva forma de hacer política, más directa, de mayor contacto con el pueblo, sino que además, contribuyó a hacer del Estado, a través del

<sup>12</sup> En un discurso pronunciado en Victoria, el 2 de octubre de 1890, se refirió con detención al tema de la descentralización económica del país, señalando: "Desde antes que llegara a La Moneda, veníamos pidiendo la descentralización del gobierno en Chile. Yo he procurado la descentralización política y administrativa; pero la descentralización que inicié como Ministro y que he consumado como Presidente, es la descentralización de la riqueza nacional.

Yo he derramado los tesoros de Chile en todo Chile, y he concluido con aquella política, según la cual el centro era el principio y el fin, el todo, y las extremidades de la República regiones tributarias de la capital y sus alrededores".

En nuestra opinión, no estaba lejos de la realidad al hacer tal afirmación. Basta revisar la gran cantidad de obras públicas, especialmente vías férreas, que impulsó e inauguró entre 1870 y 1890.

Información sobre las realizaciones materiales llevadas a cabo durante su gobierno en la memoria de Fernando Yermán Luckeheid: *Las obras públicas en las administraciones Santa María y Balmaceda*. Universidad Católica de Chile. Escuela de Derecho. Santiago, 1968. Ver también *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*. Volumen III.

<sup>13</sup> Sobre el tema de la salud pública en la época de Balmaceda, véase la obra de María Angélica Illanes *Historia del movimiento social y de la salud pública en Chile*. Primer documento de trabajo. Santiago, 1989.

Presidente de la República, un actor protagónico de la vida económica nacional<sup>14</sup>.

### BALMACEDA, LAS OBRAS PÚBLICAS Y LOS FERROCARRILES

La preocupación de Balmaceda por las obras públicas en general y los ferrocarriles en particular, presente a lo largo de su trayectoria pública, se manifestó tempranamente en su carrera política<sup>15</sup>.

En su concepto, el gobierno debía ser el más interesado en la ejecución de caminos, ferrocarriles, puertos, diques, edificios, alcantarillados y otra serie de construcciones, puesto que las mismas redundaban en beneficios para el país y representaban obras de poder y de previsión para el bienestar de la nación.

A su juicio, la inversión del Estado en obras públicas constituía una acción de provecho, de ensanchamiento de la riqueza pública y, por tanto, base de la riqueza particular, sin perjuicio de que muchas de ellas representaban un interés público, desde el momento en que beneficiarían a diversas poblaciones o sectores de la sociedad, que de otra manera se verían postergados. De ahí también su defensa de la creación de una repartición estatal que permitiera cautelar la correcta inversión de los fondos fiscales<sup>16</sup>.

Correspondía al Estado, según Balmaceda, llevar adelante la tarea de crear la infraestructura necesaria para el desarrollo económico del país, de ahí su constante empeño por promover la realización de obras materiales y la extraordinaria proliferación de las mismas durante su mandato presidencial.

Entre las obras públicas que debían llevarse a cabo, las vías férreas eran, para el político, las más significativas. Ellas constituían el impulso fundamental, un elemento de riqueza nacional y un medio para ensanchar la producción del país, de ahí el empeño que como parlamentario, ministro y Presidente de la República mostró en promover la construcción de líneas férreas a lo largo y ancho del territorio.

Para Balmaceda, el ferrocarril era "la más maravillosa creación del siglo", puesto que ninguna "tiene un poder más vasto, más removedor y más intenso".

<sup>14</sup> Respecto de las giras presidenciales de Balmaceda naturalmente que aún queda mucho por decir y concluir. El tema es objeto de un estudio que estamos preparando y es a partir de él que afirmamos lo arriba expuesto.

<sup>15</sup> Ver su discurso *Inversión en ferrocarriles*, pronunciado en la Cámara de Diputados el 7 de agosto de 1873, en *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, volumen I, p. 99.

<sup>16</sup> El notable incremento de los recursos destinados a obras públicas luego de la Guerra del Pacífico, así como los problemas que surgieron en su realización, llevaron al gobierno de Santa María a la creación de una oficina que dirigiera "científicamente", con personal adecuado, la ejecución de las obras públicas que el Estado emprendería. Correspondió a Balmaceda la defensa de la nueva repartición ante el Congreso Nacional el año 1884, así como a su gobierno la transformación de esa Dirección en Ministerio de Obras Públicas en 1887.

El riel, afirmó, "es el agente mudo pero más activo de la civilización moderna", gracias a él se abren nuevas fuentes de riqueza, se da vida a territorios abandonados y se propaga la cultura, el trabajo y la riqueza pública y particular<sup>17</sup>.

En el caso de Chile, Balmaceda sostuvo que el ferrocarril tenía como objetivos: dar facilidades al pronto acarreo de los productos del interior, estimular la producción agrícola, minera e industrial, fomentar el comercio, desarrollar el trabajo, satisfacer el interés público y valorar la propiedad.

Especial vigor puso en la construcción del ferrocarril central, el que a su juicio, era "como el dorso en el cuerpo humano, se extiende en la parte más importante del territorio de la República, comunicando su vigor y su savia al comercio", abriendo nuevas fuentes de riqueza.

Al Estado correspondía, en su opinión, la ejecución de las redes ferroviarias; en 1887 afirmó: "Ha llegado, pues, el momento de aplicar la atención de los poderes públicos y las fuerzas económicas del Estado a la construcción de líneas férreas que son una verdadera necesidad nacional"<sup>18</sup>.

Las razones que aconsejaban, según Balmaceda, aplicar las fuerzas del Estado a la prolongación de las líneas ferroviarias eran variadas. Algunas se relacionaban con la defensa del territorio, otras con el bienestar de la comunidad, pero, la mayoría con el hecho de constituir las líneas férreas "la protección más eficaz que puede prestarse a la industria del país". Con ellas agregaba, "se aumenta el valor de la propiedad particular, se transforman los elementos y brazos de acarreo en fuerza de producción directa, se ensancha la producción y el crédito, se extiende el capital concentrado en los grandes centros de actividad comercial, se acrecienta la riqueza fiscal y se obtiene un progreso tan completo como es posible realizarlo en las condiciones de nuestra presente vida nacional"<sup>19</sup>.

Por último, para Balmaceda los ferrocarriles constituían obras reproductivas, de previsión, una inversión destinada a aumentar y fortificar el crédito del Estado, a ellos estaban ligados todos los problemas económicos del porvenir de Chile y sólo por ellos el país recuperaría su balanza comercial perdida, de ahí su aspiración, expresada en 1889, de "que Chile sea dueño de todos los ferrocarriles que crucen su territorio"<sup>20</sup>.

Los conceptos de Balmaceda, en materia de propiedad ferroviaria, son fruto de una evolución. Como Ministro del Interior de Santa María, había sostenido que el Estado sólo debía ejecutar aquellas líneas férreas que la

<sup>17</sup> El entusiasmo de Balmaceda por los ferrocarriles queda de manifiesto no sólo en el impulso que les dio, especialmente mientras estuvo en el poder, y el conocimiento que tenía de los mismos, también, en la gran cantidad de discursos que pronunció refiriéndose a ellos y a su importancia. Ver *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía. Volumen III*.

<sup>18</sup> Ver mensaje del proyecto de ley sobre construcción de ferrocarriles. 20 de agosto de 1887.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

<sup>20</sup> Ver el discurso del Presidente Balmaceda pronunciado en el banquete con que fue festejado a su llegada a Iquique el 7 de marzo de 1889. En *Discurso de José Manuel Balmaceda. Iconografía. Volumen III*, p. 185.

iniciativa particular no estaba en condiciones de construir o que el bien de la comunidad lo aconsejase. Más tarde, próximo a ejercer la presidencia, y acercándose a su posición de 1889, señalaría que el concurso de los particulares en la construcción de ferrocarriles era ventajoso y universalmente aceptado; por último, aspira a la propiedad estatal del ferrocarril.

Esta evolución, es consecuencia de la importancia que para Balmaceda tiene la acción del Estado en la economía. Si la vía férrea es para él la base sobre la cual se levantará el poderío económico nacional, ella debe pertenecer al Estado, el principal agente económico, el único capaz de cautelar los intereses de toda la sociedad.

Dado el significado que Balmaceda le otorga a los ferrocarriles, su control, por parte del Estado, constituye la principal forma de intervención estatal en la economía entonces existente. La construcción de una vía férrea estatal se convierte así, en una medida de fomento, de estímulo, para la actividad económica. Se transforma en el instrumento de política económica más eficiente y directo de que el Estado dispone para actuar en la vida económica de la nación.

Por eso es que Balmaceda propuso como solución para sacar de su postración a la industria carbonífera de Arauco y dar vida y fomentar el desarrollo de la industria minera de Antofagasta, la construcción de ferrocarriles. El mismo remedio aconsejó para mejorar las producciones de diferentes regiones del país, sacar de su postración a provincias olvidadas, desarrollar la industria y el trabajo y fomentar el comercio interno y externo, puesto que para él, "los ferrocarriles son estímulo vigorosísimo para la industria y la riqueza nacional, un valor que está llamado a aumentar y fortificar el crédito del Estado", de ahí la conveniencia de construirlos.

En el contexto señalado, la construcción del viaducto del Malleco se transformó así en un símbolo de la iniciativa industrial, el poder de la ciencia y el capital, del arte y del trabajo de Chile. El puente representa la culminación de la obra material en que Balmaceda se hallaba empeñado y para él, un grandioso monumento del saber y del trabajo, que "marcará a las generaciones venideras la época en que los chilenos sacudieron su tradicional timidez y apatía y emprendieron la obra de un nuevo y sólido engrandecimiento"<sup>21</sup>.

#### BALMACEDA Y LA INDUSTRIA

La situación y el porvenir de la industria nacional constituyeron para Balmaceda una de sus principales preocupaciones como político. Frecuentemente se refirió a la necesidad de crear industrias y obras reproductivas.

<sup>21</sup> Ver el discurso de Balmaceda en la ceremonia de inauguración del Viaducto del Malleco. Collipulli, 26 de octubre de 1890. En *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*. Volumen III, p. 223.

La industria "era ciencia, que es perfección productora, que es aumento del trabajo humano, que extiende la riqueza y la fecunda, sembrando bienestar", por eso, "necesitamos la industria", para no ir "a elaborar a tres mil leguas de distancia, los productos que necesitamos, que podemos elaborar con provecho bajo el cielo de la patria"<sup>22</sup>.

Su visión de la industria nacional era crítica. En su concepto, el país estaba lejos de haber desarrollado todo su poder de producción, resultando que la industria fabril era débil e incierta, entre otras cosas, por la desconfianza del capital y por "nuestra común resistencia para abrir y utilizar sus corrientes benéficas".

Aspiraba no sólo a la extensión de la capacidad industrial, también a la creación de medios de producción más extensos, variados y complejos que los existentes.

Había llegado el momento, durante su mandato, "de emprender la obra de nuestra organización industrial y de nuestra regeneración económica con el conocimiento claro y distinto de la gran jornada que necesitamos recorrer, para dar un testimonio nacional de lo que somos capaces y de lo que podemos como concepción intelectual que crea y como habilidad práctica que ejecuta"<sup>23</sup>.

Su objetivo era que el país llegase a vestirse por sí mismo, por su propio poder de industria y producción, esa sería, "la más grande de las conquistas sociales y económicas que Chile puede emprender", y hacia ella debían dirigirse los esfuerzos de la nación. "Principiemos —propuso— con prudencia, sin precipitaciones, sin estrechez de alma, pero principiemos, porque esta es la labor más honrosa para el Estado, y sin duda la más útil para las clases obreras de la República".

Propuso otorgar "protección decidida a todas las industrias que tengan por objeto elaborar nuestros propios productos y cierta protección a las industrias que elaboren productos extraños, pero de primera necesidad y gran consumo nacional", enfatizando la necesidad de que el Estado, conservando el nivel de sus rentas y de sus gastos, dispusiera una "porción de su riqueza a la protección de la industria nacional, sosteniéndola y alimentándola en sus primeras pruebas".

Pero no sólo el Estado debía contribuir con su capital y sus leyes económicas, al progreso industrial, todos; sostuvo Balmaceda, individual o colectivamente, debían concurrir a producir más y mejor, a consumir lo que se producía, sólo así "una savia más fecunda circulará por el organismo industrial de la República, y un mayor grado de riqueza y de bienestar nos dará la

<sup>22</sup> Ver discurso *Las aspiraciones liberales*, pronunciado el 19 de junio de 1881. *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, volumen III, p. 87 en adelante.

<sup>23</sup> *Chile y su organización industrial*, discurso pronunciado el 25 de noviembre de 1888 en la apertura de la Exposición Nacional de aquel año. *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, volumen III, p. 173 en adelante.



posesión de este bien supremo del pueblo trabajador y honrado: vivir y vestirse por nosotros mismo”<sup>24</sup>.

En este contexto, la organización industrial del país representaba una verdadera regeneración económica. Significaba contemplar los intereses presentes y futuros de la nación, marcar el derrotero a seguir, una obra de previsión, “para que en el momento en que el salitre se agote o se menoscabe su importancia por descubrimientos naturales o los progresos de la ciencia, hayamos formado la industria nacional y creado con ella y los ferrocarriles del Estado la base de nuevas rentas y de una positiva grandeza”<sup>25</sup>.

### CONCLUSIÓN

José Manuel Balmaceda mostró una preocupación permanente por los asuntos económicos. Así queda demostrado al revisar los numerosos discursos que pronunció sobre estos temas y las acciones que fomentó y ejecutó a lo largo de su vida, tanto en el ámbito privado como público<sup>26</sup>.

Sus ideas económicas, corresponden a los planteamientos predominantes en la época en que vivió, es decir, proteccionistas e intervencionistas y por tanto reveladoras de la intención de una mayor participación del Estado en el quehacer económico de la nación, para lo cual propuso y desarrolló diferentes formas de intervención estatal en la economía.

Desde este punto de vista, Balmaceda transformó al Estado en un protagonista del quehacer económico nacional, no sólo a través de su discurso, sino principalmente por los cuantiosos recursos que el Estado invirtió en obras públicas durante su permanencia en el poder.

De esta manera, el pensamiento y la acción económica de Balmaceda representan, en el largo plazo, los orígenes del intervencionismo estatal en la economía a través de conceptos como los de la economía social y el papel redistributivo del Estado, y medidas como el manejo del cambio y el control de precios y, sobre todo, su ambicioso plan de obras públicas.

Por último, José Manuel Balmaceda representa al político moderno, “soy hombre de mi tiempo —dijo— y me debo a los legítimos anhelos de mis conciudadanos. Sus deseos pueden condensarse en dos palabras: la instrucción y el fomento de la industria nacional”.

<sup>24</sup> *Programa del candidato de la Convención*, discurso de José Manuel Balmaceda en la gran convención liberal, nacional, radical que lo proclamó candidato a la Presidencia de la República en Valparaíso el 17 de enero de 1886. *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, volumen III, p. 139 en adelante.

<sup>25</sup> *La industria salitrera*, discurso del Presidente de la República en el banquete con que fue festejado a su llegada a Iquique el 7 de marzo de 1889. *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, volumen III, p. 185 en adelante.

<sup>26</sup> La historiografía que se ha referido a las ideas económicas de Balmaceda, ignoró gran parte de los discursos de carácter económico que el político pronunció antes y después de su acceso al poder.

Pertenece, y él lo sabe, a un mundo en el que "las fuerzas expansivas del progreso moderno han derribado muchas fronteras, han vencido las zozobras de la ignorancia" y en el que "la ciencia y la industria moderna tienen un poder de creación capaz de someter todos los elementos de la naturaleza a su sabiduría y a su imperio"<sup>27</sup>.

Resulta así, que la época de Balmaceda, y éste como estadista, son el antecedente inmediato del Estado moderno, es decir, de un Estado cuya preocupación fundamental son los asuntos económicos y sociales; en palabras de José Manuel Balmaceda, un Estado que, cumpliendo su misión, "lleva en su seno los gérmenes y las fuerzas expansivas de una acción ilimitada".

<sup>27</sup> Ver los discursos pronunciados por Balmaceda en Curicó el 16 de octubre de 1888, en Los Andes el 5 de abril de 1889, y en Collipulli el 26 de octubre de 1890. En *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, volumen III, pp. 171, 203 y 223, respectivamente.

## La profesionalización del ejército y su conversión en un sector innovador hacia comienzos del siglo xx

Luis Barros Lezaeta

Los avatares de la Guerra del Pacífico dejaron de manifiesto la necesidad de contar con un ejército profesional. La duración del conflicto y los reveses sufridos demostraron que la guerra ponía en juego no sólo el vigor físico y el espíritu patriótico, sino también otra serie de consideraciones técnicas. La experiencia del 79 redefinió la guerra como una empresa donde cabía discernir los medios y las alternativas más adecuadas de defensa y ataque. Ello suponía múltiples conocimientos y criterios de organización, planificación y contabilidad de recursos, vale decir, elementos por entero ausentes en la formación tradicional de la oficialidad chilena. Cabe citar la opinión de un futuro general de la época sosteniendo que la derrota se evitó "porque teníamos al frente un enemigo flojo y tan mal preparado como nosotros"<sup>1</sup>. De allí que la educación profesional de nuestros militares fuese imprescindible, sobre todo después de una victoria que presagiaba pertinaces problemas de frontera.

No corresponde investigar aquí las razones que se tuvieron para encomendar la profesionalización del Ejército a manos alemanas. De hecho el gobierno chileno contrató en 1885 al capitán Emil Körner como instructor de la Escuela Militar. Diez años después, a fines de septiembre de 1895, llegaron a Chile treinta y siete oficiales alemanes. Venían contratados como instructores de nuestro ejército y por el plazo de dos años. Dieciocho de estos oficiales fueron destinados a la Escuela Militar cuya dirección fue asumida por el mayor Von Bieberstein. El resto de los oficiales alemanes se repartió entre la Academia de Guerra y la Escuela de Clases, ambas creadas a proposición de Körner en 1886 y 1887, respectivamente. Varios de estos oficiales prolongaron su estada en Chile y otros llegaron a reemplazar a quienes regresaron a Alemania, manteniéndose así por años la presencia germana en nuestro ejército. Junto con la llegada masiva de instructores extranjeros, se dotó al ejército con armamento y equipo de lo más moderno, todo ello importado de Alemania, y se inició el envío de oficiales chilenos a instruirse en el ejército alemán, política que continuará hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.

La influencia alemana, más exactamente prusiana, se hizo sentir de inmediato. Se reformaron radicalmente los planes de estudio y los métodos de enseñanza de la Escuela Militar. Los cursos inferiores enfatizaron la formación en ciencias naturales y matemáticas, instruyendo, además, en historia y geografía, idiomas —francés y alemán— y dibujo técnico. Los últimos años se

<sup>1</sup> Mayor Tobías Barros Merino, *La vida militar en Alemania*. Imprenta Mejía, Santiago, 1897.

anuda intenciones a cursos de acción metódicamente calculados. Estratega y táctico de tiempo completo, el buen militar erige los principios de una racionalidad pragmática en modelo de su actividad. De hecho un joven teniente chileno, enviado a proseguir estudios en Alemania, admira cómo allá "no se hace nada sin un plan fijo de trabajo, elaborado con todo cuidado y estudiado en todos los detalles que sea posible, mirando siempre para el porvenir y no para satisfacer las necesidades del momento"<sup>3</sup>.

El concepto de disciplina que inculcan los instructores alemanes no es el de obediencia ciega ni el de represión de la voluntad propia frente al mandato del superior. Muy por el contrario, impártese la llamada disciplina activa que aboga por la libre iniciativa del subordinado frente a cómo cumplir las órdenes del superior. Al jefe le basta comunicar sus intenciones, indicando simplemente el fin perseguido; al subordinado le corresponde decidir, con entera autonomía, los recursos y el modo de lograr la meta propuesta. Mandar es fijar firmemente ciertos objetivos y no señalar de pe a pa lo que ha de hacerse. Acatar una orden no significa entonces ejecutar mecánicamente las instrucciones del jefe. Obedecer implica asumir como propias las intenciones del superior y decidir con plena independencia los detalles de su realización. De allí la importancia de estimular una actitud reflexiva y de impartir, a través del hábito del estudio, el mayor acopio de información teórica y técnica. Sólo así se convierte al oficial en lo que debe ser: un programador eficaz de actividades.

La disciplina activa, y sus principios de acción planificada, no son cuestión de mero adoctrinamiento. Obviamente que ella se reitera a través de discursos, charlas, conferencias y lecturas y que la palabra acaba por convencer de las bondades de la iniciativa razonada. Pero tanto o más eficaz que el discurso resulta la experiencia cotidiana del cuartel. Desde sus inicios como cadete, el futuro oficial ingresa a un mundo donde poco o nada se deja a la improvisación y mucho menos al capricho, un mundo en que lo medular es salir adelante con los deberes que impone la institución, un mundo donde el tiempo es transcurso programado de actividades. Horarios estrictos y tareas que se exige cumplir ahora y no mañana, van moldeando un actuar metódico. La enseñanza de los primeros años, con sus cinco horas semanales de matemáticas con el profesor Poenisch y sus cuatro horas de ciencias naturales con el profesor Wilghardt, orienta a la exactitud. El trabajo en los gabinetes de física y de química refuerza lo anterior, ilustrando además que teoría y práctica van del brazo. Entre los cursos de formación propiamente militar, el ramo de Táctica enseña a calcular el movimiento de tropas según un cúmulo de factores y el texto que guía este curso —"Problemas para la instrucción táctica de las tropas y operaciones militares" del coronel Hans Bertling— resulta un modelo acabado de planificación racional. Los cursos de balística reiteran el afán de

<sup>3</sup> Teniente Marcial Urrutia, *La futura organización de nuestra artillería de campaña*. Memorial del Estado Mayor General del Ejército de Chile, año de 1911.

precisión, demostrando, una vez más, que dar en el blanco implica siempre una actividad debidamente calculada. Y tanta es la convicción de que el militar debe ser un programador de actividades, que su instrucción en tal sentido llega a considerarse algo de nunca acabar. De hecho, la oficialidad compite permanentemente por cursar estudios en el extranjero, por acceder a la Academia de Guerra, por calificarse como ingeniero militar, por lograr la calidad de experto en la fabricación y el uso de armamentos o en telecomunicaciones. Producto típico de esta formación es alguien como el mayor Ortiz Wormald, quien en entrevista dada al diario "El Mercurio" en mayo de 1912, afirma: "Yo soy de los que creen que debe haber programa para todo: programa para el progreso material, programa para el progreso intelectual, programa para el progreso moral, en una palabra, programa para el trabajo"<sup>4</sup>.

Este peculiar activismo a la prusiana sintetiza, en el plano ideal, en el llamado carácter, tenido como la virtud máxima a que debe aspirar el buen soldado. ¿A qué apunta este carácter? Un buen alumno de la escuela prusiana, el entonces teniente coronel Ernesto Medina, lo define como "la voluntad completamente formada, la voluntad templada en el ejercicio constante del deber y que decide la acción"<sup>5</sup>. El carácter descansa sobre una base triangular cuyos vértices son el deber, la iniciativa y la inteligencia. El sentimiento del deber entraña la identificación absoluta del sujeto con las metas y propósitos de la institución. Y cabe no sólo asumir la institución como propia, sino reconocer también en ella una instancia moralmente superior y por completo ajena a ambiciones e intereses personales. Nada más enaltecedor que la institución, puesto que ella encarna el bien de la Patria, los intereses colectivos de todo un pueblo. El mismo teniente coronel Medina afirma que "El ejército ha dejado de ser parte de su propio ser para convertirse en órgano de la Nación y como órgano de la Nación, y del Estado que la expresa políticamente, el ejército tiene la misión más noble: tiene el encargo de asegurar la incolumidad y la integridad interna y externa de la sociedad y de concurrir a su engrandecimiento moral y material"<sup>6</sup>. De allí el imperativo de sacrificar la propia persona en aras del bien institucional. De allí el espíritu de servicio a la comunidad que debe animar al buen soldado. Otro militar, el capitán Domingo Terán, dirá que "El deber es un sentimiento esencialmente altruista que procede del deseo de ser útil al mayor número y de concurrir al fin común"<sup>7</sup>.

Mas, de poco sirve el sentimiento del deber si no va acompañado de la firme voluntad de actuar en pos de sus mandatos. Sería estéril conformarse

<sup>4</sup> Mayor Ortiz Wormald, *Ley de Reclutas y Reemplazos*. Diario "El Mercurio", Santiago, edición del 12 de mayo de 1912.

<sup>5</sup> Teniente coronel Ernesto Medina, *El problema militar del Chile*. Memorial del Estado Mayor del Ejército de Chile, año de 1913.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> Capitán Domingo Terán, *La iniciativa como principio militar a través de la historia y de nuestros reglamentos*. Memorial del Estado Mayor General del Ejército de Chile, año de 1916.



con una suerte de letanía de deberes. Los ideales están para dar frutos, para convertirlos en realidades, para definir problemas que requieren de solución práctica. El sentido del deber supone, en consecuencia, la energía y el entusiasmo del hombre de acción. Nada más opuesto al deber que la indolencia, la abulia, la indecisión. De allí el valor de la iniciativa como fundamento del carácter militar.

Pero así como la iniciativa no puede estar al servicio de la realización de propósitos o empresas personales, ella tampoco puede obrar al imperio del capricho o del mero impulso. La iniciativa, aquella que forma parte del carácter, debe ser siempre inteligente. El celo por el cumplimiento del deber y el espíritu de trabajo ha de iluminarles la razón, vale decir, corresponde actuar debidamente informado y al influjo de una calculada reflexión. Se requiere, por consiguiente, de una preparación y de una actitud científico-técnica sólida, cosa de aprovechar y discernir acerca de los enormes avances en la producción de instrumentos eficaces para la acción. He aquí lo substantivo de la virtud del carácter, ideal que aguijonea el espíritu de los militares a la prusiana.

La motivación del buen militar para caminar en pos de la virtud del carácter y para cumplir con los deberes que impone la disciplina activa, ciméntase en la fe patriótica. Pero el ideal patriótico significa mucho más que el tradicional apego al terruño o el gusto romántico por los usos y costumbres del país. Bajo influjos que no es del caso dilucidar aquí, la escuela prusiana ha explicitado una auténtica metafísica de la Patria. Ésta, definida ahora con rigor doctrinario como la Nación, apunta a una realidad tenida como espiritual y de naturaleza trascendente. De allí la dificultad para hablar de ella con precisión y que se la nombre más bien metafóricamente. La Nación es el crisol donde fragua el alma colectiva de un pueblo; es la fuente original de donde manan las aguas que fecundan la tierra y a los hijos de esa tierra; es la chispa que enciende el fuego de una raza. Ella distingue la fisonomía moral de un pueblo, alentando sus virtudes y fijando como destino la exaltación de esas mismas virtudes. La Nación convierte a los miembros de su estirpe en una comunidad de hombres hermanados por un origen y un sino compartidos. Corresponde entonces que todos se reconozcan en ella y escriban juntos una historia cuya intención no puede ser otra que la de hacer fructificar los talentos y aptitudes con que la Nación ha querido señalar a sus hijos. La Nación es un deber ser, únicamente que sirviéndola se está sirviendo lo mejor de uno mismo, puesto que su inspiración es la posibilidad máxima de un pueblo y que sus designios agotan toda grandeza. Sólo ella confiere identidad y hace la unión, sólo ella vuelca a los hombres en un tiempo imperecedero sin solución de continuidad entre las generaciones.

Desde los ideales de la Patria la sociedad no puede concebirse como un pacto acordado por la voluntad histórica de los hombres ni, mucho menos, como la dominación de unos sobre otros en pos de intereses particulares. Para la metafísica de la Patria la sociedad corresponde a la comunidad nacional. Todos sus miembros han de identificarse con lo que hay de más profundo

y auténtico en el alma colectiva de la raza, representándose el bien común de la Nación como la tarea colectiva que han de realizar. "Al pie del pabellón nacional todos se confunden, todos son iguales, todos tienen los mismos derechos y los mismos deberes que cumplir, porque todos se hallan ennoblecidos por la religión del deber hacia la Patria". He aquí la expresión de una revista militar de la época<sup>8</sup>.

Premunidos de estas definiciones, los militares educados a la prusiana extrapolarán al orden social el mismo principio de jerarquía que organiza la vida en el cuartel. La verticalidad en el mando es, sin duda, el eje en torno al cual se construye el ámbito militar. Acaso este principio haya actuado desde siempre y esté presente en las formas más variadas de organización militar. Pero nadie ha definido lo jerárquico con mayor vigor que el ejército prusiano y nadie, como los alemanes, ha sabido cimentarlo doctrinariamente. El ejército es, sobre todo, una unidad espiritual, allí donde la Nación alienta y encarna de manera predilecta. Sus miembros están hermanados por el amor a la madre común y el deber de servirla. Todos, desde el más encumbrado hasta el más humilde, deben jurar el sacrificio de sí mismo en aras de la seguridad, la armonía y la grandeza de la Patria. Todos, al menos idealmente, están obligados a reprimir la voluntad propia y a someterse a los propósitos del bien común de la Nación. En este contexto mandar no significa torcer voluntades en pos de impulsos o de intereses personales, así como obedecer tampoco significa sucumbir al dominio de otro. Tanto el que manda, como el que obedece, es igualmente servidor y responsable de la Patria. De allí que para todos se predique la disciplina en el cumplimiento del deber. Si en el ejército, encarnación exaltada de la Patria, existe una jerarquía es simplemente por analogía con lo que sucede en todo organismo superior donde distínguese la cabeza del tronco y de las extremidades. Y mal podría sostenerse que la cabeza manda tronco y extremidades para su propia satisfacción, puesto que cada miembro del organismo sirve conjuntamente el propósito único de mantener y desarrollar la vida. Sólo que la cabeza discierne mejor que los pies qué ha de realizarse en pos de la vida. Cosa similar sucedería en el ejército cuyas autoridades fijarían las metas de la institución y cuyos subalternos asumirían el deber disciplinado de llevarlos a cabo, todos mancomunados por el mismo espíritu de servicio a la Patria. La jerarquía militar sería pues una concatenación de deberes discriminados funcionalmente, pero en el ámbito de una absoluta unidad moral y de fe. Nada más ajeno a esta concepción de jerarquía que los privilegios de unos y la servidumbre de otros. Nada más ajeno a esta noción que la articulación negociada de intereses particulares, de afanes partidistas, de reivindicaciones clasistas. Ya en 1895 uno de los primeros oficiales chilenos enviado a Alemania, el entonces mayor Tobías Barros Merino, constata que allí "dentro del cuartel no existe la aristocracia y príncipes

<sup>8</sup> Editorial Revista "La Bandera", N° 2, Año 1. Estado Mayor General del Ejército de Chile, 1921.

y artesanos trabajan juntos, sin distinguirse unos de otros sino por los deberes y por el mejor cumplimiento de los mismos en el servicio de la Patria"<sup>9</sup>. He aquí el sentido jerárquico que inculca el ejemplo alemán. He aquí el ideal de jerarquía que los militares a la prusiana proyectan sobre el orden social y que resúmenes en lo que un alto oficial chileno de la época, el general Manuel Moore, llama Ley de Sociedad: "el esfuerzo de todas las fuerzas vivas de la Nación hacia un ideal común"<sup>10</sup>.

La metafísica de la Patria o Nación inspirará también la significación que la institución del Estado cobrará para los militares. Cabe reiterar que, hijos de una misma Patria, los connacionales constituyen una comunidad de origen y de destino. Todos, unos más, otros menos, comparten las bondades de la raza y el deber filial de exaltarlas. Es cierto que hay hombres más talentosos que otros, que unos son más activos que otros, que hay ricos y pobres, cultivados e ignorantes, que la suerte halaga a unos más que a otros. Pero estas diferencias son mero accidente histórico, pues todos están animados por el mismo espíritu nacional y marcados por el mismo deber de servir a su Patria. He aquí la hermandad natural entre los miembros de una misma sociedad. El Estado no puede ser otra cosa que la institución rectora de esta hermandad, la instancia superior que ha de guiar a la comunidad en el camino del bienestar y de la grandeza de la Nación. Como voluntad comunitaria el Estado no puede ser excluyente ni particularista. Debe incluir a todos y orquestar la armonía del conjunto. Como expresión de la Nación organizada nadie puede pretender servirse de él y todos deben servirlo. Para ello el Estado debe encarnar un proyecto nacional, vale decir, debe traducir los ideales de defensa y de grandeza de la Patria en metas y planes de actividad definidos. Y para realizar este proyecto el Estado debe disciplinar activamente a la comunidad, concatenando una jerarquía funcional de derechos y deberes entre sus miembros. La capacidad intelectual para formular dicho proyecto, así como la voluntad para imponerlo y la entereza moral para servirlo, constituyen precisamente la fuente de la autoridad política. La autoridad no es pues un privilegio ni un acuerdo mayoritario, sino la demostración práctica de talentos y virtudes puestos al servicio de la Patria. De allí que el Estado deba asumir, como piedra angular de su organización, el principio de una autoridad resolutive y ejecutiva fuerte sólo constreñida por el proyecto nacional que está llamada a encabezar. Y es el contenido de dicho proyecto el que fija también los límites de la función organizadora del Estado. En principio, ningún ámbito de la convivencia resulta ajeno a la tarea disciplinadora del Estado, puesto que los intereses y metas particulares están, y deben estarlo, supeditadas al interés de la comunidad. Tanto el alcance como el sentido de la actividad estatal, constituyen un problema eminentemente práctico que ha de resolverse según las necesidades de implementación del proyecto nacional.

<sup>9</sup> Mayor Tobías Barros Merino, *op. cit.*

<sup>10</sup> General Manuel Moore, *Desarrollo de las virtudes militares*. Imprenta El Globo, Santiago, 1919.

Ahora bien, ¿qué lugar debe ocupar el ejército dentro de la sociedad? De todos los hijos de la Nación, los militares son los únicos juramentados para servirla. Sólo ellos han hecho el voto de su vida por enaltecer y mantener íntegra la Patria. Para esto han sido formados en el rigor de la disciplina activa y en la virtud del carácter. Para esto se les ha inculcado en el cuartel el mandamiento de servir a la Patria hasta el sacrificio personal y de servir a los demás en tanto hijos de una misma madre. Esta suerte de pacto de sangre convierte a los militares en hijos dilectos de la Patria. De allí que el credo prusiano, con convicción casi religiosa, afirme que el ejército es la legítima expresión de la sociedad y que encarna, mejor que nadie, a la Patria. Y así lo piensa un oficial chileno de la época, el capitán Domingo Terán, cuando sostiene que "...el ejército, mejor que nadie, representa, se confunde con la Nación, con el pueblo todo"<sup>11</sup>. Esta comunión privilegiada con la Patria impone a los militares el deber moral y afectivo de trabajar activamente no sólo en pos de su defensa exterior, sino también en pos de su unidad interna y de su grandeza y bienestar. La amplitud de este deber trae como corolario que todo lo que acontece compromete a los militares y que nada puede resultarles ajeno o indiferente. La opinión de un oficial chileno de la época, el teniente primero Luis Arrué, resulta paradigmática cuando afirma: "La Patria tiene derecho a toda nuestra abnegación, al sacrificio de nuestros intereses y de nuestras vidas en la guerra y en la paz, a poner todas nuestras actividades por su bienestar y progreso, trabajando constantemente en las faenas diarias de la vida civil y luchando por el engrandecimiento económico del país"<sup>12</sup>. Y otro oficial, esta vez de alta graduación —el teniente coronel Ernesto Medina— reitera esta opinión cuando sostiene que "Como órgano del Estado y como función política del mismo, el ejército tiene la misión más noble: tiene el encargo de asegurar la incolumidad y la integridad interna y externa de la sociedad y concurre al progreso moral y económico del país"<sup>13</sup>. Queda pues claro que los militares perciben como su derecho y su deber opinar y participar activamente en todo aquello que concierne a la defensa, la integridad, el bienestar y la grandeza de la Nación. Discípulo aventajado de la escuela prusiana, el entonces teniente Alfredo Portales no vacila en sostener que "El ejército necesita marchar y desarrollarse en íntima comunión de ideas y de doctrinas con la masa de su pueblo; debe sentir, en suma, a su lado todas las palpitaciones de la vida nacional"<sup>14</sup>. En una palabra, los militares conciben como su función social la de tutelar los intereses de la Patria. Y cabe reiterar que para los militares la autoridad política será legítima sólo en la medida que encarne y realice dichos intereses. De allí que los militares se reserven el

<sup>11</sup> Capitán Domingo Terán, *Tema militar*. Imprenta del Ministerio de Guerra, Santiago, 1917.

<sup>12</sup> Teniente primero Luis Arrué, *Educación Cívica*. Memorial del Estado Mayor del Ejército de Chile, año 1919.

<sup>13</sup> Teniente coronel Ernesto Medina, *El problema militar de Chile*, op. cit.

<sup>14</sup> Teniente Alfredo Portales, *Cooperación de la instrucción pública a la defensa nacional*. Memorial del Estado Mayor General del Ejército de Chile, año de 1919.



derecho de desautorizar a todo poder civil que no esté a la altura de los intereses nacionales, sin importar que este poder sea representativo de una voluntad mayoritaria o que se haya constituido según ciertos procedimientos tenidos como legales. Para los militares no hay más fuente de autoridad que la de sintonizar con la defensa, la unidad y la exaltación patriótica que ellos deben tutelar.

Prueba de lo hondo que cala en nuestros militares la concepción del Estado como organizador de la comunidad en pos de un proyecto nacional, es el hecho que ellos acabarán por precisar el contenido de dicho proyecto para nuestro país.

La escuela prusiana define al ejército como la nación en armas. Para el poderío bélico de un país no basta un cuadro regular de profesionales bien instruidos y equipados. Es preciso contar también con una población masculina capaz de convertirse en soldado rápida y eficazmente. De allí que el ejército se considere como la suma de la milicia profesional y del contingente de reservistas. Para hacer efectiva esta nueva definición promúlgase en 1900 la Ley de Reclutas y Reemplazos que establece el servicio militar obligatorio para todos los jóvenes chilenos que cumplen veinte años. La implementación de esta ley iníciase al año siguiente de su dictación. Desde entonces el ejército recibe, año a año, un contingente de muchachos que debe entrenar como reservistas. Por razones presupuestarias este contingente jamás supera el tercio de los jóvenes que correspondería reclutar y su número oscila entre los 7.000 a 9.000 conscriptos al año. Entre ellos el grueso es de origen popular pues, como opina un oficial de la época: "Los ricos, con honrosas excepciones, creen que esta ley no se ha dictado para ellos"<sup>15</sup>.

En un comienzo el ejército se define como simple instructor militar. Pero muy luego las circunstancias lo forzarán a redefinirse como educador cívico-militar, para terminar asumiendo el papel de educador del pueblo en el sentido más amplio que puede dársele al término. Las circunstancias que marcan esta rápida evolución apuntan al estado en que se encuentran entonces los sectores populares. "Van a los cuarteles en cumplimiento de la ley no las clases sociales que están al alcance de las escuelas y universidades, pues éstas encuentran siempre medios de eludirla, van los hombres que habitan la alquería, la choza y el taller... Y bien esa masa que acude a los cuarteles va en su totalidad con su cerebro en plenas tinieblas, desconoce los deberes más primordiales de todo ciudadano, desconoce el libro, ese preciso instrumento que lo levante del nivel del bruto...". Así se expresa el entonces capitán Galdámez Lastra<sup>16</sup>. Y su compañero de armas, el capitán Barros Ortiz, reitera: "Incultos e ignorantes hasta parecer salvajes, sin nociones de higiene y de moral, así llegan esos infelices"<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> Capitán Tobías Barros Ortiz. *Vigilia de Armas*. Imprenta Universitaria, Santiago, 1920.

<sup>16</sup> Capitán F. Galdámez Lastra, *El Ejército y la civilización*. Memorial del Estado Mayor General del Ejército de Chile, año de 1909.

<sup>17</sup> Capitán Tobías Barros Ortiz, *Vigilia de Armas*. Op. cit.



El ejército encara esta situación y, junto con impartir una instrucción propiamente militar, asume la tarea de alfabetizar a sus reclutas, de inculcarles hábitos de higiene, de alimentarlos bien, de mostrarles caminos de moralidad, de despertar en ellos un mínimo de responsabilidad frente a los derechos y deberes de todo ciudadano. "...después de un año de trabajo incesante en el cuartel, desaparece el analfabeto, el hombre raquítico, desaseado, de incompleto desarrollo, se presenta ahora como un individuo de digna apostura, de físico fuerte, de aspecto varonil, inteligente, correcto en sus modales. En una palabra, el sujeto ha sufrido una transformación completa, se ha hecho un ser inteligente, de sentimientos honrados, con el cual se puede contar para cualquier trabajo que requiera actividad, fuerza e inteligencia". He aquí como un oficial de la época juzga el papel de educador popular que ha debido asumir el ejército<sup>18</sup>.

Pese a lo positivo de estos resultados, los militares piensan que el problema desborda las posibilidades del ejército como educador popular y que es la sociedad chilena la que debe poner atajo a la miseria de los sectores populares. Ella compromete, peligrosamente, la defensa, la unidad, el bienestar y la grandeza de la Patria. La defensa nacional resulta inverosímil cuando descansa en la movilización de un pueblo ignorante e insalubre. La unidad de la Nación acaba siendo precaria cuando el abandono en la pobreza de las masas abona la penetración de ideas disolventes y la acción de agitadores. Las posibilidades de bienestar material se muestran igualmente ilusorias cuando cuentan con el trabajo sin luces ni bríos de un pueblo exangüe. Y cualquiera sean los proyectos de grandeza de la Patria, ésta no es más que una ironía cuando el grueso de sus hijos lo constituye un pueblo de pililos e ignorantes. De allí que los militares estimen que el mejoramiento sostenido de las condiciones de vida del pueblo ha de constituir una de las tareas prioritarias del proyecto nacional chileno. El Estado debe pues organizar los recursos legales, financieros y técnicos que permitan asistir al pueblo, instruyéndolo, cuidando de su salud, brindándole habitaciones higiénicas. El Estado debe, igualmente, organizar la protección del trabajo popular, erigiéndose en árbitro y contralor de los derechos y deberes de los trabajadores. En este sentido resulta paradigmática la opinión de un oficial de la época cuando afirma que "Leyes sobre habitaciones e higiene, darán más vida a nuestros obreros. Leyes sobre educación y los tendremos inteligentes y cultos"<sup>19</sup>.

Junto con la promoción de los sectores populares, los militares piensan que la industrialización del país debe constituir el otro gran tema nacional. Como mucha de las inquietudes militares, el prurito de la industrialización surge de la experiencia al interior del ejército para luego proyectarse al ámbito nacional.

<sup>18</sup> Teniente coronel Guillermo Chaparro, *La misión de nuestros oficiales*. Memorial del Estado Mayor General del Ejército de Chile, año de 1909.

<sup>19</sup> Capitán Luis A. Urrutia, *Las industrias nacionales*. Memorial del Ejército de Chile, año de 1917.

El estallido de la Primera Guerra Mundial impacta fuertemente al ejército chileno. Desde los inicios de su profesionalización éste no sólo se había organizado según el modelo alemán, sino que había también importado de Alemania toda su dotación material. Ello obedecía no sólo al vínculo tan especial existente con ese país, sino también al hecho que en Chile se producía poco o nada de lo requerido por el ejército. Pero la guerra hace que Alemania destine toda su capacidad industrial al sostenimiento de su propio esfuerzo bélico y que el ejército chileno quede así privado de su fuente tradicional de aprovisionamiento. Ello en circunstancias que buscar nuevas fuentes de suministro se hace muy difícil, puesto que la mayoría de los países productores está también en guerra y que la falta de excedentes en la fabricación militar europea, así como la escasez de fletes desde el viejo continente, ha acarreado el alza en los precios de los equipos militares cualquiera sea su procedencia.

La guerra plantea, sin embargo, otros problemas fuera del suministro. Sus avatares llevan muy pronto a redefinir el concepto mismo de defensa. La conflagración europea demuestra que el éxito en la defensa, o en el ataque, no es un asunto exclusivamente militar y que para ello no bastan un ejército profesional ni un numeroso contingente de reservistas. La eficacia de un ejército moderno puede desplegarse sólo con el apoyo sostenido y creciente de una economía nacional capaz de proporcionarle por sí misma todo lo requerido. La capacidad de producir energía eléctrica, cemento, conservas de alimentos, combustibles y lubricantes, aparece ahora no menos estratégica que el esfuerzo propiamente militar. Surge entonces un nuevo concepto de defensa, asociando el poderío militar con la calidad de la infraestructura económica y con el nivel de desarrollo industrial. Fuertes y temidos, y por ende seguros, son aquellos países que conjugan capacidad militar y pujanza económica, que a sus regimientos y divisiones suman extensas líneas férreas y redes de comunicación, que junto con sus escuelas y academias militares exhiben fábricas capaces de producir todo lo indispensable para construir, reparar y reconstruir la defensa. Cristaliza entonces la idea del ejército industrial y lo económico, investido ahora de un alto valor estratégico, se constituye en asunto militar. "Si la política interior no se ha preocupado, durante la paz, en preparar financieramente al país, si no ha tratado de desarrollar el comercio, sus líneas férreas, sus líneas de navegación, si no ha dotado al país de fábricas suficientes que proporcionen todo lo que necesita para la guerra, esta política habría fracasado desde el punto de vista de la defensa"<sup>20</sup>. Esta opinión de un oficial chileno de la época expresa muy bien el interés que ha cobrado lo económico para los militares.

A la luz de estos antecedentes, los militares acabarán fustigando la situación económica del país. Mal puede hablarse de un país bien protegido cuando faltan caminos, puentes, puertos, redes de comunicación. Más grave aún es el hecho de que aquí se produzca poco o nada de lo que se consume

<sup>20</sup> Mayor A. Viaux, *La política y la guerra*. Memorial del Ejército de Chile, año de 1921.

y de que casi todo deba importarse del extranjero. Mal puede hablarse de una Patria independiente y fuerte cuando se carece de una sólida base industrial. El más poderoso de los ejércitos resulta con pies de barro si ha de pertrecharse con recursos foráneos y si ha de actuar en una suerte de desierto económico. De allí que los militares aboguen por una mejor dotación material del país y por el desarrollo de una industria nacional. Esta inquietud la manifestarán insistentemente desde 1914 en adelante. De hecho el tema de la industrialización es reiterado tanto en el Memorial del Ejército, como en otras publicaciones militares. En 1917 un capitán escribe que: "La actual guerra europea ha puesto de manifiesto la imperiosa necesidad de que todos los países que pretendan tener una defensa nacional completa, no deben tratar sólo de tener un ejército y una armada poderosa, sino también una reserva industrial"<sup>21</sup>. Un año después un coronel repite estas mismas opiniones, sosteniendo que: "La defensa nacional requiere también el empleo inteligente y acertado de todos los recursos de un país y la implantación de industrias que, junto con satisfacer las exigencias comerciales, incrementando la riqueza privada y del Estado, están preparadas para suministrar en caso de guerra todo lo que las Fuerzas Armadas necesiten para mantener su eficiencia. El ideal en esta materia es independizarse en cuanto sea posible de los mercados extranjeros"<sup>22</sup>. En suma, los militares piensan ya que la industrialización y el desarrollo económico del país competen a la defensa y a la grandeza de la Patria y, por ende, deben ser meta prioritaria del proyecto nacional que quisieran ver encarnado en el Estado.

Esta formación a la prusiana, cuyos principales contenidos acábanse de reseñar, influirá en la conversión de los militares chilenos en un sector innovador de nuestra sociedad hacia los años 20. Por una parte, serán cada vez más críticos del estado de cosas entonces vigente. Por otra parte, sintonizarán cada vez más con otros sectores que, al igual que ellos, preconizan proyectos de cambio. En ello juegan también otros factores además de las peculiaridades de su formación militar. Que entre los militares abunden los hijos de emigrantes alemanes, ingleses, franceses, implica que muchos de nuestros oficiales no están absolutamente arraigados en los modos de ser tradicionales del país. Que varios militares provengan de viejas familias provincianas, desplazados ya tanto de la propiedad de la tierra, como de la condición de elite, significa que un buen número de nuestros oficiales experimenta las incertidumbres propias de la decadencia social. Y cualquiera sea su origen social, a todos los militares los afecta la desidia con que los gobiernos de Pedro Montt en adelante responden a los requerimientos de desarrollo y bienestar de la institución militar. El general Arturo Ahumada Bascuñán recuerda como, a partir de 1906, van surgiendo y acumulándose problemas

<sup>21</sup> Capitán Luis A. Urrutia, *Las industrias nacionales*, op. cit.

<sup>22</sup> Coronel Mariano Navarrete, *La defensa nacional*. Memorial del Ejército de Chile, año de 1918.

dentro del ejército y enumera "...falta de recursos para renovar o modernizar el material de trabajo; imposibilidad de realizar maniobras por razones presupuestarias; cuarteles inadecuados; empeños políticos que llegaron a valer mucho más que el prestigio de una sólida carrera profesional"<sup>23</sup>. Y a esta lista podrían agregarse la falta de recursos legales y financieros para ampliar la planta de oficiales, para racionalizar los ascensos en la carrera militar, para ampliar el contingente de reclutas, para mejorar los bajos salarios. Pero tanto las circunstancias de su origen social, como los problemas institucionales, dan pie a una elaboración crítica donde los parámetros de la formación militar juegan un papel decisivo.

Sería conveniente caracterizar el estado de cosas que resúmenes en la llamada República Parlamentaria y detallar las críticas hechas por los militares. Sería también conveniente precisar la argumentación militar, pues ella dejaría en claro cuanto pesan en la percepción de nuestros oficiales las convicciones propias de la metafísica de la Patria, así como el racionalismo práctico que inspiran la disciplina activa y el carácter militar. Pero por razones de espacio habrá que conformarse aquí con una suerte de brochazo.

Acaso lo más medular de la crítica de los militares hacia los años 20 apunte a la naturaleza oligárquica del Estado. Para el grueso de los militares la llamada República Parlamentaria expresa el gobierno exclusivo y excluyente de una oligarquía que, desde hace muchos años, se ha dado maña en convertir el patrimonio y la cosa pública en asunto privado. Esta oligarquía, en vez de organizar a la comunidad nacional en pos de su bienestar y grandeza, se ha servido de todos y de todo para cimentar una situación de privilegio. Ha usufructuado de las rentas fiscales provenientes del impuesto a la exportación salitrera como si fuera su propio peculio. Ha manejado la administración pública con criterio absolutamente prebendario, creando y distribuyendo cargos para pagar favores, para anudar empeños y compadrazgos, para ofrecer una tabla de salvación a sus miembros venidos a menos. Ha legislado al capricho de su voluntad y de sus intereses, negándose a asumir como problemas el analfabetismo, la mortalidad infantil, el mal estado de los caminos, las tierras incultas, el deterioro de la moneda. Ha reducido lo económico al problema de cómo transferir la riqueza fiscal a sus bolsillos, conjugando así ocio y despilfarro en vez de plantearse cómo producir. Tanto ha sido el particularismo de la oligarquía que ella puede parafrasear perfectamente a los Luises de Francia y sentir que el Estado es ella. Para los militares esta concepción y vivencia del Estado es lisa y llanamente la dominación de unos sobre otros. Y que así sea les parece aberrante. El predicamento oligárquico es la negación misma del Estado como organizador de la comunidad en pos del bien nacional. Al no reconocer otro bien que el suyo, la oligarquía ha roto la comunidad entre los chilenos. De allí que la crítica a la oligarquía termine

<sup>23</sup> General Arturo Ahumada Bascuñán, *El Ejército y la revolución del 5 de septiembre de 1924*. Imprenta La Tracción, Santiago, 1931.



en un juicio moral lapidario: el egoísmo de la oligarquía amenaza la decadencia de la Patria. Un coronel retirado, editor de una revista, comenta hacia 1918: "Que la oligarquía que nos gobierna no cesa en su tarea. Que para ella nada valen la justicia, el derecho, ni ningún otro factor, si está de por medio uno de sus secuaces"<sup>24</sup>. Más aún, su situación de privilegio ha acabado por pervertir el carácter de la oligarquía, tornándolo caprichoso, irresoluto, indolente. Aunque quisiera servir al país, la oligarquía no podría hacerlo, pues carece ya de iniciativa y de disciplina. He aquí el juicio implícito en la opinión de un joven capitán de la época: "Necesitamos para el porvenir hombres de acción y no individuos decorativos que buenos son para exhibirse, pero que no prestan ningún servicio positivo a la Nación"<sup>25</sup>. Y el mismo capitán, ya retirado, fustigará, años más tarde, la falta de carácter de los retoños de la oligarquía con palabras durísimas: "Ociosos hijos de familias pudientes que, en su estúpida fatuidad, piensan que el trabajo es una deshonra, sin comprender que su vida inútil es tanto más deshonrosa cuanto mayor es la fortuna que el destino les ha deparado y que ellos sólo saben consumir como larvas impotentes, sin pensar jamás en aumentarla con el esfuerzo del músculo o de la inteligencia, para su propio bien y el de su Patria que agoniza precisamente por esta carga muerta que tiene que alimentar"<sup>26</sup>. No es de extrañar pues que para los militares las posibilidades de organizar la sociedad en pos de un proyecto nacional pasen, necesariamente, por la superación del gobierno oligárquico.

Dado lo anterior, tampoco sorprende el apoyo dado por los militares a otros sectores innovadores de nuestra sociedad. Es sabido que un número importante de oficiales milita en la Masonería, vinculándose allí con radicales y con ciertos núcleos liberales que, al igual que ellos, abogan por proyectos de innovación social y económica. De hecho el grueso de los oficiales testimoniará, de diversas maneras, su adhesión a la candidatura de Alessandri Palma quien, como cabeza de la Alianza Liberal, arróga hacia 1920 la representación de un proyecto nacional reformista. Resalta, por ejemplo, el alto número de militares en retiro que aparece inscrito en la Convención de la Alianza Liberal efectuada en abril de 1920 y donde se proclama la candidatura Alessandri. Llama igualmente la atención que, a poco de ser proclamado Alessandri como Presidente electo, los jefes, oficiales, suboficiales y guardiames de la policía de Santiago —a la época dependencia del Ejército— hagan entrega a Alessandri, en ceremonia pública, de una estatua que representa a la Justicia y cuya dedicatoria termina con el lema Libertad, Igualdad y Fraternidad<sup>27</sup>. Cabe, por último, consignar que hacia fines de mayo de 1924, hay

<sup>24</sup> Coronel (R) Enrique Phillips Huneeus, Revista "Yo sé todo", Año 1, Nº 36, Santiago, 1918.

<sup>25</sup> Capitán Alberto Muñoz Figueroa, *El problema de nuestra educación militar*. Memorial del Estado Mayor del Ejército de Chile, año de 1913.

<sup>26</sup> Capitán (R) Alberto Muñoz Figueroa, *Cuentos y crónicas de Marina, Ejército, Policía y Carabineros*, Imprenta Fiscal de la Penitenciaría, Santiago, 1923.

<sup>27</sup> Diario "La Nación", Santiago, edición del 5 de diciembre de 1920.



varios militares procesados por delitos cometidos durante las elecciones parlamentarias del 2 de mayo de ese mismo año y que, en todos los casos, dichas intervenciones favorecieron a los candidatos alessandristas<sup>28</sup>.

No es del caso entrar aquí en los avatares del vínculo cívico-militar en torno al gobierno de Alessandri y a los sostenedores de la Alianza Liberal. Baste mencionar que cuando dicho vínculo parece deteriorarse, los militares deciden actuar directamente en política e instaurar su propio gobierno. "Este movimiento no es la obra de un caudillo, ni de un partido; es la conciencia nacional, fielmente interpretada por los soldados chilenos, que se ha rebelado contra un orden de cosas que no podía ni debía continuar por el decoro y la honra de la Patria". Así justifica el golpe militar de septiembre de 1924 la editorial del Memorial del Ejército de octubre de ese año<sup>29</sup>. Y entronizada ya la dictadura del general Ibáñez, cabe mencionar, aunque sea a vuelo de pájaro, que ésta inaugura un plan quinquenal de obras públicas, que racionaliza la administración pública y que crea la Contraloría General de la República, que crea el Instituto de Crédito Industrial, el Instituto de Crédito Minero, la Caja de Fomento Carbonero, la Caja de Seguro Obrero, diversas instituciones previsionales y de ahorro, el Banco Central. Este brochazo tan grueso sugiere al menos lo que sería largo documentar, a saber, que los militares se muestran activísimos en planificar e implementar la organización nacional del mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores populares y de una economía industrial y que actúan convencidos de encarnar, mejor que nadie, el bien de la Patria. En una palabra, el protagonismo militar de los años 20 expresa tanto los ideales y deberes de la metafísica patriótica, como el racionalismo pragmático del carácter militar en que han sido formados nuestros oficiales.

<sup>28</sup> Diario Ilustrado, Santiago, ediciones del mes de junio de 1924.

<sup>29</sup> Memorial del Ejército de Chile, año de 1924.

## La política militar del Presidente Balmaceda

*Jorge Núñez Pinto*

Sobre el quehacer del Presidente Balmaceda se han ensayado algunos análisis eruditos y no pocas interpretaciones ideológicas, pero todas ellas, casi sin excepción, han olvidado el significado que tuvo el balmacedato para nuestra defensa nacional y cuyo objetivo final era la modernización del ejército y la marina. Aunque no existió el proyecto de una doctrina militar —coherente y funcional— Balmaceda continuó la política armamentista iniciada por el Presidente Santa María, derivada del entorno, inestable y agresivo, que Chile heredó de la Guerra del Pacífico.

### INTRODUCCIÓN

La experiencia bélica de 1879 abrió un nuevo capítulo para la nación vencedora que surge como la primera potencia militar del continente; sin embargo, material y orgánicamente, las instituciones armadas no experimentaron cambios estructurales significativos. El desenlace del conflicto no motivó “la necesidad de modificar, de rejuvenecer los métodos de guerra que quince años antes habían sido sometidos a la seria prueba de la guerra franco-alemana”.

A fines de 1890 la defensa territorial estaba entregada al llamado “Ejército de línea” y a la “Guardia Nacional”, milicia cívica cuya instrucción, teóricamente, le permitía integrarse en unidades regulares ante una emergencia. El primero, por ley de 21 de diciembre de 1889, contaba con una dotación de 5.885 plazas, pero nunca superó las cinco mil debido al alto número de desertiones; sólo el año 1888 se registraron 1.145. El sistema de reclutamiento por enganche —forzado o voluntario— dificultaba la estabilidad del cuadro de tropa.

El ejército estaba distribuido en 8 batallones de infantería, 3 regimientos de caballería, 2 regimientos de artillería de campaña, un batallón de artillería de costa y un batallón de zapadores. Para estas unidades y servicios auxiliares existía un cuerpo de 934 oficiales.

La oficialidad provenía en mínima proporción de la Escuela Militar, el resto eran sargentos primeros promovidos por antigüedad o simples paisanos con escasa preparación intelectual. En 1889 el plantel graduó nueve subtenientes, aunque contaba con cien cadetes en sus aulas.

Los regimientos estaban estacionados en 78 guarniciones y destacamentos a través del país. Según Julio Bañados Espinoza:

"Los de las provincias de Tacna y Tarapacá estaban divididos entre sí por desiertos; el de Antofagasta estaba, por falta de transportes marítimos, en una verdadera isla; los de la Frontera ocupaban, en desparramo exagerado, numerosos puntos separados por largas distancias y hasta por cordilleras; y aún los de Santiago y Valparaíso tenían deberes de guardias y guarniciones que dificultaban su movilización inmediata".

Aparte de la dispersión, no existía un reglamento o disposiciones legales para movilizar el ejército de paz al Estado de guerra. La instrucción era rutinaria y poco sistemática e incluso en la infantería se desconocía la práctica de tiro y servicio de campaña.

Como organismos de apoyo funcionaban, con regular eficiencia, la Dirección General del Parque y Maestranza; la comandancia General del Cuerpo de Ingenieros y la Dirección General de Fortificaciones. Existía también la Dirección del Servicio Sanitario y la Intendencia General del Ejército.

El Ministerio de Guerra y Marina funcionaba como una instancia de coordinación y control burocrático, sin incidencia en lo estrictamente profesional. El Estado Mayor General se creó, precisamente, en 1891.

La Guardia, reorganizada por decreto de julio de 1888, contaba con 51.090 plazas, pero el sistema de convocatoria voluntario y la interferencia ciudadana, sólo permitía instruir la mitad de esa cifra.

Esta milicia tenía carácter "nacional", pero su nivel de instrucción no superaba las evoluciones y formalidades para desfiles y presentaciones oficiales.

Hacia 1890 la Guardia Nacional comprendía 9 regimientos, 21 batallones y 31 brigadas de infantería, operando desde Copiapó a Castro. La artillería constaba de 3 regimientos y 14 brigadas, desde Antofagasta a Punta Arenas. El cuadro de oficiales era levemente superior al millar y muchos pertenecían al ejército permanente.

La autoridad máxima era el Inspector General, asesorado por delegados y subdelegados.

En la armada, la situación era más racional, por razones obvias, pero se disponía sólo de 124 oficiales y 1.801 tripulantes para veinte unidades de superficie. El año 1890 iniciaron el escalafón naval 33 guardiamarinas.

Al personal de oficiales debe sumarse 192 "asimilados", específicamente, ingenieros, médicos, practicantes, pilotos y contadores (oficiales mayores).

La Escuela Naval funcionaba en víspera de la guerra civil, en un local anexo a un liceo, en Valparaíso, mientras se concluía el edificio del Cerro Artillería. El curso de 1890 contaba con 110 alumnos, aunque el cupo normal era 200 cadetes.

El plan de estudios contenía asignaturas netamente profesionales como Hidrografía, Balística, Navegación, Cosmografía, Instrucción Básica de artillería e infantería, además de Idiomas (Inglés y Francés) Geografía y Música.

Anualmente se realizaban uno o dos viajes de instrucción en la cañonera

"Pilcomayo" y las corbetas "Abtao" y "O'Higgins", donde los graduados completaban las millas de navegación que los reglamentos exigían para optar a ascensos.

La Escuadra Nacional se componía entonces de los blindados "Blanco Encalada", "Almirante Cochrane" y "Huáscar"; el crucero "Esmeralda"; corbetas "Chacabuco", "O'Higgins" y "Abtao"; cañoneras "Magallanes" y "Pilcomayo"; escampavías "Toro", "Gaviota", "Valparaíso", "Cóndor" y "Huemul"; dos buque-escuelas y diez lanchas torpederas.

Los servicios complementarios eran: Sanidad Naval, Arsenales, Oficina Hidrográfica y Policía Marítima.

#### LA DEFENSA NACIONAL

El mar no estuvo ausente en la política militar del estadista. Una mirada al mapa de Chile basta para descubrir la posición insular de nuestro país. Esta peculiar conformación del territorio es un grito de alerta ante la inmensidad y longitud de una costa inermes, expuesta al ataque artero de un enemigo potencial.

Esto último fue lúcidamente comprendido y meditado por el Presidente Balmaceda y no escatimó esfuerzos para convertirnos en una potencia naval.

Consecuente con esta idea se ordenó la construcción de nuevas unidades, enviándose una comisión a Europa presidida por el Almirante Juan José Latorre. En la empresa francesa "Forges et Chantiers de la Méditerranée" se encargó la construcción del acorazado "Capitán Prat", de 6.670 toneladas, dotado de los últimos adelantos de la técnica náutica y poderosa artillería. Luego se dispuso la construcción de los cruceros "Presidente Pinto" y "Presidente Errázuriz" de 2.080 toneladas de desplazamiento.

En los astilleros de Laird Brothers, Birkenhead, se ordenaron las cañoneras lanzatorpedos "Almirante Condell" y "Almirante Lynch" de 770 toneladas cada una; los escampavías "Cóndor" y "Huemul" y una lancha torpedera.

El blindado "Cochrane" fue provisto de artillería pesada y tubos lanzatorpedos e incluso energía eléctrica. A fines del gobierno de Santa María se había modernizado el "Blanco Encalada", gemelo del anterior.

Las nuevas adquisiciones daban a nuestra armada una potencialidad que superaba a las fuerzas navales de Perú y Argentina combinadas y la ubicaba entre las diez primeras del mundo.

Los marinos chilenos fueron los primeros que experimentaron el torpedo Whitehead, formidable arma ofensiva que poseían sólo cuatro naciones europeas, siendo Chile la única en Hispanoamérica. Desgraciadamente esta experiencia fue parte de la lucha fratricida: en la noche del 22 de abril, la torpedera "Lynch" hundía al acorazado "Blanco" en la bahía de Caldera.

El 1 de febrero de 1888 se comenzó a subvencionar a la Compañía Sud Americana de Vapores, para que sus barcos prestaran el servicio de transportes en caso de una emergencia internacional.

La defensa terrestre de la ínsula no esperó demasiado. Un ambicioso plan para proporcionar bases protegidas a naves de guerra —expresión realista de la promesa de “fortificar cada año un puerto”— se puso en práctica desde 1887. Para el proyecto preliminar se contrató en Alemania a Gustavo Betzhold, quien debía levantar los planos de defensa de Valparaíso, Talcahuano e Iquique. Se consultaba también la construcción de fuertes en Antofagasta, Coquimbo, Lota, Corral y Ancud.

A fines de la Administración Balmaceda sólo Valparaíso estaba eficientemente artillado con cañones Krupp, Amstrong y Holchkiss, operados por un batallón de Artillería de Costa, dependiente del ejército.

En 1888 se encargó a Luis Dussaud, el dique seco de Talcahuano que, eventualmente, debía entregar servicio de reparación y mantenimiento a buques de la Armada Nacional.

La idea de una gran base naval en Llico figuró también entre los conceptos de la estrategia costera.

“Es opinión del gobierno —decía Balmaceda en su mensaje al Congreso, año 1889— sustentada por nuestros más distinguidos marinos, que la escuadra de Chile, aún reforzada con naves poderosas, carece de un puerto seguro donde basar sus operaciones militares en tiempo de guerra. Un puerto seguro e inexpugnable, con dique, astilleros y arsenales completos, es no sólo el resguardo de nuestro poder marítimo, sino también el mejor medio de ofender al enemigo en caso de guerra”.

Fue este uno de los tantos planteamientos que frustró el conflicto armado; retomado en sus líneas esenciales sirvió para la construcción del puerto militar de Talcahuano.

El perfeccionamiento de las tripulaciones complementó el poder material de la escuadra. En 1887 se fundó la Escuela de Aprendices de Marineros, que funcionó en buque-escuelas basados en Valparaíso y Talcahuano. La demanda de postulaciones motivó la posibilidad de crear una nueva sección en el puerto de Ancud.

El establecimiento docente era necesario para formar cuadros disciplinados y adiestrados, pues normalmente debía recurrirse a personal extranjero con alguna experiencia en navegación.

En julio de 1889 iniciaba sus actividades la Escuela de Ingeniería Naval, cuya finalidad era “instruir y entrenar a los Oficiales, Suboficiales y Marineros en la operación, mantención y reparación de las plantas propulsoras y máquinas auxiliares de los buques de la Armada”.

Paralelamente a estas iniciativas se modernizó el Arsenal de Marina (1889); se promulgó la Ley Orgánica de la Oficina Hidrográfica y el Reglamento General de Policía Marítima y se otorgó un Reglamento para la armada que incluía el estatuto de ascensos y promociones.

Pero la mirada del visionario fue más allá de los farellones costeros. En septiembre de 1887 se autorizaba al capitán Policarpo Toro Hurtado para



iniciar las negociaciones que finalizarían con la incorporación de la Isla de Pascua a la soberanía chilena. Un año después la estrella solitaria seguía —como otrora— señalando el rumbo a Oceanía.

Las fuerzas terrestres también fueron fortalecidas en su infraestructura material y eficiencia operacional. La renovación del armamento se inició con la adquisición de fusiles Mannlicher, modelo austríaco, que reemplazarían a los antiguos Grass, Comblain y Beaumont. Sin embargo, la munición se recibió después de la guerra civil y no fue posible adaptar la existente, de otros sistemas.

La artillería de línea fue provista de cañones Krupp y Schneider, considerados los mejores del arsenal europeo.

En 1887 se creó la Escuela de Clases, instituto que formaría los mandos medios del ejército. En su primer curso, de siete meses, reentrenó a 68 cabos y sargentos, pero luego incorporó a aquellos jóvenes que sentían vocación por la carrera de las armas. Los alumnos cumplían un plan de estudios de dos años y luego se graduaban como sargento segundo o cabo.

La enseñanza —teórica y práctica— capacitaba para las tres armas históricas del ejército. Los alumnos destacados podían ingresar a la Escuela Militar, egresando como alférez o subteniente.

Mediante decreto de 9 de septiembre de 1886 se fundó la Escuela Superior de Guerra, que entró en funciones a mediados del año siguiente y cuya finalidad era formar a los jefes superiores del ejército y oficiales de Estado Mayor. El plan de asignaturas comprendía: Táctica Aplicada, Historia Militar, Balística, Fortificaciones, Geografía Militar, Higiene, Dibujo Militar, Geografía Práctica y Levantamiento de Planos, Derecho Internacional y Servicio de Estado Mayor General. Los alumnos permanecían tres años en el instituto y podían optar, por méritos y antigüedad, a becas de perfeccionamiento en Europa.

La Escuela Militar modificó sustancialmente sus planes y programas para así formar una oficialidad eficiente y con alto espíritu profesional. En el año 1888 se adquirieron 1.341 volúmenes para su biblioteca.

Para este establecimiento se ordenaría la construcción de un moderno y amplio edificio, hoy Escuela de Suboficiales.

Al instituirse, en 1891, el Estado Mayor General se organizó una dependencia como Oficina de la Carta, que bajo sucesivas denominaciones de Oficina Geográfica, Sección Cartográfica y Departamento de Levantamiento, superó sus fines estrictamente profesionales para alcanzar otras labores de interés general. Finalmente, por decreto N° 1664, de 29 de agosto de 1922 se determinó la creación del Instituto Geográfico Militar.

El proyecto modernizador del Ejército de Chile, fue sugerido y apoyado por el General Emilio Sotomayor, quien recomendó al Ministerio de Guerra la contratación de un instructor alemán e interesó privadamente en el asunto al Ministro de Chile en Alemania, Guillermo Matta.

Como resultado de estas gestiones llegaba en 1885 el Capitán Emilio Körner, profesor de la Escuela de Artillería e Ingenieros de Charlottenburgo,

para asumir como subdirector de la Escuela Militar con el grado de teniente-coronel.

Körner sirvió desde 1887 las asignaturas de Dibujo y Fortificaciones; renovó la metodología de la instrucción en las armas tradicionales y como novedad táctica introdujo el "orden disperso". Eloy Cavierez, corresponsal de "El Mercurio" en la Guerra del Pacífico, afirma que éste fue experimentado con éxito en la Batalla de Tacna por los comandantes Ricardo Santa Cruz del "Zapadores" y Domingo Toro Herrera del "Chacabuco". Ambas unidades sufrieron un tercio de bajas, comparadas con aquellas que atacaron en formación cerrada. La rutina mental impidió su adopción definitiva en el ejército.

Otros organismos castrenses se reorganizaron sobre bases racionales y de alta expresión técnica. La antigua Dirección del Parque y Maestranza fue dividida en la Sección Parque, encargada del almacenamiento y resguardo del material de guerra; la Sección Maestranza, dedicada a la reparación y mantenimiento del armamento, especialmente artillería y la Fábrica de Cartuchos y Artificios, cuya misión era la fabricación y adaptación de proyectiles y obuses. Esta última y la Sección Maestranza fueron equipadas con elementos técnicos encargados a Europa.

Los arsenales de guerra funcionaron en un edificio construido especialmente para su importante misión.

Finalmente, el ramo de Sanidad Militar se adaptó a los nuevos requerimientos, dotándose a cada unidad de un médico-cirujano, una enfermería y elementos auxiliares.

### CONCLUSIONES

Los datos precedentes nos orientan para evaluar la política militar del Presidente Balmaceda como un esfuerzo realista y sostenido, conducente a consolidar la hegemonía de Chile en el Pacífico Sur y a conjurar las apetencias territoriales de estados vecinos. Basta señalar que el presupuesto de Guerra y Marina que en 1886 alcanzaba a \$ 7.657.969 se elevó en 1890 a \$ 13.849.028.

El desenlace de la Guerra del Pacífico derivó a problemas limítrofes no resueltos por la vía diplomática: el futuro de Tacna y Arica y la cuestión del tratado de paz con Bolivia, empeñada en imponer su "presencia efectiva" en comarcas fronterizas. La querella de límites con Argentina, no definida aún, creaba otro motivo de inquietud para nuestro país.

Al asumir la primera magistratura, Balmaceda tenía una percepción inteligente del entorno internacional, pues como Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Santa María, había interiorizado las frágiles condiciones post-bélicas y comprendió que Chile debía enfrentar esa realidad movilizandando sus propias potencialidades.

La modernización de las estructuras económicas se correspondía, entonces, con el incremento del poderío bélico en un esquema armónico y funcional

que en nuestro tiempo se condensa en el axioma: "no hay ejército independiente en un país dependiente".

El dramático fin del gobierno liquidó la continuidad del proyecto balmacedista. Las condiciones excepcionales creadas en pocos años derivaron a la postración y la dependencia y como corolario obvio el poder militar se resintió fatalmente.

Las divergencias fronterizas fueron resueltas por una diplomacia complaciente y errática que no tuvo el argumento supremo de la fuerza para imponer su criterio.

La sombra patética de Concón y Placilla se prolongó en el nuevo siglo.

### BIBLIOGRAFÍA

BAÑADOS ESPINOZA, JULIO, *Balmaceda, su gobierno y la Revolución de 1891*; Librería de Garnier Hermanos. París, 1894.

BLANCPAIN, JEAN-PIERRE, *Los Alemanes en Chile*; Editorial Hachette, Santiago, 1985.

CAVIEDEZ, ELOY, *Las últimas operaciones del Ejército Constitucional*; Imprenta del Universo, Valparaíso, 1892.

ESTADO MAYOR GENERAL, *La Guerra Civil de 1891* (Relación histórica-militar) Tomo I; Talleres del EMG, Santiago, 1917.

ENCINA A., FRANCISCO A., *La Presidencia de Balmaceda*, Tomo I; Editorial Nascimento, Santiago, 1952.

RAMÍREZ N., HERNÁN, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*; Editorial Universitaria, Santiago, 1958.

### Otras fuentes

Instituto Geográfico Militar, *Síntesis informativa*, Talleres del IGM, Santiago, 1991.

Memoria del Ministro de Marina, presentada al Congreso Nacional en 1890; Imprenta Nacional, Santiago, 1890.

Revista *Santa Bárbara*, dedicada a Artilleros Ilustres del Ejército de Chile. Su vida y su época, Linares, 1972.

# La política migratoria del Gobierno de Balmaceda\*

Baldomero Estrada

## 1. EL DESAFÍO PROGRAMÁTICO DE J.M. BALMACEDA

Son muchos los aspectos del quehacer de Balmaceda como estadista que se prestan para la polémica de los analistas. La incoherencia entre su oratoria y la política económica aplicada; su conducta autoritaria; el personalismo y la inflexibilidad que le adjudican algunos contemporáneos y que choca con su serenidad de espíritu, moderación y equilibrio que le reconocen otros, testimonian la imagen casi maniqueísta que se ofrece de la figura de J.M. Balmaceda.

En nuestro caso, quisiéramos detenernos en un aspecto específico de sus realizaciones. Nos preocupa cuál fue su posición y gestión respecto a la inmigración de europeos en Chile y en qué forma el proceso migratorio se inserta en el contexto histórico correspondiente.

Visualizamos la inmigración como uno de los elementos fundamentales, en cuanto estímulo, en el proceso de modernización que afectó a nuestra realidad o, al menos, a parte de nuestra sociedad a fines del S. XIX. El fenómeno que significó la llegada de decenas de millones de europeos a nuestro continente tiene una importancia que si bien es en parte dimensionable en la perspectiva demográfica, difícilmente podría medirse en el plano cultural.

El carácter de "agentes de la modernización" que se reconoce, en términos globales, en estos extranjeros, permite advertir un elemento vital para las transformaciones que afectarán a las sociedades latinoamericanas.

Al reconstruir el escenario chileno a fines del S. XIX es fácil percibir cómo se conjugan las situaciones y los actores. En primer término, es evidente el ambiente de transformaciones en que se vive y, luego, es también sustantiva la presencia de los extranjeros en ese proceso. En este contexto de dinámica sincronizada, la personalidad de J.M. Balmaceda aparece naturalmente insertada, como él mismo lo proclamaba en Curicó al decir: "Soy hombre de mi tiempo". Esa afirmación contiene un enunciado cuya riqueza trasciende las precisiones que él hace al respecto<sup>1</sup>.

\*Este trabajo forma parte del Proyecto FONDECYT 910568.

<sup>1</sup> Fernando Silva V., *El Pensamiento de Balmaceda*, Editora Nacional Gabriela Mistral Ltda. (1974), p. 60. Corresponde al discurso pronunciado en Curicó el 16 de octubre de 1988 y que apareció publicado en el diario "La Tribuna" el 18 de octubre de ese año. El contexto en que se inserta la frase es el siguiente: "Soy hombre de mi tiempo y me debo a los legítimos anhelos de

En todas las ocasiones que Balmaceda quiso sintetizar su programa de gobierno fue reiterativo en su preocupación por la educación, la industria y las obras públicas, cuyas bases e infraestructura estimaba ser condicionantes para la integración y desarrollo del país. En ese conjunto de propósitos se condensa el positivismo que encarnó la gestión del presidente y que se plasma en la condición de constante que otorgaba a la idea de progreso<sup>2</sup>. El fenómeno migratorio dentro de este propósito constituye un hilo que entrelaza, conjuga y alimenta el proyecto del primer mandatario, ya que en la actividad educacional, en el desarrollo industrial y en las obras públicas, fue significativo el aporte de extranjeros.

Al abrir el período de sesiones ordinarias del Congreso Nacional en 1888, Balmaceda señalaba que "las colonias extranjeras en el territorio de Arauco tienen por objeto dar la norma de un progreso más aventajado que el nuestro, al resto de la población nacional que se derrama en aquella región"<sup>3</sup>. "No deben omitirse sacrificios para afirmar y ensanchar el cauce de la corriente inmigratoria, pues ellos tienen por objeto atender necesidades de importancia Capital"<sup>4</sup>.

Asimismo hacía notar, en Valparaíso, al inicio de su mandato, que "a la idea de la industria nacional está asociada la de inmigración industrial"<sup>5</sup>. Posteriormente, en el mensaje presidencial de 1889 persiste en lo mismo<sup>6</sup>.

Es evidente que el discurso de Balmaceda en su propósito de desarrollo y progreso asigna a los inmigrantes una función que va más allá del aporte específico que implica su entrega laboral, les asigna también un papel de instructores y modelos que han de guiar a la sociedad en el proceso de transformaciones que la Presidencia se ha propuesto liderar.

## 2. REALIZACIONES

Durante el gobierno de Balmaceda se dio énfasis a la inmigración orientada a las ciudades, a fin de que se desarrollasen las obras públicas y la industria.

---

mis conciudadanos. Sus deseos pueden condensarse en dos palabras: la instrucción del pueblo y el fomento de la industria nacional".

<sup>2</sup> Fernando Silva V., *El Pensamiento de Balmaceda*, Editora Nacional Gabriela Mistral Ltda. (1974), p. 40, del mensaje del Ejecutivo sobre el proyecto de ley relativo a la instrucción secundaria y superior, 1 de junio 1889. Refiriéndose a la función de los profesores hace notar que "la educación moral, intelectual y física de los ciudadanos es la tarea de mayor responsabilidad y de más trascendentes resultados para el progreso, la civilización y grandeza de un pueblo".

<sup>3</sup> F. Silva V., *op. cit.* p. 45.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 45.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 68.

<sup>6</sup> Rafael Sagredo B y Eduardo Devés (Recopiladores). *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Fuentes para la Historia de la República, tomo II (Centro de Investigaciones Diego Barros Arana), Editorial Universitaria, 1991, p. 341. Refiriéndose el Presidente a lo realizado en 1888 anunciaba que "se ha dado principio a la inmigración libre e industrial, llamada a influir poderosamente en



Al propiciar la colonización en la región meridional, más que aumentar el número de migrantes, se buscaron los medios administrativos que pusieran dique a las irregularidades existentes. Entre las primeras medidas que se adoptaron estuvo la de efectuar la parcelación de terrenos en hijuelas que no excedieran de las 20 hectáreas de superficie (20-X-1886). Como resultado de ese proceso se delinearon 100 hijuelas en las proximidades de Traiguén, Victoria y Purén<sup>7</sup>.

En 1889, se reorganizó la Dirección General de Tierras, Colonización e Inmigración con el propósito de contar con una institución que se encargara de velar por la conservación de los terrenos del Estado; ordenar la mensura y división de los terrenos; y atendiera la constitución de la propiedad indígena y la instalación de los colonos<sup>8</sup>. Con el mismo propósito de establecer un orden efectivo en el proceso de colonización se crearon las provincias de Malleco y Cautín, en donde se concretaron una serie de adelantos en infraestructura.

Considerando que Talcahuano era el puerto de llegada de los inmigrantes, y con la finalidad de ofrecerles más apropiadamente los servicios de recepción, se estableció en 1888, una oficina dedicada a esas funciones. Posteriormente se dirigían a sus lugares de destino.

En febrero de 1889, se creó en Santiago la Oficina de Inmigración Libre, destinada a orientar laboralmente a los "inmigrantes libres", enviados por el Agente General de Europa<sup>9</sup>. Durante los 14 primeros meses de funcionamiento de esta dependencia llegaron 14.101 europeos<sup>10</sup>. A fin de garantizar un flujo importante de migrantes se firmó, en abril de 1889, un contrato con la Compañía Llanos y Keats, que se comprometió a traer 25.000 europeos al país<sup>11</sup>.

En consideración a las falencias que se advertían en torno a la recepción de las masivas llegadas de los extranjeros, y con el propósito de desconges-

---

nuestro progreso y engrandecimiento. En algunos meses más se habrá comprobado la posibilidad de dotar a las industrias del país con los brazos necesarios para su actividad y desarrollo".

<sup>7</sup> Hernán Ramírez N., *Balmaceda y la Contrarrevolución de 1891*, Editorial Universitaria, 1969, p. 139.

<sup>8</sup> Ramón Briones, *Glosario de Colonización*, Imprenta nacional 1900, p. 229.

<sup>9</sup> R. Briones, *op. cit.*, p. 540; U. Prieto, Memoria de la Oficina de Emigración, Stgo. 1 de mayo de 1890, en *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de 1890*, p. 469, precisa los cargos y remuneraciones de los funcionarios de la oficina: Un director con \$ 4.000 anuales, un administrador con \$ 1.800 anuales, dos ayudantes con \$ 1.200 cada uno, un intérprete con \$ 1.000, un portero con \$ 300, dos agentes dependientes de la Dirección uno en Talcahuano y otro en Valparaíso con \$ 1.800 cada uno.

<sup>10</sup> U. Prieto, *op. cit.*, señala el número, procedencia y oficios de los primeros migrantes venidos como consecuencia de la gestión realizada por la Oficina de Emigración Libre.

<sup>11</sup> N. Vega, *op. cit.*, p. 89, aparece el texto completo del contrato como también posteriores modificaciones a éste. El compromiso de la empresa Luis de Llanos y Keats implicaba la tráfida de 25.000 europeos de origen francés, austríaco, belga, suizo, español, italiano, portugués u "otro si fuere necesario". Los solteros debían tener entre 20 y 40 años y los casados no más de 50, se privilegiaba a "trabajadores, jornaleros, cultivadores o de los oficios que comprenden las industrias domésticas: albañiles, carpinteros, herreros, mecánicos, etc."

tionar a Talcahuano como centro de recepción, se crearon otras hospederías en las ciudades más próximas al punto de llegada y en Santiago; lugar al que preferentemente se dirigían los inmigrantes libres. En la capital se creó una hospedería con capacidad para 500 personas; en Talca se habilitó un recinto para acoger a 700 migrantes, y en Concepción se hizo lo propio, para 300 individuos<sup>12</sup>.

Durante los primeros 14 meses que operó la Oficina de Inmigración Libre llegaron a Chile 20 naves, algunas de las cuales trajeron hasta 1.500 pasajeros, lo cual significó serios problemas para los funcionarios a cargo de su atención. Ocurría, por ejemplo, que existía el compromiso con el consignatario de los vapores, que el desembarco debía efectuarse en un solo día, ya que de lo contrario el migrante se enfrentaba a un mayor costo por estada y también por alimentación. Por consiguiente se hacía necesario desembarcar pasajeros y más de 4.000 bultos de equipaje en un lapso de 6 horas<sup>13</sup>.

A fin de paliar todos estos inconvenientes, el director de la Oficina de Emigración Libre propuso al Ministro de RR.EE. una serie de medidas tendientes al desplazamiento más expedito de los migrantes desde su llegada. Entre las sugerencias que el Gobierno acogió destaca la habilitación de una hospedería en Concepción, frente a la estación de ferrocarriles, con capacidad para 120 personas y susceptible de ser ampliada a 2.000. También se estableció en Valparaíso una casa con 100 camas<sup>14</sup>.

En determinado momento, incluso se pensó centralizar toda la actividad de recepción de europeos en Valparaíso, como lo acoge el decreto supremo del 21 de noviembre de 1990 que ordena recibir a todos los inmigrantes en Valparaíso, suprimiendo las hospederías en otras ciudades. Los acontecimientos bélicos posteriores no permitieron la aplicación efectiva de esta disposición. Por el contrario, un decreto del 10 de junio de 1991, atendiendo a razones económicas, suprimió la Oficina de Inmigración Libre<sup>15</sup>.

De acuerdo a la Tabla 1, el período 1887-1891, que coincide con el gobierno de J.M. Balmaceda, es el momento en que una mayor cantidad de inmigrantes europeos ingresaron al país, de todo el período 1882-1914, que fue el que concentró el flujo migratorio más importante de los que afectó a nuestro territorio. Es decir, durante el mandato de Balmaceda hubo una mayor preocupación e interés por la venida de extranjeros, tal como lo indican las cifras y las medidas adoptadas al respecto.

Si nos detenemos a analizar el quinquenio de gobierno de Balmaceda advertimos que en los años 1889 y 1990 se agrupa la mayor cantidad de migrantes, alcanzando a 22.336 personas. La mayoría procedentes de España (39,6%), Italia (29,9%) y Francia (22,2%). Entre los tres países reúnen 91,7%

<sup>12</sup> U. Prieto, *op. cit.*, pp. 470-71.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 472.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 474.

<sup>15</sup> R. Briones, *op. cit.*, p. 541.

TABLA 1  
*Inmigración en Chile 1882-1914*

| Períodos  | Nº de migrantes |
|-----------|-----------------|
| 1882-1886 | 5.208           |
| 1887-1891 | 24.027          |
| 1892-1896 | 4.590           |
| 1897-1901 | 4.382           |
| 1902-1906 | 3.714           |
| 1907-1911 | 20.468          |
| 1912-1914 | 3.341           |
| Total:    | 66.767          |

FUENTE: George Young, *Germans in Chile: Immigration and Colonization, 1849-1914*. Center for migrations Studies (New York) 1977.

del flujo migratorio del bienio. En términos de representación por sexo los hombres constituyen el 61,2% del total<sup>16</sup>.

El volumen de europeos que llegó en esos 2 años representa el 32% del total de migrantes que arribó a nuestras costas entre 1882 y 1914 según las cifras anotadas por Young (ver Tabla 1).

Es interesante señalar, entre las características generales que se perciben en el grupo de europeos que llegó como consecuencia de las gestiones realizadas durante el gobierno de Balmaceda, la fuerte concentración de migrantes libres o industriales, en desmedro de colonos. De los 24.028 inmigrantes que pisan suelo chileno, 22.196 se identifican como industriales. El interés del Gobierno por desarrollar la industria y las obras públicas, por la vía de captar mano de obra especializada de Europa, se refleja en esa cifra (ver Nota 3).

En la nacionalidad de los migrantes es también destacable el predominio que comienza a adquirir a fines del siglo xix, el grupo de origen latino, que estará liderado por los españoles y seguido de los italianos. En la tercera posición figuran los franceses (ver Tabla 2). De acuerdo a las cifras censales se percibe, entonces, una disminución de los grupos anglosajones en favor de los procedentes del sur del continente europeo que, para el siglo xx, irán aumentando en número (ver Tabla 3).

Particular importancia tuvo para el gobierno de Balmaceda la presencia de profesionales europeos que, con su trabajo, influyeron positivamente en los distintos ámbitos en que se desempeñaban. En la contratación y selección de los especialistas, el Ministro de Chile en Francia, don Carlos Antúnez y

<sup>16</sup> N. Vega, *op. cit.*, p. 54.

TABLA 2  
*Inmigración Europea a Chile 1882-1894*

| Procedencia | Períodos  |           |           | Total  |
|-------------|-----------|-----------|-----------|--------|
|             | 1882-1887 | 1887-1890 | 1891-1894 |        |
| Alemania    | 1.039     | 316       | 112       | 1.467  |
| España      | 256       | 9.201     | 260       | 9.717  |
| Francia     | 1.026     | 5.385     | 1.036     | 7.457  |
| Inglaterra  | 86        | 1.693     | 47        | 1.826  |
| Italia      | 38        | 6.713     | 317       | 7.068  |
| Suiza       | 2.663     | 264       | 64        | 2.991  |
| Otros       | —         | —         | —         | 613    |
| Total       | 5.108     | 23.572    | 1.836     | 30.526 |

FUENTE: Nicolás Vega. *La Inmigración Europea en Chile 1882-1895*  
Agencia General de Colonización del Gobierno de Chile París, 1896.

TABLA 3  
*Europeos en Chile según Censos 1875-1907*

| Procedencia | 1875  | 1885  | 1895  | 1907   |
|-------------|-------|-------|-------|--------|
| Alemania    | 4.033 | 6.808 | 7.560 | 10.724 |
| España      | 1.072 | 2.508 | 8.494 | 18.755 |
| Francia     | 3.192 | 4.198 | 8.266 | 9.800  |
| Inglaterra  | 4.109 | 5.310 | 6.838 | 9.845  |
| Italia      | 1.926 | 4.114 | 7.797 | 13.023 |

FUENTE: Censos de la República de Chile según años indicados.

González, se empleó a fondo. Ingenieros y arquitectos formaron prioritariamente el grupo de 70 europeos contratados, que procedían especialmente de Francia y Bélgica. Doce de estos profesionales, luego de cumplidos sus contratos, se radicaron en el país, continuando en el ejercicio de su oficio<sup>17</sup>.

Agricultor, artesano, jornalero y sirviente son los más de los oficios que declaran los inmigrantes traídos por la Oficina de Inmigración Libre durante el primer año (1889-1890), y que corresponden a un grupo de 8.835 trabajadores, distribuidos en múltiples quehaceres<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> Ernesto Greve, *Historia de la Ingeniería en Chile* (Tomo IV), Imprenta Universitaria, 1944, p. 26.

<sup>18</sup> U. Prieto, *op. cit.*, p. 482. Los grupos más importantes son los siguientes: 1.590 agricultores, 540 albañiles, 465 carpinteros, 125 cocheros, 221 cocineros, 205 comerciantes, 277 costureras,

### 3. REACCIÓN COETÁNEA

La descripción y ubicación del proceso migratorio en un contexto cuantitativo nos entrega elementos objetivos de ponderación a nivel estadístico, pero no nos aproxima necesariamente a los acontecimientos, las opciones, las vivencias, las opiniones, las percepciones, los debates y las consecuencias que todo ello tuvo en los grupos sociales involucrados en los hechos que nos interesan. De ahí que hayamos intentado cubrir esta instancia a través de la revisión de fuentes, como son los informes oficiales y las opiniones, noticias y debates aparecidos en la prensa de la época.

Según el Director de la Oficina de Migración Libre, U. Prieto, en su informe de mayo de 1990 "la calidad de los inmigrantes que han venido al país, en general, es buena y todos ellos encuentran fácil colocación, salvo algunas excepciones"<sup>19</sup>. Sin embargo, una revisión de los periódicos nos enfrenta a una situación distinta, que muestra un escenario complejo y bastante polémico.

El diario *La Unión* de Valparaíso se caracterizó por mantener una posición decidida y constante en contra de la inmigración. En octubre de 1890 sostenía que "a pesar de los deplorables resultados que ha producido en Chile la inmigración artificial, hay todavía quienes se empeñan en hacerla andar contra viento y marea. Ni los crecidos gastos que ella impone y que resultan improductivos, o lo que es peor, contraproducentes; ni la violencia y considerable emigración nacional que con ella se está provocando y que anula hasta el aumento material de brazos que parece buscarse; ni los peligros morales ni los contagios materiales que estamos internando con cada cargamento humano, elegido sin examen ni acierto, han podido convencer a los defensores del costoso y desdichado ensayo de que Chile no está preparado para estas operaciones, sino que al contrario, se encuentra en condiciones de no poder continuarla sin gravísimo daño"<sup>20</sup>.

Resulta evidente la contradicción entre la percepción del citado Director de la Oficina de Migración Libre y la del diario que en sus comentarios señala algunos problemas que efectivamente eran reales. Por ejemplo, no fue tan fácil para muchos inmigrantes encontrar empleo, por el contrario, hubo grupos importantes que no tuvieron posibilidad de ubicarse, lo cual los llevó a deambular miserablemente por la ciudad de Santiago. Así también, como la colectividad italiana residente en la capital tuvo que afrontar ese problema de modo urgente.

---

102 ebanistas, 170 empleados, 124 herreros, 1.021 jornaleros, 110 lavanderas, 126 marineros, 279 mecánicos, 626 mineros, 218 panaderos, 146 pintores, 542 sirvientes, 192 zapateros. Todos estos oficios reúnen a 7.079 personas.

<sup>19</sup> U. Prieto, *op. cit.*, p. 475.

<sup>20</sup> Diario *La Unión* de Valparaíso, 18 de octubre de 1890.



Fue necesario tomar medidas para concurrir en ayuda de los más necesitados, mediante la creación de un organismo con expresa dedicación a los migrantes<sup>21</sup>.

Un aviso publicado por la Legación Diplomática italiana en Chile en febrero de 1891 da cuenta de múltiples solicitudes de migrantes peninsulares que acuden al consulado en busca de ayuda para poder regresar a la Península<sup>22</sup>.

La colonización de la región austral registró una variada gama de problemas que, finalmente, frustró las expectativas creadas por parte de las autoridades gubernamentales. Tal vez los pobres resultados obtenidos, nos expliquen parcialmente el menor interés que la administración Balmaceda mostró por el proyecto colonizador, concentrando su esfuerzo en la migración urbana, comúnmente denominada migración libre o industrial.

En 1889, cuando prácticamente se había detenido el flujo migratorio de colonos, muchas familias hacían abandono de los predios concedidos, alegando incumplimiento por parte del Estado chileno y la falta de seguridad en sus bienes y personas: continuos asaltos, ineficacia e indolencia policial, arbitrariedades y conducta dolosa de los funcionarios públicos encargados de atenderlos, figuran entre las denuncias de los colonos. El Inspector General de Colonización, Martin Drouilly, era blanco de una acerva crítica por el mal trato y la indiferencia que mostraba frente a los extranjeros<sup>23</sup>.

En un informe oficial enviado al Ministro de RR.EE. Drouilly reconocía la hégira de los colonos, pero advertía que tal situación era positiva y conveniente en ciertos casos, ya que "muchos colonos, extraños a las labores del campo, se han mantenido absolutamente ociosos viviendo miserablemente con los arriendos de los terrenos y bueyes que se les ha entregado i que es conveniente hacer cesar ese estado de cosas que desacredita el servicio", y en base a esas consideraciones el alto funcionario expresaba que "no sólo no se debe impedir que se retire esa gente que ocupa terrenos de cierto valor inútilmente, sino que se les debe amonestar para obligarlos a que cumplan las obligaciones contraídas"<sup>24</sup>.

Pero, pese a todo, Drouilly reconocía que los robos que afectaban a los colonos y la inseguridad existente habían atentado contra mejores resultados. Las causas de esa situación, en su opinión, radicaban en la insuficiencia de policía rural; carencia de cárceles; presencia de obreros que laboraban en la

<sup>21</sup> L'Eco d'Italia, Santiago-Valparaíso, 2 de noviembre de 1890 inserta una citación a reunión para el "Comité de Ayuda al Inmigrante".

<sup>22</sup> L'Eco d'Italia (Stgo.-Valpo.) 8 de febrero de 1891 publica que por instrucciones del Ministerio de RR.EE. de Roma se pone en conocimiento de los italianos, sobre todo de los de Concepción ante sus solicitudes, la imposibilidad de acudir en su ayuda para sufragar los gastos del regreso a Italia.

<sup>23</sup> El Mercurio 10 de abril de 1889.

<sup>24</sup> M. Drouilly. Memoria del Inspector General de Colonización enviada al Sr. Ministro de RR.EE. 1890, p. 490.

construcción de la línea férrea; dificultades para aprehender o capturar a los malhechores y la xenofobia que manifestaban algunos funcionarios menores<sup>25</sup>.

La revisión de la prensa de la época deja al descubierto no sólo la variedad de posiciones, opiniones y evaluaciones que se hacen al proyecto concreto de la inmigración. También surgen otros aspectos relevantes del quehacer político y de la conducta social de los habitantes.

Aquellos órganos de prensa ubicados políticamente en la oposición a Balmaceda mantenían una actitud extremadamente crítica y negativa frente a la inmigración europea. *La Unión* de Valparaíso, diario conservador fuertemente ligado a la Iglesia fue un verdadero símbolo en este aspecto. Los argumentos que se esgrimían por este periódico se fundaban en la inconveniencia de traer trabajadores, teniendo en cuenta la emigración de brazos chilenos existentes y la baja calidad de los europeos que llegaban.

En una posición neutral, aparecía *El Mercurio*, también de Valparaíso, que informaba de los problemas y distintas posiciones, publicando en forma textual artículos de otros periódicos. Quizás el diario que mayor preocupación mostró por el proyecto migratorio fue "*La Libertad Electoral*" que, siendo de una posición ideológica liberal, no nos extraña que haya mantenido una postura muy positiva hacia la labor de Balmaceda.

Muchos de los argumentos críticos formulados quedaban neutralizados por la polémica, como consecuencia de lo encontrado que resultaban los hechos y permitiendo pareceres muy opuestos y válidos. Es así, por ejemplo, como aparecen noticias de obreros chilenos protestando por la cesantía que les afectaba, a raíz de la llegada de los extranjeros<sup>26</sup>, frente a lo cual muchos empresarios destacaban la necesidad de traer mano de obra especializada desde Europa, dada la falencia existente en Chile. El propio gobierno trajo en 1889, 108 albañiles catalanes, a fin de ubicarlos en las obras de canalización del Mapocho<sup>27</sup>.

Otro aspecto importante que resulta es la actitud xenófoba de algunos sectores, que sin ser mayoritarios tenían al menos eco en la prensa, agitando en algún grado el ambiente, ya que las distintas colectividades a través de sus propios medios de comunicación debían responder a los ataques que les lanzaban.

Los italianos, especialmente, en determinado momento crearon un ambiente de aguda discusión que, incluso al interior del grupo, provocó disparidad de opiniones. Se calificó a los migrantes italianos como personas de limitados atributos, afirmándose que su venida no se había traducido en

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 492.

<sup>26</sup> *El Mercurio*, 1 de mayo de 1889, "sabemos que como 200 obreros muchos de los cuales han quedado sin ocupación en las fábricas que trabajan han firmado una solicitud para presentarla al gobierno. En ella llaman la atención el señor ministro del ramo hacia el hecho de que entre los inmigrantes que llegan en crecido número por los vapores del Estrecho, figuran muchos de oficio caldereros y fundidores. Esto como es natural, exponen, los coloca en más difícil situación de la que tienen".

<sup>27</sup> *El Mercurio*, 7 de marzo de 1889.

buenos resultados<sup>28</sup>. La prensa de la colonia prontamente replicó<sup>29</sup>. Sin embargo, posteriormente, hubo testimonios de los mismos italianos que criticaron muy ácidamente las características que tenían los migrantes peninsulares llegados a Chile<sup>30</sup>.

Es evidente que no era posible aceptar evaluaciones generales, a partir de situaciones coyunturales que muchas veces estaban fuertemente prejuiciadas, no obstante, es reiterativa en toda la prensa la queja por la pobre organización existente.

Acogiendo este sentir, "La Libertad Electoral" que como ya fue planteado mostró una actitud constante de apoyo a la inmigración, reconocía que la organización del sistema migratorio no era apropiada ni en Europa, donde no se reclutaba a la gente indicada, ni tampoco en Chile, por cuanto no existía la infraestructura adecuada para recibirlos y ubicarlos laboralmente<sup>31</sup>.

Si bien es cierto que fue durante el gobierno de Balmaceda cuando mayor número de individuos llegaron, es también efectivo que, ante los contratiempos indicados, fueron también muchos los que regresaron a su país de origen o reemigraron a otro país.

#### 4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Nos parece que el fenómeno migracional en toda su dimensión dialéctica no es sino el símbolo de los tiempos. El propósito de procurar transformaciones; los deseos de actuar, la imprevisión, las contradicciones constituyen una sumatoria de hechos, circunstancias e ideas que son una suerte de expresión de lo que la época ha representado en nuestra historia.

Por ello, cuando Balmaceda sostenía que era un hombre de su tiempo, sin calibrar la exacta dimensión de su afirmación, estaba refrendando lo que efectivamente sería el rol que su gestión tendría dentro del contexto histórico del país. Su personalidad fue motivo de encontradas opiniones; su desempeño una constante confrontación personal de ideas y realizaciones, y el medio

<sup>28</sup> "La Libertad Electoral", 23 de octubre de 1890.

<sup>29</sup> L'Eco d'Italia, 26 de octubre de 1890. Un artículo firmado por Augusto Morla sostiene que "casi todos los inmigrantes italianos llegados a Chile es un conjunto de gente robusta, joven i bien formada; hombres voluntariosos y dispuestos al trabajo: de buena índole pero con el "grave defecto" de ignorar el idioma nacional... Transcurridos ya meses desde la última remesa de esos inmigrantes, aún quedan muchos en la más escuálida miseria, porque expulsados de las hospederías, pues se les considera carga pesada, rechazados de todas esas partes donde soliciten trabajo, pues no se les tiene confianza y se les considera ineptos".

<sup>30</sup> L'Eco d'Italia. 5 de marzo de 1891. Se comenta un libro escrito por el médico italiano Teodoro Ansermino, quien narra el viaje que realizó a bordo del "Cachar" en donde fue testigo de situaciones extremadamente reprobables. "Todo cuanto es posible de escándalo y de censura sucedió a bordo por obra de los 1.600 individuos; insubordinación, rebelión, amenaza, riñas, cuchilladas, fornicación, excesos de todo género. Es una historia que sonroja y ofende el sentimiento de la dignidad humana y del patriotismo".

<sup>31</sup> "La Libertad Electoral", 4 de octubre de 1890.

político y social que lo acompañó le impuso un escenario que no daba lugar al equilibrio y, por el contrario, fue una cuerda floja que finalmente lo lanzaría por los aires.

Los resultados de la migración responden también a la ambientación diseñada. Para algunos fue todo un éxito; en cambio, para otros, fue un total fracaso. Está el caso de los miles de individuos que abandonaron desilusionados nuestro país, como también el de aquellos como el valenciano que llegó a Chile en 1889, y que al desembarcar le robaron su equipaje, pero que en 1894, era propietario de un fundo por un valor de \$ 18.000 y que viajó a España para traer 28 parientes y amigos que iban a trabajar con él<sup>32</sup>.

Es decir, se navegó entre los extremos, pero eso fue posible porque hubo una capacidad de decisión superior, y nos interesa también rescatar esa disposición, ya que a nuestro parecer no es justamente ésa una impronta que caracterice a nuestra sociedad.

<sup>32</sup> N. Vega, *op. cit.*, p. 148.

# Los trabajadores del área salitrera, la huelga general de 1890 y Balmaceda\*

Enrique Reyes Navarro

## INTRODUCCIÓN

### *Ser humano y ecoambiente en el desierto chileno*

Sabemos que el desierto chileno se extiende a través de la Primera, Segunda y Tercera Regiones, en alrededor de 13 paralelos de latitud sur y a lo largo de algo más de 1.300 km. Dentro de este ámbito geográfico se encuentran los depósitos calicheros en una extensión N-S de alrededor de 700 km y con un ancho aproximado que va de los 16 km a los 80 km, en la vertiente oriental del sistema montañoso costero y al Oeste de la cordillera andina. Estos mantos calicheros están distribuidos en forma discontinua y dentro de un espesor que varía desde unas pocas pulgadas hasta varios metros de profundidad. Este extenso desierto no es ni ha sido uniforme desde un punto de vista geográfico e histórico. Generalmente se le ha dividido en dos grandes áreas en un sentido N-S. Pampa del Tamarugal que se extendería desde la zona de quebradas al sur de Camarones hasta la altura del río Loa. Al Sur de éste el llamado Desierto de Atacama que se extendería hasta la zona de transición en la Tercera Región.

Para un geógrafo o geólogo de hoy día esta visualización del desierto chileno sin duda parecería un tanto muy simplificada. Sin embargo, no lo fue así para los cateadores y mineros que lo atravesaron de Norte a Sur o de Sur a Norte y de Oeste a Este o viceversa durante los distintos ciclos mineros, en especial el salitrero.

La Revolución Industrial introducida en el área salitrera a partir de la década de los 50 del siglo pasado, cambió la economía y hábitat tradicional del desierto, la relación costa-interior y la relación hombre-ecoambiente. Desde algunos años se viene hablando del área salitrera como un área fuertemente urbanizada. Se ha establecido un nexo dinámico entre los puertos de la costa y el interior. Esto nos pareció, en el curso de nuestros trabajos historiográficos, como algo válido, sino obvio.

La oficina salitrera con su estructura productiva, su división del trabajo, su hábitat humano, más lo que trajo consigo la extensión de la Revolución Industrial primaria hecha sobre la base del vapor: ferrocarriles, telégrafo, cable submarino, navegación, no sólo integró geográficamente este desierto, sino

\*El presente trabajo constituye una síntesis de tres ponencias que hicieramos en el curso de 1991. Una en la Universidad de Santiago con motivo del centenario de la Guerra Civil de 1891 y las otras dos presentadas a la Primera Jornada de Historia Regional Nortina celebrada en la Universidad Católica de Antofagasta.



que lo vinculó decididamente al centralismo nacional y al comercio internacional.

Aun siendo de este modo el proceso y si nos deslizamos de Norte a Sur o viceversa por este desierto, existen en lo concerniente con el área salitrera y sus trabajadores algunas distinciones importantes a nuestro juicio. Partiendo de los cantones salitreros de Tarapacá con un número de oficinas que llegó a ser altamente concentrado, a relativamente corta distancia de la costa y puertos de embarques, con nexos de comunicación que se tornarán expeditos y eficaces, con su potencialidad de napas subterráneas de agua en el desierto, valles de oasis y el piedmont andino y que influirán decisivamente en los costos de producción primarios de la industria del salitre y yodo. Vemos a esta región entonces no sólo como la de mayor productividad e inversión hasta la primera década de 1900, sino en la que sus trabajadores aprovechando esta infraestructura fueron los primeros en organizarse y plantear su lucha reivindicativa.

Hacia el Sur, en los cantones de la región del Toco, también existió un grado de concentración y de paisaje urbanizado, sin embargo, de menor significación. No hemos escuchado de muchos movimientos de resistencia en esta área.

En los cantones de Antofagasta y Aguas Blancas el fenómeno es algo similar al de Tarapacá, sin embargo, hay diferencias de distancia, más el serio problema del agua en el desierto.

En los cantones de Taltal la situación es diferente. No sólo hay problemas de distancia, altura, temperaturas, sino que de dispersión de la fuerza de trabajo.

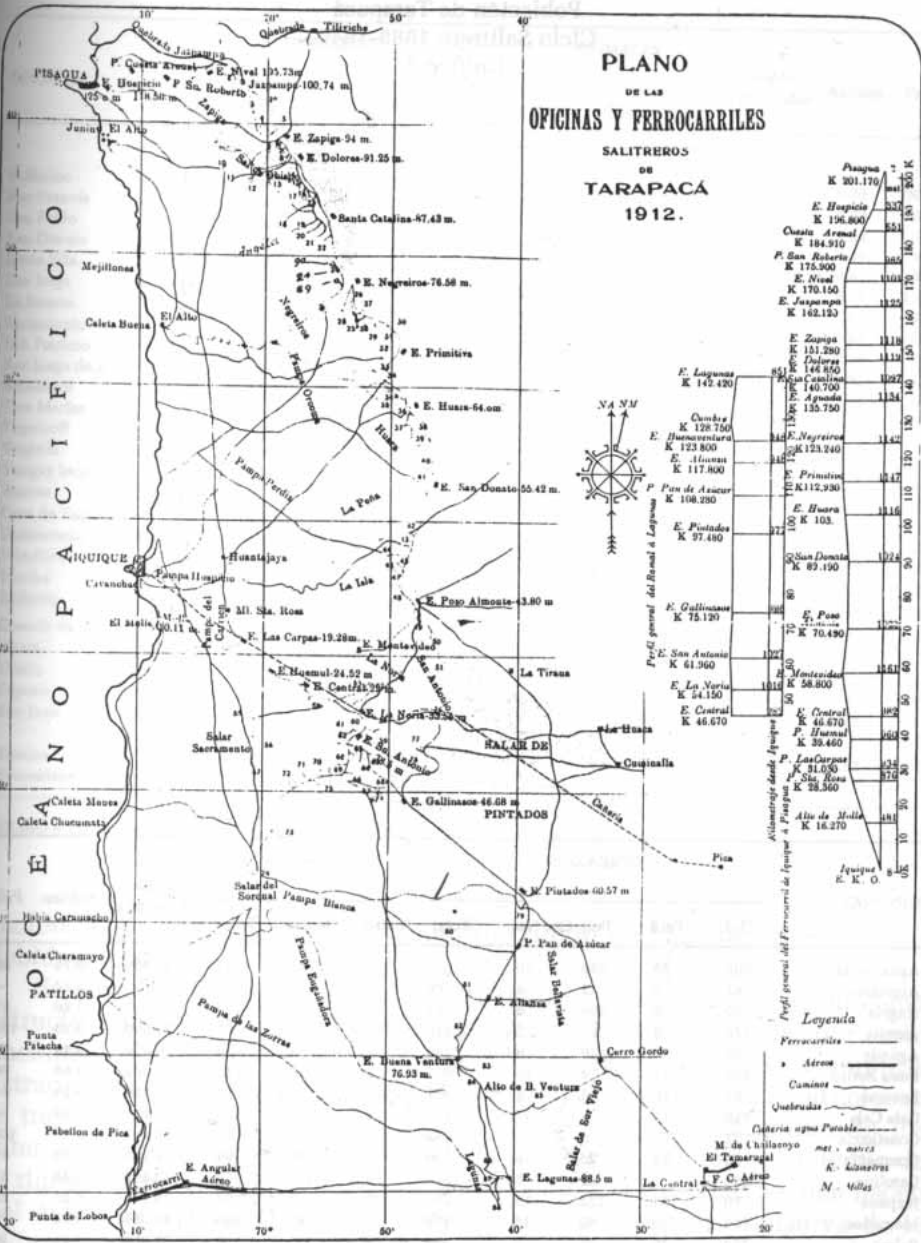
Incluimos un plano de las oficinas y ferrocarriles salitreros de Tarapacá en 1912, un gráfico que muestra la evolución de la población de Tarapacá durante el ciclo salitrero y un interesante cuadro hecho en agosto de 1889, a un año de la Huelga General de 1890, y que nos proporciona información acerca de número de operarios, animales y producción por oficina salitrera\*\*.

A modo de ejemplo, incluimos un cuadro con el informe del mes de agosto de 1889, solamente en lo referente a la información de operarios, animales y producción, con la finalidad de comparación (proporción de animales por operarios y producción por operarios).

# I. LOS TRABAJADORES DEL ÁREA SALITRERA Y EL MOVIMIENTO OBRERO EN CHILE

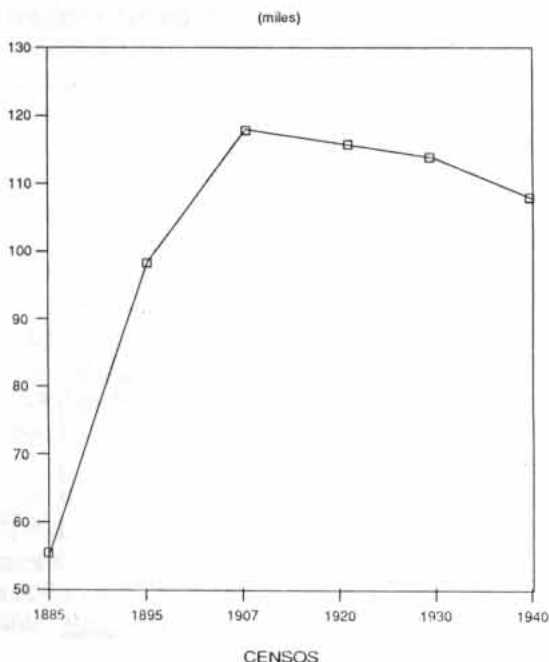
En las páginas que siguen se fundamenta la importancia de este trabajo en términos de: crítica a algunas investigaciones acerca del origen y desarrollo del movimiento obrero chileno, problemas que encierra este tipo de investi-

\*\*Esta información proviene de un reciente trabajo publicado por Sergio González Miranda, *Hombres y Mujeres de la Pampa: Tarapacá en el Ciclo del Salitre* (Primera Parte). Ediciones



especiales Camanchaca N° 2. T.E.R. Iquique. Enero de 1991. Un segundo volumen se espera lo publique a fines del próximo año.

Población de Tarapacá  
Ciclo Salitrero 1885-1940  
Gráfico 1



| OFICINAS    | OPERARIOS |      |       |           |       | ANIMALES |       |       | Produc.<br>(Tons. Mts) | Ani/mo | Pr/mo |
|-------------|-----------|------|-------|-----------|-------|----------|-------|-------|------------------------|--------|-------|
|             | Chil.     | Perú | Boli. | Otr. Nac. | Total | Caball.  | Mulas | Total |                        |        |       |
| Agua Santa  | 285       | 70   | 230   | 20        | 605   | 8        | 840   | 848   | 41.400                 | 0,71   | 68,4  |
| Argentina   | 62        | 0    | 12    | 4         | 78    | 2        | 19    | 21    | S/P                    | 0,27   | —     |
| Ángela      | 30        | 35   | 200   | 6         | 271   | 3        | 190   | 193   | 22.000                 | 1,40   | 81,1  |
| Amelia      | 175       | 8    | 22    | 5         | 210   | 3        | 68    | 71    | 21.500                 | 0,33   | 102,3 |
| Aguada      | 55        | 72   | 70    | 6         | 203   | 4        | 91    | 9     | 18.000                 | 0,44   | 88,6  |
| Buen Retiro | 160       | 12   | 14    | 16        | 202   | 2        | 116   | 118   | 13.874                 | 0,58   | 68,6  |
| Bearnes     | 90        | 10   | 60    | 2         | 162   | 3        | 56    | 59    | 7.024                  | 0,36   | 43,3  |
| Cala Cala   | 140       | 12   | 3     | 15        | 170   | 4        | 98    | 102   | S/P                    | 0,60   | —     |
| Constancia  | 102       | 57   | 72    | 7         | 238   | 5        | 55    | 60    | 23.851                 | 0,25   | 100,2 |
| Compañía    | 80        | 20   | 30    | 10        | 140   | 4        | 60    | 64    | 6.900                  | 0,45   | 49,2  |
| Carolina    | 326       | 7    | 32    | 5         | 370   | 4        | 156   | 160   | 13.800                 | 0,43   | 37,3  |
| Jazpana     | 70        | 31   | 122   | 15        | 238   | 82       | 2     | 84    | 15.742                 | 0,35   | 66,1  |
| Mercedes    | 100       | 18   | 82    | 10        | 210   | 5        | 141   | 146   | 16.560                 | 0,69   | 78,8  |
| Palma       | 350       | 18   | 11    | 5         | 384   | 4        | 133   | 137   | 37.050                 | 0,35   | 96,4  |
| Peña chica  | 197       | 13   | 40    | 8         | 258   | 5        | 91    | 96    | 17.940                 | 0,37   | 69,5  |
| Puntunchar  | 240       | 60   | 65    | 30        | 395   | 3        | 200   | 203   | 28.715                 | 0,51   | 72,7  |
| Patria      | 204       | 6    | 133   | 12        | 355   | 3        | 139   | 142   | 20.470                 | 0,40   | 57,6  |
| Progreso    | 3         | 50   | 60    | 19        | 160   | 3        | 36    | 39    | 8.979                  | 0,24   | 56,1  |
| Ramírez     | 323       | 40   | 65    | 22        | 450   | 5        | 138   | 143   | 46.193                 | 0,31   | 102,6 |
| Rosario     | 95        | 40   | 38    | 3         | 176   | 1        | 65    | 66    | 16.780                 | 0,37   | 95,3  |
| Santa Elena | 38        | 30   | 48    | 10        | 126   | 6        | 36    | 42    | 8.500                  | 0,33   | 67,4  |
| San Fernán  | 89        | 0    | 6     | 6         | 101   | 4        | 36    | 40    | 9.000                  | 0,39   | 89,1  |

| OFICINAS         | OPERARIOS |       |       |           |        | ANIMALES |       |       | Produc.<br>(Tons. Mts) | Ani/mo | Pr/mo |
|------------------|-----------|-------|-------|-----------|--------|----------|-------|-------|------------------------|--------|-------|
|                  | Chil.     | Perú  | Boli. | Otr. Nac. | Total  | Caball.  | Mulas | Total |                        |        |       |
| Solfarino        | 70        | 16    | 30    | 14        | 130    | 3        | 44    | 47    | 16.376                 | 0,36   | 125,9 |
| San Francis      | 50        | 42    | 108   | 5         | 205    | 2        | 66    | 68    | 14.000                 | 0,33   | 68,3  |
| San Pablo        | 340       | 18    | 12    | 25        | 395    | 2        | 88    | 90    | 29.900                 | 0,22   | 75,7  |
| San Donato       | 190       | 45    | 72    | 25        | 332    | 5        | 110   | 115   | 14.076                 | 0,34   | 42,4  |
| Santa Rita       | 100       | 21    | 101   | 13        | 235    | 3        | 94    | 97    | 14.260                 | 0,41   | 60,6  |
| San Jorge        | 236       | 35    | 105   | 11        | 387    | 6        | 125   | 131   | 52.179                 | 0,34   | 134,8 |
| La Serena        | 200       | 10    | 10    | 10        | 230    | 3        | 66    | 69    | 9.500                  | 0,30   | 41,3  |
| Sacramento       | 100       | 14    | 98    | 13        | 225    | 3        | 64    | 67    | 8.740                  | 0,29   | 38,8  |
| San Patricio     | 130       | 8     | 45    | 0         | 183    | 3        | 48    | 51    | 13.000                 | 0,28   | 71,0  |
| San Jorge de A.  | 120       | 25    | 35    | 7         | 187    | 2        | 58    | 60    | 12.577                 | 0,32   | 67,2  |
| Sebatopol        | 100       | 25    | 50    | 10        | 185    | 5        | 62    | 67    | 10.030                 | 0,36   | 54,2  |
| Tres Marías      | 167       | 10    | 50    | 11        | 238    | 4        | 71    | 75    | 22.080                 | 0,31   | 92,7  |
| Tagethoff        | 200       | 80    | 50    | 15        | 345    | 2        | 66    | 68    | 21.000                 | 0,19   | 60,8  |
| Virginia         | 232       | 8     | 10    | 23        | 237    | 5        | 99    | 104   | 26.910                 | 0,38   | 98,5  |
| Yungay bajo      | 10        | 14    | 20    | 1         | 45     | 3        | 13    | 16    | 2.000                  | 0,35   | 44,4  |
| Aurora           | 101       | 14    | 19    | 6         | 140    | 5        | 55    | 60    | 8.361                  | 0,43   | 59,7  |
| Cruz de Zapi     | 70        | 20    | 10    | 4         | 104    | 2        | 54    | 56    | S/P                    | 0,53   | —     |
| Democracia       | 110       | 35    | 42    | 10        | 197    | 4        | 60    | 64    | 20.000                 | 0,32   | 101,7 |
| Primitiva        | 825       | 102   | 201   | 22        | 1.150  | 8        | 340   | 348   | 102.534                | 0,30   | 89,1  |
| Paccha           | 140       | 9     | 141   | 4         | 294    | 3        | 93    | 96    | 18.676                 | 0,32   | 63,5  |
| Reducto          | 100       | 20    | 40    | 10        | 170    | 2        | 62    | 64    | 8.500                  | 0,37   | 50,0  |
| Rosario de Huara | 500       | 30    | 70    | 12        | 612    | 5        | 209   | 214   | 73.000                 | 0,35   | 120,2 |
| Unión            | 178       | 5     | 7     | 8         | 198    | 1        | 65    | 66    | 15.700                 | 0,33   | 79,3  |
| Paposo           | 97        | 18    | 45    | 5         | 165    | 3        | 69    | 72    | 150.000                | 0,43   | 90,9  |
| San Juan         | 40        | 0     | 20    | 2         | 62     | 4        | 25    | 29    | S/P                    | 0,46   | —     |
| Totales          | 7.648     | 1.233 | 2.806 | 502       | 12.189 | 251      | 4.872 | 5.123 | 923.277                | 0,42   | 75,7  |
| Porcentajes      | 62,8      | 101,1 | 23,0  | 4,1       | 100    |          |       |       |                        |        |       |

PR/MO = Productividad. Fuente: Diario Oficial N° 3.811, del 8 de febrero de 1890.

gación, algunos de los cuales en nuestro criterio no han sido considerados debidamente.

Se parte de la hipótesis que el área salitrera por su significación como estructura productiva condiciona integralmente la vida del trabajador tanto nacional como extranjero; que la significación de la inversión y empresa extranjera en el área en conjunto con la inversión y la empresa nacional colocan al trabajador en una especial situación histórica; que la magnitud de los intereses en juego es tal, especialmente la del Estado, que recibe un tercio de la riqueza generada vía el impuesto permanente a la exportación, que hacen del área una zona especialmente sensitiva; esta naturaleza sensitiva de la industria para todos los sectores que la componen se torna en períodos de crisis altamente vulnerable; que los trabajadores aprenden en la práctica de las relaciones sociales de producción en esta área con estas características a establecer sus derechos por lo que podemos denominar vías informales —no adscritas a la legislación permanente— y el principal medio lo constituyen

el paro voluntario y colectivo (huelga), la difusión ideológica (concientización) la organización para la acción y la solidaridad de clase.

En conjunto con una actividad descriptiva en términos históricos del proceso huelguístico señalado, esperamos contribuir a un mayor esclarecimiento de las relaciones sociales de producción en el área dentro del período y a través de lo que ha sido uno de los períodos más traumáticos de la historia de Chile contemporáneo.

En recientes y bien documentados estudios acerca del movimiento obrero en Chile encontramos aseveraciones como las que siguen:

"In lieu of government regulations, workers and employers formed their own de facto system of industrial relations *during the first decades of the twentieth century*. Early efforts at unionization were met with dismissals and blacklisting"<sup>1</sup>.

"Labor's march to the left *began with the formation of the first job-oriented unions at the turn of the century*. Employers and workers *had engaged in little collective bargaining before that time*"<sup>2</sup>.

"Most working class organizations in nineteenth century Chile were mutual aid societies (socorros mutuos). Except for those in the maritime trades, *mutual aid societies rarely undertook strike action*. Strikes which did occur during the last decades of the nineteenth century *appear to have been spontaneous affairs launched primarily by transport workers*"<sup>3</sup>.

"Elites in Chile first realized that anarchists were operating within the working class *during the much-publicized maritime strike of April-May 1903 in Valparaíso*"<sup>4</sup>.

*The left began in the years between 1901 and 1915*<sup>5</sup>.

"Until 1901, a militant labor movement did not exist; by 1915 however divided into competing elements, it was an established fact"<sup>6</sup>.

"Students of revolutions since Karl Marx have recognized that oppression and poverty are not sufficient causes of social rebellion. Soon after he and Engels argued that workers has nothing to lose but their chains, Marx concluded that it was precisely those laborers who had gained from a capitalist economy who would most resent their situation. *This was certainly the case in Chile*"<sup>7</sup>.

"Workers organized to protect their gains from the export economy, and

<sup>1</sup> Peter De Shazo. The Valparaíso Maritime Strike of 1903 and the development of a Revolutionary Labor Movement in Chile. J. Lat. Amer. Stud. II, 1, 145-168 (1979), p. 146. Los destacados de las citas son nuestros.

<sup>2</sup> Id. p. 147.

<sup>3</sup> Id. p. 147.

<sup>4</sup> Id. p. 148.

<sup>5</sup> Michael Monteon *Chile in the Nitrate Era. The Evolution of Economic Dependence, 1880-1930*. The University of Wisconsin Press 1982. Cap. 4 A Portrait of the Early Left, p. 80.

<sup>6</sup> Id. Id., p. 80.

<sup>7</sup> Monteon, *op. cit.*, p. 85.



demanded that government and capitalists live up their progressive promises. The course of labor protest is, therefore, intimately tied to the structure of foreign trade and the politics of the Parliamentary Regime"<sup>8</sup>.

"Chile did not have a revolution during the nitrate era. Until the First World War, even the most militant laborers continued to expect reform"<sup>9</sup>.

Hemos preferido citar textualmente afirmaciones que se encuentran a lo largo de trabajos muy bien estructurados como totalidad y sólidamente documentados. Más aún, estos escritos se han originado en tesis de investigación conducentes a Ph. D. y que hoy en día son la preocupación por sus contenidos de innumerables especialistas en esta área del conocimiento histórico<sup>10</sup>. Las afirmaciones que están comprendidas entre las notas de pie de página 1 a 6 tocan los siguientes importantes problemas historiográficos:

- a) Origen del movimiento obrero y sindical en Chile y origen y desarrollo de las primeras formas organizacionales que los trabajadores se dieron en relación a los propietarios de los medios de producción y al Estado.
- b) Origen y desarrollo del conjunto de ideas en que este sector incorporado productivamente al conjunto social y que denominamos "trabajador", basó su acción y organización.
- c) Desarrollo y origen de la relación (dualidad) movimiento obrero-partido(s) político(s).
- d) Origen y caracterización (tipificación) histórica de la huelga.
- e) Especificidad del movimiento obrero chileno en el contexto latinoamericano.

La significación de la estructura económica del país orientada mayoritariamente a la exportación y que ha descansado fundamentalmente en el sector minero desde la Postguerra del Pacífico en adelante, ha sido suficientemente estudiada y una extensa bibliografía existe al respecto. También lo ha sido el desarrollo del sector industrial, del mercado interno en términos de demanda y crecimiento vegetativo de la población y el sector agrario.

Lo que a nuestro juicio necesita un estudio detenido es el efecto que los períodos de crisis económica en nuestro país, íntimamente vinculados a la estructura mundial de la economía —problema que está indicado en la cita<sup>7</sup>— ha tenido sobre la masa trabajadora y especialmente sobre la gran mayoría de desposeídos no incorporados al sistema productivo y que coexisten tangencialmente con aquél. Este último sector se reproduce en los campos, montañas y costas del país, como asimismo en los centros mineros, y principalmente lo hará en los más importantes centros urbanos. Es de esta última parte de la población de que la actividad productiva se está nutriendo en menor o mayor

<sup>8</sup> Íd. Íd., p. 85.

<sup>9</sup> Íd. Íd., p. 85.

<sup>10</sup> PC De Shazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927* (Tesis Doctoral, University of Wisconsin, 1977); Michael M. Monteen *The Nitrates Mines and the Origins of the Chilean Left*. Ph. D. Tesis no publicada (Harvard, 1974).

grado de acuerdo al ritmo de crecimiento de aquella. De esta forma dos amplios sectores de masa poblacional se distinguen: los incorporados al trabajo y los no incorporados. Hasta el momento la historia social y económica sobre nuestro país ha puesto el mayor énfasis en los primeros. Las razones son obvias: mayor peso en la estructura productiva: son los que producen y son —lo que se ha supuesto hasta hoy en día— los socialmente más conscientes en relación a su situación personal y colectiva. Al estudio de este sector se ha dirigido la historiografía del movimiento obrero<sup>11</sup>.

No sólo nos parece insuficientemente estudiados la relación crisis económica y masa trabajadora potencial y trabajadores; sino que de lo estudiado y publicado hasta hoy en día, vemos surgir la necesidad de mayor cantidad de estudios monográficos, sólidamente documentados. Pensamos que esta situación se debe fundamentalmente a los siguientes problemas o razones:

### 1. Razones historiográficas en conexión con existencia o no de fuentes:

a) Fuentes estatales de procedencia gubernamental —ministerial— existen en nuestro país sólo a partir de la primera década del siglo veinte cuando fue creada la Oficina del Trabajo<sup>12</sup>: Esto en conexión con recopilación de información que afecta a la masa trabajadora incorporada a la producción en los distintos sectores de la economía. Para el siglo XIX este tipo de fuentes no existen y su carencia sólo puede ser suplida por otras cuya intencionalidad y el carácter de sus observaciones está más o menos vinculada a preocupaciones periódicas, pero no constantes, dictadas por el carácter de las instituciones u organismos en cuestión. Tal es el caso del material proveniente del Archivo del Ministerio del Interior y otros ministerios; del material proveniente de instituciones intermedias tales como la Sociedad Nacional de Agricultura y Sociedad de Fomento Fabril; de materiales provenientes de organismos del gobierno interior: Intendencias y gobernaciones; materiales provenientes del sistema judicial; de material secundario proveniente de la prensa periódica de Chile; de material proveniente de las sesiones ordinarias y extraordinarias de la Cámara de Diputados y Senadores; Censos de Población y Anuarios estadísticos.

<sup>11</sup> En relación a este sector más amplio de la masa popular y que podemos denominar "fuerza de trabajo potencial" o en una acepción social más amplia "marginados del sistema productivo" es que han puesto énfasis recientemente las investigaciones de Gabriel Salazar y María Angélica Illanes. El primero, en Gran Bretaña con su trabajo *El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile, 1950-1975*, parte tercera denominada "*Las bases populares inferiores y las estructuras políticas chilenas: discusión de tres situaciones históricas*". En *Nueva Historia*, Año 1, Nº 4, Londres, 1982. La segunda, en Chile, con un meritorio trabajo por su concepción social: *Disciplinamiento de la mano de obra minera en una formación social en transición. Chile 1840-1850*. En *Nueva Historia*, Año 3, Nº 11, Londres, 1984.

<sup>12</sup> La entonces recién creada Oficina del Trabajo inicia su recopilación de data en 1907. Para una historia de esta Oficina véase Oscar Venegas C., *La Dirección General del Trabajo* (Santiago, 1942).

b) En cuanto a fuentes originadas directamente en los centros de trabajo o empresas para el período en que la Revolución Industrial se hace presente en nuestro país a partir de 1850 en adelante, su existencia es escasa hasta comienzos del siglo xx y lo que ha sobrevivido al paso del tiempo es menos, esto es general para todos los sectores productivos, tanto para empresa privada nacional, mixta o extranjera. Como ejemplo de un material documental existente para el sector minero en relación a la actividad de la industria del salitre y yodo podemos citar las Circulares Trimestrales de la Asociación Salitrera de Propaganda, a partir de 1894, completadas desde la década anterior con los informes anuales del Inspector Fiscal de Salitreras al Ministro de Hacienda<sup>13</sup>, materiales que han posibilitado la elaboración últimamente de una tesis de postgrado en que en términos estadísticos es reflejado el movimiento de la masa trabajadora en esta industria desde la Postguerra del Pacífico a 1930<sup>14</sup> con amplia información interpretativa acerca del desarrollo mismo de la industria propiamente tal. Este tipo de material como decimos no existe en una proporción adecuada en otros sectores y donde existe es escaso o no se encuentra en el país, como en el caso de algunas empresas extranjeras tales como el Archivo de la Compañía del Ferrocarril a Bolivia en Antofagasta, del cual queda en Chile sólo una parte.

No hacemos referencia aquí al material existente de carácter bibliográfico o secundario.

## 2. Razones historiográficas en conexión a los problemas que enfrenta una aproximación teórica a una historiografía del Movimiento Obrero Chileno:

a) Si comenzamos por caracterizar a un trabajador como aquel individuo que se vincula a la estructura productiva de un sector cualquiera de la economía a través de un salario, expresado valóricamente dentro del sistema de relaciones productivas en moneda, una parte de los generadores de riqueza y no propietarios a la vez de medios de producción queda fuera de consideración y fuera del problema de una historia de la masa proletaria de Chile *concerniente con los orígenes de su actividad organizativa* para relacionarse con los propietarios de medios de producción, aquí elemento empresarial. Este sector son los trabajadores de la tierra, los campesinos. Recientes investigaciones tienden a dejar en claro una especial forma de relaciones productivas basado mayoritariamente en el sistema de "hacienda", el inquilinaje y trabajadores ocasionales o afuerinos. Estas relaciones productivas en el caso del inquilino

<sup>13</sup> Esta valiosa documentación seriada se encuentra en el Archivo de la Sociedad Química y Minera de Chile, Santiago. Por mucho tiempo en Chile tratamos de ubicarla a comienzos de los años 1970. Información relativa a este tipo de fuentes en *Enrique Reyes*. Nitrato Chileno y..., *op. cit.* Primera Sección, Cap. iv, p. 45.

<sup>14</sup> Arthur Lawrence Stickell, *Migration and Mining in Northern Chile in the Nitrate Era 1880-1930*, Ph. D. Tesis, no publicada (Indiana University, 1979).

se expresan además a través de una conexión valórico-espiritual de carácter especial con el propietario<sup>15</sup>. Distintas investigaciones recientes también señalan la incorporación tardía de este sector de trabajadores a la organización sindical<sup>16</sup>. En nuestra opinión, el proceso de ruptura del trabajador campesino con el sistema de relaciones de producción que lo vincula a la tierra a través de las categorías de productores señaladas, se inicia bastante más tempranamente que los intentos de creación de la ley de sindicalización campesina a partir de la crisis de 1929-1930. Sin embargo, este es un problema donde la investigación historiográfica debe avanzar más y lo dejamos a los historiadores del movimiento campesino en Chile<sup>17</sup>.

En relación a la masa trabajadora vinculada a los otros sectores de la actividad productiva, bastante se ha investigado por nuestros propios historiadores nacionales y otros extranjeros. Sus investigaciones tienden a aclarar el origen de las organizaciones de trabajadores urbanos y portuarios, y aquellos del sector minero a partir especialmente de 1890 en adelante<sup>18</sup>.

La consideración de la masa trabajadora en un sentido de conjunto nos

<sup>15</sup> Cristóbal Kay, *Transformaciones de las relaciones de dominación y dependencia entre terratenientes y campesinos en el período post colonial en Chile*. En: *Nueva Historia*, Año 2, N° 6, Londres, 1982; del mismo autor, véase además *The development of the Chilean Hacienda System, 1850-1973*, en K. Duncan and I. Rutledge (eds.) *Land and Labor in Latin America: Essays on the Development of Agrarian Capitalism in XIXth and XX Century*. (Cambridge, 1977) y *The Latin American Hacienda System: Feudal er Capitalist*. En: *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 1977, vol. 14, pp. 369-77. Acerca de la naturaleza de los vínculos entre terratenientes y campesino de permanente valor es la visión de George McBride *Chile: Land and Society* (Baltimore, 1936) y los trabajos de A.J. Bauer, *Chilean Rural Society. From the Spanish Conquest to 1930* (Cambridge, 1975); *Expansión Económica en una Sociedad Tradicional: Chile Central en el siglo XIX*, en *Historia*, N° 9, pp. 137-235, y el trabajo en colaboración con A. Hagerman Johnson, *Land and Labour in Rural Chile, 1850-1935*, en Duncan and Rutledge, *op. cit.*, pp. 83-102.

<sup>16</sup> A. Alfonso, et al.: *Movimiento Campesino Chileno* (2 vols., Santiago, 1970) y B. Loveman, *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973* (Bloomington, 1976).

<sup>17</sup> La reinversión de capitales desde otros sectores de la economía a la agricultura fue una actividad regular aproximadamente desde mediados del siglo XIX en Chile. A. Bauer cita al respecto que hacia 1992, de 207 directores de sociedades anónimas, el 73% lo era a la vez de más de una sociedad. De éstos al menos el 47% por cierto tenía intereses en el área financiera, un 34% en el área minera y un 38% en el sector agrícola. A.J. Bauer, *Chilean Rural... op. cit.* p. 209. Por nuestra parte hemos registrado que en la primera década de 1910 son creadas, entre otras 11 grandes sociedades anónimas que invierten en el sector agropecuario-maderero y entre las cuales no menos de 20 directores tienen inversiones en el sector minero en Chile en el área salitrera. E. Reyes, *Nitrato Chileno y Mercado Mundial... op. cit.* Primera Sección, cap. IV, pp. 48-51. La impresión que surge de una visión de conjunto del sector agrario a partir de la Postguerra del Pacífico es que junto a una parte que podríamos llamar "tradicional" en el sentido que las investigaciones citadas tienden a tipificar, evoluciona otra parte más dinámica y moderna en términos de relaciones de producción. La explotación del inquilino se hace o torna drástica, se contempla el numerario como forma de pago, se aplica nueva tecnología como una forma de incrementar y diversificar producción y obviar el problema de escasez de mano de obra. Además la situación del peonaje asalariado de carácter ocasional tiende a cambiar en términos de mayores perspectivas individuales, especialmente a partir del gobierno de Balmaceda y su política de aprovechamiento del excedente generado por la industria del nitrato y yodo.

<sup>18</sup> Tanto J.C. Jobet, Segall, Ramírez Necochea, Barria y Vitale han elaborado su trabajo historiográfico con la preocupación por dilucidar los orígenes del movimiento obrero en Chile,

permite visualizar tres áreas específicas de estudio conectada con un proceso de nexos permanente: el sector urbano y en proceso de urbanización, el sector agrario y el sector no incorporado y en proceso de incorporación a la estructura productiva. Este último es el nexo dinámico entre las dos primeras formas y su representación más específica durante el siglo XIX es el peón, figura de inmenso dinamismo y plasticidad, siempre dispuesto a cambiar rápidamente de rol en la sociedad como elemento productor o potencialmente productor. Es en la consideración de cada una de estas áreas de conocimiento histórico social que un especial método de acercamiento debe ser considerado por la investigación. Crecimiento vegetativo de la masa trabajadora o potencialmente trabajadora más tasa de alfabetización, son dos variables esenciales a determinar en el estudio del movimiento trabajador urbano<sup>19</sup>, si se desea especificar la forma y nexo que lo vincularán al movimiento ideológico mundial, por supuesto sobre las bases de su específica actividad productora o de servicio. En el sector agrario la tasa de alfabetización es mínima<sup>20</sup> para gran parte del siglo XIX y al menos las dos primeras décadas del siglo XX. Para el sector en transición que se genera en el agro y no quede incorporado a esta actividad y tiene que emigrar como masa potencialmente productiva, y, para aquel que se está autogenerando en el propio sector urbano y que queda a su vez al margen de la actividad de productor o prestador de servicios, es el grado de desarrollo de la propia economía y funciones urbanas el que condicionará el mayor o menor grado de participación de aquel sector en la vida económica. Aquí es donde se produce el vínculo proceso de industrialización creciente —masa trabajadora urbana creciente. Las formas de vida del sector marginado o que vive tangencialmente ubicado en relación a la sociedad “ordinaria” no han sido hasta ahora objeto de estudio sistemático integrado<sup>21</sup>. La presencia de

---

tanto en su parte organizacional como teórica o ideológica. Ellos han encontrado en el curso de sus investigaciones los mismos problemas a que hacemos referencia aquí.

<sup>19</sup> Consideramos a los trabajadores vinculados a la industria del salitre y yodo como un sector fuertemente urbanizado si no urbanizados, el medio geográfico y paisaje urbanizado en que se desenvuelve la industria apoya esta idea: la “oficina” desde los 60 del siglo pasado tiende a desarrollarse como un microcosmos urbano, llamado a existir más o menos permanente de acuerdo a la marcha cíclica de la industria. La red ferroviaria y el telégrafo son los nexos vivos con los puertos de embarque y desembarque en una unidad permanente y simbiótica, que es raro ver en otras actividades mineras, que tiende a constituir “enclaves” geográficos aislados en el período. Es este factor uno de suma importancia para explicarse la actividad de resistencia al elemento patronal expresado a través de la huelga que “cunde como reguero de pólvora”.

<sup>20</sup> Aquí tocamos de nuevo el problema de cuantificación y fuentes. A los datos suministrados por los distintos Censos no podemos oponerles un conocimiento más en detalle, por ejemplo de la actividad alfabetizadora de las órdenes religiosas en el campo o de los resultados de alguna actividad de enseñanza más o menos sistemática por la escuela de la hacienda o predio agrario, cuando aquella existía.

<sup>21</sup> Es notable qué poca justicia se le haya hecho en las investigaciones que tocan la Historia Social de Chile en la última década, a la obra y trabajos de don Roberto Hernández. Esto vale tanto para historiadores nacionales como extranjeros. Algunos sencillamente no la conocen. Dos de sus trabajos permanecerán siempre como pioneros en este campo por la riqueza de información que proporcionan aunque muchas veces con la dificultad técnica de don Roberto de no citar la



este sector y su peso en la estructura social de la ciudad se ha incrementado rápidamente en el paso del siglo xix al xx y desempeñarán un rol en la vida política urbana del siglo xx de considerable importancia. Expresión documental directa de este sector para el siglo xix y primeras décadas del siglo xx es casi inexistente. Sólo la tradición oral en este siglo puede posibilitar un estudio al respecto como emanado de fuentes de "primera mano"<sup>22</sup>.

b) La huelga como unidad y síntesis de procesos históricos:

Como instrumento de análisis social la teoría económica —o al menos parte importante de ella— conceptualiza en forma muy precisa las relaciones desiguales entre capital y trabajo en la sociedad moderna y contemporánea. El capital existe y se recrea sobre la base de un proceso de apropiación permanente del resultado de la actividad productiva, llevada a cabo por productores individuales. Es esta relación desigual que se expresa en el concepto de plusvalía la que da forma al concepto de explotación. Marx y Engels estuvieron muy pronto de acuerdo en que una situación de explotación —con toda su implicancia de miseria y carencia de oportunidades— no era suficiente para elevar esta situación en la conciencia individual y colectiva de los trabajadores a conciencia social y política, y menos aún a la idea de organización como vínculo entre la teoría y la práctica. Organización destinada a alterar los fundamentos del Estado —revolucionó, a enfrentar a través de la huelga a los propietarios<sup>23</sup>. Más aún aquellos mismos autores afirmaron que sobre la base de una situación de explotación se proyectaba en unión con aquella un nivel de aspiraciones individuales y colectivas, presentes en la sociedad capitalista. Este nivel de aspiraciones creado por la propia sociedad en cuestión opone niveles de vida muy distintos entre explotados y explotadores y en la sociedad contemporánea el obrero ya no sólo se organizará con vistas a una acción común porque no "tiene nada que perder" sino que justamente porque hay "harto que ganar", pero además y muy importante se puede "perder también lo ya ganado".

En una sociedad con las características del desarrollo histórico chileno, en que se integran íntimamente actividad minera y agropecuaria más mercado mundial, en el que el país envía al extranjero productos fuertemente necesarios

---

fueron. Se trata de *Chañarillo* (2 vols.) y el *Roto Chileno*. Aquí este historiador chileno desempeña el mismo papel que con su trabajo *Historia del Salitre*, también pionero.

<sup>22</sup> Entre los años 1968-1975 una importante actividad en torno a la recopilación de historia oral nos correspondió desarrollar en el área salitrera. Secuencias fotográficas de material de época acerca del desarrollo de la industria y su historia social, ampliadas al tamaño de verdaderos posters, algunas de ellas con material adicional en forma de listas de nombres, despertaba inmenso interés en las generaciones de trabajadores ya retirados que encontrábamos, ayudándonos enormemente en el proceso de rememoración. Este material fotográfico, al menos parte de él, existe en Archivo de la entonces Universidad del Norte, Sede Arica, Chile.

<sup>23</sup> Un desarrollo de las ideas de Marx en torno a este problema en James C. Davies, *Toward a Theory of Revolution*, *American Sociological Review* 27 (feb. 1962): 5.

a las economías desarrolladas en determinados momentos de su evolución —podríamos decir además de necesarios vitales algunas veces—, un desarrollo económico sectorial que desde el triunfo en la Guerra del Pacífico posibilita al sector social propietario una vida sin cargas tributarias mayores que graven directamente su ingreso y, por lo tanto, los compeliere a aportar al desarrollo de la nación una mayor cantidad de riqueza individual en un sentido moderno e integrativo del conjunto social: un desarrollo y crecimiento acelerado de la necesidad de mano de obra y masa trabajadora y marginal cuyas relaciones o sistema de relaciones con el elemento propietario no están incorporadas a un Código de fuerza legal, sino que constituyen formas tácitas de relación, sancionadas por el tiempo y la propia función de productor. Formas de relación que por tácitas y consuetudinarias dejan amplio margen a la acción individual en ambos sentidos, el del propietario y el del trabajador; una masa trabajadora desprovista de toda protección social y asistencia oficial hasta la segunda década del siglo xx; una burguesía en fin, que es en este período —y en los sucesivos— meridianamente responsable por el manejo del Estado y del gobierno y que controla y decide sus relaciones con la “conexión externa” en forma ampliamente independiente a partir de sus distintos y variados intereses como clase social. Si una crisis en los mercados mundiales amenazaba momentáneamente su bienestar como grupo en algún sector de la economía —especialmente el sensitivo sector minero— estuvo siempre pronta a juntar esfuerzos con el mercader o empresario extranjero para mover el aparato del Estado en beneficio común de ambos, especialmente cuando un vasto movimiento de proletarios amenazaba por medio del paro y huelga colectiva, interrumpir el normal flujo productivo y envió al exterior de la riqueza generada.

No es fácil explicarse la intensidad, frecuencia y características de los movimientos huelguísticos que los trabajadores chilenos desarrollan a partir de la Postguerra del Pacífico, que alcanzan máximo auge en la primera década del novecientos y que se continúan con igual o similar vigor hasta la década del 20. Faltan estudios monográficos de estos acontecimientos hechos sobre la base de la documentación aún existente. Faltan estudios monográficos que no sólo nos expliquen aquellos movimientos a partir de las relaciones capital-trabajo y en su implicancia económica y social, en su implicancia ideológica, sino además estudios que nos permitan visualizar una conexión histórica con formas de conducta social previa, con formas de resistencia y de organización previa al período señalado. Es aquí donde los ciclos mineros en nuestro país han jugado en nuestra opinión un papel preponderante en el “disciplinamiento” de la mano de obra que le ha llegado desde los lugares más distintos y lejanos de la “loca geografía” que es Chile. Vislumbramos un período en que el “peón” se individualiza como productor, especialmente en el contexto minero y agrario del llamado “norte chico”, y zona central, lo que no excluye otras regiones. Esto muy temprano en el siglo xix. Su actividad en la minería del cobre, plata, oro, en los filones de la zona desértica de transición, surge como una actividad fuertemente individualista que hace necesario también

caracterizar mejor socialmente. El abandono de faena, la fuga, el cambio drástico de actividad a otra distinta si encuentra, el bandidaje, surgen aquí como formas innatas de defensa frente al propietario y la autoridad. Si podemos decir que en parte el trabajador está tendencialmente dispuesto a no ser "pasado a llevar", al menos sin cobrarse su parte.

Dos formas de explotación minera extensiva e intensiva a la vez: la del nitrato de soda y la del carbón de piedra, en lugares muy diferentes del país, impondrán relaciones de producción drásticamente distintas. Acá el asalariado minero reaccionará colectivamente más que individualmente. En estas áreas se expresará colectivamente a través de la huelga y paro general y prolongado. Aquí fusionará su práctica de productor con la ideología foránea y urbana. Aquí tratará de superar su condición de explotado en el mundo de la revolución industrial<sup>24</sup>. En las áreas productoras en referencia y puertos de embarque adyacentes su acción hasta entonces aislada, disgregada y de fuerte base individual se transformará en la huelga colectiva y el pliego de peticiones a la autoridad que estima competente. En nuestra opinión y haciendo abstracción del proceso ideológico generado por la cultura europea, la huelga es la continuación en cierta forma de actitudes tendenciales previas existentes en la masa asalariada en nuestro país y que enraízan profundamente en las relaciones de producción que se extienden a lo menos desde el período post-independentista y descubrimiento de Chañarcillo en adelante hasta la proximidad del conflicto del Pacífico. Una importante y numerosa actitud de defensa del interés y bienestar individual frente al patrón, al propietario debió de haberse llevado a cabo entre los años 1830-1870 por parte del peonaje asalariado en la minería. Un estudio y recopilación de este proceso recién comienza a hacerse en forma sistemática o por lo menos se intenta<sup>25</sup>.

Hace tres décadas Ramírez Necochea señalaba que había logrado establecer que alrededor de 60 conflictos entre propietarios y trabajadores habían surgido entre los años 1884-1889<sup>26</sup>. Señalaba además que su lista era en ninguna forma exhaustiva. La mayor parte de estos conflictos están relacionados con las áreas mineras y la red de transporte y puertos de embarque<sup>27</sup>. Otro investigador establece sobre la base de fuentes secundarias, que entre 1890-1904 se registran 83 huelgas a lo largo del país<sup>28</sup>. Cifra considerada por De Shazo baja en relación al real número que ocurrieron. Este último autor en su investigación —si no

<sup>24</sup> Hace ya algunos años intentamos proponer un programa de investigación en torno al problema del desarrollo de la conciencia proletaria en Chile, cuya etapa inicial se centralizaría en el área salitrera. Resultado de esto fue una publicación inicial que citamos: Enrique Reyes N., *El Desarrollo de la Conciencia Proletaria en Chile (El Ciclo Salitrero)*. Edit. Orbe (Santiago, 1973).

<sup>25</sup> Entre estos estudios el de M. Angélica Illanes, *op. cit.* y la tesis doctoral de Gabriel Salazar, *Entrepreneurs and Peons in the Transition to Industrial Capitalism, Chile 1870-1878*. Ph. D. University of Hull, 1978.

<sup>26</sup> Hernán Ramírez Necochea, *Historia del Movimiento Obrero en Chile*, pp. 283-85.

<sup>27</sup> *Id. Id.* pp. 285-87.

<sup>28</sup> Manuel Barrera, "Perspectiva Ideológica de la Huelga en Chile". En *Cuadernos de la Realidad Nacional*, Nº 9 (Sept. 1971), p. 175.

definitiva, la más completa— logra establecer que para el período 1905-1907 al menos 65 conflictos tuvieron lugar solamente en las ciudades de Santiago y Valparaíso<sup>29</sup>. Este ritmo se incrementa entre 1917 y 1921 a 229 huelgas en las mismas dos ciudades, sin mencionar las áreas productoras y centros urbanos del resto del país<sup>30</sup>. En particular un récord difícil de igualar en el contexto latinoamericano.

Un escritor regional afirmaba en 1908 pasando revista a los movimientos huelguísticos de la entonces capital del salitre "Iquique ha batido el récord en materia de huelgas"<sup>31</sup>. La revista que este autor pasa a los conflictos la reduce a los "más importantes" ocurridos entre 1890 y 1907. Otro autor de época y testigo presencial de la masacre de obreros en la Escuela Santa María de la misma ciudad, afirmaba con respecto a este gran movimiento huelguístico de fines de 1907 "nuestro objeto, por ahora, no es otro, que hacer una narración desapasionada, y en lo posible, exacta de lo sucedido, como quien escribe la crónica de un trascendental acontecimiento a fin de que no se extinga de la memoria de los sucesos, ni el tiempo los condene al olvido, ni los que tengan interés en desvirtuarlos o quitarles la importancia que los abona, logren que quede en blanco una hoja de sumo interés de la Historia de Chile"<sup>32</sup>. Otro autor regional, testigo también de los acontecimientos de diciembre de 1907 y que ha escrito una de las narraciones de época más importantes sobre aquellos y que en riqueza de datos y dramatismo rivaliza con la escrita por el Dr. Nicolás Palacios coincidía con este último escritor y con los otros mencionados acerca del valor histórico de estos acontecimientos<sup>33</sup>. Aún más, en sus relaciones está presente el "fantasma" de la represión llevada a cabo sobre los huelguistas de 1890 en Tarapacá, preocupación también común de los otros. Pese a que historiadores sociales nacionales y extranjeros han tratado de dilucidar la naturaleza de estos grandes movimientos huelguísticos en el área salitrera, no nos encontramos conformes con los resultados. Pensamos que se hace necesario un estudio monográfico de estos conflictos y del período de tiempo que los vincula. Un estudio monográfico en el sentido del que hace un tiempo proponía otro investigador para el conflicto de 1905 en Santiago<sup>34</sup>, pero que a diferencia de este, sobre la base de la data recogida se establezcan

<sup>29</sup> De Shazo, *Urban Workers and...* op. cit. Table 4.2.

<sup>30</sup> Id. Id. Table 6.1.

<sup>31</sup> Francisco Javier Ovalle. *La ciudad de Iquique*. Imp. Mercantil. Iquique, 1908, p. 292.

<sup>32</sup> Leoncio Marín, 21 de diciembre, *Compendio y Relación Exacta de la Huelga de Pampinos desde su Principio hasta su Terminación. Detalles Interesantes. Estadística de las Víctimas*. Iquique, 1908.

<sup>33</sup> T.D. Monio o Fray Cabrito (Seudónimos), *Letras de Molde*. Iquique, 1908; Oscar Bermúdez Miral, *El Doctor Nicolás Palacios y la Industria del Salitre*.

<sup>34</sup> Gonzalo Izquierdo Fernández, octubre de 1905. "Un episodio en la Historia Social Chilena". En *Historia* N° 13 (1976), Univ. Católica de Chile. Instituto de Historia, p. 55. Desde un punto de vista monográfico sobre la base de fuentes existentes los datos que aporta este trabajo son valiosos, sin embargo, el autor no intenta establecer relaciones con los problemas sociales, económicos y políticos del período.

las necesarias conexiones históricas con la sociedad global de la época. En este sentido el esfuerzo desplegado por De Shazo tratando de esclarecer el movimiento de 1903 en Valparaíso nos da otro ejemplo de tratamiento monográfico<sup>35</sup>. Sin embargo, este autor pudo quizás haber obtenido una serie de análisis más amplia que la que presenta, especialmente en la conexión movimientos urbanos, ideología (partidos políticos), masa trabajadora activa (en trabajo) e inactiva (marginados).

c) La Historia de la Masa Trabajadora como un problema de cualidad y cantidad:

No podemos dejar de mencionar un problema que en nuestra opinión es de primera importancia visualizarlo, especialmente cuando se le conecta con el origen del movimiento ideológico de raíz europea en Chile, con el desarrollo de una conciencia social amplia, base de una conciencia política y de clase, con el deseo de resistir la explotación, la carencia de oportunidades que otros tienen, la recepción teórica para la organización y la práctica.

Mucho se ha insistido por los historiadores sociales que se refieren a la historia de los trabajadores en los problemas de data estadística y fuentes directas. Con la visión que da una posición en el tiempo de fines del siglo xx y comienzos del xxi se exige del pasado y de los obreros y masa marginal que habitan en lugares del planeta en muy distintos grados de desarrollo, prácticamente una clara conciencia de objetivos y medios, de organización para la acción reivindicativa, de capacidad unitaria para enfrentar la represión y explotación, una clara capacidad incluso para transformar las bases del estado burgués revolucionariamente. Hechos todos que suponen un avanzado estadio de desarrollo social, económico, político y cultural. Para otros sencillamente no parece existir el problema historiográfico de una Historia de la masa trabajadora en la misma medida que no es posible ir más allá de 1900 por la carencia e insuficiencia de data documental. Aquí sencillamente se olvidan aspectos básicos y permanentes de la naturaleza humana y que están presentes en la mente colectiva desde tiempos inmemoriales, procesos que además el propio desarrollo capitalista de la sociedad en sus contradicciones permanentes ha ayudado a aflorar. Si estos aspectos no hubiesen existido enraizados en el desarrollo histórico de nuestra masa anónima, analfabeta o medianamente alfabetada, como individuos no hubiesen existido más que como fuerza o cosa productora, viviendo en la eterna penumbra entre la condición animal y humana. Estados de "existencia permanente" en los ojos de la burguesía letrada y propietaria, suficientemente hábil como para elaborar o "inventar" sofisticadas piezas ideológicas para justificar la sumisión y explotación de la fuerza de trabajo. Se olvida que el surgimiento de un proceso ideológico —y muy especialmente aquel que opone a capitalistas y productores— es un proceso esencialmente individual dentro de la estructura social que se torna colectivo

<sup>35</sup> De Shazo, *The Valparaíso Maritime... op. cit.*



por la divulgación o si se quiere "concientización". En el caso de los obreros y masa marginal este proceso de divulgación debe ser medido con un concepto de tiempo distinto a un proceso similar ocurriendo en la burguesía ilustrada. Es mucho más lento, se esparce con gran sacrificio individual prácticamente por "iluminados" individuales. Pero al mismo tiempo es potencialmente dinamita si encuentra condiciones históricas adecuadas, como creemos existieron entre la Postguerra del Pacífico y la Crisis Mundial de 1929-30, especialmente afectando al área del nitrato y centros urbanos importantes a lo largo del país.

El poder de la palabra, ya sea en su solo sonido para el analfabeto, o escrita para el letrado es notable si se la vincula dialécticamente a la conciencia individual y colectiva a las condiciones de existencia y trabajo y al mismo tiempo a las expectativas que se hacen presente en el conjunto social.

De esta manera, no se necesita ser letrado o haber recorrido en algún momento la escala educacional para darle significación a expresiones que podríamos denominar "palabras-conceptos", como por ejemplo "explotación", "huelga", "ricos", "pobres", "socialismo", etc.

De esta manera también un movimiento de protesta o huelga cualquiera puede adquirir características no pensadas y dimensiones no previamente consideradas por sus actores, especialmente cuando al movimiento se suman los desplazados, los analfabetos marginales con su especial condición. El control de este último sector social en las áreas urbanas se torna entonces muy difícil y ha sido en la historia social de nuestro país, hasta hoy en día, una característica permanente y que ha causado también una permanente aflicción de los sectores propietarios y su expresión institucional: el Estado y las fuerzas represivas. También ha sido fuerte preocupación de los llamados "partidos populares".

Consideramos finalmente que, gran parte o si no todos los aspectos se encuentran presentes en el área salitrera y sus trabajadores. Un ejemplo muy importante es la huelga general de 1890, a la que nos referiremos ahora.

## II. LOS TRABAJADORES DEL ÁREA SALITRERA, LA HUELGA GENERAL DE 1890, BALMACEDA

En esta parte del presente trabajo pretendemos plantear sólo dos hechos históricos que consideramos de significación en el desenlace del conflicto civil y cómo éstos se vinculan a los trabajadores del área salitrera. En el fondo, constituyen un solo proceso en un período de profunda crisis institucional y política como son los años 1890 y 1891<sup>36</sup>. Se trata de apreciar de cómo el Presidente Balmaceda y sus cercanos colaboradores se enajenaron gradual-

<sup>36</sup> La bibliografía sobre este período histórico es amplísima. Nos limitamos a señalar lo siguiente: Harold Blakemore, "The Chilean Revolution of 1991 and its Historiography". En *Hispanic American Historical Review*, vol. XLV, N° 2, 1965, pp. 393-421. *British Nitrates and*

mente el apoyo de los sectores populares y muy especialmente el de los obreros nortinos y esto a través de dos instancias. Una primera, la constituye el movimiento huelguístico de julio de 1890, iniciado en Iquique y que se extendiera a gran parte del país<sup>37</sup>. Una segunda, ya desencadenada la guerra en la pampa salitrera está constituida por la acción de las tropas balmacedistas en contra de los obreros de Tarapacá. Ambas situaciones llevan la impronta de la represión violenta, detenciones y muerte. Los trabajadores no olvidaron esto y al desembarcar en Concón y Placilla enfrentando a un contingente muy superior en número a las fuerzas congresistas, lograron la victoria para estos últimos en el campo de batalla. No es esta una idea nueva en nuestra historiografía<sup>38</sup> pero conviene acentuar su relevancia.

### *La huelga de 1890: Un primer desencuentro*

Ya se ha dicho que su extensión fue global, pero se inserta en su origen en lo que ya hemos afirmado en páginas anteriores acerca de la estructura y características del que llamáramos años atrás "el Ciclo Salitrero". Además está presente el período de crisis de corta duración de la industria del salitre y yodo y la formación de la Segunda Combinación Salitrera. Este movimiento tiene su fase inicial entre los trabajadores portuarios de Iquique y luego se hace extensivo a toda la ciudad y minerales adyacentes, puertos salitreros y la pampa misma. Además se inserta en la situación de crisis política y de conflicto de este año<sup>39</sup>.

Largo tiempo antes de 1890 se había estado formando en el área, tanto antes de la Guerra del Pacífico como después, una tradición de resistencia en los trabajadores, resistencia directa y por vías informales frente a la situación de explotación, condiciones de vida en el desierto y costa. En esto un especial papel juegan los trabajadores chilenos ya desde el período en que se inicia la explotación del guano en el Perú y la construcción de ferrocarriles, a ellos se les sumarán trabajadores peruanos, bolivianos, argentinos, chinos y otros.

---

*Chilean Politics, 1886-1896: Balmaceda and North* (Londres, 1974). "The Politics of Nitrate in Chile: Pressure Groups and Policies, 1870-1896". En *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, vol. LXI, N°s 244-2. Además dos trabajos póstumos de este historiador inglés gran amigo de Chile: "Dos Estudios Sobre Salitre y Política en Chile (1870-1895)". Departamento de Historia. Universidad de Santiago de Chile, 1991.

<sup>37</sup> Tres recientes trabajos sobre el significado y extensión de esta huelga son: Julio Pinto Vallejos "1890: Un año de Crisis en la Sociedad del Salitre". En *Cuadernos de Historia*, N° 2, Dep. de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, julio 1982; Sergio Grez "Les mouvements d'et artisans en milieu urbain au XIXe siècle (1818-1890). These de Doctorat. École des Hautes Etudes et Sciences Sociales, París, 1990". "La Huelga General de 1890" en *Perspectivas* N° 5, C.E.P. Chile, dic. 1990, pp. 127-167.

<sup>38</sup> Véase en especial Michael Monteon *Chile in the Nitrate Era. The Evolution of Economic Dependence 1880-1930*. The University of Wisconsin Press. 1982.

<sup>39</sup> Sobre la Historia, Estructura y Organización del Gremio de Jornaleros y Lancheros véase el elaborado trabajo de Aldo Yávar Meza, "El Gremio de Jornaleros y Lancheros de Valparaíso, 1837-1859". Etapa de Formación. Este trabajo es parte de una investigación mayor en curso.

En el cuadro que insertamos a continuación se examina la situación estimable de la mano de obra en la industria del salitre y yodo durante el período 1880-1914. Esto según cifras oficiales. Debemos hacer la observación de que dada la situación del trabajador salitrero en conexión con los períodos de crisis cíclica de la industria, estas cifras deben considerarse aproximadas para buena parte del período<sup>40</sup>.

Como puede observarse la tendencia es de crecimiento continuo y el aumento del número de operarios por oficina lo es más gradual. La mano de obra entre la huelga general de 1890 y la de 1907 pasó de 13.060 a 39.653 trabajadores, o sea un aumento de tres veces y la producción de salitre fue entre las mismas fechas de 1.075.000 ton. a 1.847.000 toneladas, un aumento de un 41,8%<sup>41</sup>.

Uno de los tantos problemas a enfrentar por los trabajadores era el de la disminución del valor del peso chileno en relación a la libra. En el período 1890-1907 el tipo de cambio bajó en un 47,08%, es decir de 24 peniques por peso a 12,7 peniques. Una caída en los salarios reales de un

CUADRO I  
*Mano de obra de la industria salitrera*

|           | Oficinas en<br>funcionamiento | Nº de<br>operarios | Promedio por<br>oficina |
|-----------|-------------------------------|--------------------|-------------------------|
| 1880-1884 | n.d.                          | 5.492              | n.d.                    |
| 1885-1889 | n.d.                          | 7.382              | n.d.                    |
| 1890-1894 | 46                            | 14.215             | 309                     |
| 1895-1889 | 48                            | 18.685             | 389                     |
| 1900-1904 | 69                            | 22.661             | 328                     |
| 1905-1909 | 102                           | 36.774             | 360                     |
| 1910-1914 | 118                           | 46.470             | 393                     |

FUENTE: Chile, Oficina Central de Estadística, *Sinopsis Estadística*. 1916 (Santiago, 1918), p. 98.

<sup>40</sup> Véase el interesante trabajo de Julio Pinto Vallejos, "La Caldera del Desierto: Los Trabajadores del guano y los inicios de la Cuestión Social". *Mimeo*. Agradecemos al autor la copia inédita que nos facilitara. Otros artículos de valor al respecto son Olaff Olmos F., "La explotación del Huano y Esclavos Chinos en las Covaderas". En *Revista Camanchaca* Nº 6. Otoño-Invierno 1988, T.E.R. Iquique, pp. 12-16; Mario Zolezzi Velásquez, "Los Establecimientos Guaneros de Tarapacá y el Movimiento Obrero (1888-1910)". En *Camanchaca*. Edición Especial. Revistas N°s 9-10, Primavera 1989, T.E.R. Iquique, pp. 70-75.

<sup>41</sup> Sergio González Miranda, *Hombres y Mujeres de la Pampa: Tarapacá en el Ciclo del Salitre* (Primera Parte). Ediciones Especiales *Camanchaca* Nº 2. T.E.R. Iquique, enero 1991, p. 51.

47,08%<sup>42</sup>. Sumemos a esto la inflación interna y el alza de los productos de consumo básico tan necesarios en la pampa, el problema de la ficha salario y el poder de control empresarial sobre la mano de obra —fundamentalmente extranjero en el período— y encontraremos una explicación para la especial situación de esta masa asalariada en el área y sus peticiones permanentes a los empresarios y autoridades civiles. Insertamos a continuación las reivindicaciones hechas por los trabajadores durante los períodos huelguísticos de 1890 y 1907 a modo de comparación y ejemplo<sup>43</sup>.

### En 1890

1. Fin del sistema de fichas o conversión de las fichas a su valor equivalente.
2. Fin del monopolio de las pulperías y libre acceso comercial y vendedores ambulantes.
3. Pago de salarios en moneda de plata o su equivalente en billetes.
4. Fin del despotismo y descuentos en los salarios.
5. Seguridad en las condiciones de trabajo. Protección en los cachuchos.
6. Derecho a petición y asambleas.
7. Establecimiento de escuelas primarias en cada oficina.
8. Prohibición de bebidas alcohólicas, juegos y prostitución en los campamentos.
9. Fin al pago por el agua para beber.
10. Fin del control sobre la correspondencia de los trabajadores.

### En 1907

1. Fin del sistema de fichas. Multar a las compañías que resisten a la conversión por el equivalente.
2. Toda pulpería debe tener una balanza y una vara graduada en la puerta para chequear pesos y medidas.
3. Estabilidad en los salarios usando como norma el equivalente de 18 peniques por peso.
4. Prohibición de arrojar el caliche sin antes pagarlo.
5. Protección en los cachuchos en prevención de accidentes.
6. Permanencia de sus puestos de los que han participado en la huelga o de indemnización de 300 y 500 pesos en caso de despido.
7. Locales para escuelas. Provisión de una renta libre para escuelas vespertinas para trabajadores.
8. A futuro indemnización de 10 a 15 días de sueldo en caso de despido.
9. El acuerdo deberá ser firmado públicamente.

<sup>42</sup> Íd. p. 51.

<sup>43</sup> Manuel A. Fernández, "Proletariado y Salitre en Chile, 1890-191". En *Monografías. Nueva Historia*. Nº 2. Londres, 1988, p. 42.

Estos fueron los problemas que el gobierno de Balmaceda tuvo que enfrentar a nivel de masa trabajadora en el área salitrera. Sin embargo fracasó. En un primer momento del movimiento huelguístico intentó una solución, pero el curso del mismo, la actitud de la parte patronal, su extensión a otros puntos del país, su compromiso social y político con la oligarquía, de la cual formaba parte, la inmensa presión de los intereses extranjeros, lo condujo por la vía de la represión, prisión y muerte de algunos centenares de personas. Así termina este primer encuentro entre los trabajadores y el gobierno de Balmaceda. Años más tarde escribiría David Acosta, uno de los mediadores enviados por el Intendente de Tarapacá para intentar resolver el conflicto en la pampa salitrera:

"Con este o aquel pretexto, todos faltos de fundamento positivo o gesto, los explotadores de los trabajadores salitreros se prepararon desde el primer momento a refirse de esos pueblos y de las entidades mediadoras, sirviéndose de éstas para que los salvaran del peligro que se crearon con sus propios abusos"<sup>44</sup>.

### *La Guerra Civil de 1891: Un segundo desencuentro*

Enero de 1891 encuentra al país en Guerra Civil. La Escuadra y delegados del Congreso han zarpado a los puertos salitreros. Balmaceda mantiene el control del país con sus aproximadamente 30.000 hombres en armas, muchos de los cuales deberán sufrir reclutamiento forzoso.

Emil Körner, el coronel contratado por el propio gobierno en 1887 para enseñar en la Academia Militar y crear un ejército más eficiente, deserta en enero de sus funciones y toma el lado de los congresistas. Será un factor muy importante en las campañas que se llevarán a cabo y especialmente preparando en el norte salitrero el contingente que traerán al sur, es decir los trabajadores del área salitrera<sup>45</sup>.

Mientras tanto, ¿qué hay acerca de una política de tributación de los grupos oligárquicos y de los ingresos por concepto de exportación al salitre y yodo? En 1890 el porcentaje de ingresos percibidos por el Estado por concepto de impuestos internos respecto al total de ingresos fiscales fue de 3,65% y en la

<sup>44</sup> Hernán Ramírez Necochea. *Historia del Movimiento Obrero de Chile. Antecedentes. Siglo XIX*. Ediciones LAR, Concepción, 1986, pp. 298-299. Citado por Sergio Grez en "La Huelga General" de 1890, *op. cit.*, pp. 151-152.

<sup>45</sup> Acerca de la labor de Emil Körner, véase: Frederick M. Nunn "Emil Körner and the Prussianization of Chilean Army: Origins, Process and Consequences, 1885-1920". En H.A.H.R., vol. 50, N° 2, Durham, 1970, pp. 300-322. "The Military in Chilean History. Essays on Civil-Military Relations, 1810-1973". Albuquerque, 1976; Carlos Maldonado Prieto "El Prusianismo en las Fuerzas Armadas Chilenas. Un estudio histórico, 1885-1945". Santiago, 1988. "La Prusia de América del Sur: Acerca de las Relaciones Militares Chileno-Germanas, 1927-1945". Mimeo. Julio 1991. "Los Carabineros de Chile. Historia de Una Policía Militarizada". En Iberoamérica Nordic Journal of Latin American Studies, vol. XX: 3, 1990. Agradecemos al autor el habernos facilitado estos materiales, algunos de ellos aún inéditos.



inmediata Postguerra en 1893 era de un 0,78%. En 1890 el aporte al Fisco por concepto de derechos de las exportaciones de la industria salitrera era del orden del 44,5%<sup>46</sup>. Como podemos apreciar, un clavo más sobre las espaldas de los trabajadores.

Quizás la mejor información acerca del curso de la Guerra Civil en el Norte Salitrero provenga de informes de distinta procedencia enviados desde Chile y recibidos también acá por distintas autoridades oficiales de los países acreditados acá. Sin embargo, don Oscar Bermúdez Miral nos ha proporcionado una muy importante información a través de los llamados "Papeles Humberstone". Otra no menos importante información son las fuentes nacionales. Citamos a Bermúdez Miral:

"La lucha armada por la posesión de Tarapacá había sido precedida desde mediados de 1890 por la infiltración de agentes políticos en los medios obreros, para atraerlos al bando de Balmaceda o, al revés, despertar entre ellos el odio hacia el Dictador. Dada la influencia de las Compañías salitreras inglesas en su mayoría dependientes o coligadas con el grupo North, Balmaceda no había contado desde mucho antes con la simpatía de los pueblos pampinos del Norte". Agrega este notable investigador: "Las cartas de Santiago Humberstone dirigidas a Juan Dawson desde julio de 1890 abundan en detalles interesantes a este respecto. Dawson representaba entonces a la Primitiva Nitrate Co., La Liverpool Nitrate y otras controladas por North"<sup>47</sup>.

En esta primera fase de lo que hemos llamado "Un segundo desencuentro" es muy importante citar parte de esta documentación. Así, por ejemplo, se afirma "que no se había visto ningún soldado desde Huara a Zapiga", ya desencadenado el movimiento huelguístico de 1890 en la pampa<sup>48</sup>. Bermúdez es de la idea de que en esta etapa los trabajadores contaban con un apoyo tácito de parte de las autoridades leales al Presidente, especialmente el Intendente Guillermo Blest Gana<sup>49</sup>. Los trabajadores de este cantón salitrero bordeaban los 4.000 hombres, y cualquier guarnición militar era absolutamente insuficiente para evitar la bajada de éstos al puerto de Iquique. Esta situación se agudizará en la segunda fase de esta segunda etapa cuando la Escuadra bloquee este último puerto. Ya no habrán provisiones en las oficinas de la pampa ni fichas o dinero para pagar a los obreros y en los puertos la situación será similar, sumando a esto un alto incremento en los precios de los alimentos, agua y combustible, es decir, especulación.

<sup>46</sup> Sergio González Miranda, *op. cit.* p. 53. Véase además Manuel A. Fernández. "El Enclave Salitrero y la Economía Chilena". En *Nueva Historia*, vol. 1, Nº 3, Londres, 1981.

<sup>47</sup> Oscar Bermúdez Miral, "Historia del Salitre. Desde la Guerra del Pacífico hasta la Revolución de 1891". Ediciones Pampa Desnuda. Santiago, Chile, 1984, pp. 348-356. Obra póstuma publicada por su hijo Rabindranath Bermúdez y Colaboradores. Hemos utilizado copia del manuscrito original que nos enviara a Londres para comentarios. Tenemos entendido que su hijo es el actual depositario de la documentación Humberstone o copia de ella, algunas decenas de cartas.

<sup>48</sup> Bermúdez Miral, *op. cit.*, p. 349.

<sup>49</sup> *Ibid.* p. 349.

En los primeros días de febrero los trabajadores que habían hecho abandono de faenas sumaban más de 3.000, de las oficinas Rosario, Tres Marías, San José, Primitiva Ramírez y otras del cantón de Negreiros. Entre éstas mencionadas estaban las de mayor poder productivo en Tarapacá y con el mayor número de operarios.

Del 3 al 4 de febrero los trabajadores ya sumaban cerca de 9.000 hombres sumados a sus familias. Ante esta situación y evidente bajada a Iquique de esta masa humana y teniendo presente lo acontecido en julio del 90, era inevitable para el gobierno y las fuerzas leales evitar a toda costa esta hecho, porque Iquique sufriría el saqueo, el incendio y la muerte. Aquí se produce el inevitable enfrentamiento entre obreros de distintas nacionalidades, fundamentalmente chilenos y el ejército leal al Presidente Balmaceda. Los resultados fueron decenas de muertos, centenas de detenidos y 18 dirigentes fusilados sumariamente.

Al margen del conflicto militar mismo y sus resultados en el área salitrera, la suerte del Gobierno Constitucional estaba ya echada. En Concón y Placilla, el proceso se cierra y los obreros pampinos enrolados ahora en las filas congresistas y bien provistos de buenos rifles y entrenados por algunos meses por Körner y su equipo de oficiales liquidarán el pleito de la oligarquía chilena. Aproximadamente 10.000 soldados congresistas derrotarán a fuerzas superiores tres veces. Los balmacedistas perderán en el campo de batalla alrededor de 8.000 hombres y los congresistas 1.200<sup>50</sup>.

<sup>50</sup> Cónsul-General Lewis Joel, N° 7, January 1, 1892, F.O. 16, vol. 269. Las cifras de muertos dadas por el Cónsul Americano difieren de las del primero. Los balmacedistas habrían perdido 6.000 hombres en Concón y Placilla y los congresistas 2.600. Consul Egan, N° 195, Aug. 1891. U.S. Despatches, reel T-39.

# El balmacedismo como mito popular: Los trabajadores de Tarapacá y la Guerra Civil de 1891

Julio Pinto Vallejos

## 1. LOS OBREROS Y LA GUERRA CIVIL

Sobre la participación de los trabajadores en la Guerra Civil de 1891 se ha dicho prácticamente de todo. Se ha dicho, por ejemplo, que los obreros apoyaron —aunque fuese “pasivamente”— la causa balmacedista<sup>1</sup>. ¿Cómo podía ser de otra forma? La política de obras públicas promovida con tanta pasión por el Presidente Balmaceda generó una situación de “pleno empleo” y alza salarial que naturalmente debía concitar las simpatías trabajadoras. Por otra parte, los roces entre Balmaceda y ciertos poderosos círculos empresariales, especialmente aquellos centrados en el consorcio North, suministraba una “obvia” causa común. De hecho, una vez desencadenadas las acciones bélicas el bando presidencial no trepidó en identificar a los “ingleses” y los “millonarios” como los principales soportes de la rebelión<sup>2</sup>. En consecuencia, lo natural era que buscase su propia base de apoyo entre quienes debían padecer cotidianamente la acción de tales intereses. El acercamiento de los trabajadores a la causa presidencial era casi un asunto de lógica elemental.

Otros autores, sin embargo, han argumentado en un sentido diametralmente opuesto. Aunque sin mucha claridad de por qué lo hacían, el grueso de los sectores populares se habría inclinado más bien por la causa congresista, constituyéndose en la principal fuente de reclutamiento para un ejército que debió improvisarse prácticamente desde la nada. El impulso para actuar así pudo haber venido de la natural y tradicional tendencia a seguir “al cura o al patrón”, o bien del rechazo a la movilización forzosa impuesta por las autoridades presidencialistas<sup>3</sup>. También se ha hablado del efecto traumático que sobre la opinión obrera ejerció la represión con que el gobierno balmacedista enfrentó las huelgas de 1890, y de las numerosas víctimas populares de los fusilamientos decretados por Balmaceda durante el transcurso de la guerra civil<sup>4</sup>. En cualquier caso, concluye esta línea de argumentación, lo concreto

<sup>1</sup> Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891* (Santiago, 1972); pp. 215-216.

<sup>2</sup> Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile*, vol. xx, pp. 126 ss.; Harold Blakemore, *Gobierno chileno y salitre inglés 1886-1896: Balmaceda y North* (edición original inglesa, Londres: 1974; trad. castellana, Santiago, 1977); pp. 212-220, de la edición castellana. En el ámbito regional tarapaqueño también se hizo presente este discurso “populista”, como se verá en la segunda parte de este trabajo.

<sup>3</sup> Francisco Antonio Encina, *La presidencia de Balmaceda* (Santiago, 1952), vol. I, p. 246.

<sup>4</sup> Si bien no se abanderiza directamente por ellos, estos argumentos han sido presentados

es que en todas sus manifestaciones prácticas la clase trabajadora distó mucho de exhibir no tanto entusiasmo, sino incluso la más leve simpatía por la causa balmacedista.

Por último, y en la interpretación más generalizada, se ha sostenido que el pueblo observó el conflicto de 1891 en medio de la más absoluta indiferencia. Ajeno a las disputas de la clase política, sin razones de peso para pronunciarse a favor de uno u otro bando, este actor social debía considerar la guerra como una "pelea entre patrones" cuyo desenlace no le acarrearía ningún beneficio concreto, aunque sí, y como ya era habitual, la mayor parte de los sacrificios<sup>5</sup>. En uno de los estudios más recientes sobre los obreros del salitre se sostiene explícitamente que "en 1891... el movimiento obrero no se ve comprometido y menos puesto en cuestión en una lucha por el poder entre grupos dominantes"<sup>6</sup>. Si a los obreros les cupo alguna participación en la lucha, como de hecho les cupo dramáticamente, ello habría obedecido más que nada a una imposición externa, desvinculada de sus propios impulsos e intereses. No fueron sujetos, sino más bien objeto de un proceso iniciado y dirigido por otros.

¿Quién tiene la razón? No resulta fácil decirlo, especialmente porque el grueso de las opiniones citadas no se funda en un estudio concreto de expresiones u opiniones obreras, sino por lo general en testimonios indirectos o meros ejercicios de "lógica" historiográfica. Hasta el momento hay sólo un estudio sobre la gestación del balmacedismo popular que se remite a fuentes propiamente populares<sup>7</sup>. Usando el barómetro de la poesía popular, su autora detecta todo un ciclo de acercamientos y alejamientos hacia la figura de Balmaceda, activado por conductas y coyunturas específicas y la lectura que de ellas iban haciendo los actores populares. Se trata, sin duda, de un buen y necesario comienzo, pero uno que por sí solo no podrá, naturalmente, zanjar el debate.

A esa tarea aun pendiente este estudio, centrado en la conducta exhibida por los obreros tarapaqueños durante la Guerra Civil, pretende aportar algunos antecedentes más. Por varias razones, el indicado parece ser un grupo particularmente fructífero para comprender mejor el posicionamiento popular frente a la causa balmacedista. Por una parte, Tarapacá constituía hacia 1891 una de las regiones de mayor concentración obrera del país. Más que el factor numé-

---

por Julio Heise G. en su *Historia de Chile. El período parlamentario, 1861-1925*, vol. 1 (Santiago, 1974), pp. 108-120.

<sup>5</sup> Entre otros, esta tesis ha sido planteada por Crisóstomo Pizarro, *La Revolución de 1891. La Modernización* (Santiago, 1971); Julio Heise, *op. cit.*; Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* (Santiago, 1951), pp. 90 y ss.; y por mí mismo en "1890: un año de crisis en la sociedad del salitre", *Cuadernos de Historia*, N° 2 (Santiago, 1982), pp. 90-93, y especialmente la nota N° 83.

<sup>6</sup> Sergio González M., *Hombres y mujeres de la pampa: Tarapacá en el ciclo del salitre* (Iquique, 1991), p. 21.

<sup>7</sup> Micaela Navarrete Araya, "Balmaceda en la poesía popular chilena: 1886-1896", *Nueva Historia*, N°s 15-16 (Londres, 1985).

rico, lo importante aquí es la naturaleza de esa concentración: el predominio en ella de las relaciones salariales y el trabajo "industrial"<sup>8</sup>; la nitidez con que ya se definían las nascentes clases sociales; y sobre todo la "efervescencia" social que ya había exhibido, encabezando en julio de 1890 la primera huelga general en la historia del país<sup>9</sup>. Otra consideración importante en el mismo sentido, sostenida por varios partidarios de la tesis del "balmacedismo popular" como un fenómeno anterior a la guerra, es que para los trabajadores de Tarapacá el "capital imperialista" era una presencia concreta, cotidiana, y a menudo problemática. En tal virtud, los indesmentibles roces entre Balmaceda y el principal de los conglomerados empresariales de la provincia, el de John Thomas North, bien podrían haber encontrado algún eco en la clase obrera<sup>10</sup>.

En tercer lugar, Tarapacá fue el escenario donde se desenvolvió la primera campaña de la Guerra Civil, y su desenlace determinó en gran medida el resultado final. Por lo tanto, la conducta asumida frente al conflicto por la población local debió despertar el más vivo interés en cada uno de los contrincantes. Considerando la relativa igualdad de fuerzas en que se encontraban inicialmente, a ambos les convenía cultivar el favor popular. La actitud asumida por este actor social podía resultar desequilibrante.

Finalmente, es un hecho indesmentible que después de la guerra el balmacedismo popular floreció con gran fuerza en Tarapacá, convirtiéndose en un verdadero culto a la memoria del "Presidente Mártir". Según lo consigna un apéndice al informe de la comisión ministerial que recorrió el norte salitrero en 1904, lo primero que se veía al ingresar a una habitación obrera era "el retrato del infortunado Presidente, iluminado, de pie, con la banda terciada, tal como lo sacan las cromolitografías de las revistas santiaguinas", a lo que agregaba después que "allí tiene Balmaceda un culto de afecciones, simpatías y respetos como no lo recibe nadie más, ni venerado santo, ni personaje ilustre"<sup>11</sup>. ¿En qué poderosas consideraciones se fundaba una adhesión tan

<sup>8</sup> Estoy empleando el término "industrial" en el sentido amplio de la palabra, referido tanto a la organización y dirección del trabajo como a la presencia en él de la mecanización y los últimos avances tecnológicos; cf. Julio Pinto V. y Luis Ortega M., *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado (Chile, 1850-1914)* (Santiago, 1990); capítulo 3.

<sup>9</sup> Julio Pinto V., "1890: un año de crisis en la sociedad del salitre", *Cuadernos de Historia*, N° 2 (Santiago, 1982); y también "A Desert Cradle: State, Foreign Entrepreneurs and Workers in Chile's Early Nitrate Age. Tarapacá, 1870-1890", tesis doctoral inédita, Universidad de Yale (Mayo 1991); una versión abreviada del argumento referido a la clase trabajadora apareció en el número 25 de la revista *Historia* publicada por la Pontificia Universidad Católica de Chile, con el título de "La transición laboral en el norte salitrero: la provincia de Tarapacá y los orígenes de la cuestión social, 1870-1890".

<sup>10</sup> Esta es, desde luego, la tesis de Hernán Ramírez Necochea en su *Balmaceda...*; y si bien Blakemore desmiente en forma bastante convincente que las prevenciones de Balmaceda hayan abarcado al conjunto de los salitreros extranjeros, en ningún caso pone en cuestión la veracidad de la pugna Balmaceda-North.

<sup>11</sup> Manuel Salas Lavaqui (ed.), *Trabajos y antecedentes presentados al Supremo Gobierno de Chile por la Comisión Consultiva del Norte* (Santiago, 1908); pp. 872-873; ver también Blakemore, *Gobierno chileno...*, 257-266.



sincera a quien después de todo era uno de los más genuinos representantes de la oligarquía tradicional, y el responsable último de la represión a la huelga tarapaqueña de 1890?

A partir de todos estos factores, este trabajo se propone explorar la actitud de los trabajadores tarapaqueños frente a la Guerra Civil de 1891. Lamentablemente, no se ha podido disponer para este efecto de expresiones verbales directas, salvo testimonios judiciales bastante posteriores a los hechos, con todas las prevenciones que ese tipo de fuentes puede suscitar. En consecuencia, el único indicador relativamente confiable para llegar a lo que se busca son las acciones o conductas concretas exhibidas por los trabajadores, especialmente aquellas donde aparecen actuando con relativa autonomía respecto de presiones o influencias externas. Obviamente, la "pureza" de estos indicadores nunca podrá establecerse en forma absolutamente fehaciente. Pero con lo que se ha podido detectar emerge un cuadro que no deja de ser curioso y sugerente.

## 2. LOS OBREROS Y LA CAMPAÑA DE TARAPACÁ

Entre enero y marzo de 1891 se desarrolló en territorio tarapaqueño la primera campaña de la Guerra Civil. A la postre, y tras variadas alternativas, la batalla librada en Pozo Almonte el 7 de marzo decidió este primer asalto en favor de la causa congresista. Antes de que tal desenlace pudiese preverse, sin embargo, se produjeron al menos cuatro situaciones en que grupos de obreros, o actores muy cercanos a ellos, aparecieron asumiendo posiciones relativamente autónomas con clara atingencia sobre el conflicto. El sentido de estas acciones constituye un buen indicador de lo que pudo ser el alineamiento de la clase trabajadora frente al proceso en general.

El primer elemento digno de analizar, levemente anterior al inicio de las acciones bélicas, fue el posicionamiento del periódico iquiqueño *El Nacional*, universalmente sindicado como el instigador y conductor ideológico de la huelga de 1890<sup>12</sup>. Los mismos periodistas que durante los primeros meses de

<sup>12</sup> En un oficio de 29 de septiembre de 1890, el Intendente de Tarapacá Guillermo Blest Gana informaba a un juez letrado de la localidad que antes de la huelga "los ánimos de los trabajadores pudieron estar excitados con motivo de las publicaciones que de tiempo atrás hacía el diario *El Nacional* dando cuenta de atropellos e injusticias cometidos por los administradores de oficinas salitreras con los trabajadores chilenos y en que se amenazaba a aquéllos con lo que podía sucederles el día en que éstos quisiesen sacudir el yugo que los oprimía", *Archivo Intendencia de Tarapacá* (citado en adelante como *AIT*), vol. 183; igual acusación se formulaba en *El Ferrocarril* (Santiago), 6, 9 y 10 de julio de 1890; *La Libertad Electoral* (Santiago), 4, 5, 10 y 18 de julio de 1890; *La Voz de Chile* (Iquique), 10, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18, 19, 20 y 22 de julio de 1890; y en las declaraciones de varios administradores de oficinas salitreras que fueron objeto de los ataques de los huelguistas, *Fondo Judicial de Iquique* (citado en adelante como *FJI*), 1890, legajo 1555, pieza s/n, fs. 4-8. El papel de los periodistas de *El Nacional* en la gestación y conducción de la huelga de 1890 ha sido analizado en mi artículo "1890: un año de crisis en la sociedad del salitre", y mucho más extensamente en la tesis "A Desert Cradle...", *op. cit.*, capítulo 10.

aquel año habían montado una intensa campaña de denuncias contra los abusos que se cometían en las salitreras; que durante las jornadas de julio fueron encarcelados y perseguidos por arengar a los huelguistas; y que poco después se incorporaron en masa e incluso postularon a la dirección del Partido Democrático local, fueron de los primeros en adoptar públicamente una postura hostil a Balmaceda<sup>13</sup>. Así, pocos días después de la sublevación de la Escuadra, *El Nacional* se declaraba abiertamente en contra de la causa presidencial. Su redactor en jefe, Juan Vicente Silva, fue acusado por la prensa balmacedista de "lanzar una proclama revolucionaria" y "querer organizar un *meeting* de adhesión al movimiento de la escuadra", escribiendo acto seguido "un artículo revolucionario incitando al pueblo a desconocer el régimen legal" y pretendiendo "provocar un descenso de los peones de la pampa, acto cuyas consecuencias no es posible prever"<sup>14</sup>. Producto de tales actos Silva fue encarcelado y destituido de su cargo de profesor del Liceo de Iquique, mientras que *El Nacional* fue sumariamente clausurado<sup>15</sup>.

*El Nacional* no volvió a aparecer hasta después de la derrota del balmacedismo local, pero durante la campaña misma otro de sus antiguos redactores y en un momento secretario del Partido Democrático, Timoleón Lorca, fue sorprendido encabezando una "montonera" congresista en los cantones salitreros del sur de la provincia<sup>16</sup>. Así, el único medio de prensa que hasta entonces había tomado una postura sistemáticamente favorable a los trabajadores tarapaqueños no vaciló un momento en arriesgarse en favor de la causa congresista. Considerando que la capacidad efectiva de este bando para ocupar Tarapacá era aún tremendamente incierta, el significado de dicha opción no puede ser subvalorado.

Otro dirigente demócrata afectado por la represión balmacedista fue César Augusto Cáceres, comerciante de origen copiapino que ya a comienzos de 1890 había participado en un *meeting* popular para protestar por la carestía de la carne, una de las primeras manifestaciones organizadas de descontento social en ese conflictivo año<sup>17</sup>. Durante la huelga de julio, Cáceres también

<sup>13</sup> La participación de los periodistas de *El Nacional* en el Partido Democrático está documentada en *La Voz de Chile* (Iquique, citada en adelante como *VCh*), 11 y 21 de octubre, 1890. En la segunda de las ediciones citadas se da cuenta de cómo Juan Vicente Silva, redactor en jefe de *El Nacional*, disputó la presidencia del partido, mientras que los reporteros Timoleón Lorca, José Segundo Plaza y Benjamín Collarte ocuparon diversos cargos en el directorio. Es verdad que poco tiempo después, y en el contexto de una pugna interna por el control del partido, todos los nombrados fueron expulsados; *VCh*, 11 de noviembre de 1890.

<sup>14</sup> *VCh*, 9 de enero de 1891. Lamentablemente, los números de *El Nacional* correspondientes a esos días están extraviados.

<sup>15</sup> *VCh*, 9 de enero de 1891.

<sup>16</sup> Estado Mayor General, Sección de Historia, *La Guerra Civil de 1891. Relación histórica militar por la Sección de Historia del Estado Mayor General* (Santiago, 1917); tomo I, p. 91. El cargo de Secretario del Partido Democrático de Iquique ejercido por Lorca aparece en *VCh*, 21 de octubre de 1890.

<sup>17</sup> La militancia de Cáceres en el Partido Democrático, y su cargo de director del mismo, quedan consignados en *VCh* 11 de noviembre de 1890; su participación en el *meeting* de la carne" en *El Progreso* (Iquique), 10 de febrero de 1890.

estuvo entre los arrestados por "incitar al pueblo a cometer desórdenes", lo que provocó que un grupo de sus compañeros desfilara hasta la cárcel para pedir su libertad<sup>18</sup>. Este personero no tenía ninguna vinculación con *El Nacional*, pero de todas maneras fue encarcelado el 12 de enero por su presunta complicidad con la sublevación congresista<sup>19</sup>. De esta forma, todas las personas cercanas al Partido Democrático que aparecen de alguna u otra forma identificadas políticamente habrían favorecido la causa hostil a Balmaceda. Por el contrario, no se ha detectado ningún pronunciamiento análogo en favor de la postura presidencial.

El primer hecho propiamente bélico producido en territorio tarapaqueño ocurrió el día 19 de enero, cuando la guarnición de Pisagua, "cuyo ambiente era francamente hostil al Gobierno", se plegó abiertamente a la causa congresista. Después de un breve combate en el caserío de Zapiga este revés fue conjurado por las tropas presidenciales, pero antes de que éstas pudiesen asegurar su victoria "el populacho de Pisagua, francamente opositor, valiéndose del engaño, desarmó la tropa y con su comandante a la cabeza la entregó prisionera al gobernador congresista, teniente 1º de Marina don Francisco Neff"<sup>20</sup>. Como para refrendar esta información, la prensa balmacedista de Iquique informaba que al caer Pisagua en manos congresistas, "Los revolucionarios dieron libertad a los presos de la cárcel, para buscarse auxiliares entre los bandidos y ladrones, y fueron impotentes para contener el pillaje y los desórdenes del populacho y de los soldados, ebrios e indisciplinados". Es verdad que a continuación se agregaba, tranquilizadamente, que "un convoy con tropa subió... a la pampa, lleno de banderas y con el propósito de enganchar y reclutar gente; pero volvió a Pisagua con sólo siete hombres"<sup>21</sup>. Algunos días después se reiteraba que, pese a estar Pisagua tan cerca de las oficinas salitreras, ningún obrero de éstas se había plegado a las filas rebeldes<sup>22</sup>. Sin embargo, la confianza oficialista era más aparente que real.

En efecto, a partir de los sucesos de Pisagua la prensa adicta a Balmaceda y proclamas callejeras de autoría incierta comenzaron a exhibir un discurso abiertamente "populista", absolutamente ausente hasta la víspera. El 20 de enero, por ejemplo, circuló en Iquique un llamado en los siguientes términos:

Artesanos y Trabajadores: el Gobierno del Excelentísimo señor Balmaceda os dio trabajo en todas partes; se preocupó siempre de vuestra suerte y jamás permitió que vuestro sudor y vuestra sangre sirvió (sic) para enriquecer a unos

<sup>18</sup> La participación de Cáceres en los actos callejeros está relatada en *VCh*, 10 de julio de 1890; la acción en pro de su libertad en la declaración judicial de José Flores, detenido por desórdenes y que confesó "haber andado con una banderilla al frente de mis compañeros cuando nos dirigíamos a la cárcel a pedir la libertad de Cáceres", *FJI*, 1890, legajo 1518, pieza 8, fs. 1-2.

<sup>19</sup> *VCh*, 13 de enero de 1891.

<sup>20</sup> Estado Mayor General, Sección de Historia, *La Guerra Civil de 1891*, p. 65.

<sup>21</sup> *VCh*, 21 de enero de 1891.

<sup>22</sup> *VCh*, 28 de enero de 1891.

pocos, para satisfacer el lujo y lavanda de esos egóistas magnates que hoy, por despecho y avaricia, aparecen acaudillando una revolución<sup>23</sup>.

Un día después *La Voz de Chile* de Iquique, órgano que había estigmatizado las asonadas populares de 1890 en los más duros términos, editorializaba en forma casi idéntica:

Lo que los opositores quieren es sacar las castañas de las brasas por la mano del pueblo. Por eso tiran la piedra y esconden la mano, hablan y mienten delante de los trabajadores, pero no se atreven a hacerlo delante de los que pueden contestarles; empujan a los pobres al peligro y se quedan ellos muy tranquilos en su casa, gozando de sus comodidades!

Los artesanos y trabajadores saben bien que ésta es la revolución de los ricos, de los banqueros, de los negociantes. Es decir, de los que han engordado con la sangre y el sudor del pobre roto.

Su Excelencia el Presidente, por el contrario, se ha esforzado siempre en dar trabajo al peón para que pueda vivir feliz; en hacer por cuenta del Fisco las grandes obras emprendidas, para que salgan bien y cuesten menos; en tratar de que los dineros del Estado sirvan para la grandeza nacional y no para el provecho de unos pocos politiqueros o negociantes sin conciencia<sup>24</sup>.

En un sentido más concreto, y pese a los estragos que comenzaba a provocar en la economía local el bloqueo impuesto por la Escuadra, la Intendencia ofrecía emplear en la realización de obras públicas a todos los obreros que quedasen desocupados por tal motivo<sup>25</sup>. Asimismo, la posibilidad de que el bloqueo paralizara el trabajo de las oficinas empujando a sus obreros a la desesperación podía ser conjurada por el Gobierno, quien "está dispuesto a ocuparlos, aun cuando para ello sea necesario poner en movimiento las mismas oficinas que él posee"<sup>26</sup>. Considerando que el Estado de Chile jamás se había propuesto explotar directamente dichas oficinas, ni siquiera en los momentos más "nacionalistas" de la administración Balmaceda, queda en evidencia la preocupación que en el balmacedismo tarapaqueño despertó el comportamiento del "populacho" pisagüino. Los acontecimientos desencadenados en la pampa salitrera en los primeros días de febrero demostraron que la preocupación estaba muy bien fundada.

La tercera y más dramática expresión de protagonismo popular frente a la Guerra Civil fue lo que posteriormente llegó a ser conocido como la "masacre de Huara". Pese a las reiteradas aseveraciones de las fuentes balmacedistas, da la impresión que los trabajadores de la pampa no se mantuvieron pasivos frente al inicio de las operaciones bélicas en territorio tarapaqueño. El Sargento Mayor Martín Larraín, Subdelegado gobiernista de Pozo Almonte y uno de los

<sup>23</sup> Reproducido en *VCh*, 21 de enero de 1891.

<sup>24</sup> *VCh* 22 de enero de 1891.

<sup>25</sup> *VCh*, 22 de enero de 1891.

<sup>26</sup> *VCh*, 28 de enero de 1891.

principales involucrados en los hechos de Huara, testimoniaba posteriormente que "Durante el tiempo transcurrido hasta la primera toma de Pisagua por la Escuadra hubo constantemente levantamientos de los trabajadores de la pampa que eran reprimidos en cuanto era posible por los diversos destacamentos de guarnición..."<sup>27</sup>. Para otra fuente militar escribiendo sobre el tema, el estado de las poblaciones era de "abierta revuelta", por lo que las autoridades balmacedistas no podían "dejarlas desamparadas"<sup>28</sup>. Incluso *La Voz de Chile* terminó por reconocer, en su último número, que el pueblo pampino estaba lejos de favorecer unánimemente la causa presidencial:

Con mano enérgica fue reprimida una intentona de alzamiento de los peones de Pisagua. El comandante Valenzuela, que es hombre que sabe cumplir con su deber, mandó hacer fuego sobre los que pretendían promover el desorden y los escarmentó. Con una conducta igual de parte de todas las autoridades no tendremos nada que temer de los peones; éstos tienen hoy trabajo en abundancia y no tienen por qué cometer desórdenes. Evidentemente sólo obedecen a instigaciones de esa gente que nada tiene que perder y que siempre está por el desorden; nada raro sería que la misma mano que ha estado repartiendo aquí proclamas subversivas estuviera metida en todas esas bullangas de la pampa<sup>29</sup>.

Sea por las "instigaciones de gente que no tiene nada que perder", o por la falta de víveres y consiguiente carestía que el bloqueo comenzaba a producir en los cantones salitreros, en los primeros días de febrero la efervescencia obrera comenzó a subir visiblemente de tono. El 2 de ese mes se presentaron ante el jefe de estación de Huara cinco delegados, comisionados por los trabajadores de las oficinas circundantes, para solicitar un convoy que trasladase a Iquique a tres mil de sus compañeros. En todos sus testimonios posteriores, los participantes en estos hechos aseguraron que su propósito no era otro que "solicitar de la autoridad se les enviaran víveres", pues "el precio de (ellos) en el interior estaban escasos y excesivamente caros"<sup>30</sup>. No lo estimó así el Intendente balmacedista Manuel Salinas, quien sólo accedió a permitir el traslado de un grupo pequeño de representantes en lugar de los miles que se anunciaban. En caso de persistir los peticionarios en su voluntad inicial, serían disueltos "a balazos"<sup>31</sup>.

De acuerdo a un relato levemente posterior a los hechos, la respuesta del Intendente desató una paralización general de las oficinas del sector, siendo sus administradores obligados a entregar todas las armas que en ellas se

<sup>27</sup> FJI, 1891, legajo 1575, pieza 2, fs. 1.

<sup>28</sup> Estado Mayor General, *La Guerra Civil de 1891*, p. 72.

<sup>29</sup> VCh, 4 de febrero de 1891.

<sup>30</sup> Testimonios de José C. Fernández y María Álamos en el juicio seguido contra el ex teniente coronel Antonio Cervantes, FJI 1891, legajo 1487, pieza 16, fs. 4-7; también testificaron en tal sentido Prosperino Pérez, Manuel Contreras y otras 29 personas.

<sup>31</sup> *La Patria* (Iquique), 20 de marzo de 1891.



conservaban. Esto derivó en la formación de un grupo de al menos ochenta huelguistas armados de carabinas, complementado por un número indeterminado que portaba armas cortas y puñales, con lo cual "desde ese momento los trabajadores se declararon absolutos"<sup>32</sup>. En esas circunstancias, un tren que venía desde Pisagua transportando prisioneros congresistas fue detenido en la oficina "Rosario de Huara", desatándose un tiroteo entre los trabajadores y la escolta que culminó con la muerte del maquinista y la captura del convoy por parte de los primeros. Habilitados de esta forma, un número que según la fuente que se utilice varía entre dos y nueve mil obreros se dispuso a descender a Iquique en la mañana del 4 de febrero, "vivando la oposición y todos armados con palos, cuchillos, revólvers, y unos cuantos rifles y en unas banderas escrito: Chilenos, a Iquique". Pese al tenor de esta última frase, también componían el grupo trabajadores peruanos, bolivianos e italianos<sup>33</sup>.

Enfrentado a esta amenaza, el Subdelegado de Pozo Almonte, Sargento Mayor Martín Larraín, se puso a la cabeza de un destacamento militar que encontró a los presuntos amotinados en la oficina "Ramírez", de propiedad de John Thomas North. No obstante lo que se ha dicho más arriba sobre las armas que éstos portaban, los trabajadores interrogados posteriormente insistieron mucho en que todos iban desarmados e indefensos, y que las banderas que llevaban eran banderas blancas de parlamento<sup>34</sup>. Larraín, en cambio, aseguró que luego de negarse a enviar una comisión de 20 a 25 personas a parlamentar con la autoridad en Iquique los obreros recibieron a la tropa "con disparos de rifles y revólvers", dispersándose luego "por las calicheras que les servían de trincheras"<sup>35</sup>. Sea como fuere, las fuerzas balmacedistas cargaron sobre los obreros con un saldo de entre catorce y quince muertos, más un número indeterminado de heridos<sup>36</sup>. Una vez concluido el enfrentamiento, Larraín apartó 18 presuntos "cabecillas" y los hizo fusilar sin ninguna fórmula de juicio, entre ellos el fondero de la oficina "Abra de Quiroga" y el preceptor de la escuela particular que mantenía la oficina "San Jorge", Juan de Dios Guerra<sup>37</sup>. Estas cifras superan largamente las aproximadamente diez muertes

<sup>32</sup> *Ibid.*

<sup>33</sup> La cita es del mismo número de *La Patria* cuya descripción de los hechos se viene empleando, y que es el que aventura una cifra de tres mil huelguistas; los testimonios judiciales hablan de dos a tres mil, mientras que una obra de Joaquín Rodríguez Bravo habla de cinco a nueve mil (*Balmaceda y el conflicto entre el Congreso y el Ejecutivo*, tomo II, Santiago, 1925, citado en Oscar Bermúdez M., *Historia del salitre, desde la Guerra del Pacífico hasta la Revolución de 1891* (Santiago, 1984), pp. 279-280).

<sup>34</sup> FJI 1891, legajo 1487, pieza 16, fs. 2-51.

<sup>35</sup> FJI 1891, legajo 1575, pieza 2, f. 2.

<sup>36</sup> Estas son las cifras que entregan los testimonios judiciales de treinta testigos presenciales, refrendadas por el fiscal ad hoc en el juicio contra el tercer jefe del destacamento, sargento mayor Antonio Cervantes; FJI 1891, legajo 1487, pieza 16, fs. 2-51, 87. Sin embargo, el libro de Joaquín Rodríguez Bravo citado más arriba entrega una cifra de 104 muertes.

<sup>37</sup> La identidad de estas dos personas aparece en la cita de *La Patria*, además de las declaraciones de María Álamos y el alférez Carlos Medina, FJI 1891, legajo 1487, pieza 16, fs. 4-5 y 60-61. Los fusilamientos dieron lugar a dos procesos instruidos luego de la derrota balmacedista, uno

que produjo en Tarapacá la bullada huelga de 1890, las que por añadidura resultaron de enfrentamientos entre trabajadores y personal administrativo de establecimientos salitreros y comerciales antes que con representantes de la fuerza pública<sup>38</sup>. Desde el punto de vista de lo que podría llamarse represión oficial, los hechos de la oficina "Ramírez" constituyen la primera matanza obrera masiva en la historia de Tarapacá.

Salvo algunas apreciaciones muy fugaces, la naturaleza de los testimonios invocados dificulta la atribución de motivos explícitamente políticos a la conducta exhibida inicialmente por los obreros amotinados. Así y todo, una declaración formulada por el poderoso salitrero peruano Juan Vernal y Castro en defensa de los actos del mayor Larraín permite vislumbrar el trasfondo de los hechos que derivaron en la masacre de "Ramírez":

En cuanto a los sucesos de Ramírez, dada la situación de desborde de las peonadas, que se adueñaron del ferrocarril, de las oficinas y de cuantas armas encontraron; que procedieron sin Dios ni ley ni autoridad a quienes respetar, sólo impulsados por los malos instintos de los que los azuzaban, lanzándolos al crimen, creo que la conducta y procedimiento del Sr. Larraín, que tengo convicción, fueron en cumplimiento de órdenes superiores que no podía eludir, fue necesaria y la única salvadora de los daños irreparables que habría sufrido la propiedad salitrera y la urbana de Iquique, y la que evitó millares de víctimas, que el desborde y furor de las turbas embriagadas habrían causado. Como extranjero he sido rigurosamente neutral en la contienda civil que acaba de terminar y sin odios ni pasiones tengo conciencia de decir la verdad<sup>39</sup>.

Es posible que, en su sentido más profundo, este movimiento de rebeldía social no se haya originado en ninguna asociación nítida con una u otra de las causas en pugna. Después de "Ramírez", sin embargo, la causa balmacedista estaba condenada a arrastrar el baldón de haber sido responsable de una masacre obrera.

El sentimiento que esta circunstancia debió generar puede tal vez explicar el último hecho de protagonismo popular que se vivió durante la campaña de Tarapacá. Los combates ocurridos a mediados de febrero en las localidades interiores de San Francisco y Huara obligaron al Intendente Salinas a desgarnecer Iquique, capital de la provincia. Aprovechando esta coyuntura, la escuadra sitiadora intimó la rendición de la ciudad, lo que desató una ola de desórdenes callejeros "cuya represión obligó a tomar enérgicas medidas que trajeron como consecuencia muertos y heridos de la población civil"<sup>40</sup>.

---

contra el mayor Larraín (*FJI* 1891, legajo 1575, pieza 2), y otro contra su tercer jefe Antonio Cervantes (*FJI* 1891, legajo 1487, pieza 16).

<sup>38</sup> Aunque durante los primeros días de la huelga la prensa exageró notoriamente el número de bajas producidas con motivo de la huelga de Tarapacá, lo que ha sido recogido por muchas versiones posteriores, un recuento minucioso de los casos efectivamente verificados demuestra que éstos no fueron más de diez; cf. Julio Pinto, "A Desert Cradle...", capítulo 10.

<sup>39</sup> *FJI* 1891, legajo 1575, pieza 2, fs. 17-19.

<sup>40</sup> Estado Mayor General, *La Guerra Civil de 1891*, pp. 79-80.

Según una versión, estos hechos se habrían originado en un grupo de aproximadamente dos mil trabajadores que se habían desplazado hacia Iquique tras la matanza de Huara. Entre ellos, naturalmente, el sentimiento antibalmacedista reinaba con especial virulencia, y los primeros éxitos terrestres del bando congresista habrían servido de detonante para un ajuste de cuentas<sup>41</sup>. En otra versión, esta vez de un testigo presencial, "el pueblo en general mira la revolución con indiferencia y no es capaz de entusiasmarse por una cuestión que está muy lejos de comprender"<sup>42</sup>. En consecuencia, los desmanes se habrían debido más bien a la sed de saqueo del "populacho", en un momento en que la fuerza pública existente se hallaban en franca desintegración. Sea como fuere, a raíz de los desórdenes el Intendente Salinas se vio obligado a hacer entrega de Iquique a la oposición. Simbólicamente, el cambio de autoridades dio lugar a que "el pueblo" pusiera en libertad a dos reos que estaban siendo procesados por unos saqueos verificados durante la huelga del año anterior<sup>43</sup>.

Así, aún suponiendo que los desmanes de Iquique no hayan tenido relación alguna con los hechos de la oficina "Ramírez", sus efectos fueron sin duda un castigo demoledor para quienes habían ordenado la represión obrera. Con la capital provincial en su poder, la oposición pudo finalmente inclinar la situación militar en su favor. La derrota definitiva del balmacedismo tarapaqueño en la batalla de Pozo Almonte no suscitó, en cambio, ninguna expresión de repudio popular. Por el contrario, y si de algo puede servir un indicador reconocidamente relativo, el reclutamiento de un ejército congresista entre los trabajadores de la pampa fue el elemento que a la postre hizo posibles las victorias de Placilla y Concón.

### 3. ¿EXISTÍAN FUNDAMENTOS PARA UN BALMACEDISMO POPULAR TARAPAQUEÑO?

Todas las situaciones consignadas llevan a concluir que, durante el transcurso de la Guerra Civil, el balmacedismo tuvo escasa o nula presencia verificable entre los trabajadores tarapaqueños. En una primera instancia, esto haría aún más curioso el indesmentible balmacedismo popular que se instala en la provincia después de 1891. A la luz de los hechos anteriores a la guerra, sin embargo, la conducta referida no aparece tan paradójica. Hasta bien entrado el año 1890, nada de lo hecho por la administración Balmaceda justificaba una respuesta entusiasta de parte de los obreros pampinos. La tantas veces esgrimida política de obras públicas, por ejemplo, dejó totalmente al margen al

<sup>41</sup> Esta es la versión de Joaquín Rodríguez Bravo, reproducida en Bermúdez, *op. cit.*, pp. 280-282.

<sup>42</sup> Opinión de un abogado de apellido Salinas Vega, entrevistado por un periódico bonaerense y reproducido en *La Patria* (Iquique), 26 de junio de 1891.

<sup>43</sup> *FJI*, 1890, legajo 1723, pieza 4, fs. 9-10.

Norte Grande. En éste, la acción estatal exhibió más bien una tónica de indiferencia, que concitó reiteradas críticas desde todos los sectores de la opinión pública local<sup>44</sup>.

Tampoco la táctica confrontacional que se fue adoptando respecto de ciertos círculos de inversionistas ingleses, principalmente el de North, pareció provocar efectos muy visibles. Así, la visita que efectuó Balmaceda a Tarapacá en marzo de 1889 no encontró ningún eco perceptible entre la clase trabajadora, pese a que su controversia con North ya había adquirido cierta notoriedad. Por el contrario, la presencia presidencial —primera desde la anexión de Tarapacá— despertó más entusiasmo entre el empresariado y la oligarquía regional que en los sectores populares<sup>45</sup>.

Durante 1890, sin embargo, la crisis salitrera y la agudización de la pugna entre Balmaceda y North comenzó a incorporar al debate a sectores que al menos se declaraban cercanos a los intereses obreros. El ya citado periódico *El Nacional*, por ejemplo, salió a la luz pública a comienzos de ese año prácticamente con el objetivo único de denunciar el control del consorcio North sobre sectores claves de la economía regional. A medida que la crisis adquiría mayores proporciones, la prédica de *El Nacional* se fue centrando en los obreros urbanos y pampinos, exhibidos como principales víctimas del monopolio estructurado por North. Y aunque inicialmente sus redactores se cuidaron de aclarar que estas consideraciones no incluían a toda la colonia empresarial inglesa, no fue inusual que la línea divisoria entre el círculo de North y la generalidad de los inversionistas ingleses tendiera a diluirse.

A menos de dos meses de haber aparecido su primer número, *El Nacional* ya hablaba de las oficinas salitreras como "factorías inglesas"<sup>46</sup>. Poco después declaraba que su principal propósito era combatir "por la nacionalización de la industria en esta provincia"<sup>47</sup>, y advertía a los ingleses, calificados en otra parte como "sultanes de las oficinas, inquisidores de los ferrocarriles y sátrapas marinos", que "no debían hacer alarde de sus excentricidades en la costa de

<sup>44</sup> El malestar regional frente a la inacción del Estado en esta materia se hacía aún más agudo cuando se contrastaba con el aporte que la región hacía al presupuesto fiscal. El tema era reflotado periódicamente por todos los órganos de la prensa regional, independientemente de su alineación frente a otros hechos. Para el antibalmacedista *El Nacional*, por ejemplo, las provincias del Norte eran "las hijas desheredadas del Estado", 24 de abril de 1890; para la "northista" *La Voz de Chile*, por su parte, el gobierno había derramado "una verdadera lluvia de oro hasta en los más insignificantes villorrios o aldeas de las provincias del Sur...", dejando a la segunda ciudad marítima de la República entregada a su propia suerte", 18 de abril de 1890. Igual cosa sucedía con otros sectores de influencia en la opinión local, como el empresariado salitrero, el comercio de Iquique y Pisagua, y otras instancias. Al respecto ver mi artículo "1890: un año de crisis en la sociedad del salitre", *Cuadernos de Historia*, N° 2 (Santiago, 1982); y también "A Desert Cradle...", *op. cit.*, capítulo 9.

<sup>45</sup> La visita de Balmaceda a Tarapacá y su conexión con la pugna Balmaceda-North ha sido tratada por Harold Blakemore, *Gobierno chileno y salitre inglés*, capítulo 3, y Julio Pinto V., "A Desert Cradle...", capítulo 9.

<sup>46</sup> EN, 25 de febrero de 1890.

<sup>47</sup> EN, 9 de abril de 1890; la idea se reitera en la edición del 26 de junio de ese mismo año.

un país que con tanta largueza y aun regalías paga sus servicios"<sup>48</sup>. En lo que respecta a los efectos de esta prédica, otro diario de la localidad no dudaba que ella podía despertar las más funestas pasiones. A propósito de un *meeting* convocado a fines de enero por *El Nacional* para protestar por la carestía de la carne, su opositor *La Voz de Chile* comentaba lo siguiente:

...sólo por un verdadero milagro, Iquique se libró esa noche de haber presenciado el horrible espectáculo de que un turba inconsciente, cuyas pasiones habían sido azuzadas por peroraciones dirigidas desde los balcones de la casa en que está situada la imprenta de *El Nacional*, hubiera asaltado la de alguno de los extranjeros que, al amparo de las franquicias y seguridades que nuestras leyes les otorgan, ejercen su industria entre nosotros<sup>49</sup>.

El blanco contra el que se había dirigido el "*meeting* de la carne" era la empresa de abastecimientos *Nitrate Provisions Supply Company*, creada por North para controlar la internación de artículos de subsistencia a Tarapacá. De esta forma, se argumentaba, las necesidades más básicas de la población trabajadora quedaban a merced de la acción del capital extranjero.

Es verdad que *El Nacional* jamás expresó abiertamente simpatías por la administración Balmaceda, ni se alineó en la pugna que ya enfrentaba a ese cuerpo con la oposición congresista. Sin embargo, en el caso específico de las medidas adoptadas por Balmaceda para debilitar el monopolio de North, su tono fue, excepcionalmente, mucho más cálido:

...en la prensa y en la tribuna se ha principiado a combatir por la nacionalización de la industria en esta provincia; y hasta el primer magistrado de la nación en dos ocasiones solemnes ha elevado su autorizada voz en defensa de esta idea<sup>50</sup>.

Esta clara convergencia entre posturas "nacionalistas" bien pudo llevar a una asociación, al menos en la percepción de algunos sectores, entre sus respectivas causas<sup>51</sup>. La ocasión precisa para hacerlo la proporcionó la huelga general de julio de 1890.

Quien primero postuló la existencia de una asociación de este tipo fue la oposición a Balmaceda. Recién iniciada la huelga, se afirmó en círculos políticos y periodísticos de Santiago y Valparaíso que ésta había sido instigada por el Ejecutivo con el fin de distraer la atención pública del conflicto institucional que comenzaba a arreciar. Los gremios de jornaleros y lancheros de Iquique, primeros en paralizar sus faenas, eran asociaciones creadas y admi-

<sup>48</sup> EN, 18 de mayo y 8 de junio de 1890.

<sup>49</sup> VCh, 15 de abril de 1890.

<sup>50</sup> EN, 11 de abril de 1890; reiterado en las ediciones del 15 y 17 del mismo mes.

<sup>51</sup> La evolución paralela de la campaña de *El Nacional* y la pugna Balmaceda-North ha sido tratada por mí en "A Desert Cradle...", capítulo 10; y también en el artículo "1890: Un año de crisis en la sociedad salitrera".



nistradas por el Fisco, y por tanto un fácil blanco para tales acusaciones<sup>52</sup>. Más atingente aún, *El Nacional* fue explícitamente identificado como un órgano balmacedista. En un editorial titulado "Anglofobia en Iquique", *The Chilian Times* no vacilaba en afirmar que "*El Nacional* habla a nombre del gobierno y arroja su veneno a las colonias extranjeras"<sup>53</sup>. La iquiqueña *Voz de Chile*, por su parte, acusaba al Administrador de Aduanas de ese puerto —funcionario de confianza del gobierno— de excitar los ánimos populares, influir sobre la línea editorial de *El Nacional*, y "crear antipatías de nacionalidad"<sup>54</sup>.

Como se ha dicho, antes de la huelga casi no había antecedentes concretos que permitieran fundar cargos de ese tipo, y cuando ella estalló el propio Balmaceda telegrafió confidencialmente a su Intendente en Tarapacá para averiguar "qué representa este diario"<sup>55</sup>. Sin embargo, en uno de los primeros actos callejeros celebrados por los huelguistas, el propietario de *El Nacional*, Enrique Vergara y Vergara, arengó a la multitud "invitándolos a vivir al Presidente de la República, como lo hicieron, agregando vivas a mi diario". A continuación les pidió que se retirasen a sus hogares "como adictos al gobierno que éramos todos"<sup>56</sup>. Este dato es curioso, pues poco después de la huelga el periódico volvía a reiterar su neutralidad política, para convertirse eventualmente, como se dijo, en el principal portavoz del antibalmacedismo iquiqueño<sup>57</sup>. Pudo bastar, sin embargo, para confirmar las sospechas respecto de la complicidad del Ejecutivo con el discurso antibritánico por el que ya se había hecho notorio *El Nacional*.

De hecho, durante los primeros días de la huelga los participantes expresaron en varias oportunidades una identificación concreta de su movimiento con la figura presidencial. Al hacer un balance de los acontecimientos, *El Amigo del Pueblo* de Iquique —que pese a su nombre fustigó duramente a los huelguistas— indicaba que "lo más doloroso (fue) que los alborotadores de aquí, así como los bandidos de la pampa, invocaban para llevar adelante sus

<sup>52</sup> Quien desarrolló más sistemáticamente esta línea de análisis fue el periódico santiaguino *El Ferrocarril*, que dedicó varios editoriales para demostrar la culpabilidad de los gremios aludidos y la conveniencia de disolverlos; 9, 10, 11, 12 y 22 de julio de 1890. La sugerencia fue acogida por el Congreso Nacional, que prestamente debatió y acordó la disolución legal de estas corporaciones, lo que fue promulgado con fecha 4 de septiembre de 1890; Cámara de Diputados, *Sesiones Ordinarias*, sesiones de 22 de julio, 7, 12, 14 y 16 de agosto de 1890; Cámara de Senadores, *Sesiones Ordinarias*, 25 de agosto de 1890.

<sup>53</sup> *The Chilian Times*, 2 de agosto de 1890; citado en traducción en *VCh*, 16 de agosto de 1890.

<sup>54</sup> *VCh*, 25 de julio de 1890.

<sup>55</sup> Presidente de la República a Intendente de Tarapacá, telegrama, 3 de julio de 1890; *AIT*, vol. 178.

<sup>56</sup> Declaración judicial de Enrique Vergara V. en causa entablada en su contra por "desórdenes", *FJI* 1890, legajo 1722, pieza 11, fs. 2-6; también se alude a este incidente en *La Libertad Electoral* (Santiago), 4 de julio de 1890.

<sup>57</sup> *EN*, 23 de julio de 1890, y a lo largo de los últimos meses de ese año hasta su clausura en enero de 1891.

fechorías el nombre del Jefe de la nación, como si quisieran hacerlo cómplice de ellas o atenuar su alcance de tal modo"<sup>58</sup>. En la versión de *La Libertad Electoral*.

"A los gritos de ¡Viva el Excelentísimo Presidente de la República don José Manuel Balmaceda! y en medio de ¡hurra! atronadores del pueblo avivando al primer magistrado... comenzó en las calles del pueblo de Iquique la asonada de turbas alzadas contra el orden y la autoridad y que ha tenido lúgubres ecos, en los días posteriores, con los lamentables sucesos desarrollados en la pampa, y siniestros resplandores iluminados por las llamas de las oficinas salitreras saqueadas e incendiadas"<sup>59</sup>.

Por su parte, *La Voz de Chile* informaba que las "turbas" azuzadas por *El Nacional* portaban la bandera chilena cruzada por una "faja" sacada de la imprenta de ese diario<sup>60</sup>. El propio Enrique Vergara reconocía posteriormente que los manifestantes lo habían "vivado... asimismo mi diario y al Presidente de la República" antes de que él les dirigiese la palabra<sup>61</sup>. En la oficina "Agua Santa", finalmente, la actitud favorable de la administración hacia las exigencias de los huelguistas fue recibida con "vivas a la Compañía Chilena de Salitre", aludiendo a la mayor presencia de chilenos entre los propietarios de esa empresa<sup>62</sup>.

Enfrentados a ese género de manifestaciones, los opositores a Balmaceda no vacilaron en culpar al gobierno, si no de promoverlas, al menos de permitir las. Con su cautela habitual, *El Ferrocarril* informaba que "Se ha insinuado... que los desórdenes de Tarapacá son la revelación de una cuestión latente de nacionalidad que agita en silencio la tranquilidad de esa provincia"<sup>63</sup>. En términos bastante más enérgicos, *La Libertad Electoral* de Santiago opinaba que:

No han vacilado en Iquique los azuzadores de desórdenes en suponer que los acompañarían las simpatías del Presidente de la República, porque ellos no habrán olvidado que los labios de este magistrado han proferido, en ocasiones solemnes, expresiones y conceptos que incitaban a la mala voluntad contra el capital y las industrias de los extranjeros<sup>64</sup>.

Y pasando luego a una acusación mucho más directa:

Buscando las auras de vulgar populachería el Presidente de la República, infringiendo verdadero ultraje a nobles tradiciones de nuestros hombres de

<sup>58</sup> *El Amigo del Pueblo* (Iquique), 12 de julio de 1890.

<sup>59</sup> *La Libertad Electoral*, 10 de julio de 1890.

<sup>60</sup> *VCh*, 10 de julio de 1890.

<sup>61</sup> *FJI* 1890, legajo 1722, pieza 11, f. 2.

<sup>62</sup> Jefe de la Oficina Telegráfica de Santa Catalina a Intendente, 9 de julio de 1890; *AIT*, vol. 178.

<sup>63</sup> *El Ferrocarril*, 10 de julio de 1890.

<sup>64</sup> *La Libertad Electoral*, 10 de julio de 1890.

gobierno en favor de los extranjeros que traen a nuestro país capital, trabajo e industrias, ha halagado sentimientos de falsa nacionalidad, que han tomado en aquel territorio gran desarrollo en una parte de la población<sup>65</sup>.

Los afectados no llegaban a formular conclusiones tan tajantes, pero sí reconocían la existencia de "sentimientos de falsa nacionalidad" entre sus trabajadores. Santiago Humberstone, a la sazón administrador de la oficina "Primitiva" de propiedad de John Thomas North, informaba así a sus superiores de la actitud de sus operarios:

No hay duda de que aunque la gente de aquí, a quien se le trata con estricta justicia, no demuestra temperamento desfavorable; todo lo que se ha escrito en *El Nacional* en contra de las oficinas del Coronel North..., ha dado al populacho de afuera el deseo de tomar venganza en contra de los "opresores del pueblo", como nos llaman. Fue solamente debido a la lealtad de nuestros más antiguos obreros que nos escapamos del saqueo y probable incendio de la oficina. Hemos pasado por momentos de mucho apremio y yo espero que se respetará nuestra palabra a la gente, porque si no, en otra ocasión nuestras vidas podrían pagar la falta<sup>66</sup>.

En la medida en que ese incipiente nacionalismo pudiese asociarse a la figura del Presidente, es posible suponer que la prédica de *El Nacional* había propiciado, tal vez inadvertidamente, una corriente de balmacedismo popular. En la opinión de Guillermo E. Billinghurst, empresario y político peruano residente en ese momento en Tarapacá, los trabajadores de esa provincia consideraban a Balmaceda "el representante del verdadero carácter chileno", y veían en el gobierno "el real reflejo del país mismo"<sup>67</sup>. Era una semilla que, bien cuidada, pudo haber cambiado la suerte del balmacedismo tarapaqueño en la Guerra Civil.

Pero la semilla no se cuidó. Ante la amenaza concreta de una huelga que muy pronto desbordó los marcos de la ciudad de Iquique, propagándose primeramente —y por primera vez— a la pampa salitrera, y luego a varios de los puertos más importantes del país, el gobierno abandonó su parsimonia inicial y reprimió el movimiento tarapaqueño con mano militar. Después de esos acontecimientos, el naciente balmacedismo popular parece haberse enfriado con la misma rapidez con que nació. Lo que no se enfrió, sin embargo, fue la animosidad contra el empresariado extranjero. Algunos meses después de la huelga, una poblada asaltó la imprenta de la "northista" *Voz de Chile* a los gritos de "¡Abajo los extranjeros!" y "¡Mueran los gringos!", ensañándose en dos alemanes que pasaban por ahí y estuvieron a punto, según el órgano afectado, "de ser asesinados". En su interpretación de este ataque, la redacción del periódico decía:

<sup>65</sup> *Ibíd.*

<sup>66</sup> Citado en Bermúdez, *Historia del salitre*, op. cit., p. 278.

<sup>67</sup> Carta de Billinghurst a Lauro Barros, citada en Blakemore, op. cit., p. 199.

Ni por un momento puede creerse que el crimen del Domingo sea obra de ninguno de los bandos militantes. Él es la obra exclusiva de esos espíritus perversos que desde principios de este año predicán, con cínica petulancia, la comuna, el ataque a la propiedad, la guerra al capital, la muerte al extranjero<sup>68</sup>.

Algunos años después de la Guerra Civil, un viajero francés que recorría la pampa salitrera seguía afirmando que "los rotos detestan al extranjero, sobre todo al inglés"<sup>69</sup>. Habiendo tenido sus primeras expresiones explícitas en conexión con la figura de José Manuel Balmaceda, ese sentimiento podía hacer posible un renacer del balmacedismo popular, especialmente cuando los actos concretos de su gobierno ya no pudiesen volver a desactivarlo.

#### 4. BALMACEDA: ¿HÉROE NACIONAL?

Durante la Guerra Civil de 1891, los trabajadores tarapaqueños se expresaron en un sentido fundamentalmente hostil a la causa balmacedista. Es verdad que algunos meses antes se había insinuado un posible acercamiento, cimentado en un antagonismo común a ciertas presencias empresariales extranjeras. Éste no aparecía todavía, sin embargo, como el aspecto más relevante de la pugna entre Ejecutivo y Congreso, y en ningún caso se tradujo en un "populismo" balmacedista claramente perceptible para el proletariado salitrero. Por el contrario, al ampliarse la amenaza generada por la huelga de Tarapacá, el Gobierno no vaciló en sacrificar a estos posibles aliados en aras de la conservación del orden social. Esta actitud abrió una brecha que sólo podía ser ahondada con la represión que desataron las autoridades balmacedistas durante la Guerra Civil.

A partir de marzo de 1891, sin embargo, la autoridad balmacedista dejó de ser una realidad tangible en el Norte Grande. No así la autoridad de los empresarios extranjeros, a quienes el desenlace del conflicto en más de alguna forma pareció fortalecer. Balmaceda mismo, libre de sus compromisos y cautelas previas, acentuó su discurso antiimperialista y sus exhortaciones de apoyo al mundo popular. En tal virtud, su sacrificio final pudo fácilmente interpretarse dentro de un contexto "nacionalista" que a los trabajadores tarapaqueños debió evocarles algunas consignas esgrimidas en las jornadas de julio de 1890. Sólo así podría explicarse un viraje que a los mismos observadores contemporáneos no dejó de llamarles la atención. Un par de años después de la guerra, el viajero francés André Bellessort comentaba que durante el conflicto "Todos los obreros chilenos de las oficinas dejaron su trabajo y tomaron las armas contra un "tirano" cuyo recuerdo hoy celebran"<sup>70</sup>.

<sup>68</sup> VCh, 11 de noviembre de 1890.

<sup>69</sup> André Bellessort, *La jeune Amérique (Chili et Bolivie)* (París, 1897); p. 69.

<sup>70</sup> Bellessort, *La jeune Amérique...*, op. cit., p. 107.

Ya a comienzos del nuevo siglo, el periodista nacional Belisario Gálvez agregaba que:

Una cosa que nos llamó la atención, es el verdadero culto que tienen los trabajadores por el ex Presidente don José Manuel Balmaceda... ¡Ironías crueles del destino! Allí en el foco donde se organizó la resistencia al finado Presidente; allí, en donde se improvisaron los bravos batallones constitucionales que derrocaron su gobierno y causaron de consiguiente su muerte; allí tiene Balmaceda un culto de afecciones, simpatías y respetos como no lo recibe nadie más, ni venerado santo, ni personaje ilustre<sup>71</sup>.

Resistido, combatido, tal vez execrado en vida, después de su muerte Balmaceda se convertía en uno de los símbolos más poderosos y duraderos que ha construido nuestra cultura popular. De acuerdo a lo visto en este trabajo, sin embargo, éste fue un fenómeno cuyas proyecciones póstumas el "Presidente mártir" difícilmente habría podido planificar, o siquiera concebir.

<sup>71</sup> Belisario Gálvez, "En la región del salitre", apéndice al compendio de Manuel Salas Lavaqui, *Trabajos y antecedentes presentados al Supremo Gobierno de Chile por la Comisión Consultiva del Norte* (Santiago, 1908); pp. 872-873.



## Morir en la frontera La Araucanía en tiempos de Balmaceda

Jorge Pinto Rodríguez

### INTRODUCCIÓN

La madrugada del domingo 26 de octubre de 1890 se vino de golpe en la Araucanía. Tan pronto amaneció, la gente vistió sus mejores galas y encaminó sus pasos a Collipulli. Los trenes corrieron temprano desde Angol y carretas venidas desde otros puntos, transportaban a un público animoso y bullanguero que se apresuraba en llegar al lugar de la cita. Los jinetes apuraban nerviosamente sus caballos, agitando aún más el ambiente. Esa mañana, la expectación se pintaba en cada rostro fronterizo.

A las 10:20 un tren especial condujo a S.E., el Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda, llegado a Angol el día de la víspera a participar de la ceremonia que la gente esperaba con tanta impaciencia. El Presidente hizo detener el convoy a 2 kilómetros del sitio escogido y montando un brioso corcel recorrió lentamente el último tramo, entre los aplausos y vítores de los presentes. Lo acompañaban sus dos hijas, Julia y Elisa y un numeroso grupo de colaboradores. En el lugar a donde se dirigía lo esperaban otros funcionarios de gobierno, las autoridades eclesiásticas de Concepción y los ingenieros que trabajaban en el tendido ferroviario.

El aire matinal sentó bien al Presidente. Las nubes que anunciaban lluvia parecieron no preocuparle; al contrario, se veía animoso y seguro, como en los mejores tiempos, sin reflejar las tensiones que ensombrecían el panorama político del país.

La ceremonia se inició tan pronto llegó el Presidente. Era el mediodía. A esa hora, el ingeniero jefe don Eduardo Vigneaux entregaba oficialmente las obras del viaducto del Malleco. "En breve, dijo el ingeniero, podrá pasar por él la locomotora que llevará a las regiones de Ercilla i de Victoria, el progreso, la civilización i el trabajo"<sup>1</sup>.

Balmaceda lucía orgulloso. Sin ocultar su satisfacción, afirmó que la palabra *imposible* no tenía sentido; nada podía detener la voluntad del hombre. "La ciencia i la industria modernas", dijo, "tienen un poder de creación capaz de someter todos los elementos de la naturaleza". La profundidad del Malleco no era sino un prueba más<sup>2</sup>.

Balmaceda recordó la visita que hizo al lugar en 1883 como Ministro del Interior y la confianza que tuvo entonces en realizar la obra que estaba

<sup>1</sup> *El Colono* de Angol, N° 974, 27.10.1890.

<sup>2</sup> *Id.*

inaugurando. Recordó también a los ingenieros Adolfo Flühman y Aurelio Lastarria y reconoció que sus esfuerzos habían sido fundamentales "para derramar los beneficios del trabajo en esta comarca, hasta ayer dominada por la raza más inculta, pero la más viril i la más heroica de la tierra"<sup>3</sup>.

"Hoi invadimos —dijo el Presidente— el suelo de aquellos bravos, no para incendiar la montaña, ni para hacer cautivos, ni para derramar la sangre de nuestros hermanos, ni para sembrar la desolación i el terror, con el ferrocarril llevamos a la región del sur la población i el capital, i con la iniciativa del gobierno, el templo donde se aprende la moral i se recibe la idea de Dios, la escuela en la cual se enseña la noción de la ciudadanía i el trabajo, i las instituciones regulares a cuya sombra crece la industria"<sup>4</sup>.

Balmaceda se sentía un paladín del progreso y eso parecía llenarlo de orgullo.

Terminada la ceremonia, la comitiva continuó al sur. Pasadas las 3 desbarcaba en Victoria, donde un banquete con 150 invitados coronaría la jornada. La lluvia, que empezó a caer copiosamente, no enfrió el ambiente. Aunque Balmaceda no pudo recorrer a pie la población, como lo habría deseado, pronunció un discurso electrizante que arrancó una cerrada ovación<sup>5</sup>. Don Tomás Albarracín, a cargo de quien estuvo el saludo de bienvenida, se refirió a la obra como uno de los mejores eslabones de una larga cadena que los acercaría al corazón de la República. Así, señaló Albarracín, mejorará nuestra condición agrícola e industrial, traeremos el progreso intelectual y mejorará nuestra vida social. Los mapuches, terminó diciendo, nacidos para la guerra, necesitaban también ser educados<sup>6</sup>.

La prensa de la época dio amplia cobertura a la visita del Presidente. Lejos de las pasiones políticas de la capital, decía un columnista de *El Colono* de Angol, el Presidente ha sido recibido como un verdadero bienhechor y sus actos han correspondido plenamente a lo que la gente esperaba de él<sup>7</sup>. Aplazada la inauguración del viaducto por una de las tantas crisis ministeriales que debió enfrentar el Ejecutivo, su visita fue una especie de respiro en medio de un ambiente cargado de tensiones y oscuros presagios. Dos meses más tarde, de paso por Concepción, Balmaceda tuvo que soportar odiosas contra-manifestaciones y abucheos, que durante sus días en la Frontera, a nadie se habría ocurrido exteriorizar<sup>8</sup>. Aquí estuvo como en territorio propio, sin adversarios y con cientos de partidarios que lo aplaudían y estaban dispuestos a acompañarlo hasta el término de su gestión. A poco menos de un año de su muerte y casi al borde del doloroso conflicto que se desató al año siguiente, los días que Balmaceda estuvo en la Araucanía fueron inolvidables para él,

<sup>3</sup> Íd.

<sup>4</sup> Íd.

<sup>5</sup> *El Colono* de Angol, N° 977, 30.10.1890.

<sup>6</sup> *El Colono* de Angol, N° 979, 3.11.1890.

<sup>7</sup> *El Colono* de Angol, N° 974, 27.10.1890.

<sup>8</sup> *El Colono* de Angol, N° 1016, 17.12.1890.

tal vez los más felices que le quedaban por vivir. Seguro de lo que hacía, convencido de estar concretando sus proyectos y frente a una obra de irreprochable calidad técnica, se daba cuenta que estaba coronando una etapa de la historia de Chile, que había sido decisiva, según creía él y varios de sus colaboradores, para llevar el progreso a la Araucanía. Balmaceda alcanzó a percibir que la ocupación había concluido.

### 1. *El punto de partida y el proceso de ocupación*

Hacia 1850 nada hacía presagiar que pronto se producirían profundos cambios en los territorios que estaban al sur del Biobío. Concluida la Independencia, las autoridades no se mostraron muy dispuestas a introducir cambios en su relación con los mapuches y los pobladores del antiguo espacio fronterizo que se había constituido entre Los Ángeles y el norte de la provincia de Valdivia. El país aún no requería de sus tierras y ocupados los chilenos en asegurar el control en el Pacífico sur y reconocer los vastos territorios que heredaron de la Colonia, la Araucanía pareció no interesar. Aunque la experiencia demostraba que la política de las antiguas autoridades había sido absolutamente estéril, se siguió confiando en la gestión de los misioneros y en la suposición de que la educación impartida por éstos, provocaría los cambios que haría posible la incorporación de los indígenas a la vida nacional.

No de otro modo se explica el esfuerzo que hizo el gobierno del general Prieto por reactivar el Colegio de Propaganda Fide de Chillán, a cuyo cargo había corrido la evangelización de la Araucanía en la segunda mitad del siglo XVIII. Cuando en 1832, el gobierno decidió su restablecimiento, no ocultó la confianza que tenía en él. Hay en Chile, decía el decreto que restableció el convento de Chillán, a cuyo alero se cobijaba el Colegio, sujetos "que más bien parecen brutos que racionales". Son los indios bárbaros que sólo tienen comunicación con individuos de la peor calaña, malvados que huyen de la justicia, arrastrando hasta ellos una cadena de vicios. La mejor solución, consideraba el gobierno, consistía en crear una sociedad filantrópica que se preocupara de civilizarlos por medios pacíficos, función que cumpliría el Convento de Chillán<sup>9</sup>.

Un nuevo paso, y muy decisivo, se volvió a dar en 1835, cuando se facultó al fraile argentino Zenón Badía, para contratar en Italia a un grupo de franciscanos que estuviera dispuesto a evangelizar a los infieles en Chile. Fray Badía se trasladó de inmediato a Roma, consiguiendo reunir a doce franciscanos que desembarcaron en Valparaíso en agosto de 1837. A partir de ese momento, de nuevo descansaba en las misiones la responsabilidad de manejar las relaciones de Chile con los mapuches y los pobladores de la Frontera<sup>10</sup>.

Doce años más tarde, el gobierno insistió en la misma dirección, promo-

<sup>9</sup> Julio Zenteno Barros, *Recopilación de leyes i decretos supremos sobre colonización, 1810-1896*. Imprenta Nacional, Santiago, 1896, pp. 211-213.

<sup>10</sup> Documentación respecto de la gestión de los franciscanos italianos se puede consultar en

viendo esta vez la instalación de capuchinos venidos también desde Italia. Encargados de misionar los territorios que estaban al sur del Cautín, asumieron junto a los franciscanos de Chillán, la tarea de evangelizar y educar a los mapuches<sup>11</sup>. Sin duda, hacia 1850, las autoridades chilenas seguían confiando en los métodos empleados por las autoridades coloniales.

Los primeros cambios se aprecian recién en 1852. Por ley de 2 de julio de ese año, el Presidente Montt, con la firma del ministro Antonio Varas, creaba la provincia de Arauco, segregando la Araucanía de la antigua provincia de Concepción, a la cual se había anexado en 1826<sup>12</sup>. La ley establecía que la nueva provincia comprendería los territorios indígenas situados al sur del Biobío y al norte de Valdivia, los cuales deberían sujetarse a las autoridades y régimen que determinara el Presidente de la República. El artículo tercero otorgaba a éste facultades para dictar las órdenes que juzgara más conveniente para el mejor gobierno de la Frontera, la eficaz protección de los indígenas, su más pronta civilización y para arreglar con ellos contratos de comercio<sup>13</sup>. La presencia del Estado empezaba a hacerse más notoria y el viejo ciclo de las misiones entraba a una fase que, aunque no las desplazó definitivamente, las hacía menos gravitantes.

Coincide esta época con el interés que se desata en Chile Central por las tierras agrícolas. El fuerte crecimiento de las exportaciones de trigo y harina a California, las potencialidades que se atribuyen a la agricultura y la bonanza general que se observa en la economía, estimulan empresas que desbordan los territorios tradicionales. Además, Chile había logrado ciertas metas (la solución de sus conflictos con el Perú, el control en el Pacífico y consolidar su minería gracias al aporte de capitales ingleses), lo que unido a la convicción de que el país estaba en condiciones de recibir inmigrantes europeos, alentaba planes expansionistas que abrieran espacios a los hombres que se pensaba vendrían a "civilizar" a la raza española de América<sup>14</sup>. El escenario nacional estaba cambiando y esos cambios repercutirían en la Frontera.

Los primeros esfuerzos se orientaron a colocar la Araucanía bajo la jurisdicción de la República mediante una política de protección al indígena, que promoviese lo que las autoridades llamaban su "civilización". Ese es el fondo de la ley que creó la provincia de Arauco en 1852 y del decreto del 7 de diciembre de ese mismo año, que precisó sus límites, capital (Los Ángeles) y

---

los diferentes volúmenes que se conservan en el Archivo del Colegio de Propaganda Fide de Chillán, Convento de San Francisco, Chillán.

<sup>11</sup> Sobre los capuchinos en Chile véase el trabajo de Sergio Uribe, *op. cit.*, "Las misiones capuchinas en la Araucanía, 1848-1901". En Jorge Pinto y otros, *Misioneros en la Araucanía, 1600-1900*, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1988, pp. 199-232.

<sup>12</sup> JULIO ZENTENO BARROS, *ob. cit.*, pp. 55-56.

<sup>13</sup> *Id.*, pp. 55-56.

<sup>14</sup> Esta última expresión corresponde a Félix Frías, expuesta en un artículo que publicó en 1849 en *El Mercurio* de Valparaíso. Citado por Benjamín Vicuña Mackenna en *Bases del Informe presentado al Supremo Gobierno sobre la inmigración extranjera*. Imprenta Nacional, Santiago, 1865, p. 14.

que estableció que sería regida como territorio fronterizo. También es el principio que está presente en el decreto del 14 de mayo del año siguiente, en el cual se fijan las formalidades que se deben respetar en los contratos sobre las propiedades indígenas de Arauco y Negrete. Lo que se buscaba era proteger a los mapuches de los usurpadores de tierras y poner orden en una zona cuya especificidad se definía en términos de "territorio fronterizo"<sup>15</sup>.

La gestión de la Iglesia, a través de los misioneros, era reemplazada por un estado proteccionista y civilizador, que daba los primeros pasos en un esfuerzo por intervenir directamente en la zona. Estos cambios se acelerarían en los años siguientes, más precisamente en los tres últimos de la década del 50.

Una economía como la chilena, que se veía sólida y de favorables perspectivas, entró de pronto en una aguda crisis que llamó la atención de los hombres de época. Su origen y las soluciones para salvarla fueron ampliamente debatidos. Algunos comentaristas privilegiaron los factores coyunturales (malas cosechas, caída en la producción de la plata y la desaparición de los mercados californiano y australiano); otros, en cambio, consideraron que la crisis era el resultado de varios años de especulación que terminaron abruptamente con la contracción de las exportaciones en 1857<sup>16</sup>.

Respecto de las soluciones también hubo discrepancias. Sin embargo, lo sorprendente es que muy pronto empezó a coincidir este debate con otro que se produjo acerca de las tierras de la Araucanía y con la formulación de una suerte de fundamentación ideológica de su ocupación. Es más, la vieja Frontera empezó a ser mirada como tierra de promisión, íntimamente ligada a los destinos de Chile.

"El porvenir industrial de Chile —escribía un colaborador de *El Mercurio* de Valparaíso, en 1859— se encuentra, a no dudarlo, en la rejión del sur, no teniendo acia el norte más que áridos desiertos que un accidente tan casual como el hallazgo de ricos minerales ha logrado hacer célebres, dándoles una importancia que dista mucho de ser imperecedera. Natural es, pues, que las miradas de la previsión se dirijan acia esa parte, la más rica y extensa del territorio chileno"<sup>17</sup>.

La posibilidad de conseguir tierras para los cultivos agrícolas, de conectar a Chile con los mercados del Atlántico (Argentina y Brasil) y de obtener los brazos que el país necesitaba para reactivar su economía, hizo que personeros que antes no habían tenido ningún interés en la Frontera, empezaran a mirarla

<sup>15</sup> La legislación citada en la obra de Julio Zenteno Barros, pp. 59 y 112-114.

<sup>16</sup> Hemos desarrollado más extensamente estos puntos de vista en nuestro artículo "Crisis económica y expansión territorial: la ocupación de la Araucanía en la segunda mitad del siglo XIX". En *Estudios Sociales*, N° 72, CPU, Santiago, 1992, pp. 85-126.

<sup>17</sup> "La Conquista de Arauco". *El Mercurio* de Valparaíso, 24.5.1859.



con intenciones muy diferentes. Prácticamente, en ese momento se decidió la suerte de la región y de sus pobladores.

La ideología de la ocupación, que se expresó a través de *El Mercurio* de Valparaíso y *El Ferrocarril* de Santiago, no hizo sino encubrir, y muy malamente, los verdaderos intereses que estaban en juego. Apoyada en cuatro argumentos, siempre deja la impresión de que lo que verdaderamente se buscaba eran tierras, hombres y una salida a la crisis económica<sup>18</sup>.

En primer lugar, se insistió en la necesidad de sentar soberanía en todo el territorio nacional. Desconociendo el carácter fronterizo que antes se le había reconocido, se exigía extender hasta la zona el brazo de la autoridad, tal como si se tratara de una región común y corriente. Poniendo énfasis en el riesgo de que una nación extranjera se interesara por ésta, se proponía su ocupación sin dilatar la medida. Así, se haría realidad la soberanía de Chile en todo su territorio y se resolvería el problema de la unidad nacional, tan buscada durante toda nuestra historia.

En segundo lugar, se recurrió a la idea de que el indígena pertenecía a una especie de raza inferior, a la cual había que tratar sin muchas consideraciones. Se describió a los mapuches como una horda de salvajes o fieras, incapaces de someterse al imperio de la civilización. Ocupar la Araucanía era asegurar el triunfo de ésta sobre la barbarie, de la humanidad sobre la bestialidad. Chile se unía a una cruzada universal que el hombre debería agradecer en el futuro.

Los bárbaros acosaban a Chile. Ese fue el tercer argumento. Presentando la historia y los hechos exactamente al revés de como habían ocurrido, los mapuches fueron mostrados como un grupo que ponía en peligro al país. Nos acosan, ultrajan a Chile y hieren nuestra dignidad, clamaban las voces que reproducen los órganos en los cuales se expuso estos argumentos. Intervenir sus tierras, doblegarlos y someterlos al imperio de la ley chilena era deber de todo pueblo que se negara a desaparecer o a someterse a la barbarie. El dilema era Chile o los indígenas.

Por último, se planteó que la ocupación de la Araucanía no podía ser sólo tarea de chilenos. En el país la mano de obra era escasa y no siempre se la consideró adecuada para una empresa que, según opinión de muchos, requería de individuos de temple especial: los inmigrantes europeos. Ese fue el punto de partida de otro de los pilares de la ideología de la ocupación: la convicción de una supuesta superioridad del europeo y de la raza blanca sobre los indígenas y, en no pocos casos, sobre los chilenos en general. Se creyó que con sus hábitos de trabajo y costumbres civilizadas, el europeo completaría en la Araucanía el triunfo que se podría alcanzar con las armas.

Los supuestos ideológicos de la ocupación fueron rebatidos en la época. *La Revista Católica*, órgano oficial de la Iglesia, los rechazó abiertamente y algunos estudiantes de la Universidad de Chile que se interesaron en el tema, relativizaron los argumentos que se expusieron en *El Mercurio* y en *El Ferro-*

<sup>18</sup> JORGE PINTO, "Crisis económica y expansión territorial", pp. 104-113.

carril. Sin embargo, la idea de que era necesario intervenir en la región por medio del Estado fue ganando fuerza y alcanzando un cierto grado de consenso. Este sería el planteamiento que marcaría la tónica en los años siguientes.

El hecho más sobresaliente que ocurre más adelante es la fundación de Angol en 1862, en plena Araucanía y en el mismo sitio donde los españoles habían fundado en el siglo XVI una de las siete ciudades que abandonaron después del triunfo mapuche de Curalaba. La fundación de Angol demostró que el gobierno estaba decidido a intervenir y que lo haría a través de una ocupación militar. Con la fuerza y con una clara vocación expansionista, se iniciaba el ciclo que treinta años más tarde estaba cerrando el presidente Balmaceda aquella mañana de primavera en las cercanías de Collipulli.

La decisión de ocupar la Araucanía dio ocasión a que se elaboraran diversos proyectos. Cornelio Saavedra, militar de larga trayectoria en la zona, propuso la idea de establecer líneas de ocupación que fueran siguiendo el curso de los ríos. A la línea del Malleco debería continuar la Cañete, Purén y Lumaco, para llegar a Cholchol e Imperial y rematar en Villarrica, último bastión mapuche. Saavedra proponía la instalación de fuertes, mediante los cuales se podría lograr que los indios fueran formando "parte integrante de la población chilena"<sup>19</sup>.

Basilio Urrutia, Comandante en Jefe del Ejército estacionado en Angol, proponía fijar la atención en una línea militar ubicada en el Cautín, con el propósito de dividir a la "raza indígena" en dos porciones, la del norte y la del sur, y obligarla, una vez dividida, a someterse al gobierno.

Riesgosa, en caso de fracasar, por el peligro a que se exponían las fuerzas establecidas en el Cautín, Ambrosio Letelier, Sargento Mayor de Artillería, proponía la configuración de una especie de triángulo estratégico que, partiendo de Angol, se extendiera hasta Lumaco y desde allí a Cholchol y Villarrica, encerrando en un triángulo, los territorios que se querían ocupar.

Los tres proyectos anteriores ofrecían ventajas e inconvenientes; sin embargo, el que más se ajustaba a los intereses de los grupos que deseaban ocupar la Araucanía fue el de Gregorio Urrutia, Comandante de Zapadores, quien propuso establecer una "línea divisoria central", que separara en dos al territorio y a la población indígena: los arribanos y abajinos. Partiendo de Angol, la línea seguiría hacia Adencul, en las cercanías de Traiguén, y luego a Temuco, punto que se consideraba clave para someter a los mapuches. Esa fue, más o menos, la dirección que siguió la ocupación de la región.

La discusión de los planes permite descubrir los intereses que estaban en juego. En 1868, Pedro Ruiz Aldea publicó en *El Ferrocarril* una serie de artículos que se reunieron en un volumen editado en Los Ángeles bajo el título

<sup>19</sup> AMBROSIO LETELIER, *Informe sobre la Araucanía que pasa al Señor Ministro de Guerra*, Santiago, 28.12.1877. Imprenta Nacional, 1878, pp. 38-41. El entrecomillado en p. 41. Sobre este punto véase, también, Arturo Leiva, *El Primer Avance a la Araucanía, Angol, 1862*, Ediciones Universidad de la Frontera, 1984, pp. 134-145.

de *Los araucanos i sus costumbres*, en los cuales resume una impresión que no se aparta mucho de la realidad.

El deseo de ocupar las tierras indígenas y “exterminarlos por la fuerza de las armas o por otro medio innoble —decía Ruiz Aldea—, es lo que nos hace ser injusto con ellos”. Lo único que cabe, agregaba más adelante, es estudiar sus costumbres para elegir el mejor plan, pero sin el ánimo prevenido y prejuiciado, pues, si así se hace, aquel responderá más a las ambiciones de quienes lo formulan que a las condiciones de la región y sus pobladores.

Las denuncias respecto de los abusos cometidos contra los indios se siguieron formulando más adelante; sin embargo, también se siguió insistiendo en que el país no podía renunciar a la tarea de extender a la zona el progreso y los adelantos de la época. La confianza en el rol que podría jugar la inmigración extranjera y la necesidad de ofrecerle un espacio donde cobijarse fue, por último, un planteamiento que no dejó de estar presente en el debate. En el fondo, se proponía terminar con los dos países que se creía existían en Chile, el civilizado y el bárbaro; y para eso nada parecía más recomendable que el primero invadiera al segundo, extendiendo hasta allá todos sus proyectos modernizadores. No importaba que éstos nada tuvieran que ver con los pobladores de la zona, ni con las particularidades de la región; lo único que contaba era ampliar Chile hasta esa región.

Quien mejor expuso estos planteamientos fue Benjamín Vicuña Mackenna, hombre de respetada opinión y consultado en varias oportunidades por las autoridades en materias relativas a estos asuntos. Siendo diputado, Vicuña tuvo oportunidad de exponer y discutir sus ideas en el Congreso. En un discurso que pronunció en 1868 decía que la historia había demostrado que el indio “no es sino un bruto indomable, enemigo de la civilización, porque sólo adora los vicios en que vive sumergido, la ociosidad, la embriaguez, la mentira, la traición y todo ese conjunto de abominaciones que constituyen la vida salvaje”<sup>20</sup>.

Es, pues, agregaba Vicuña Mackenna, asunto de honra y dignidad dar pronta y eficaz solución a este problema y como frente a la grandeza que estaba alcanzando Chile, la Araucanía empequeñecía en territorio y población, como expresión del “asombroso decaimiento de la raza araucana”, sólo cabía su ocupación, “es decir, su conquista”<sup>21</sup>.

Basta ya de timideces, decía Vicuña Mackenna, aquí hay que llamar las cosas por su nombre y la única palabra que cabe es conquista<sup>22</sup>. Y rebatiendo los argumentos de diputados que se oponían al empleo de la fuerza, afirmaba que no se podía celebrar ningún pacto con sujetos pérfidos, mentirosos y amigos del fraude y la rapiña<sup>23</sup>. El rostro aplastado, signo de la barbarie y

<sup>20</sup> Primer discurso sobre la pacificación de Arauco, 9.8.1868. En *Obras Completas* de B. Vicuña M., vol. XII, Universidad de Chile, Santiago, 1939, pp. 391-411. La cita en pp. 407-406.

<sup>21</sup> Íd. Los entrecomillados en pp. 410-411.

<sup>22</sup> Segundo discurso, 11.8.1868. Íd., pp. 413-415.

<sup>23</sup> Tercer discurso, 12.8.1868. Íd., pp. 417-424. La referencia en p. 419.

ferocidad del auca, concluyó Vicuña, denuncia la verdadera capacidad de una raza que no forma parte del pueblo chileno<sup>24</sup>.

Tres años antes el propio Vicuña Mackenna había expresado su simpatía por la inmigración extranjera. La inmigración, decía en 1865, resuelve varios problemas a la vez: el del territorio, ocupando zonas que podrían interesar a nuestros vecinos; la carencia de técnicas modernas; el de nuestra organización y el problema de Arauco<sup>25</sup>.

Ciertamente, el inmigrante extranjero era visto como un agente de progreso y de lo que se entendía en Santiago por civilización, tan escasa en el país, particularmente en la Araucanía.

Los salvajes, decía un militar de la época, "miran a la jente civilizada como un mortal enemigo de sus usos y costumbres" y con el silbo de las balas y el humo del cañón corresponde idear un plan que "facilite i persiga la conquista por medio de sociedad, paz y amistad". Para lograrlo, nada parecía más aconsejable que estimular la inmigración europea<sup>26</sup>.

"Hay en Europa —decía otro escritor— un número de poblaciones situadas al oriente del Rhin entre cuyos habitantes existe una 'tendencia' instintiva, irresistible i en cierto modo conenital a diseminarse, llevando al mundo entero su calma i su perseverante actividad. Parece que a pesar suyo obedecieran a una fuerza superior i providencial que les impele hacia cualquier parte donde la obra de la civilización reclama grandes esfuerzos, sacrificios prolongados, empleo extraordinario de fuerza moral i física i espíritu de sacrificio i resignación"<sup>27</sup>.

Lo nuestro, concluía De la Cuadra, "es la civilización en campaña en los áridos desiertos del capricho i la ignorancia, para fecundizar i arrojar sobre su suelo abundantes semillas de conocimiento y cultura". Esto no es una guerra<sup>28</sup>.

Con o sin guerra, en la década del 60 los grupos que estaban conduciendo al país, tomaron la decisión de ocupar la Araucanía y reducir a su población, provocando cambios que alteraron un largo proceso histórico que se había iniciado a comienzos del siglo xvii. La región empezaba a cruzar el umbral hacia una nueva época: los años de la desintegración del espacio fronterizo y su anexión al territorio nacional.

Decidida la ocupación, ésta se llevó a cabo conforme a ciertos criterios que terminaron imponiéndose, a pesar de los desacuerdos que hubo entre quienes participaron del debate.

En primer lugar, se impuso la idea de encomendar esta tarea al ejército. Aunque la Guerra del Pacífico desplazó la fuerza militar hacia el norte, la

<sup>24</sup> Cuarto discurso, 14.8.1868. *Íd.*, pp. 425-435. La referencia en p. 425.

<sup>25</sup> *Bases del informe presentado...*, p. 13.

<sup>26</sup> LUIS DE LA CUADRA, *Ocupación y civilización de Arauco*, Imprenta Chile, Santiago, 1870.

<sup>27</sup> JOAQUÍN VILLARINO, *Estudio sobre la colonización i emigración europea a Chile*, citado por L. de la Cuadra, *ob. cit.*, p. 32.

<sup>28</sup> LUIS DE LA CUADRA, *ob. cit.*, p. 52.

invasión de la Araucanía fue encabezada por los militares. Así lo entendió el alto mando, la oficialidad y el país, que se informaba de los hechos a través de la prensa. En el lenguaje de la época, las expresiones para referirse al mapuche fueron las de enemigo y el movimiento de las tropas semejaban las que se realizan en tiempos de guerra. En 1869 se llegó a hablar de "guerra de exterminio" y en 1881 de una sublevación generalizada que exigía el envío urgente de otros dos mil hombres desde Santiago<sup>29</sup>. Años antes, el general Pinto daba cuenta de cómo mantenía agentes secretos entre los indígenas para estar al tanto de todos sus movimientos y dar los golpes más certeros<sup>30</sup>.

"Las dificultades con que se tropieza a cada paso en un guerra excepcional —decía el mismo general Pinto, en otro documento—, hacen imposible terminarla en un corto espacio de tiempo, i justifican el sistema de privar a los indios de sus recursos, empleado por cuantos jefes ha habido en la frontera, como el único medio de traerlos a la paz".

"Perseverando en la guerra de recursos, podrá alcanzarse una paz estable... Por otra parte, el carácter de los indios exige, para que la paz sea duradera, imponerles condiciones que sólo aceptarán cuando se vean reducidos a la impotencia, i tal vez formularlas en su estado actual, sería provocar de su parte una lucha larga i desesperada"<sup>31</sup>.

Se había desatado la ocupación militar.

En segundo lugar, hubo consenso respecto del rol que correspondía jugar a los inmigrantes extranjeros, particularmente a los europeos. En cierta medida, se podría decir que el proyecto ocupacional partía de la base de que los militares irían abriendo el camino a los colonos extranjeros, cuyas virtudes permitirían surcar los campos para introducir el progreso y la civilización. En realidad, se les miraba como agentes de cambio, capaces de reemplazar a los antiguos misioneros, cuya labor no se descartó, pero se apoyó con menos entusiasmo.

En estrecha relación con lo anterior, se consideró fundamental traspasar la propiedad indígena a manos particulares, que estuvieran en condiciones de explotarla conforme a los criterios que se manejaban en el Valle Central. La idea era ir colocando en la retaguardia, detrás del ejército, a trabajadores que fueran arando la tierra. La conquista de la Araucanía, decía años más tarde un escritor en Temuco, fue obra del esfuerzo militar y del pobre labrador que llevaba el hacha desmontadora y "reducía en silencio al salvaje a las prácticas

<sup>29</sup> JOSÉ BENGÓA, *Historia del pueblo mapuche*, Ediciones Sur, Santiago, 1985, pp. 208 y 276-277.

<sup>30</sup> Memoria del Jeneral en Jefe del Ejército de la Alta Frontera al Señor Ministro de Guerra, Imprenta Nacional, Santiago, 1871.

<sup>31</sup> Informe del general Pinto, 1869. Citado por Leandro Navarro, *Crónica Militar de la conquista i pacificación de la Araucanía desde 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional*, Tomo II, Imprenta y Encuadernación Lourdes, Santiago, 1909, pp. 67-68.



de la civilización”<sup>32</sup>. Existía la firme convicción de que la constitución definitiva de la propiedad rural favorecería, además, una abundante inmigración y que ésta sería una semilla segura sobre la cual se iría cimentando la ocupación de la Araucanía<sup>33</sup>.

En 1875 el gobernador de Lebu, Hermógenes Pérez de Arce, declaraba al Ministro del Interior que consideraba que el traspaso de los terrenos indígenas a particulares era una de las medidas de más grande importancia para conseguir la civilización de los mapuches<sup>34</sup>. Obviamente, no se trataba de traspasar a cualquier particular, menos a sujetos pobres incapaces de hacer producir la tierra, sino de favorecer la instalación de colonos extranjeros, a quienes se atribuía las cualidades que hemos descrito en las páginas anteriores<sup>35</sup>. La acción militar, la presencia del colono extranjero y el problema de la tierra se unían en la propuesta ocupacional que se impuso en el siglo pasado.

En cuarto lugar, se supuso que otra manera de consolidar la ocupación consistía en una amplia política fundacional, que “urbanizase” a la población. Aunque la ocupación de la Araucanía perseguía incorporar sus tierras a la agricultura chilena y, en consecuencia, se trataba de un proyecto básicamente rural, la fiebre fundacional hizo posible que entre 1862 y 1883 se establecieran veinte poblados. A pesar del proyecto económico que se quería apuntalar, no cabe dudas que los centros urbanos eran asociados a todos los beneficios de lo que se entendía por vida “civilizada”. Entre el realismo y los sueños, los grupos dirigentes que estaban impulsando la ocupación, caminaban casi como sonámbulos.

Por último, hubo también consenso en que se debían introducir los avances tecnológicos que la zona requería para articularse al resto del país. No bastaba la ocupación, había que extender hasta su territorio el Chile que estaba más allá de sus fronteras y para lograrlo, había que plantar los postes del telégrafo, llevar a cabo obras de infraestructura que optimizaran la producción agrícola, y, sobre todo, instalar el ferrocarril.

## 2. La Frontera en tiempos de Balmaceda

Cuando el ministro Balmaceda recorrió, en 1883, los campos de Traiguén y se detuvo frente al Malleco a discutir con los ingenieros la forma cómo salvar las dificultades que impedían avanzar con el ferrocarril, no hacía sino interpretar la voluntad de muchos chilenos que creían que la locomotora sería el único medio que aseguraría la conquista de la Araucanía. Ese mismo año se había fundado Villarrica, con lo que parecía concluir la ocupación propiamente

<sup>32</sup> “Nuestro Programa”, *La Lealtad de Temuco*, Nº 1, 23.3.1891.

<sup>33</sup> Oficio del Intendente Basilio Urrutia al Ministro de Relaciones Exteriores, Angol, 23.5.1874. En *Memoria del Ministerio de RR.EE. y Colonización*, Imprenta de la República, Santiago, 1874, pp. 882-892.

<sup>34</sup> *Memoria del Ministro del Interior, 1875*, Imprenta Nacional, Santiago, 1875, pp. 198-216.

<sup>35</sup> *Id.*, p. 258.

te tal; faltaba asegurar lo dominado y se consideraba al ferrocarril absolutamente necesario.

Es cierto que el ministro miraba con particular simpatía lo que los mapuches llamaban "vapor de tierra"; sin embargo, desde hacía muchos años los proyectos modernizadores del país contemplaban el tendido ferroviario y Balmaceda no hacía sino encarnar esos anhelos, tan contrastantes con la actitud de desidia que personeros como el ministro veían en la población fronteriza.

"El país ha visto con satisfacción resolver el secular problema de la reducción completa de la Araucanía —decía el Presidente Domingo Santa María al inaugurar el período de sesiones ordinarias del Congreso en 1883—. Este acontecimiento tan importante para nuestra vida política y social, y de tanta significación para el porvenir de la república, se ha llevado a término con felicidad y con costosos y dolorosos sacrificios. La Araucanía entera se halla hoy sometida más que al poder material, al poder moral y civilizador de la república y en estos momentos se levantan poblaciones importantes, destinadas a ser centros mercantiles e industriales de mucha consideración en medio de selvas vírgenes y campiñas desconocidas, que eran hasta ayer el santuario impenetrable de la altivez e independencia araucanos"<sup>36</sup>.

Con los proyectos modernizadores, muchas cosas estaban cayendo en la Araucanía, no sólo las selvas vírgenes y la altivez del araucano, sino toda una forma de vivir, entender el mundo, relacionarse con la tierra y hacerla producir. Sin duda, se trataba de un proceso doloroso, pero no sólo por las vidas que costaba, sino por el porvenir que esperaba al mapuche, víctima irremediable de la soberbia de un huinca incapaz de admitir un proyecto de vida diferente al propio.

Probablemente, de esto no se dio cuenta Balmaceda cuando siete años más tarde proclamaba, de cara al viaducto del Malleco, que ya nada parecía imposible y que al fin el progreso se derramaría por los campos de Traiguén, Collipulli y Victoria. El viejo sueño de doblegar a los indígenas empezaba a hacerse realidad; no importaba su derrota, tampoco entregar sus tierras a hombres venidos desde muy lejos, mucho menos obligarlos a vivir como nunca antes lo habían hecho y exponer el suelo a un deterioro irreparable. Era el precio de una convicción: por la razón o la fuerza, Chile debía imponer su voluntad.

Pero, la Frontera era mucho más que el ferrocarril y las ambiciones de quienes impulsaban su ocupación. Hacia 1890 era un mundo convulsionado y sacudido por los cambios.

El primer fenómeno que llama la atención es la violencia. No se trata ya de la resistencia indígena o de las acciones del ejército, sino del bandolerismo como expresión de los desajustes que se estaban produciendo en la región.

<sup>36</sup> Citado por Ricardo Ferrando, *Y así nació la Frontera*, Editorial Antártica, Santiago, 1986, p. 487.

El carácter febril que tuvo la ocupación, las ansias desmedidas por conseguir tierras y los negocios fraudulentos que crecían al amparo de una autoridad todavía débil, desataron conductas que llenaban de terror a muchos pobladores. En palabras de Encina, la región se había convertido en un hervidero humano, saturado de buhoneros, aventureros en busca de fortuna, abogados, tinterillos y, entre ellos, bandidos y cuatreros que provocaban desolación<sup>37</sup>.

A este factor, generador de violencia, habría que agregar otros. La naturaleza de la Frontera seguía siendo pródiga. Selvas infranqueables recordaban los bosques del Robin de Sherwood, y ríos que corrían en medio de una tierra feraz, animaban el ambiente. Las obras públicas y privadas ponían a prueba esa feracidad, con resultados tan alentadores que estimulaban hasta los más timoratos. Un escenario propicio para acicatear las ambiciones que no siempre se pueden satisfacer por medios honestos<sup>38</sup>.

La justicia y los cuerpos encargados de velar por el orden poco o nada podían hacer para remediar esta situación. Al comienzo se pretendió combatir el bandolerismo por medio de cuerpos dependientes del Regimiento Húsares de la Frontera, con guarnición en Angol. Más tarde se creó un cuerpo de Policía Rural y un Servicio de Policía Urbana y, en 1896, el Cuerpo de Gendarmes de las Colonias, todos los cuales quedaron bajo las órdenes de Hernán Trizano. Sin embargo, los resultados fueron muy precarios, no sólo por las dificultades que tuvieron los cuerpos policiales para moverse en un territorio infestado de delincuentes, sino por las limitaciones de un organismo numéricamente pequeño, mal pagado y expuesto a caer en las mismas tentaciones que fomentaban las conductas que estaban combatiendo.

"La policía de ese tiempo —escribió un hombre de la época—, 'pacos' como se les llamaba, eran una docena de seres andrajosos, sin uniforme, solamente reconocibles por su aire insolente y un quepí blanco, rojo, azul o negro. Su armamento consistía en un yatagán y un sable de caballería. Su sueldo era de 17 pesos al mes, que rara vez se les pagaba. Por esto ellos se buscaban la subsistencia por sus propios medios. Cuando uno se retrasaba en la noche al volver a su casa, debía preparar el revólver y cambiar de acera cuando divisaba un policial"<sup>39</sup>.

La justicia y otras autoridades de gobierno tampoco estaban en mejor pie. Sus fallos siempre dejaban dudas y muchas veces daban la sensación de obrar exactamente al revés de lo que sugería el sentido común. En 1897, lugareños

<sup>37</sup> FRANCISCO ANTONIO ENCINA, *Historia de Chile*, tomo XVIII, Editorial Nascimento, Santiago, 1951, pp. 262-263.

<sup>38</sup> JORGE PINTO, "El bandolerismo en la Frontera, 1880-1920. Una aproximación al tema". En Sergio Villalobos y Jorge Pinto (compiladores), *Araucanía, temas de historia fronteriza*, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1985, pp. 101-122.

<sup>39</sup> GUSTAVE VERNIORY, *Diez años en Araucanía 1889-1899*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1975, p. 353.

de las intermediaciones de Temuco, indígenas en su mayoría, preferían someterse a los dictámenes de un empleado de los ferrocarriles, que dirimía los pleitos inspirado en un almanaque, que someterse a las sentencias de la justicia ordinaria<sup>40</sup>. A ese extremo llegaban las cosas.

La inseguridad reinaba en la Frontera. Los asaltos ocurrían con excesiva frecuencia y la prensa no se cansaba de denunciar los crímenes que cometían los bandoleros y cuatrerros que rondaban por todas partes. "En Lautaro siempre lo de siempre —decía en 1890 un corresponsal de *El Colono* de Angol—, es decir, robos y salteos que dan lugar a una larga cadena de crímenes"<sup>41</sup>. La Araucanía se incorporaba al país con una fuerte dosis de violencia. Era la puerta de entrada a la civilización del huinca del siglo xix.

En las ciudades y villorrios la vida también era agitada. Sobresalían Angol, verdadero emporio fronterizo, Traiguén y Victoria, antes que Temuco se convirtiera en la gran ciudad de la región. Gustave Verniory dejó de Victoria una interesante descripción, muy propia de los centros urbanos que nacían en la Frontera.

"Su emplazamiento —escribió el ingeniero belga—, estaba en plena selva. Se ven en las calles y en las plazas vestigios bajo la forma de enormes troncos de árboles cortados a un metro del suelo".

"Como monumentos se pueden señalar: la casa del subdelegado o alcalde, quien tiene una tienda de zinc con mucha clientela, la del capitán de policía, delante de la cual montan guardia dos centinelas a caballo, sable en mano, fumando cigarrillos; la habitación del señor Letrange, un francés ingeniero del servicio de colonización. Es un chalet de madera, de aspecto muy agradable, de dos pisos, lujo desconocido a muchas leguas a la redonda, lo que hace que los victorienses estén muy orgullosos de él".

"El viajero puede, además, admirar la gran plaza, inmensa planicie que recorren continuamente jinetes europeos, chilenos, indios, lo que le da una gran animación y un aspecto muy pintoresco. Es en esta plaza donde se encuentran el Gran Hotel Alemán, y la principal tienda o almacén, la Casa Francesa, cuyo propietario es un vasco, Pedro Tihista".

"Se puede dar la vuelta a la ciudad por las avenidas exteriores donde no hay todavía ninguna construcción, pero que tienen la particularidad de estar plantadas de árboles enormes sobre una anchura de varias leguas".

"El plano de la ciudad está recortado por una serie de calles paralelas y otras perpendiculares, en 'cuadras', es decir, bloques cuadrados de cien metros por lado, cada uno dividido en ocho 'sitios' o parcelas de 25 m por 50 m. Se dan gratuitamente, con la obligación de cerrarlos con tablas y de construir sus casas en un tiempo determinado".

"El suelo de las calles es el terreno natural. Como en invierno las calzadas se convierten en verdaderos pantanos, se las ha bordeado de aceras elevadas de

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 456.

<sup>41</sup> *El Colono* de Angol, N° 952, 1.10.1890.

tierra apisonada, mantenidas por estacas profundamente enterradas en el suelo y revestidas de una pared de tablas. Especies de diques de tierra atraviesan aquí y allá la calzada, para permitir la pasada de una acera a otra durante la estación lluviosa. La población es cosmopolita. Se oye hablar en español, francés, alemán, inglés, italiano, irlandés, ruso, todas las lenguas imaginables"<sup>42</sup>.

La extensa descripción anterior nos ahorra comentarios acerca del aspecto material de las ciudades fronterizas; sin embargo, hay un detalle que marca el carácter que éstas adquirieron y que tal vez conservan todavía. Cuando Verniory se refirió a las lenguas que escuchaba, excluyó el mapudungun. El detalle no es irrelevante, pues Victoria estaba en plena Araucanía, con miles de mapuches viviendo a su alrededor. ¿Qué estaba pasando?

Sin duda, las ciudades no fueron concebidas para la población indígena. Esto mismo les dio una configuración muy particular; se podría hablar de verdaderos enclaves en medio de una zona agrícola que estaba produciendo enorme riqueza. En esto, la historia de la Araucanía no es tan distinta a la del norte del país, donde los centros urbanos también surgieron como enclaves en medio del desierto, para arrancar la riqueza y acumular en la zona la pobreza.

Esta impresión se confirma al revisar la prensa regional. El aviso de *El Colono* de Angol y *La Conquista* de Temuco, para citar un par ejemplos, demuestran que Angol y Temuco eran el centro de operaciones de una serie de agentes de compañías internacionales interesadas en participar de los beneficios que proporcionaba la zona. Ambas eran vistas como el motor del progreso y la civilización, como lugares que poco tenían que ver con el resto de la región.

Temuco, escribía un colaborador de *La Conquista*, en 1887, que estaba ayer en el "último baluarte de los indómitos hijos de Caupolicán i Lautaro (es) hoy centro de progreso i civilización"<sup>43</sup>; y un redactor de *La Igualdad*, periódico que circuló en Temuco en 1892, describía en esencia lo que era la ciudad: un centro comercial en el cual no se miraba otra cosa que el lucro<sup>44</sup>.

El carácter que adquirieron los centros urbanos los hizo compatibles con el proyecto agrícola que inspiró la ocupación de la Araucanía. Más bien, fueron complementarios y, en la práctica, desmentían el discurso de quienes aplaudían su florecimiento como testimonio de progreso y civilización. En realidad, consolidaban la ocupación, pues se transformaron en el mecanismo más apropiado para articular la economía regional con la economía nacional y mundial. Surgieron como una bisagra que conectaba espacios, encarnando no la civilización, como decían algunos, sino los apetitos de quienes no querían quedar al margen del nuevo negocio. La idea era transformar al indígena en

<sup>42</sup> VERNIORY, *ob. cit.*, pp. 89-90.

<sup>43</sup> Nº 26, 10.11.1887.

<sup>44</sup> Nº 2, 27.3.1892.



campesino, incorporándolo como mano de obra a la propiedad agrícola que se estaba constituyendo y reservar la ciudad para quienes asumían la responsabilidad de conducir los destinos de la región, relacionándola con el mundo exterior, del cual se hacía cada vez más dependiente. Sin duda, el sonámbulo que se movía entre los sueños y la realidad, de día tenía los ojos bien abiertos y los sentidos en todos sus cabales.

La vida rural aglutinaba lo que otro escritor de la época llamó tres razas: el indígena, el chileno y el inmigrante europeo<sup>45</sup>.

Para el mapuche, el tiempo de Balmaceda fue letal. A la derrota militar, siguió la pérdida de sus tierras, el deterioro de éstas y la ruina de una vieja forma de vivir. La reducción fue para ellos un signo de muerte, la otra muerte, aquella que no llegó por las balas del soldado, sino a través de los dictámenes de la autoridad que los obligó a "reducirse" en su propia tierra. El mapuche, señala un historiador de nuestros días, fue víctima de la peor tutela, aquella de un país dependiente, que no había salido bien parado de la Colonia y que caía, a los pocos años, bajo el dominio económico de Inglaterra. Esa dependencia le impedía hacerse cargo y asimilar su conquista; sólo le quedaba destruir a una sociedad indígena, cuya identidad étnica y cultural se degradará rápidamente por una proletarización en la misma Frontera o un éxodo no compensado<sup>46</sup>.

A fines del siglo pasado los mapuches sumaban unas cien mil personas. Todos quedaron sometidos a ley del 20 de enero de 1883 que creó la Comisión Radicadora de Indígenas, encargada de entregar las tierras que el gobierno les asignó<sup>47</sup>. Más bien, las tierras sobrantes, porque desde hacía varios años éstas se habían convertido en el centro de las disputas y ocupación por parte de quienes venían llegando desde el norte o desde Europa.

El robo, las compras fraudulentas y los remates indiscriminados terminaron cercando al mapuche. Algunos fueron obligados a abandonar el suelo. Perseguidos y acosados durante la ocupación, se les quería obligar a una vida errante y, en lo posible, a desplazarse hacia las pampas argentinas para dejar libres sus tierras.

Éstas entran, también, en un creciente proceso de deterioro. La tala de bosques, la introducción del patrón productivo cerealero, la imposición de una agricultura extractiva y el sobrepastoreo, empezó a destruir y agotar el suelo. El futuro no podía ser más incierto.

Los mapuches presentían su destino. A comienzos de siglo, Mangin escuchaba en silencio la voz de sus aliados: los chilenos son pobres y te robarán tus tierras, y Kilapán los aborrecía porque querían hacer pueblos, "para aco-

<sup>45</sup> ISIDORO ERRÁZURIZ, *Tres razas*, Imprenta La Patria, Valparaíso, 1892.

<sup>46</sup> JEAN-PIERRE BLANCPAIN, "Le Chili républicain et la fin de la frontière araucane". En *Revue Historique*, vol. CCLII, N° 1, París, 1989.

<sup>47</sup> JOSÉ BENGOA y EDUARDO VALENZUELA, *Economía mapuche*, PAS, Santiago, s/f, pp. 48-51.

rralarnos como vacas"<sup>48</sup>. Más tarde, el testimonio Pedro Kayupi, cacique de Collinco, testimonia el mismo sentimiento.

"El recuerdo de los nombres i hechos de nuestros antepasados —decía en 1902— se ha perdido en la memoria de los hombres de la reducción, pero sabemos que siempre vivieron en estos lugares".

"Son terrenos de lomas feraces, con abundante pasto de primavera, vegas de verano i bosques".

"Nuestros mayores tenían donde recoger muchos frutos silvestres, donde criar sus animales i hacer las pequeñas siembras que antes se usaban".

"Como está Collinco tan cerca del mar, viajaban a la costa a buscar pescado para secar, luche, cochayuyo i conchas para varios usos".

...

"Yo tomé parte en el levantamiento de 1881, cuando se sublevaron todas las reducciones, desde Llaima hasta Bajo Imperial i desde Cholchol hasta Toltén por la fundación de los pueblos".

"Teníamos razón en sublevarnos, porque se nos iba a quitar nuestros terrenos".

"Así ha sucedido. Yo apenas tengo donde vivir. Inútilmente he reclamado"<sup>49</sup>.

Nuestros mayores disponían de terrenos sobrantes para criar wekes, vacas y ovejas, reclamaba otro mapuche. Después nos remataron las tierras y nos dejaron apretados en tan pocas hectáreas hasta que tuvimos que hacernos sembradores. El gobierno nada hace por nosotros; nos vamos concluyendo<sup>50</sup>. Era la muerte anunciada por indígenas que querían seguir luchando.

Pascual Coña vivió y relató los sucesos de aquellos años. Desde la ocupación, su vida se convirtió en una tragedia. Primero fue el incendio de su ruca; después, el abandono de su mujer; por último, los pleitos y abusos de los medieros que llegaron a instalarse en sus tierras. "Ojalá pudiera morir ahora, para no ver nada más de toda esta miseria, decía en su testimonio, ...¿Qué he hecho yo, pobre hombre, para tener que sufrir tanto?, se preguntaba más adelante, ...si pudiera morir, ¡qué bueno sería!"<sup>51</sup>.

El epílogo de Pascual Coña fue el epílogo de un pueblo que en el siglo xx tuvo que readecuar su vida y luchar por sobrevivir con las mismas armas que usó el huinca para dominarlo: la educación, la política y la ocupación de las tierras. Su lucha es la expresión del derecho a la vida, esa vida que la sociedad chilena les negó en los tiempos de Balmaceda.

El chileno que llegó a la Frontera tuvo un destino incierto. Algunos

<sup>48</sup> TOMÁS GUEVARA, *Las últimas familias y costumbres araucanas*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1912, pp. 277 y 284.

<sup>49</sup> *Id.*, pp. 415-416.

<sup>50</sup> *Id.*, pp. 427-428.

<sup>51</sup> PASCUAL COÑA, *Testimonio de un cacique*, Pehuén Editores, Santiago, 1984, pp. 456-458.

amasaron grandes fortunas; otros, no pudieron vencer la pobreza. Postergados frente al colono extranjero, pasaron a constituir la mano de obra barata que con su trabajo producía la riqueza que otros acumulaban. Hoy, escribía un cronista de *El Colono*, en 1890, el peso del trabajo sigue gravitando en los trabajadores chilenos, cuyas voces de protesta ya se dejan oír por la iniquidad que cometen los que hacen venir desde tan lejos a quienes vendrán a disputarle sus ocupaciones<sup>52</sup>.

Los remates de tierra también fueron motivo de quejas, no sólo porque arrebatában tierras a los indígenas, sino porque las concentraban en muy pocas manos. En 1892 *La Igualdad* de Temuco denunciaba el desencanto de más de tres mil pobres que acudieron a rematar tierras fiscales, sin conseguir un pedazo, por la acción de banqueros y millonarios que levantaron artificialmente los precios... El gobierno, decía el autor de la nota, ha cometido una verdadera farsa, dejando al pueblo sólo el inquilinaje eterno, el hambre y la miseria. Los vecinos de Malleco y Cautín que disputaron este suelo a la barbarie, que estuvieron expuestos al bandalaje, han quedado sin nada<sup>53</sup>. Dos factores obran en contra del proletariado, agregaba el redactor: la avaricia de los ricos y la ninguna protección del gobierno<sup>54</sup>.

Hoy existe en la zona, escribía otro colaborador de un periódico de Temuco, la miseria más espantosa, no sólo en el trabajador al día, sino también entre los artesanos, pequeños industriales y empleados. "La ola se encrespa y se levanta rugiente, la catástrofe se avecina...". El pueblo quiere soluciones<sup>55</sup>.

La prensa relacionaba la miseria con los brotes de violencia que caracterizaban a la zona.

"La prensa narra diariamente —escribía un cronista de *El Colono* en 1894— multitud de hechos criminosos que espeluznan, cuyos móviles son siempre el robo o la venganza. Al aterrador desarrollo del bandalaje de 1876, respondieron nuestros legisladores con los azotes, ¿Qué nueva pena inventarán ahora para reprimir los delitos sin reformar al delincuente? Se quiere que nuestros labradores y mineros hagan florecer la agricultura y la industria, y se les niega un pedazo de tierra, se les somete al duro yugo del inquilinaje que eso no es sino la esclavitud disfrazada. El suelo que nuestros campesinos riegan con sus sudores, jamás pertenecerá a ellos, sino a los opulentos magnates que de la propiedad pública han formado y están formando extensos señoríos... he ahí el origen del bandolerismo de los campos, cuya ferocidad se explica fácilmente en el significado social que tiene esta lucha eterna del proletariado contra el rico"<sup>56</sup>.

<sup>52</sup> "Empresa que ya es tiempo abandonar", N° 951, 30.9.1890.

<sup>53</sup> "La fiebre de remates", N° 13, 26.6.1891.

<sup>54</sup> N° 14, 29.10.1892.

<sup>55</sup> *La Cruz del Sur*, de Temuco, N° 3, 18.8.1895.

<sup>56</sup> *El Colono* de Angol, 25.8.1894. Citado por Edith Lobos y Teresa Martínez, "Antecedentes para un estudio histórico y bibliográfico de la IX Región. El bandalaje, una alteración en el desarrollo histórico de los primeros años de la Frontera", Seminario para optar al Título de Profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica, Universidad de Chile, Sede Temuco, 1976.

Acosados por la miseria, los pobres quedaban expuestos también a los efectos del alcohol, cuyo consumo estimulaban los destiladores de Cautín y de Valdivia. "Es este veneno, escribía un colaborador de *La Conquista*, en 1887, el que ha diezmando ya a la población indígena de la Araucanía i el que atesta nuestra cárceles de bandoleros i hace ya insuficiente nuestro asilo de enajenados". Los que han vivido en las regiones del sur, agregaba el articulista, saben el mal que causa. Agotados los indígenas, en breve caerán los colonos chilenos<sup>57</sup>.

El reverso de la medalla lo constituían los hombres de fortuna que habían consolidado posiciones en la zona o amasado grandes fortunas. Un simple aviso de *El Colono* permite tener una idea de éstas. Bajo el título de "Buen negocio para los agricultores", se ofrecía a la venta, en septiembre de 1890, el fundo Santa María, ubicado a 7 kilómetros de la estación de ferrocarriles que se construía en Victoria. La propiedad tenía 25 mil ha. para crianza, trigo y demás cereales. Contaba con un canal para regar 200 ha., motor a vapor, máquina de aserrar, trilladora, útiles de fragua y habitaciones. Se ofrecía entregarlo con 10 mil tablas aserradas, a un precio de un millón 250 mil pesos, una verdadera fortuna para la época.

En tiempos de Balmaceda, la riqueza y la pobreza se daban la mano en la Frontera. Pronto, este conflicto sería encarado por los hombres de la época, abriendo espacio a las utopías que han cruzado nuestra historia en el siglo xx y a soluciones más prácticas que han adoptado los hombres de acción. Padre Las Casas, el caserío que se fundó en la ribera del Cautín, frente de Temuco, resume un tanto esta historia. Ya tendremos ocasión de volver sobre esto.

Los colonos europeos también tuvieron una suerte dispar. A ninguno cabía responsabilidad en las consideraciones que les brindaba el gobierno, aunque usufructaran de ellas; en cierta medida, no eran más que una pieza en el engranaje de la economía mundial del siglo xix, uno de cuyos capítulos, todavía no bien estudiado, fue el comercio de hombres.

El punto de partida de éste, en lo que a la inmigración europea se refiere, estaba en la convicción que tenían los gobernantes locales de que la población era escasa y que el europeo poseía, como ya lo hemos dicho, capacidades especiales que podrían regenerar la raza iberoamericana. A veces lo primero, a veces lo segundo, lo cierto es que ambas apreciaciones constituían el telón de fondo de un proceso inmigratorio que se vio favorecido por la miseria que existía en Europa.

El comercio de hombres fue un negocio muy rentable para empresarios, armadores y promotores europeos y americanos que se instalaron en el Viejo Mundo para enrolar trabajadores. Los propios gobiernos enviaban emisarios que estudiaban en el terreno las condiciones de las operaciones y contratos

<sup>57</sup> "El impuesto sobre los alcoholes i los peligros del alcoholismo", N° 24, 27.10.1887. Este artículo fue escrito en Santiago por B. Dávila Larraín y reproducido por *La Conquista*.

que se debían celebrar. Chile envió en 1868 a Javier L. de Zañartu, cuyo testimonio permite formarse una idea del asunto.

Zañartu se trasladó a París en 1867 con expresas instrucciones del gobierno de promover la competencia entre las casas dispuestas a proporcionar colonos, imprimir folletos atractivos para entusiasmar a los inmigrantes y tratar de conseguir, en el mismo orden, ingleses, belgas, alemanes y franceses, con la única condición de que su moralidad y conducta correspondieran a lo que el país quería<sup>58</sup>.

Antes de llegar a París, Zañartu pasó por Estados Unidos, desde donde escribió al gobierno dando cuenta de las condiciones favorables que allí existían para conseguir irlandeses que no encontraban colocación en ese país. Sólo en 1867, decía Zañartu, habían llegado 270 mil y los barcos que vienen a buscar guano al Perú bajarían el costo del transporte<sup>59</sup>.

Ya en París, el comisionado chileno inició su gestión dirigiendo correspondencia, según propia declaración, a 200 casas en Alemania, 200 en Francia y Bélgica, 200 en Inglaterra e Irlanda y 200 en Italia y Suiza, tratando, tal como lo habían recomendado, de estimular la competencia. Hay esperanzas, decía en sus informes, que los resultados sean muy buenos por la situación de Europa<sup>60</sup>.

Días más tarde reconocía que el negocio era más complejo. En carta que escribía el 29 de mayo señalaba haberse dado cuenta que las casas armadoras cumplían un rol diferente a las casas de inmigración. Las primeras sólo trasladaban a los colonos; las segundas eran las encargadas de conseguirlos. Algunas tenían una amplia experiencia. Hilario Ascasubi e Hijos se dedicaba al negocio desde hacía 7 años, habiendo "remitido millares de emigrantes" al Brasil y Río de la Plata. Decía no tener inconvenientes en mandar a Chile 5 mil familias, con un total de 25 mil personas. Los entendidos recomendaban colocarlos por nacionalidades, con el objeto de evitar conflictos y disputas<sup>61</sup>.

A todo esto, en Chile se había establecido un verdadero ranking, fijando las ventajas y desventajas de unos y otros. La mayoría coincidía en que los alemanes eran los mejores. Una comisión de gobierno que estudió el asunto, decía que considerado "el hombre como carácter (y) como individuo", el alemán pertenecía a una raza especial<sup>62</sup>. Era el único resuelto a formar su nueva patria en el lugar a donde iba, era idóneo para las labores fuertes y no era súbdito de esas soberbias o fantásticas potencias marítimas que por cada uno de sus ciudadanos mandan un cañón como expresión de desprecio. "El alemán es, pues, el emigrante menos peligroso para nuestra debilidad"<sup>63</sup>.

<sup>58</sup> JAVIER L. DE ZAÑARTU, *Colonización de Chile en Europa*, Imprenta de la República, Santiago, 1869, p. 4.

<sup>59</sup> *Id.*, pp. 4-5.

<sup>60</sup> *Id.*, pp. 6-8.

<sup>61</sup> *Id.*, pp. 8-21.

<sup>62</sup> B. VICUNA M., *Bases del informe presentado...*, p. 14.

<sup>63</sup> *Id.*, pp. 26-27.



Venían luego los italianos (lombardos y piemonteses) y los suizos, ambos por provenir de países con una topografía semejante a la nuestra. Los vascos, belgas, ingleses, escoceses e irlandeses formaban un tercer grupo que ofrecía algunos reparos, particularmente los ingleses, de quienes se decía que no emigraban, sino viajaban. Los peores eran los franceses: nunca estaban en un sitio, siempre eran aves de paso. Los españoles cerraban la clasificación, a enorme distancia de los anteriores. No en vano se les hacía responsable de las lacras que se querían corregir con el aporte de los alemanes<sup>64</sup>.

Poblar es civilizar, señalaba Isidoro Errázuriz en 1864, y bajo ese lema todos estaban de acuerdo en favorecer la venida de inmigrantes criados en el culto de la sobriedad<sup>65</sup>. Obviamente, los hombres y mujeres que se embarcaban en Europa con destino a nuestro continente, estaban al margen de esas consideraciones; eran campesinos pobres y artesanos que sólo trataban de labrarse un porvenir mejor en las lejanas tierras de América.

Las condiciones en que venían permitió a no pocos salir de la pobreza y consolidar expectantes posiciones en la Araucanía y en el país. Sin embargo, la vida era dura, de mucho esfuerzo, de sacrificio y de dolor cuando se recordaba la patria lejana.

"Yo salí de Suiza en 1883 —confesaba un colono instalado en las cercanías de Traiguén en 1887—, y en marzo de 1884 tomé posesión de mi terreno. Estaba decidido a desplegar la mayor energía, pues se bien que no se puede tener éxito en otras condiciones. Pero me han sucedido desgracias tras desgracias; me han robado constantemente. Había preparado cerca de cuatro mil adobes para edificar esta casa. Una noche me robaron las tablas que los protegía de la lluvia y los perdí todos. Por eso mi construcción se retrasó una estación. Había comprado sesenta francos de papas que quería sembrar, me las robaron en el campo así como también las hortalizas. Dentro de la casa me robaron, estando yo ausente. Más tarde un par de bueyes. Luego tocó el turno a mis dos caballos que había pagado ocho días antes... Por segunda vez me robaron mis papas y hortalizas, a pesar de la activa vigilancia que yo ejercía. Lo mismo sucedió con algunas tablas que me había prestado un vecino. Y no le hablo de la madera que me cortaron en el bosque. En suma, de esta suerte he perdido más de doscientos pesos (mil francos) y esto me tiene muy desanimado".

"Me han sucedido otras calamidades ...Pedí una niña de tres años y medio que nosotros habíamos cuidado durante mucho tiempo... Algún tiempo después la administración nos retiró esta niña, pues una dama chilena deseaba adoptarla. Me quitaron la vaca que me habían dado y también el ternero que yo había tenido de la vaca... Ya lo ve usted; sólo he tenido contratiempos y más contratiempos".

...

<sup>64</sup> Íd., pp. 35-42.

<sup>65</sup> Errázuriz expuso sus ideas en un artículo titulado "Poblar es civilizar", publicado en *La Patria*, el 19.1.1864.

"Desde mi infancia he tenido que ocuparme [en mi país] en la casa, sin poder proseguir mis estudios como lo habría deseado. Al morir mi padre, manejaba yo solo los negocios y emprendí diversas obras para mejorar mi posición. Tenía razones para estar muy contento de mi suerte, cuando en 1883 un rayo cayó sobre mi casa, la que se incendió por completo. Fue entonces cuando se presentó la colonización de Chile; tuve la oportunidad de hablar de eso con un compatriota que había estado en Valparaíso; liquidé todo y partí".

"...Chile es sin duda un país de porvenir. El terreno es excelente, todo se da de maravilla y yo habría tenido éxito como los demás, si no hubiera sido por los robos de que fui víctima. El que quiere trabajar puede ciertamente conseguir el objetivo de sus ambiciones. En cuanto a mí, si yo hubiera adivinado lo que me esperaba, habría sin duda renunciado a la idea de emigrar, pues la vida del colono tiene en verdad sus dificultades. ¡Hay que ver lo que es el invierno en esta región! Con las lluvias torrenciales los caminos se hacen intransitables, el viento sopla con una violencia de la que no se tiene idea —y esto de día y de noche, sin interrupción. ¡Cuántas veces, en tales momentos, no he echado de menos al país, las buenas veladas pasadas en familia, nuestras casas confortables y sólidas! Las ganancias no lo son todo, hay otras necesidades en la vida aparte del dinero. Lo comprendo mejor ahora"<sup>66</sup>.

La nostalgia del colono debieron sentirla también los otros protagonistas del viejo mundo fronterizo que se derrumbaba por aquellos años: el antiguo misionero, el soldado de la frontera, el capitán de amigos, el conchavador, el viejo maloquero, el lenguaraz y el ülmen que se movía entre dos mundos, el del huinca que proliferaba al norte del Biobío, y el del mapuche que aún subsistía en las tierras de la Araucanía.

### 3. Estalla la Revolución

Cuando Balmaceda recorrió la zona en la primavera de 1890, las muestras de simpatía que recibió no fueron fingidas. La Araucanía era región balmacedista y por muchas razones.

En primer lugar, la ocupación había sido hecha por el ejército y éste aún tenía fuerte presencia en la zona. En segundo lugar, el ferrocarril había sido su gran ilusión y el apoyo que dio a las obras tiene que haberle granjeado una sincera gratitud de quienes veían en éste un camino de progreso. Por último, los colonos extranjeros sabían del apoyo que les estaba dando el gobierno y el gobierno era Balmaceda. Salvo los mapuches, casi todo el mundo tenía motivos para estar con Balmaceda.

La rebelión contra el presidente no prendió, o prendió menos que en otras partes. Había descontento; pero, mucho más fuerte era la adhesión a su persona.

La situación política se pone tensa, escribía Verniory en 1890, vamos a la dictadura. Circulan los rumores más inquietantes, agregaba más adelante: la

<sup>66</sup> Las delcaraciones corresponden al colono suizo de la colonia de Traiguén, Sr. Rathgeb. En Francisco Grin, *Las colonias suizas de la Araucanía*, GEA, Santiago, 1987, pp. 167-169.

flota habría desembarcado en Lebu, Lota y en Imperial Bajo, y es el sur el que estaría llamado a ser el teatro de la guerra. En Temuco la alarma es mayor. El coronel Alberto Gándara, que acaba de asumir como intendente, se esforzaba en calmar la población. En Lautaro se toman precauciones. Fuera de los bandidos que infestan los alrededores, había que contar con los carrilanos u obreros del ferrocarril, que comenzaban a agitarse. Había que reclutar gente y de eso se encargan los agentes del gobierno. La gente rehúsa, pero se logra al fin armar los batallones. Al principio no se podía proporcionar uniformes completos a los nuevos reclutas, nada había más divertido, cuenta Verniory, que verlos andrajosos, con un kepi en la cabeza, un sable al costado o un fusil al hombro; sin embargo, el roto chileno recupera muy pronto sus derechos y en muy poco tiempo, concluye el ingeniero belga, llegan a ser excelentes soldados.

Los oficiales se reclutan entre los caballeros y profesionales, que ascienden rápidamente en la jerarquía militar. Los cargos no eran desdeñables, pues se habían doblado los sueldos y las indemnizaciones por entrar en campaña<sup>67</sup>.

Después de la agitación de enero, "ha vuelto la calma a la región del sur, escribía Verniory en febrero del 91. Estamos casi sin noticias de lo que pasa en el norte. Recibimos los diarios gubernamentales; los únicos que aparecen todavía; pero no informan nada. De creerlos, la tranquilidad más completa reina en Santiago... Naturalmente las conversaciones giran sobre la revolución; [pero] las noticias son escasas y el interés comienza a calmarse... Muchos opositores notables han juzgado prudente huir y esconderse en las haciendas; los que quedan, están forzados a guardar silencio"<sup>68</sup>.

En marzo las cosas se veían más claras. "Las noticias de la revolución, dice Verniory, nos llegan por verdaderos retazos y son malas para el gobierno... Las provincias del extremo norte están perdidas para Balmaceda". Sin embargo, en Lautaro se seguía viviendo apaciblemente, la Tesorería de Temuco pagaba con regularidad los sueldos y la Pascua de Resurrección se celebraba como en los mejores tiempos, con ramadas, cantos, bailes y un vino que corría generoso<sup>69</sup>.

El gobierno, a pesar de todos los contratiempos, decidía continuar la construcción del ferrocarril de Victoria a Temuco y eso parecía traer más tranquilidad. Ese invierno, particularmente lluvioso, provocó desbordes de los ríos y fuertes inundaciones en los campos. Aquello parecía preocupar más que la suerte de Balmaceda. El intendente Gándara se había hecho también muy popular y eso contribuía a apaciguar los ánimos.

En agosto los hechos se precipitaron. De día en día, escribe Verniory, llegan del norte las noticias más alarmantes y el 4 de septiembre la población de

<sup>67</sup> VERNIORY, *ob. cit.*, pp. 155-166.

<sup>68</sup> *Id.*, pp. 175-177.

<sup>69</sup> *Id.*, pp. 178-179.

Victoria y Traiguén se sublevan, saqueando y quemando algunas casas<sup>70</sup>. La revolución había llegado a la Frontera.

Ínútiles resultaron los esfuerzos de los balmacedistas por contener los focos insurgentes en la región. En marzo del 91 habían conseguido fundar en Temuco un periódico bisemanal destinado a defender la obra del Presidente. Vivimos días de tenaz lucha por contener la anarquía y el desborde de las mezquinas pasiones que amenazan al país, anunciaban en el primer número<sup>71</sup>. Si triunfa la revolución, agregaban más adelante, la Frontera volverá a los tiempos de la barbarie y se convertirá de nuevo en la guarida de los forajidos; con Balmaceda, florecerá el comercio, se desarrollará la industria, prosperarán las artes, progresará la educación y el sur se poblará de gente inteligente y trabajadora<sup>72</sup>.

Sin embargo, la derrota de Balmaceda no significó cambio alguno para la región. Al calor de los hechos, los hombres que estaban en la Frontera al lado del mandatario, no se daban cuenta de que el proceso que estaba culminando con él se había iniciado mucho antes y que, desde el comienzo, se anunció irreversible. El 91 se dirimieron otras cosas en Chile, la suerte de la Araucanía se había decidido con mucha anticipación.

#### 4. *El balance final*

No se podría decir que el país haya hecho, a fines del siglo pasado, un balance de su gestión en la Araucanía durante los últimos 30 ó 40 años; pero, una serie de juicios que se formularon, dejan la sensación de una especie de revisión que no se caracterizó por el optimismo.

El primer punto crítico lo constituyó la colonización extranjera. Vista con extraordinario entusiasmo en las décadas del 50, 60 y 70, a partir de los 80 fue examinada con mucha severidad. Y no faltaron los motivos.

En primer lugar, numerosos colonos abandonaron el campo; vendiendo sus tierras, se radicaron en las ciudades, desvirtuando completamente el propósito por el cual se les había traído. En segundo lugar, varios de ellos se enriquecieron más allá de lo previsto, en desmedro de colonos nacionales, cuya suerte se veía muy desmejorada. Los hombres de la época transmiten una sensación de injusticia cuya reparación no admite postergación. Por último, no fueron pocos los que dijeron que los inmigrantes que vinieron no eran los apropiados para los fines que se perseguían.

La colonización nacional es la única que conviene, decía un colaborador de *La Lealtad*, en 1891. Los extranjeros que han venido no son los que verdaderamente necesitábamos; los buenos artesanos se quedaron en Santiago, llegando a la zona sólo aquellos que deben ser auxiliados por el gobierno y por los brazos chilenos que cultivan la tierra<sup>73</sup>.

<sup>70</sup> *Id.*, pp. 199.

<sup>71</sup> "Nuestro Programa". *La Lealtad* de Temuco, N° 14, 23.3.1891.

<sup>72</sup> "Realidad de los hechos". *La Lealtad*, 7.6.1891.

<sup>73</sup> "Colonización nacional". *La Lealtad*, 10.5.1891.

Años antes, en 1887, se formuló una quemante acusación. El fracaso que se atribuía a la colonización nacional por los magros resultados de la Colonia Nacional de Malleco, era una farsa. La Colonia no había sido más que una carnada inocente que se puso a los indios para que se entretuviesen y no molestaran con sus asaltos y robos a los ricos propietarios de Renaico, Bureo y Biobío. ¿Cómo se quiere que el infeliz colono chileno ponga a raya a las tribus araucanas, si no se les brinda apoyo en una lucha que lleva ya más de tres siglos? Por el contrario, decía el articulista que estoy citando, a los colonos extranjeros se les ubica en zonas ya controladas, garantizadas por el imperio de nuestras leyes y llenos de facilidades para el cultivo. Persiguiendo el objeto de colonizar con extranjeros, concluía el autor del artículo, "estamos insensiblemente perdiendo la vitalidad de nuestra raza i colonizando con chilenos una gran parte de la República Argentina"<sup>74</sup>.

Además de levantar su voz para defender la vitalidad de nuestra raza, el colaborador de *La Conquista* aludía, en la última parte de su artículo, a un problema denunciado mucho antes: la emigración de trabajadores chilenos a la Argentina, al Perú y Bolivia, provocada por las penosas condiciones del trabajador chileno. "Nuestros peones se van, había dicho un agricultor 30 años antes, porque en las haciendas donde los ocupan, los mantienen mal, los pagan más mal i los tratan peor"<sup>75</sup>.

En la Araucanía nada se hacía por remediar esta situación. Es necesario ver la triste situación de los chilenos en comparación con los extranjeros, protestaba un periódico de Traiguén en 1890. Los nuestros "vagan por los campos i villorrios en busca de un pedazo de terreno que les sirva de teatro para ejercitar sus aspiraciones de trabajo, éstos [los extranjeros], dilatan su vista sobre sus dominios". No puede existir un trato más discriminatorio<sup>76</sup>.

Se trata de constituir y aumentar la nacionalidad, proclamaba otro periódico de la zona, en 1908. Chile necesita ser poblado y para eso deseamos el concurso extranjero; pero, al mismo tiempo, debemos reconocer que nuestros obreros son buenos e inteligentes<sup>77</sup>.

Por esos mismos años *El Colono Nacional*, órgano que se declaraba defensor de aquellos intereses y que se publicaba en Nueva Imperial, hacía fervientes llamados para proteger a los colonos chilenos. En un comentario aparecido el 2 de enero de 1908, denunciaba la actitud de los colonos extranjeros que se habían visto favorecidos con los remates de tierras, obteniendo grandes propiedades y enriqueciéndose a límites increíbles, después de lo cual

<sup>74</sup> "Colaboración". *La Conquista* de Temuco, N° 31, 15.12.1887. El desencanto que provocó la inmigración europea y la reivindicación del chileno ha sido destacada con anterioridad por J-P. Blancpain en el artículo antes citado, p. 103 y siguientes.

<sup>75</sup> Citado por Luis de la Cuadra, *Necesidad de la emigración europea a Chile*, Imprenta Chilena, Santiago, 1872, p. 67.

<sup>76</sup> "Protestamos". Editorial de *El Traiguén*, reproducido por *El Colono* de Angol, N° 960, 10.10.1890.

<sup>77</sup> "Problemas del país. Inmigración y Colonización". *El Progreso* de Nueva Imperial, N° 135, 8.3.1908.



emigraron a otros lugares o constituyeron "una nueva aristocracia, que con humos de gran señora ha venido a humillar y abatir más a los hijos del país". Mientras el gobierno chileno traía 6.998 colonos extranjeros, decía el autor del artículo, más de 40 mil chilenos tuvieron que emigrar a Neuquén, convirtiendo esa región en un emporio de riqueza<sup>78</sup>.

En vista que el gobierno da preferencia a los colonos extranjeros, decía otro colaborador del periódico, los chilenos en caravanas interminables están emigrando a la Argentina y, cosa curiosa, también emigran los extranjeros que trajo el gobierno<sup>79</sup>. Más adelante, denunciaba los negociados de los empresarios encargados de colocar a los colonos en los territorios que fijaba el gobierno. Refiriéndose a los canarios y aragoneses instalados en el Budi, decía que éste "se había convertido en una verdadera cárcel para estos infelices"<sup>80</sup>.

Los ojos con que se miraba la emigración europea y la colonización en la Araucanía eran muy diferentes a los de mediados de siglos. Atrás había quedado la ilusión de remediar los males de Chile con el aporte de la nueva savia que regeneraría la raza. Nuestros despertares han sido bruscos; éste pudo haber sido uno de ellos.

Otro asunto que no pasó inadvertido para los hombres de la época fue la polaridad que empezaba a producirse en la Frontera entre la riqueza y la pobreza; más bien, entre los ricos y los pobres.

Cuando se inició el debate acerca de la ocupación de la Araucanía, ésta parecía albergar dos mundos: el de la civilización, encarnada en la escasa presencia de Chile y, el de la barbarie, que corría por cuenta del mapuche. A fines de siglo, se agregaba a esa bipolaridad la que se producía entre la riqueza y la pobreza.

Así como la reducción fue la solución para superar esa dualidad, pronto se encontraría otra que evitara que la pobreza molestara a la riqueza. Había que brindarle un lugar propio, tal como se había hecho con los mapuches.

La riqueza terminó concentrándose en los espacios urbanos. Aunque se producía en las áreas rurales, los hombres de fortuna se fueron a las ciudades. Allí estaban los agentes de las grandes casas comerciales, los bancos, los teatros, la entretención de la gente "culto", los hoteles elegantes donde se celebraban banquetes y reuniones que dirimían problemas, también estaban las autoridades y la prensa que recogía la opinión de las personas influyentes.

Temuco es esencialmente comercial, escribía un articulista en un texto ya citado; aquí no se mira otra cosa que el lucro. Sin embargo, no fue eso todo lo que dijo. Destacó los rasgos de Temuco para contrastarlo con Padre Las Casas, el caserío que crecía en la ribera sur del Cautín. Lo primero que se preguntaba era si convenía o no que existiera esa población, porque, pensándolo bien, era una amenaza para la ciudad. Sus pobladores eran gente pobre,

<sup>78</sup> "El problema territorial", Nº 2, 12.1.1908.

<sup>79</sup> "Emigran". *El Colono Nacional*, Nº 3, 19.1.1908.

<sup>80</sup> "La transacción del fisco con la empresa colonizadora del Budi", Nº 6, 9.2.1908.

cuyas vidas había que ordenar y regular para evitar que se convirtieran en un peligro para Temuco o en un foco del crimen<sup>81</sup>.

La sociedad regional ya no se dividía sólo entre bárbaros y civilizados, había surgido una sociedad popular formada por "chilenos civilizados" y "chilenos indígenas", entre los cuales no había mucha diferencia. Los primeros, decía otro autor de comienzos de siglo, se entretienen con la bebida y el juego, van a los circos y al biógrafo y sus crímenes son el abigeato y las riñas<sup>82</sup>. Salvo ligeras diferencias, eran casi como los mapuches, un peligro para el orden, la tranquilidad y el bienestar de los hombres de trabajo que se habían enriquecido en la región.

Había que controlarlos. Para eso se organiza la policía y se norma la vida en la ciudad. Se la debe mantener aseada, iluminada y sobre todo, protegida de los peligros<sup>83</sup>. Los que no se ajusten a esas normas, debían ser confinados a un espacio propio; en el caso de Temuco, a Padre Las Casas.

Al otro lado del Cautín, decía Francisco Javier Ovalle, existe otra población que la gente llama Villa Alegre, por encontrarse las fondas, las gentes alegres, las personas de la clase popular que constituyen un barrio modesto, diferentes al de la clase dirigente<sup>84</sup>.

La propia clase dirigente participó de su fundación. El domingo 12 de abril de 1891, *La Lealtad* de Temuco, daba cuenta de la inauguración de los trabajos, en una ceremonia en la que intervino el Intendente, don Alberto Gándara y don Fridolin Neuman y don Federico Dreves, en representación de los vecinos más progresistas de la ciudad. Desde luego, los pasos siguientes fueron alinear las calles, repartir equitativamente los solares y, sobre todo, poner orden. En el fondo, se trataba de traspasar a la Villa Alegre los mismos patrones de Temuco. Era una forma de controlar a sus pobladores.

La miseria, que ya se notaba en muchos chilenos que llegaron a la Frontera, atraídos por el embrujo de la riqueza, abrió espacio no sólo a Padre Las Casas y a todas las villas alegres de la zona, sino también a las utopías que tanta fuerza han tenido en el siglo xx.

Los proyectos de redención popular no estuvieron ausentes en la Araucanía. Desde los proyectos que ponían el énfasis en una adecuada distribución de la tierra, hasta los programas más radicales que proclamaban la comuna popular como una alternativa de gobierno, los discursos reivindicativos no dejaron de plantear otras soluciones que permitieran al pueblo salir de la miseria.

La educación fue una alternativa que jamás se desechó. En 1892 *La Igualdad* aplaudía la fundación de una escuela nocturna en Temuco y la

<sup>81</sup> *La Igualdad* de Temuco, N°2, 27.3.1892.

<sup>82</sup> FRANCISCO JAVIER OVALLE, *Chile en la región austral*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1911, pp. 133-144.

<sup>83</sup> Véase los bandos que se publican en la prensa. A modo de ejemplo, los que aparecen en el N° 26 de *La Conquista*, 10.11.1887.

<sup>84</sup> *Ob. cit.*, p. 141.

creación de una biblioteca popular<sup>85</sup>. Al año siguiente, reconocía que por fin habían germinado las ideas de Bilbao. El pueblo, decía en el número 62, no nació para ser esclavo. Por eso busca la libertad, la democracia y la educación en igualdad de condiciones. Su voz ya empieza a ser escuchada<sup>86</sup>.

En 1908, *El Colono Nacional* de Nueva Imperial daba cuenta, en términos desgarradores, de la masacre de la Escuela Santa María de Iquique. Silva Renard, decía el 1 de enero de ese año, fusiló al pueblo "de una manera bárbaramente inhumana"<sup>87</sup>. Meses más tarde, reproducía un artículo de Ma-laquías Concha, en el cual llamaba a conquistar el poder comunal para resolver los problemas de los trabajadores: la falta de habitación, la higiene e insuficiencia alimenticia, el alcoholismo, la provisión de agua potable y varios más que exigían urgente solución<sup>88</sup>.

Al problema indígena, se agregaba ahora el de la miseria. La ocupación había generado otro conflicto que no se consideró cuando el país sacaba alegres cuentas respecto de los beneficios que procuraría la incorporación de la Araucanía. El balance de fin de siglo lo dejó al descubierto.

Hubo, por último, un asunto con el cual queremos cerrar estas notas: la mirada al indígena.

A mediados de siglo no toda la sociedad chilena miró con desprecio al mapuche. Ya hemos dicho que hubo voces disidentes que se dejaron oír: la *Revista Católica*, algunos jóvenes estudiantes universitarios y, un par de diputados que rebatieron los argumentos de Vicuña Mackenna. Cincuenta años más tarde, empezará a elaborarse un discurso proindigenista que se acentuará más adelante. Primero, será formulado por los misioneros bávaros, más tarde, por Tomás Guevara y Ricardo Latcham y, más cerca de nosotros, por Alejandro Lipschutz. Hay, sin embargo, un drama patriótico-histórico-fantástico, que resume, hacia 1892, una percepción novedosa que no se había expresado hasta entonces con tanta claridad. Se trata de la obra de Jorge Klickmann, *La ciudad encantada de Chile*.

La trama ocurre en una supuesta ciudad encantada, Lauquen, ubicada en una isla del lago Villarrica, a comienzos del siglo xvi. Uno de los personajes, Mareguano, ülmen de la ciudad encantada, encara a Tulcomara, indio de la zona del Maule. Su discurso es sorprendente: enrostra a Tulcomara el carácter de la civilización del blanco. Es un mero convencionalismo, le dice. A nosotros nos tratan de salvajes, pero así nos mantenemos robustos, alegres, sanos, longevos y leales. No necesitamos más civilización que la que tenemos, "el huinca empero necesita una civilización especial en provecho de la insaciabilidad de sus aspiraciones"<sup>89</sup>.

<sup>85</sup> Nº 29, 29.10.1892.

<sup>86</sup> Corresponde al ejemplar del 26.6.1893.

<sup>87</sup> Corresponde al 1º número del periódico.

<sup>88</sup> Nº 18, 24.5.1908. El artículo de Concha continuó en los números 19 (31.5.1908) y 20 (14.6.1908).

<sup>89</sup> La obra de Klickman fue publicada por la Librería Universal. Valparaíso, 1892. La cita en p. 19.

Después de Balmaceda, las cosas empezaban a mirarse en la Frontera de una manera muy diferente a como se habían visto cuando se iniciara el proceso de ocupación que concluiría durante su gobierno. Las condiciones generales también habían cambiado y aquello resultaba decisivo. Se derrumba el boom agrícola, la devaluación del papel moneda testimonia una crisis más profunda, se restringe el crédito y suben las tarifas ferroviarias<sup>90</sup>. Se viene abajo el viejo modelo económico que había inspirado la ocupación, emerge la crisis social y se trastorna la vida en el país.

La ocupación de la Araucanía fue la "última hazaña" de un país que, al cabo de unos años, tuvo que reorientar su historia. Tarde o temprano esa zona iba a caer bajo el "ímpetu civilizador" de la República. El etnocentrismo del huinca no admitía otra solución. El problema fue que se produjo justo cuando se quiso consolidar un modelo que se derrumbó al concluir el proceso de ocupación.

Balmaceda no pudo torcer la historia de Chile y de la Araucanía. Tampoco su derrota tuvo mayor impacto. Los dados ya estaban lanzados antes de que asumiera la primera magistratura y se desatara el conflicto del 91.

Al margen de su voluntad, en tiempos de su gobierno, y sin que él tuviera mayor responsabilidad, terminaba un largo capítulo de la historia regional. Desaparecía el viejo espacio fronterizo que se había constituido en el siglo XVII y empezaba la etapa de su "desintegración" y articulación a un mundo que no se podía dar el lujo de mantener espacios como ese.

Por eso el tiempo de Balmaceda fue un tiempo de muerte. Muerte para el mapuche, muerte para los otros protagonistas del mundo fronterizo, muerte para los sueños y utopías del chileno del siglo XIX, muerte para un suelo que no soporta la deforestación y los patrones de cultivo del huinca, muerte para Balmaceda. Allí, aquella mañana de primavera, cuando acudió a inaugurar el viaducto del Malleco, tal vez con cierta soberbia, enterró sus últimas ilusiones de hombre y gobernante. Su tiempo también había terminado.

<sup>90</sup> BLANCPAIN, art. cit., p. 111.

# Mirando las cosas al revés: Algunas reflexiones a propósito del período parlamentario

*María Rosaria Stabili\**

## 1

Antes de aportar mi modesta contribución a la reflexión sobre Balmaceda, la guerra civil de 1891 y el período Parlamentario, es necesario partir de dos premisas para que los lectores puedan tener las coordenadas generales con las cuales lo que voy a decir pueda ser interpretado y entendido.

La primera premisa tiene que ver con mi nacionalidad. Soy italiana, entonces veo la historia de Chile “desde afuera”; sin embargo quise hacer todas las tentativas de mirarla, viviendo un tiempo en Chile, “desde adentro”. Pero, no obstante tener percepciones, signos e indicios impalpables de una realidad que difícilmente los libros y los documentos logran entregar a un historiador extranjero, mi manera de reflexionar sobre la historia de Chile queda fuertemente sellada por el asunto que yo soy parte del recorrido histórico específico de mi país y de los valores que en él se expresan. Todo esto influye sobre mi forma de ordenar los hechos y construir relevancias.

Italia es “nación”, es “sociedad civil” pero, después de más de un siglo de unificación, no logra ser “estado”. El orden no es un valor nacional y es algo muy ajeno al sentir del pueblo. La libertad sí que es un valor y es tensión moral también cuando se expresa en formas muy despreciables como caos, desorden, “anarquía”. Muchas regiones italianas (la del sur de Italia sobre todo) siguen viviendo el estado como algo extranjero, ajeno, impuesto por un poder —lo de la casa Savoia— nunca reconocido o aceptado, colonizador, que bloqueó procesos de modernización que al momento de la unificación se estaban desarrollando en el territorio. Un estado siempre más percibido como “Estado ladrón”, que pide impuestos y no da nada a los ciudadanos.

Entonces, este “sentir nacional” también lo descubro en mí misma y es algo que influye sobre la tentativa que hago de valorar algunos aspectos de la historia de Chile considerados poco relevantes por los estudiosos chilenos. El descubrimiento de que pueden existir otros sentimientos hacia el Estado yo lo hice ya adulta, viajando en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, y viviendo en Chile.

La segunda premisa tiene que ver con mi personal incomodidad en definir o redefinir categorías analíticas. Además, pienso que la tarea de un historiador es exactamente la de desmoronarlas para restituir a la realidad toda su riqueza



expresiva. Aquí quiero recordar que tengo una visión de la historia como de un proceso que no es lineal ni progresivo, extremadamente complejo, donde nuevo y viejo se entretejen tanto que algunas veces es muy difícil distinguir lo "bueno" y lo "malo", lo "viejo" y lo "nuevo". Todos y cada uno de los actores sociales, políticos, económicos, todas las situaciones y todos los tiempos llevan en sí, contemporáneamente, elementos tan distintos y algunas veces opuestos que esta mezcla se da en forma única e irrepetible en la historia de cada pueblo y cada individuo. Se necesita entonces mucho cuidado por parte de los estudiosos en no confundir categorías generales y abstractas con procesos reales. En algunos momentos de la historia elementos, valores, continuidades y rupturas, aparentemente opuestos, se combinan en forma armónica produciendo procesos o eventos ricos y pacíficos. En otros momentos, entre los mismos eventos y valores, se da una tensión tan fuerte que puede llevar a rupturas que, después, se van a recomponer.

Las grandes y variadas combinaciones de continuidades y novedades entrecruzadas de distintos valores y significaciones cambiantes en el tiempo, hacen que las categorías que quieren interpretarlas pierdan rápidamente su valor heurístico, no son más instrumentos de conocimiento y vuelven a ser jaulas entre las cuales al final encerramos la misma realidad que pretendemos explorar. Entonces esta realidad se ríe y escapa a las categorías de forma tal que hace decir a García Márquez que "la realidad tiene más fantasía que la literatura". No es un caso que algunos estudiosos, más sensibles, reflexionando sobre ciertos conceptos sienten la obligación de definirlos, aclarar el sentido de la utilización que van a hacer de ellas, poniendo en claro los límites de esta operación.

Otro elemento necesita ser explicitado para que resulte claro el recorrido de mi reflexión. Creo que casi nunca, en el análisis de los procesos históricos, lo que aparece, lo que es visible y fácil de captar es lo "más real" o lo más "verdadero". En Italia se dice que "las apariencias engañan" y esta afirmación me parece muy cierta. Esto puede significar, por ejemplo, que períodos históricos que aparecieran desordenados, caóticos, inestables, después de un análisis que no se detiene solamente en lo visible, pueden resultar profundamente estables y constructivos. Por el contrario, períodos que parecieran de orden y tranquilidad pueden esconder gran fragilidad e incertidumbre. A menudo, eventos y procesos necesitan ser leídos al revés de lo que parecen para que las investigaciones puedan lograr acercarse lo más posible a lo que es "verdadero". Y muchas veces, detalles sin importancia aparente, elementos secundarios, pueden insinuar la duda que las cosas no son como se presentan a una primera mirada.

Con estas ideas dando vuelta en mi cabeza es que propongo algunas rápidas reflexiones sobre Balmaceda, la guerra civil y el período parlamentario. No

tengo la pretensión de abarcar en un análisis detallado tantos eventos, problemas y personajes que llenan un período densísimo de la historia chilena, sobre los cuales ilustres historiadores han producido notables estudios. Simplemente, quiero sugerir la posibilidad de miradas distintas, a la búsqueda del rol y del sentido de una época al interior del proceso histórico chileno de los últimos dos siglos.

Antes de entrar en la época específica que aquí interesa, quiero decir, en forma muy rápida, que la visión global que tengo de la historia de Chile desde la independencia hasta nuestros días es de una historia que se mueve y funciona alrededor de dos valores fundamentales: orden y libertad, que coexisten en su esencia desde el comienzo de Chile republicano y que se expresan en formas distintas en las diversas etapas de la historia del país. Alrededor de estos dos valores se organizan los eventos, los procesos y los actores. Dejando de lado, por problemas de espacio, matices que son importantes y corriendo el riesgo de resultar muy esquemática, creo que si reflexionamos sobre los últimos dos siglos de la historia de Chile, podemos ver cómo todos los chilenos, y no solamente las elites, oscilan entre estos dos valores que en algunos momentos vuelven a ser percibidos como necesidades para la sobrevivencia de la comunidad nacional.

A lo largo de los siglos XIX y XX el orden en Chile significa siempre la misma cosa y sus contenidos en el fondo no cambian: es siempre un orden que viene desde arriba, producto de un Estado fuerte y centralizador, garantizado por la presencia vigilante de las fuerzas armadas, también cuando los civiles controlan el poder. En cierto sentido es el concepto de orden construido por Portales que produce sedimentación en la conciencia de los chilenos, sobre todo después de su muerte. Yo siento que es de gran importancia, también para la comprensión de eventos más contemporáneos, reflexionar sobre el asunto que la visión del Estado y del orden que Portales construye no viene heredada solamente por los conservadores, sino que vuelve a ser la manera específica de concebir la política por parte de todos los chilenos y que encuentra raíces profundas, con variaciones y matices diferentes, también en aquellos que se oponen. Y es esta percepción de orden la que, a mi manera de ver, representa un elemento de continuidad en la historia contemporánea del país.

Pero esta percepción específica de lo que significa el orden, convive, en los chilenos así como en las dinámicas políticas, con la necesidad, el deseo y el valor de la libertad. Y es la libertad que representa el movimiento, las "novedades" que caracterizan las diferentes etapas de la historia chilena. A diferencia del orden, este concepto, o mejor dicho, esta tensión cambia, en el curso del tiempo, de nombre y contenidos. En la segunda mitad del siglo XIX es la libertad de la revolución francesa y del liberalismo; en la primera mitad de este siglo libertad significa esencialmente democracia, después socialismo, para volver a ser, después de la dictadura de Pinochet, otra vez, simplemente, libertad. Todos los procesos y eventos de la historia de Chile pueden ser interpretados a la luz de esta tensión no resuelta entre orden y libertad. En algunos momentos estos dos polos pareciera que conviven más o menos

armónicamente; en otros se presentan como conflictivos y antagónicos, pero la búsqueda dramática de posibilidades de conjugarlos, búsqueda todavía no acabada, representa a mi parecer la esencia, en la dimensión política, de la "chilenidad". Creo que es muy importante que estos dos elementos estén presentes en la conciencia historiográfica en su relación dialéctica, sobre todo cuando la investigación de los historiadores quiere indagar sobre los proyectos de modernización o la dimensión de la "modernidad" en Chile.

## 3

Para entrar en el tema propuesto por el simposio, a la luz de lo anterior, entonces, yo también pienso que la guerra civil de 1891 no representa una cesura en la historia de Chile sino más bien un momento, por cierto muy dramático, en un proceso que tiene sus orígenes alrededor de la mitad del siglo pasado y que se concluye en los años diez de este siglo. El aporte de Julio Heise sobre el problema de la periodización de la época parlamentaria es de gran utilidad. A diferencia de él pienso que la conclusión de la época, en término de sentido y del rol jugado por ella en el recorrido histórico de Chile, no se da con la Constitución de 1925 sino con la Primera Guerra Mundial.

Se ha escrito mucho sobre el período que estamos analizando y se han entregado tantas posibles interpretaciones que pareciera ya que no hay mucho que decir. Sin embargo, mientras algunos fenómenos y procesos han sido adecuadamente profundizados (las transformaciones económicas, la presencia inglesa), otros han quedado al lado. En la tentativa de no dejar inexplorados recorridos analíticos que pueden ofrecer algunos elementos que enriquecen y devuelven su complejidad al período, quiero compartir con ustedes algunas preguntas que desde hace tiempo me propongo. Pero sobre todo tentar de dar un nuevo orden y establecer nexos distintos entre eventos que todos nosotros conocemos bien.

Desde la segunda mitad del siglo pasado, en más o menos veinte años, la fisonomía geográfica, económica y política chilena cambia profundamente. La guerra del Pacífico, la "pacificación" de la Araucanía, y la explotación de Magallanes transforman el perfil del país. La apropiación del salitre al norte, se acompaña entonces a una rápida extensión de los territorios utilizados por la agricultura y el ganado. La vieja frontera del sur es ahora la parte del país de mayor producción de cereales, la región más importante en la producción de madera y de cría de vacuno, todos éstos en manos de "nuevos", grandes latifundistas.

En este período, entre 1860 y 1890, los diferentes actores y los diferentes sectores económicos no expresan, a mi parecer, una contraposición de intereses sino más bien parecieran prevalecer entre ellos aspectos de complementariedad. El hecho es que en Chile, en el siglo XIX, no se puede hablar de una burguesía comercial y financiera que se oponga a los intereses de los sectores

latifundistas. Es importante recordar que la agricultura es la actividad económica predominante, que absorbe la mayor parte de la fuerza de trabajo, mientras los productos minerales representan, desde el comienzo del siglo XIX, la voz principal en la estructura de las exportaciones. La expansión del sector minero exportador no es, como algunos estudiosos piensan, una amenaza para el sector agrícola porque también la agricultura sigue siendo interesante para el mercado internacional. De hecho, sus exportaciones, sobre todo trigo, representan un cuarto del total. La activación del Norte grande como centro extractivo lo plantea además como mercado para los productos agrícolas. Pero sobre todo porque, como algunos estudios han demostrado, el sector minero es en realidad el más importante factor del crecimiento y de la prosperidad de la agricultura. El capital acumulado en el sector minero es invertido en las compras de tierra donde los empresarios mineros a menudo transfieren cultura en práctica empresarial, conocimientos técnicos, etc., siendo así un vector muy importante de modernización del mundo rural. La imagen muy conocida, que Claudio Véliz da de la economía chilena del período, es de una economía que se sustenta sobre tres patas, minería, agricultura y comercio, todas orientadas hacia el mercado internacional y todas con intereses coincidentes.

La coincidencia de los intereses económicos de los sectores dominantes se da también porque personeros sobresalientes en un sector específico tienen intereses relevantes en otros sectores de la economía. Frecuentemente empresarios mineros se vuelven propietarios de grandes extensiones agrícolas y simultáneamente invierten en el comercio y, no obstante puedan apreciarse diferencias en su origen social y en los específicos intereses económicos, resulta muy difícil sustentar que estas diferencias, en la segunda mitad del siglo pasado, son la base de un conflicto de clase entre una "oligarquía latifundista" hegemónica y una burguesía emergente relacionada con la minería y con el comercio.

Es muy frágil entonces una imagen de conflictividad entre diferentes elites por una contraposición de intereses económicos. Más bien los conflictos entre elites parecieran desarrollarse sobre todo alrededor de problemas ideológicos, como el rol de la iglesia en la sociedad y en relación con el estado. Pero, sobre todo, los conflictos se producen alrededor de problemas políticos que se refieren en su esencia al rol y a las funciones del estado.

Es cierto que es el "viejo" núcleo de la elite del valle Central lo que estimula y quiere la expansión territorial del país. Pero él quiere aplicar al país en expansión sus criterios ordenadores, su visión y sus modalidades de control político y quiere, él solo, ocupar el estado. Y es sobre este punto específico que se desarrollan y se expresan los conflictos entre el grupo de poder ya constituido y los grupos de poder que se van constituyendo gracias a la incorporación de los nuevos territorios, conflictos que desembocarán en la guerra civil de 1891.

La transformación geoeconómica de Chile produce, de hecho, una gradual transformación y rearticulación del sector social dominante. El viejo núcleo del valle Central que antes de 1860 es "el Estado", comienza lentamente a

deshacerse. Si una parte del núcleo aristocrático del valle Central lucha para no perder su rol hegemónico y el monopolio del prestigio social y del poder político, otra parte de él se apropia de las tierras del sur o invierte en las mineras del norte y se articula, ya sea económica como socialmente, sobre todo a través de estrategias matrimoniales, con los "recién llegados" que ya han adquirido fortuna o están en el proceso de consolidación económica y que de todas maneras luchan por adquirir visibilidad social y política.

Lo que quiero subrayar, a esta altura del discurso, es la significación política de la expansión territorial y el rol que este proceso tuvo en replantear con fuerza, en el momento histórico que se está analizando, la discusión sobre el papel de un estado centralizador.

El dilatarse del territorio a través del desplazamiento de las fronteras implica por cierto una reorganización de los intereses económicos, una transformación de la elite pero, sobre todo, pone como urgente la necesidad de una definición y representación política de los nuevos espacios. Creo que todo esto puede ser un ángulo visual interesante, para intentar reinterpretar las dinámicas del período que antecede a la guerra civil. Y es justo esta necesidad la que propone con fuerza el debate alrededor del rol y la función del Estado y pone progresivamente en crisis el régimen político y centralizador construido por Portales.

#### 4

Creo también que otro elemento de análisis que se puede introducir a este punto no es tanto la contraposición entre conservadores y liberales o radicales, cuanto las diferentes formas de liberalismo que se dan en este momento. También en Chile, como en casi todos los países europeos y Estados Unidos se tiene que hablar en plural y referirse a varias interpretaciones del liberalismo, sobre todo a partir de la depresión mundial de los años setenta y ochenta del siglo pasado.

En lo que se refiere a Chile, el liberalismo de una parte de la elite del valle Central no pone en discusión el rol centralizador del Estado, planteando el asunto que el Estado no puede *laissez faire*. En esta visión el Estado, frente a la expansión territorial del país, a la maduración de nuevas dinámicas económicas, frente a la presencia del capital extranjero, tiene que estar presente e intervenir activamente, para reglamentar y ordenar los procesos en desarrollo. Este sector de la elite mira a Europa y quiere modernizar el país, es también anticlerical, pero piensa que la libertad es un asunto religioso, social, cultural y literario, que no necesariamente tiene que poner en discusión el rol del Estado.

Creo que el ejemplo más emblemático de esta visión está representado por Balmaceda mismo, representante de gran prestigio del grupo dirigente liberal. Entre los fundadores del Club de la Reforma, él se compromete sobre todo en dos puntos: la reforma electoral para una extensión del sufragio y las reformas



constitucionales. Él parece ser el más convencido defensor de una interpretación parlamentaria de la Constitución de 1833. Lucha por la separación entre Estado e Iglesia, se compromete en la aprobación de las reformas liberales (cementeros laicos, libertad de imprenta, de reunión, etc.), pero comparte con los conservadores la idea de la importancia del rol centralizador del Estado.

Hay también otro liberalismo que podríamos llamar el de las elites emergentes que, deseando participar en el poder político, a través del control de los territorios recién incorporados, conciben la libertad antes que nada como autonomía frente a un estado centralizador.

Es importante aclarar que las posturas no son tan definidas como mi discurso, necesariamente esquemático, puede dejar entender. No es que todas las elites del valle central piensan que sea necesario afirmar el rol centralizador del Estado y todas las elites de los nuevos territorios luchan unidas por la autonomía. Hay, por ejemplo, elites del sur que resultarán ser, en la guerra civil, balmacedistas. Muchos matices se desarrollan entremedio y las posturas cambian en función de problemas específicos.

También los grupos políticos presentes en esta etapa no tienen un perfil ideológico muy definido, y la actividad de ellos no expresa valores ni intereses muy claramente reconocibles. De hecho, en los treinta años que van desde 1861 a 1891, conocidos como los años liberales, la aprobación de reformas y leyes no son el resultado de la lucha de un solo partido, liberal o radical, sino que de alianzas bastante heterogéneas. Como ustedes saben, un ejemplo de estas diversas alianzas es la ley sobre sufragio universal de 1874 aprobada por un parlamento que ve una combinación político-programática heterogénea de conservadores, radicales y algunas fracciones de liberales, en la cual los conservadores juegan un rol de primaria importancia contra las resistencias del gobierno liberal. La intención de quien promueve tal reforma parece ser la de crear un mercado electoral lo más amplio posible y progresivamente más libre de las interferencias del poder ejecutivo, donde los grupos oligárquicos emergentes puedan competir por el voto para obtener representación y poder y los grupos ya consolidados, a su vez, controlar más directamente las dinámicas electorales, en una situación que los obliga a enfrentar la competencia. La extensión del sufragio parece ser entonces el resultado de una dinámica interna al régimen político del momento y al mismo tiempo representa un paso importante en el proceso de corrosión del poder del ejecutivo, expresión en aquella época de una parte de la elite del valle Central, que resiste al reconocimiento político de "nuevas" elites.

Si pensamos en el rol que los conservadores juegan en la aprobación de esta ley, nos resulta muy poco convincente la interpretación que muchos historiadores dan del conjunto de las reformas liberales como el resultado del nacimiento de un nuevo sector social compuesto de una emergente burguesía financiera, minera, comercial e industrial y de una clase media siempre más importante, representada políticamente por algunos sectores liberales y por el partido radical. Es cierto todavía que es el Partido conservador el opositor de casi todas las otras reformas del período, sobre todo de las que limitan las

prerrogativas y la libertad de acción de la Iglesia. Entonces se dan tipos diferentes de reformas que no son aprobadas todas por la misma coalición de fuerzas políticas y que no obedecen todas a la misma lógica.

Son estos procesos los que generan en el período "liberal" tensiones crecientes entre el poder centralizador del Estado y los empujes hacia una mayor autonomía. En un cierto sentido, tal vez, se puede decir que la guerra civil puede ser el choque de dos diferentes visiones del liberalismo a propósito del papel que el Estado tiene que jugar. Una, representada por el presidente Balmaceda, es una concepción que no quiere renunciar al rol regulador del Estado sobre la economía, la política y las dinámicas sociales y que piensa que la incorporación orgánica de los nuevos territorios conquistados, para la construcción de la nación, es posible solamente a través de la intervención del poder central. La otra concepción del liberalismo toma cuerpo sobre todo en la idea de la libertad frente al Estado, que se expresa en la reivindicación de las autonomías locales, del poder en manos de las municipalidades y del descentralismo. Por otra parte cuando en 1890, Balmaceda, frente al obstructionismo del parlamento que no da su aprobación al balance del Estado, quiere utilizar todo el peso de los poderes que la Constitución de 1833 le confiere, el conflicto explota en toda su violencia.

Con la guerra civil se hacen claramente visibles en forma antagónica y extrema los valores de los cuales hablábamos antes, orden y libertad, que, a partir de los años cincuenta, se encuentran en progresiva confrontación. Balmaceda mismo es una mezcla entre necesidad de orden y deseos de libertad y al final se siente obligado a producir una polarización entre estos dos valores, eligiendo uno, antes de todo para él mismo y después para el país.

Ningún hombre político en Chile simbolizó en forma tan dramática su período como Balmaceda ¿Qué es su suicidio, sino la denuncia de la imposibilidad a compatibilizar en su experiencia de gobierno la continuidad de un orden impuesto por una elite con la presión de otras que empujan a la búsqueda de expresión política? Su suicidio representa el último acto del drama de una época que no encuentra caminos posibles para conciliar orden y libertad como respuesta a los conflictos específicos del momento.

Entonces, a diferencia de lo que muchas interpretaciones sustentan, Balmaceda en su programa de gobierno que quería la inversión por parte del Estado de la riqueza producida por el salitre en iniciativas económicas y obras públicas que hubieran podido transformar y "modernizar" al país, no goza del apoyo de los grupos económicos emergentes ni, tampoco, de una hipotética burguesía empresarial. Obtuvo, más bien, el apoyo de una parte de la elite del valle Central y el conflicto, de orden exquisitamente político, se juega sobre el rol que el Estado tiene que desempeñar en la construcción del Estado-nación. En este sentido Balmaceda, más que anticipar la concepción del Estado que se va a afirmar en los años treinta de este siglo, parece ser el heredero de la concepción portaliana del Estado. Los resultados de la guerra civil pueden entonces ser interpretados como el "triunfo" de la "periferia" sobre el "centro".

## 5

Si la reflexión hasta el momento desarrollada puede ser considerada por lo menos verosímil, ésta cambia también la óptica con la cual se pueden considerar los procesos que se desarrollan en la época que sigue a la guerra civil.

No hay ni espacio ni tiempo para desarrollar consideraciones acabadas, pero sí me interesa comentar algunos elementos.

Desde que comencé a estudiar esta época me sentí muy incómoda. Puede ser que el asunto de ser italiana me llevara a pensar que todo el caos, el desorden, la inestabilidad, la corrupción de la época, no eran tan terribles como buena parte de los contemporáneos, muchos hombres políticos y la mayoría de los historiadores, lo describían. Además lo que sobre todo me asombraba era que las descripciones tan llenas de evaluaciones negativas, podían llevar a pensar que el período, por lo negativo que era, necesitaba ser considerado, para utilizar la expresión de Benedetto Croce a propósito del Fascismo, "como paréntesis" en la historia de Chile.

A la búsqueda del cómo y del porqué de los hechos, me encontraba sin respuestas satisfactorias. Y mi incomodidad crecía en la medida en que me daba cuenta que, a pesar de la aparición de valiosos estudios (solamente para recordar el más famoso, los dos volúmenes dedicados a la época por J. Heise González) que revisan la interpretación dominante sobre el período y ponen en relieve los aspectos positivos, quedaba arraigada en la conciencia histórica y en el sentir político común una imagen negativa del momento.

Mi experiencia de italiana me llevaba a no dejarme engañar por la así dicha "inestabilidad" o "desorden" porque, lo que aparecía, podía esconder muchos más elementos de estabilidad y de maduración de valores que en períodos anteriores no habían podido desarrollarse. De tal modo que mi "ser italiana" me llevaba a preguntarme si por acaso los chilenos tendrían demasiado interiorizado un miedo frente a la "libertad" que por cierto en la época parlamentaria ocupaba mucho más espacio que el orden. Ciertamente se trata de una "libertad liberal" de las elites y no una "libertad democrática" del pueblo, la que se desarrolla en este período, pero es lo que pasa también en otras partes del mundo. No hay, al momento, otro tipo de libertad. Podría ser que el "pequeño Portales" que vive dentro de cada chileno obstaculizaba una visión más positiva.

Y estas percepciones me han llevado a intentar un cierto tipo de lectura de algunos de los hechos más condenados, porque representan las expresiones más evidentes de la "corrupción" de la época.

Sobre la ley de Comuna Autónoma de diciembre de 1891 y los procesos que desencadena, voy a desarrollar un pedazo de mi reflexión. Como todos saben, esta ley es importante a lo menos por dos motivos. Entrega a los gobiernos locales una gran autonomía decisional y administrativa frente al ejecutivo nacional. Cada municipalidad es organizada en Comunas cuyos regidores son los notables del lugar, elegidos por sufragio directo y constituyen la Asamblea de los electores que a mi parecer es la creación más significativa

de la ley en cuestión. Esta Asamblea constituye el gobierno municipal, elige el alcalde (cargo anual cubierto a rueda por los regidores), decide el presupuesto y los impuestos municipales. Elabora proyectos de desarrollo de la región sobre los cuales pregunta y obtiene, a través de su representante elegido en el parlamento, los recursos financieros del gobierno central. Se asiste, de hecho, a un pasaje de poderes a las Asambleas de los electores, que antes estaban en las manos de intendentes y gobernadores. Estos últimos no tienen más, de hecho, el poder de decisión y de intervención, y se limitan a ratificar y transmitir al poder central las decisiones tomadas por las Asamblea de los electores y por los parlamentarios de la zona.

Lo interesante en todo esto es que la estructura administrativa, fuertemente centralizada, anterior al régimen parlamentario, no desaparece; más bien, por lo menos formalmente, continúa existiendo. Por todo el período parlamentario, los intendentes y los gobernadores siguen siendo nombrados por el Presidente de la República y siguen respondiendo al Ministro del Interior de su actividad. Pero, y es ésta la novedad del período, el nombramiento de ellos puede ser efectivo solamente después de la aprobación del parlamento. A menudo los candidatos son impuestos al ejecutivo por algunos parlamentarios y los conflictos que se crean por los nombramientos de dichos funcionarios son muchas veces el origen de crisis de gobierno. Entonces, ahora es en las municipalidades, nuevas unidades de base, donde se concentra el poder capaz de contraponerse a lo del poder central. De hecho, no tienen ninguna significación, en términos de poder, instancias y actores administrativos intermedios, que juegan un rol de intermediación entre estos dos poderes.

Este hecho, a mi parecer, no obstante todas sus distorsiones, crea un espacio y una dialéctica entre los dos poderes del estado y permite al poder legislativo, que en la historia anterior había sido bastante frágil, fortalecerse. Pero, sobre todo, encamina un proceso de crecimiento y fortalecimiento de la base de la pirámide administrativa y política, que son los poderes locales. Proceso que, en el bien y en el mal, es previo a cualquier tentativa posterior de democratización de las estructuras administrativas y políticas de un país.

El segundo elemento significativo de la ley de la Comuna Autónoma es que los gobiernos locales ganan definitivamente el control del proceso electoral. Con la reforma de 1874 que ampliaba el sufragio, este control había sido ya entregado a las Juntas de Mayores Contribuyentes, constituidas por las elites locales. Con la ley de 1891 se consolida esta conquista entregando a los poderes locales también la inscripción a los registros electorales y el nombramiento de los funcionarios de las mesas electorales. Además el responsable del orden público durante las elecciones no es más el ejército, sino la policía municipal. El control electoral da a las elites un instrumento importantísimo de poder y obliga a diputados y a senadores a construir alianzas y a comprometerse con los gobiernos locales, para obtener los votos necesarios para ganar o conservar sus cargos en el parlamento. Este cambio de la influencia política desde el centro a la periferia, da a los notables locales, poder de decisión e intervención a través de sus representantes en el parlamento y por cierto incrementa la

dimensión personalista, y alimenta la red clientelar. Aparecen, de este modo, acciones como la compraventa de los votos, la utilización de cifras enormes, para asegurarse un cargo parlamentario, parece ser un fenómeno nacional, común a todos los partidos y a todos los candidatos. El otorgamiento de favores (no se quiera olvidar que la progresiva expansión de la burocracia en este período tiene mucho que ver con la capacidad por parte de los parlamentarios, de ofrecer puestos en la administración pública a los protegidos por su clientela) es también una fórmula para asegurarse consenso y si todo esto no funciona, se alteran los resultados electorales y se organizan otros tipos de fraudes.

Bueno, todo esto es ciertamente despreciable. Pero tratamos por un momento de visualizar otro sentido a estas dinámicas. Por cierto ellas crean un gran movimiento y desencadenan un proceso de formación de un mercado político. Si en la economía se evalúa como factor de progreso y modernización la creación de un mercado nacional respecto a formas previas y más limitadas de intercambio, no veo por qué no se puede evaluar de la misma forma la creación de un mercado político. El asunto de que un ciudadano tiene la posibilidad de dar su voto a quien lo paga mejor, ¿no introduce, también en forma distorsionada, un elemento de libertad? La posibilidad, por lo menos teórica, de elegir, a pesar de todos los fraudes, ¿no representa un pequeño paso adelante respecto a una situación en la cual las elecciones eran bajo el control absoluto del ejecutivo que, a través de los intendentes, gobernadores y el ejército, empleaba violencia, asaltos y, sobre todo, coerción? Al menos, en la época parlamentaria el juego se abre a otros posibles actores que no son el ejecutivo, lo que hace posible la formación de fisuras en el sistema, permitiendo así la maduración de elementos no funcionales al sistema mismo.

Tenía algunas dudas sobre la oportunidad de formular en voz alta estas reflexiones. Me decidí después de averiguar que también un historiador ilustre como H. Blakemore, en sus reflexiones sobre el período parlamentario, publicadas recién por la Universidad de Santiago, citando a E. Gibbon, insinúa que la corrupción puede ser interpretada como "el síntoma más infalible de la libertad constitucional".

En esta onda podemos seguir reflexionando sobre varios otros elementos que caracterizan la época. Una de las tareas más importantes de los parlamentarios es la de obtener disponibilidad, sobre el presupuesto del ejecutivo, de los recursos financieros para los proyectos y servicios de los gobiernos locales. La ley de la Comuna autónoma permitiría recolectar en la periferia por lo menos una parte de los recursos financieros a través de impuestos sobre la propiedad y el consumo. Pero esto, si por una parte podría dar efectiva autonomía al gobierno local, por otra implicaría un precio relativamente alto en términos de consenso. El recurso a la cobranza fiscal local se descuida, para ejercer una constante y fuerte presión sobre el presupuesto del gobierno central. Las entradas de la caja central del Estado, producidas por el sector minero, permiten tal drenaje por parte de las administraciones locales.

El asunto de que los parlamentarios tienen que negociar en el parlamento



las condiciones financieras para guardar el consenso en la periferia, produce un fenómeno, aparentemente contradictorio, que me parece oportuno recordar. En el período en que las administraciones locales juegan un rol protagónico en el escenario político del país, y el centro parece ser subalterno a los intereses de la periferia, se asiste a un proceso de rápida concentración de las elites del país en la capital. El asunto de que sea del estado de donde se toman los recursos financieros sobre cuya administración se organiza el consenso político en la periferia, plantea la necesidad de controlar desde muy cerca la actividad del parlamento viviendo en la capital. Y esto produce conocimiento, alianzas, negociaciones y acuerdos entre elites que, a pesar de los aparentes conflictos, representan un buen ejercicio de aprendizaje de prácticas importantes para el futuro desarrollo político del país ¿Acaso no son también estas prácticas fundamentos del libre juego democrático?

Así el espacio de desarrollo del cual gozan los partidos políticos, a pesar de que, en la época, más que representar distintos grupos sociales con perfil ideológico definido, representan, en función de los notables que expresan, comunidades locales (la colocación geográfica de ellos es un ejemplo), es un indicador muy importante de un proceso de maduración de elementos nuevos en el desarrollo histórico del país.

## 6

No quiero defender ni la compraventa de los votos ni la corrupción, ni todas las distorsiones de la época. Mi contribución sobre el tema es la de poner en relieve la "otra cara de la moneda" o sea lo "positivo" que en cada dinámica y hecho se lleva junto a lo negativo. El desarrollo de un discurso deprecatorio, de matrices ético-políticas múltiples, pero conformemente propenso a lamentar más que a analizar, lleva a confusión y no a conocer el porqué y el cómo de los procesos. Además no ayuda a producir distinciones entre épocas y épocas, ni entre una situación específica y otra. Si la compraventa de los votos puede ser considerada un factor de "modernización", en Chile a comienzos de este siglo, en los años veinte o treinta o cuarenta ya no lo es más. Lo que es cierto es que veinte o treinta años más tarde puede tener una significación opuesta y ser considerado un elemento de cristalización, de bloqueo, y no de desarrollo del proceso político. Un factor puede ser definido "moderno", en el análisis de los procesos históricos, siempre en estricta relación a lo que había antes, a las situaciones específicas que lo causan y a las dinámicas que él produce en un tiempo y en un espacio determinado.

Si se piensa en términos comparativos, se ve cómo recientes estudios sobre procesos de modernización y procesos electorales en la Europa de los primeros años del siglo, ponen énfasis sobre el asunto que tales procesos no corresponden a los modelos ideales y que es fácil constatar cuánta distancia separa al perfil concreto de los procesos de las hipótesis teóricas abstractas. No me refiero solamente a Italia o Francia. También en la "moderna" Inglaterra los

procesos electorales y la modernización de la política se da entremedio de clientelas, corrupciones, restricciones, etc. También cómo, siempre en este "país modelo", no hay caso de encontrar actores políticos y sociales (los burgueses por ejemplo) tan puros como se piensa que Weber los describió. Las deformaciones de la realidad nacen eventualmente por una utilización equivocada de un instrumento analítico, el tipo ideal, de lo cual Weber mismo afirma a menudo la naturaleza abstracta, intencionalmente no realística. "Los tipos ideales —recuerda Philips Abrams— no son típicos ni ideales. No son contruidos para representar lo que existe, ni lo que tendría que ser. Más bien, son definiciones formalmente exactas de relaciones posibles".

La época parlamentaria entonces puede ser leída también como la etapa en la cual se realiza la construcción política, después de la construcción territorial, del país, en la cual los nuevos territorios vuelven a ser parte orgánica de la nación y las elites del norte y del sur pueden unificarse dialécticamente con las del valle central. Y es propio del hecho que el parlamento sea el lugar de las negociaciones entre distintas elites que permiten la construcción del estado-nación.

Lo confieso: el objetivo de mi ponencia era solamente presentar un juego de posibles interpretaciones cuyas reglas no se inspiran en ninguna receta metodológica muy sofisticada. Simplemente es un juego que recoge la sugestión que hay en una canción de Paco Ibáñez, que seguramente todos conocen: El mundo al revés. Es muy importante tentar de imaginar qué puede pasar si nos encontramos con el hecho de que los lobos son buenos, las brujas son hermosas, los príncipes malos y los piratas honrados. Es un juego que nos ayuda a ser más abiertos y elásticos mentalmente, más tolerantes en mirar la realidad por lo que es y a interpretarla en su complejidad y contradictoriedad, a ser un poco más libres frente a todos los "debe ser" que el orden nos impone.

Todo esto simplemente para aceptar el orden no solamente como algo que se impone "desde arriba", sino como un valor que puede nacer desde el caos mismo (el debate actual en las ciencias nos enseña esto. Cfr. I. Prigogine-I. Stengers, *Order out of Chaos*, London, 1985) y que se madura lentamente también en situaciones que pueden aparecer inestables y conflictivas.

## Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular.

Gabriel Salazar

La exposición que sigue no es una ponencia formal, en cuanto no constituye el resultado inmediato de una investigación empírica. En rigor, es una reflexión reverberada en la huella de varios estudios exploratorios que he realizado en torno a los procesos que, desde el bajo fondo social, constituyeron el eco profundo de los sismos estatales habitualmente incluidos en el perfil recordatorio de la crisis de 1891. La excesiva concentración del interés historiográfico o politológico sobre ese (a esta altura, estereotipado) perfil, ha prolongado el largo anonimato de la mayor parte de esos procesos. La necesidad de, cuando menos, avizorar la dirección de su movimiento, avala de algún modo la libertad que asumo de reflexionar sobre algunos de ellos.

### I

Uno de los absurdos históricos más trascendentes del proceso que desembocó en la redacción de la Constitución Política de 1925, fue la insólita amnesia que atacó a los 'invitados presidenciales' que elaboraron el texto. Pues —contra toda lógica de contemporaneidad— gastaron el 85% del tiempo reglamentario en discutir las relaciones interfuncionales entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo (según definición liberal de la política), olvidando, por eso y en manera notoria, constitucionalizar las grandes tendencias y demandas social-productivistas de la Nación (que para entonces sustanciaban el 85% de los problemas urgentes de Chile)<sup>1</sup>. De consiguiente, en lugar de construir Estado sobre la tendencia industrializadora del país —patente desde mediados del siglo xix— y la expansiva fuerza histórica de la llamada "cuestión social", lo hicieron sobre el conflicto 'interno' en torno al cual giró hasta agotarse la clase política del siglo xix.

¿Por qué razón los constituyentes (designados) de 1925 desconsideraron la realidad socioeconómica del país y las (poderosas) demandas nacionales que allí abrevaban? ¿Qué determinó su opción por el paradigma político-liberal inutilizado por ellos mismos a lo largo del siglo xix, y su descarte del paradigma

<sup>1</sup> Ministerio del Interior, *Actas oficiales de las sesiones celebradas por la Comisión y Subcomisiones encargadas del estudio del Proyecto de Nueva Constitución Política de la República* (Santiago, 1926). Sólo en la trigésimo primera sesión, de julio 30 de 1925, se trató una indicación relativa a la "protección al trabajo y la industria", la que fue desechada, pp. 481-2.

social-productivista, crecido a la vera de la crisis que la secular gestión oligárquica (o sea, ellos mismos) imponía al siglo xx chileno? ¿Acaso fue su feble identidad capitalista, su especulativo compromiso con las compañías mercantiles y bancarias extranjeras, su dogmatizada cultura política (liberal), el consenso etnocéntrico de la clase política conjunta, o el abandono de su vocación empresarial y su solidaridad con los chilenos?<sup>2</sup>

Como quiera que eso haya sido, el hecho es que la propensión a leer y proyectar 'sistema político' o 'principio liberal' donde no había sino colapso económico y radicalizado movimiento social, no fue una adicción coyuntural y exclusiva de los constituyentes (designados) de 1925. Crónicamente, la ha sido también de la mayoría de los políticos e ideólogos del tiempo de la 'modernidad': los análisis y las decisiones políticas impuestas en 1932, 1958, 1973 y otras fechas posteriores, han estado determinados por esa propensión. Y ella también ha predominado en los análisis históricos retrospectivos; por ejemplo, los referidos a 1851, 1859, 1920, y, por supuesto, a 1891.

La interpretación alucinadoramente política de los procesos ha sido blandida hacia atrás y hacia adelante del tiempo histórico de Chile, decapitando no sólo otras interpretaciones posibles sino también los procesos profundos que no se constituyen habitualmente como política formal. Hoy, qué duda cabe, es de usanza y hasta saludable desplomar las estatuas del determinismo económico que antaño acoró aquellas interpretaciones que hoy han perdido vigencia y contemporaneidad ("*à demain, Karl!*"), pero esto no constituye, en ningún caso, prueba de justificación para mantener de pie y lustrosos los íconos paralelos del determinismo teórico de lo político, o de lo liberal. Los procesos históricos han demostrado hasta el hartazgo que son demasiado anchos —sobre todo cuando son productivos, sociales y de base— como para ser fagocitados por parte de epistemologías estrechas, unilaterales o alucinadoras.

La amnesia social-productivista de los constituyentes (designados) de 1925 no debería constituirse en conducta ejemplar para los estudiosos contemporáneos de la historia de Chile. Menos cuando las estatuas colapsan y las bases sociales descubren, tras el derrumbe, su propio bosque. Si ésta es la señal de la contemporaneidad, entonces vale también ahora, cuando recordamos la 'época del Presidente Balmaceda'.

## II

Los procesos históricos son invariablemente despojados, al trasponer el umbral del discurso político, de su intersubjetividad factual y mutabilidad temporal,

<sup>2</sup> En su mayoría, la generación de políticos que decidió los destinos del país en la coyuntura 1919-25, correspondió a empresarios en vías de profesionalización política. G. Salazar, "La clase política civil en Chile, 1919-1973" (Sur-Fundación Ford, Informe Narrativo, 1991).

para ser cubiertos, a cambio, con la investidura unívoca y carismática del verbo normativo. O con la abstracción universal de los sustantivos teóricos.

Hoy, la tripleta teórico normativa: 'modernización' —'modernidad'— 'postmodernidad', está abocada al despojo sistemático de cuanto proceso histórico-social se aventura en su jurisdicción. Al cierre de estas líneas, tal jurisdicción abarca toda la historia, desde la antigüedad hasta el siglo XXI. Tornando obsoleta, por eso mismo, aquella clásica periodificación que emplatizó la Edad Moderna en un tramo anterior a la Edad Contemporánea. Colonizando la contemporaneidad, por tanto, desde la expansión imperialista de la Edad Moderna. Aduñándose del futuro y proclamando la destrucción y "el fin" del pasado.

El fenómeno, no sin razón, ha concitado la atención e investigación reflexivas de los estudiosos que aun creen en lo social y en la historia. Marshall Berman, por ejemplo, ha hecho un notable esfuerzo por revisitar los despojos sociales, históricos y vivientes cristalizados en el concepto madre de 'modernidad'. Su conclusión, sin embargo, no ayuda: quedó a medio camino, suspendida entre la gobernabilidad invariable del concepto y la variabilidad ingobernable de la historia: "todo es una perpetua renovación y desintegración... todo lo sólido se desvanece en el aire"<sup>3</sup>.

En América Latina —y en Chile, sobre todo— el estado de situación del problema ayuda menos: es prebermaniano. No se intenta hoy, siquiera, mirar la palidez de la vida cristalizada en el vientre de la dicha madre. ¿Para qué, "después de lo vivido"?

¿Razón? En Chile, la modernización ha avanzado como los guerreros: humillando la historia bajo su pie. Subyugando la memoria y el intelecto, desde el principio. Ya en 1868, por ejemplo, el académicamente laureado J.V. Lastarria identificaba su labor intelectual con la siguiente función:

"Este estudio nos llevará a demoler el pasado para reconstruir nuestra civilización... he tenido que hacerme... historiador de dos civilizaciones, una que caduca i otra que se levanta, porque necesitaba mostrar la deformidad, la ineptitud de la primera... i mostrar la marcha de la segunda..."<sup>4</sup>.

La demolición del pasado premoderno, iniciada en el siglo XIX por la "leyenda negra" construida sobre la modernidad renacentista hispanolatina (en obediencia al 'discurso dorado' que precedió a la modernidad capitalista sajona-liberal), ha tenido numerosos continuadores en este siglo. Sólo que no a pretexto de la independencia, sino, diríase, de lo contrario. En este sentido, la función desempeñada por J.V. Lastarria y otros en el siglo pasado ha sido

<sup>3</sup> Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad* (México, 1989, 2da. edición), pp. 1, 7 y 91-92.

<sup>4</sup> J.V. Lastarria, *Estudios Históricos*, vol. VII, Prólogo a la edición de 1868 (Santiago, 1909), pp. 5 y 7.



consumada en éste —entre otros y, sin duda, a nombre de la moderna teoría social— por un intelectual argentino: G. Germani.

Con un libro notable, G. Germani hundió hasta la empuñadura, en los procesos histórico-sociales de América Latina, el acero conceptual indispensable de la modernización: la tipología dicotómica. Con ésta, cercenó el pasado del presente, la historia de la estructura, desgajó lo productivo-popular de lo oligárquico-mercantil, sustituyó lo local por lo cosmopolita, y descargó en el viejo santuario (ahora sepulcro) de "la tradición" todo lo desechado por esa lógica<sup>5</sup>. Tras semejante operación intelectual, el pasado se alejó hacia lo ignoto, envilecido.

Los creyentes en la ciencia quirúrgica de la 'modernización' hicieron de las célebres dicotomías germanianas el evangelio maestro de la teoría civilizadora para el siglo xx chileno<sup>6</sup>.

¿Y allí concluyó todo?

No. No concluyó: todavía pareció necesario operar el mismísimo concepto de 'modernización', extrayendo de su desfalleciente validez el espíritu abstracto de la 'modernidad'. Avanzando desde la (premoderna) acción civilizatoria a la civilización pura. Del faenar temporal en la historia a la intemporalidad platónica del éxtasis final. Esto significaba posar *ad aeternum* (o sea, dogmáticamente) el conocimiento y la política sobre la rama positiva de la dicotomía, desbarrancando su rama negativa (o sea, las tradiciones todavía vivas y con savia, pero bárbaras) en las sombrías cavernas de la nada histórica.

"La crisis del modelo antiguo, del modelo nacional-popular, en el momento actual, tiene solamente dos salidas. La primera es el caos. La segunda es pagar el precio del modelo occidental... (es decir) abandonar cualquier modelo de movilización y modernización y aceptar la lógica de la modernidad... la única solución que aparece es la participación de sectores de cada país en el sistema mundial, sinónimo de modernidad, *dejando de lado al resto de la población*"<sup>7</sup>.

Lo que en buen romance significa que, ante la irrupción de la 'modernidad' y el recuerdo del caos nacional-populista, sólo cabe 'salvar' a las elites ya cosmopolitizadas o en vías de serlo y dejar naufragar la todavía solidaria pero (ya) obsoleta idea civilizadora. El imperativo de la 'modernidad', para ser obedecido, demanda pues ser insolidario además de ciego: es preciso, hoy, ignorar la existencia, en América Latina o en el Tercer Mundo, del pueblo bárbaro. ¿Se ofrece algo a cambio? Sí, un paliativo abstracto: un ultramoderno "sistema de relaciones entre actores", cuya característica central es que, para validarse a sí mismo como sistema, anonada e inesencializa a los actores<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas* (Buenos Aires, 1966). Ver partes II y III, sobre todo.

<sup>6</sup> Ver, particularmente, los trabajos de DESAL sobre marginalidad social, y los referidos a la sociología del desarrollo, publicados a mediados de los años 60.

<sup>7</sup> A. Touraine, "América Latina: de la modernización a la modernidad", *Convergencia*, 17 (1990), pp. 33-34.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 32.

Esta —la inesencialización de los actores sociales, sobre todo populares— parece ser la *conditio sine qua non* interpuesta a América Latina para su ingreso al adviniente siglo de la 'modernidad'. Con todo, no es esta exigencia ni su siglo inherente el objetivo específico de nuestras reflexiones de hoy, sino la *demolición* que el encadenamiento secular de tales prerequisites ha perpetrado en la memoria histórica de los chilenos. La amnesia acumulativa que concluyó anonadando la vida de los procesos históricos de medio y bajo fondo social. Urge, pues, preguntar: ¿hubo modernización antes de la modernización? ¿Era en sí misma modernizadora la "sociedad tradicional"? ¿Lo fue, por ejemplo, el mundo colonial? ¿Existieron procesos automodernizadores antes de las heteromodernizaciones desembarcadas en Chile tras la "inserción en el mercado mundial", ocurrida a comienzos del siglo XIX? ¿Qué valores sociales alternativos contenían los procesos automodernizadores vivos que, de súbito, se volvieron piedra y ceniza en "la tradición"?

### III

La conquista y colonización de América Latina no fue, como se sabe, un subproducto de la revolución industrial inglesa y de su consiguiente cruzada librecambista, sino, más directamente, el fruto orgánico de la automodernización renacentista de los pueblos latinos del Mediterráneo. Fue, en rigor, la consecuencia inevitable de la revolución cultural, urbana, comercial e incluso agraria promovida por esos pueblos con *anterioridad* a la Revolución Industrial y al Estado Liberal. La Edad Moderna fue erigida principalmente por la Europa Latina, teniendo como base, sobre todo, el 'capitalismo' mercantil-financiero y el humanismo corporativo. La implantación de la modernización librecambista e industrial sobre ese substrato histórico originario se realizó, en muchos aspectos —como numerosos autores han demostrado—, utilizando tácticas de forzamiento, despojo y transfiguración de los contenidos fundantes de la automodernización latina. En concordancia con esa línea de implantación, la producción teórica estructuralista y liberal ha tendido a devaluar, marginar y finalmente 'olvidar' los procesos automodernizantes originarios que, posteriormente, fueron capturados, absorbidos y confundidos por el industrialismo moderno<sup>9</sup>.

La colonización de América Latina formó parte, en realidad, de la modernización humanista, corporativa y mercantil que, desde la cuenca del Mediterráneo, se extendió sobre gran parte del mundo conocido con anterioridad

<sup>9</sup> Acerca de la implantación de la modernización inglesa sobre la del Mediterráneo, R.T. Rapp, "The Unmaking of the Mediterranean Trade Hegemony: International Trade, Rivalry and the Commercial Revolution", *Journal of Economic History*, 35:3 (1975), pp. 499-525. Dentro de la tradición teórica que ha devaluado la modernización latina, cabe citar a los historiadores ingleses M.M. Postan, R.H. Hilton, A.B. Hibbert y M. Dobb, entre otros, de quienes los sociólogos del desarrollo latinoamericanos tomaron la teoría acerca de la 'transición'.

a la Revolución Industrial. Los imperios latinos en América, sistemáticamente protegidos frente al rudo expansionismo nórdico desde el siglo xvi hasta el xix, constituyeron crisálidas donde esa variante originaria de la cultura moderna resistió la nórdica expansión 'modernizadora' por un tiempo mayor que el de sus propias metrópolis. Durante el período colonial, la modernización originada en la cuenca del Mediterráneo pudo recluirse en el Nuevo Continente, protegerse, sobrevivir y, sobre todo, reproducirse<sup>10</sup>. Y este es el punto clave de nuestra reflexión: la reproducción específicamente latinoamericana del ramal modernizante que había originado la colonización.

Tres, cuando menos, fueron los núcleos reproductores —y por tanto remodernizadores— de ese ramal: 1) la estructura productiva de tipo imperial (o sea, intercontinental) que el viejo capital mercantil— financiero dominante en el sur de Europa logró establecer en el Nuevo Continente; 2) la incorporación de grandes pueblos indígenas —sus territorios incluidos— y masas de pueblo mestizo al sistema de deberes y derechos inherentes a ese proceso remodelador, y 3) la construcción, sobre la base de todo lo anterior, de un gran sistema político humanista y corporativo (el Estado Imperial).

En el Nuevo Continente, la reproducción de la modernización originada en el Mediterráneo latino consistió, sobre todo, en una transposición de escalas, en un drástico incremento de las magnitudes y el consiguiente cambio de las relaciones cualitativas ligadas a ellas: así, de la microeconomía y la micropolítica se saltó a la gran producción, al gran mercado y al gran sistema sociopolítico intercontinentales. Del detallismo medieval y postmedieval se pasó a la masificación moderna. De lo local, a lo mundial. De la acumulación patrimonial a la acumulación transnacional. Y, sobre todo, en la base social, de la mentalidad plebeya y servil, a la pionera, colonizadora y empresarial. En lo económico, se consolidó la gran empresa productiva de exportación en masa (plantaciones tropicales, gran minería de la plata, grandes estancias y ranchos ganaderos) con multitudinarias estructuras laborales de producción<sup>11</sup>. En lo social, se abrieron y constituyeron anchas avenidas de movilidad mercantil hacia arriba y hacia abajo, por donde se precipitaron estampidas de vagabundos, pícaros y masas marginalizadas de toda clase, junto a nobles monetariamente empobrecidos, que concluyeron por borrar las barreras estamentales y clasistas de contención<sup>12</sup>. Pero, por sobre todo, la validación universal del valor de cambio y los signos de intercambio, establecida sobre el derrumbe de las dichas barreras, hizo posible que las distancias entre lo social y lo político; es decir, entre las errantes masas de colonizadores y su

<sup>10</sup> Sobre este aspecto, revisar especialmente los trabajos de R. Pike, Ch. Verlinden, P. Chaunu, W. Brulez, R.A. Sayouz, G. Lohman-Villena y K.R. Andrews.

<sup>11</sup> Por ejemplo, W. Sherman, *Forced Native Labor in 16th-Century Central America* (Lincoln, Neb., 1979) y M. Ratekin, "The Early Sugar Industry in Española" *Hispanic America Historical Review* 34 (1954).

<sup>12</sup> Es interesante sobre este aspecto el libro de R. Pike, *Aristocrats and Traders. Sevillian Society in the 16th Century* (Ithaca, 1972).

absoluto soberano (o sus elencos burocráticos), se acortaran hasta una distancia ciudadana o comunera, de nutrida correspondencia transatlántica, prácticamente republicana<sup>13</sup>.

Fue este más bien frenético proceso de remodelización 'latina', que se extendió desde el siglo xv hasta mediados del xix, el marco en el que se formó y constituyó la clase popular latinoamericana y chilena. Fue en ese proceso vivo de innovaciones y recreaciones —y no en la abstracta tradición arqueologizada por las dicotomías germanianas— donde se forjó su identidad histórica originaria. Desde donde, también, desde la tercera década del siglo xix, tuvo que resistir la arremetida frontal y directa de la recién llegada modernización 'nórdica', librecambista e industrialista.

El ramal modernizador del cual el colono hispanoamericano era transportador y a la vez reproductor, le incitaba a trabajar en el mercado independientemente, según un (monetizado) proyecto propio de ascenso social: o como colono, o como mercader, o como encomendero o funcionario imperial, o como soldado de conquista, o como corsario o pirata, pero en ningún caso —salvo por fuerza mayor— como sirviente o trabajador asalariado. Sus declaraciones, en este sentido, fueron categóricas<sup>14</sup>. Para el colono y para sus descendientes —probablemente hasta su cuarta o quinta generación— la *empresarialidad propia de la automodernización latina y sobre todo de la remodelización latinoamericana, constituyeron su opción predominante de conducta histórica*. La proletarianización industrialista y salarial, típica de la modernización 'nórdica', fue asumida a contrapelo por la clase popular chilena, y —como luego se verá— tardíamente.

La empresarialidad latina típica —de sello ultramarino, colonialista y mercantil— no fue, sin embargo, ni una condición masivamente alcanzada ni igualitariamente reproducida en el Nuevo Continente. Y menos en Chile. En realidad, constituyó un modelo accedido sólo por una minoría que, a la larga, devino oligárquica. La mayoría de los colonos se vio pronto forzada a especificar ese modelo, bajándolo de su escalón propiamente mercantil a la grada más soterrada y encajonada de la producción; es decir, al nivel del aprovechamiento primario de los (abundantes) recursos naturales disponibles en el Nuevo Mundo. Esta ineludible opción social-productivista significó, sin embargo, para todos los productores, cargar sobre sí el creciente peso del intervencionismo estatal (imperial) y de la expropiación mercantil (internacional)<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> J. Lockhart & E. Otte, *Letters and People of the Spanish Indies* (Cambridge, 1976), también su *The Men of Cajamarca: A Social and Biographical Study of the First Conquerors of Peru* (Austin, 1972).

<sup>14</sup> J. Lockhart & E. Otte, *op. cit.*, *passim*. También de E. Otte "Cartas privadas de Puebla, del siglo xvi", *Jahrbuch...* 3 (1966).

<sup>15</sup> Sobre el fenómeno general, E. Florescano (Coord.), *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955* (México, 1985). Una discusión sobre el problema chileno en G. Salazar, "Algunos aspectos fundamentales sobre el desarrollo del capitalismo en Chile" (Santiago, 1976) y en "Entrepreneurs and Peons in the Transition to Industrial Capitalism. Chile, 1820-1878" (Hull, U.K., 1984), *passim*.

La figura del 'colono', pues —sobre todo en su rango medio y bajo— encarnó en sí la transición de una empresarialidad predominantemente mercantil y ultramarina, a otra determinadamente productiva y regional. Fue este el proceso que, en lo específico, rigió la formación de la clase popular chilena.

La masificación de la empresarialidad productiva constituyó en Chile, desde mediados del siglo xvii, un proceso fundante, de potente proyección histórica. En torno a ese proceso fundante surgieron tejidos económicos y sociales básicos: modos de producción y sistemas de relaciones que, en lo sustantivo, crearon células vivas, locales, de sociedad, economía y estado. Por esto, sólo cuando ese movimiento empresarial de base abarcó todos los espacios y maduró sus tejidos (mediados del siglo xviii), la oligarquía mercantil instalada sobre él pudo enraizarse hacia abajo, hundiendo en esos tejidos los huesudos dedos de su actividad expoliadora, multiplicando sus tasas acumulativa e iniciando así su propia remodelización capitalista (fines del siglo xviii y comienzos del xix)<sup>16</sup>. La remodelización mercantil —todavía de administración latina— estratificó en vertical la emergente sociedad: descampesinizó campesinos, desempresarializó pirquineros, y desmercantilizó el estamento artesanal. Así, proféticamente, preparó el desierto para la mesiánica modernización 'nórdica'<sup>17</sup>.

En Chile, la masificación de la empresarialidad productiva y el efecto multiplicador de su acción fundante no se hicieron sentir en las etapas de la alta colonia, sino en las de la baja. Más que una tarea del pueblo inmigrante pobre (los colonos hispánicos tardíos, más bien, sufrieron de diversos modos la imposibilidad de sus utopías latinomercantiles), aquélla fue más propia del pueblo mestizo. Es por ello que no fue tanto un proceso propio de la Conquista (siglos xvi y mediados del xvii) sino de las colonizaciones de detalle consumadas en el período siguiente: fines del xvii hasta mediados del xix.

La empresarialidad popular, en Chile, se ramificó en abanico sobre el territorio. Un grueso ramal, desde fines del siglo xvii, se echó sobre la tierra, constituyendo el campesinado y el tejido agrícola fundacional del país. Un grupo de tierra adentro (los "labradores" o "cosecheros"), junto a otros de tierra ajena (los "inquilinos"), extendieron la producción triguera y posibilitaron el largo ciclo exportador que enriqueció en vano a la oligarquía terrateniente-mercantil. Otros campesinos, de tierra estrecha, encinturaron las ciudades principales (los "huerteros" o "chacareros"), produciendo frutas y hortalizas, que nutrieron al rico patriciado urbano y a su adherida plebea marginal. Finalmente, el campesinado errante, de tierra remota, abandonó la sociedad colonial para adentrarse, allende el Biobío, en la gran tierra abierta del pueblo

<sup>16</sup> *Ibíd.*, sobre todo Chapters 4 y 5.

<sup>17</sup> Acerca de la desempresarialización de campesinos y pirquineros, G. Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago, 1985); sobre los artesanos, *id.*, "Empresariado popular e industrialización: la guerrilla de los mercaderes. Chile, 1830-1885", *Proposiciones* 20 (1991).



mapuche, donde vivieron como labradores y ganaderos (los "ocupantes") hasta su masacre y expulsión<sup>18</sup>.

Un segundo ramal remontó sobre los cerros, alargándose entre Copiapó y Santiago, y más allá. Miles de "buscones", "pirquineros", "cateadores", "pallaqueros" y "placilleros" arañaron las laderas, quemaron sus bosques a fuego lento y descerrajaron a mano sus minerales de cobre, plata y oro. A su vista, los buitres mercantiles cayeron sobre ellos, rapiñando así el primer polo (regional) de acumulación 'capitalista' en el país<sup>19</sup>.

Y hubo, todavía, un tercer ramal. Uno emergido entre chimbas y rancharíos. Detrás de borras refluyentes y "pantanos deletéreos". Bajo nubes de hornillas, fraguas y chimeneas. Era el artesanado, o empresariado industrial popular, que palmo a palmo en guerra con el "barrio mercantil", osó levantar a pulso la primera industria nacional<sup>20</sup>.

Fue la estructura económica tejida en torno a esos tres ramalazos de empresariedad popular la que trabajó productivamente tras la expansión exportadora que se inició en el siglo XVIII y continuó hasta la séptima década del siglo siguiente. La que, también, aseguró a la oligarquía mercantil chilena de igual período su hegemonía sobre los mercados locales y —posteriormente— virreinales; así como la automodernización (bajo colonial) que permitió a esa oligarquía situarse acumulativamente en una posición de compatibilidad con la modernización industrial y librecambista inyectada en Chile por los mercaderes e ingenieros ingleses, sobre todo desde fines de la década de 1840.

La inspección cuidadosa y desprejuiciada de las adaptaciones tecnológicas realizadas por el empresariado popular de ese período, así como de las relaciones locales de producción que maduraron en torno a las faenas productivas y, sobre todo, del proyecto (independiente) de vida y acumulación de esos empresarios, revela no sólo su raíz mercantilista y latina, su humanismo comunitario y corporativo, sino también su capacidad para reproducir localmente, de modo creativo, esos legados<sup>21</sup>. Es importante destacar, asimismo, la tendencia de esos productores a proyectarse políticamente. En especial, sus reclamos por un mayor proteccionismo al productor, por limitar el crédito mercantil, por la creación de un banco (estatal) de fomento a la producción, por consolidar el poder regional y el control por la base de todas las autoridades, etc. El "pipiolismo" —tan desprestigiado en el país por la contrapropaganda portaliana y liberal— constituyó, sin duda, una de las expresiones

<sup>18</sup> La historia de este particular tipo de campesinado está aún por investigarse. Los indicios existentes señalan que se trató de una masa considerable, mayor que la de los inquilinos.

<sup>19</sup> G. Salazar, *Labradores...*, op. cit., pp. 173 a 228.

<sup>20</sup> Id., "Empresariado popular...", loc. cit., passim.

<sup>21</sup> Se requiere un estudio histórico más específico de la tecnología e instituciones laborales que el bajo pueblo utilizó en el período 1650-1850. Los indicios actuales muestran la importancia de la tecnología hidráulica y del trabajo comunitario.

políticas más definidas del movimiento social-productivista que remodeló la sociedad colonial chilena en su fase tardía<sup>22</sup>.

La fuerza remodeladora del bajo empresariado (productivo) colonial no logró, sin embargo, imponer su red de acumulación productiva sobre la vieja red oligárquica de acumulación política y mercantil, pero sí posibilitó la remodelación de ésta. Las dos caras de la remodelación colonial concluyeron, por ello, al momento de la maduración de la una y de la expansión de la otra, por trabarse en una tensión y un conflicto cada vez más agudos. La tensión, ya presente pero de algún modo morigerada por el sistema político corporatista del Imperio, se polarizó al máximo después de la Independencia y, sobre todo, tras el fracaso de las rebeliones productivistas del empresariado popular que estallaron, jalonándose, entre 1818 y 1859<sup>23</sup>. Así, la lucha 'entre clases' se encendió en Chile *antes* de que emergiera el 'moderno' proletariado industrial, pero después que se iniciara la remodelación colonial.

#### IV

Con la Independencia, la modernización 'nórdica' llegó, primero, a los puertos. Fue un desembarco interminable de valores de cambio. Los archivos de Aduana se atiborraron de partidas de registro y pólizas de importación. Sobre las fragatas, sonrientes, capitanes mercantes y sobrecargos rubios, altos, pálidos, seguros de sí mismos. Y en el horizonte de la bahía, silenciosos, *the warships*, los barcos de guerra de Su Majestad Británica.

¡Era de nuevo el Gran Almirante, hundiendo su pie en la arena, alzando los pendones, baratijas y cañones de la segunda colonización?

La fascinación fue instantánea: los mercaderes criollos se agolparon en la playa. Y estalló la compra en masa. Vino la saturación del mercado, la caída de precios, la fuga del oro, la de la plata. Vino entonces la bancarrota de no pocos comerciantes locales, el contrabando, la corrupción de funcionarios, la crisis política, la guerra civil. Pero, por sobre "la anarquía", el encanto persistió. Insistentes, año tras año, el oro, la plata y el cobre cavarón y acomodaron sus circuitos (obviando las puruñas inútiles de la Casa de Moneda de Santiago) para más pronto abandonar el territorio. Sobre esos mismos cauces, la corriente importadora se acomodó tierra adentro. Solemnes, sin sobresaltos, sobre el puente anudado por tales circuitos, los mercaderes rubios desembarcaron y levantaron, sus *bungalows* en el barrio del Cerro, sus *stores* en el barrio del Puerto. Corteses y hospitalarios, pero débiles, los mercaderes criollos se reti-

<sup>22</sup> El movimiento "pipiolo" estuvo claramente constituido por un empresariado medio (clase media rural) de orientación social-productivista. Examinar los periódicos de la época y sus proyectos constitucionales.

<sup>23</sup> Sobre este punto, S. Grez. "Les mouvements d'ouvriers et d'artisans en milieu urbain au Chili au XIXème siècle (1818-1890)" (Thèse, EHSS, Paris, 1990), 2 vols.

raron mercado adentro. Allí, arrinconados contra el *hinterland*, convertidos en sempiternos "habilitadores", agarraron con fuerza el cinturón de haciendas, minas y fundiciones que dirigió sus lentos rieles y caminos, desde el trasfondo, hacia Huasco, Coquimbo, Valparaíso<sup>24</sup>.

La asociación mercantil y financiera entre los llegados de ogaño y los llegados de antaño surgió con naturalidad: pertenecían todos a la cofradía de los mares. La misma naturalidad, entonces, fusionó la remodelización (mercantil) hispanoamericana con la (industrial) modernización nórdica, procreando un mismo proceso conyugal de acumulación mercantil. Por la sedimentación de ese proceso se trasvasijó en Chile el tipo de empresariedad y el tipo de tecnología surgidos en Inglaterra con la Revolución Industrial. Y el mismo goce de la unión engendró una persistente ilusión desarrollista y modernizante, que aturdió por más de medio siglo a las generaciones portalianas, desde las nupcias de 1820 hasta el divorcio (crisis) de 1878, cuando menos.

Tan celebrada asociación y feliz aturdimiento ocultaron, para los involucrados y para muchos que no lo estaban, la faz destructiva de la nueva colonización. La retirada de los mercaderes criollos, por ejemplo, hacia gerencias puramente patronales de retaguardia, abandonando de modo decisivo el comercio exterior y la banca dura al comerciante extranjero<sup>25</sup>. O bien, la ofensiva final de la expoliación mercantil y financiera conjunta contra el empresariado productivo popular<sup>26</sup>. O bien: la creciente sustitución de la cultura hispánica, católica, productivista y corporativa por otra anglófila, librepensadora, especuladora y liberal. Y no fue poco importante el disimulado pero progresivo cobijamiento de la oligarquía chilena bajo el poder económico y operativo del Estado, mientras asignaba al extranjero —de hecho— la obra gruesa del trabajo empresarial en el 'mercado', amén del liderazgo en la modernización industrial y liberal del país.

Cuando, entre 1860 y 1878 y después, vino la crisis terminal de la economía y las remodelizaciones coloniales, la modernización industrial y liberal se tornó avasalladora. ¿Quién discutió el progreso contenido en la exhibicionista importación de máquinas y herramientas que las casas comerciales extranjeras inyectaban en todos los sectores económicos del país? ¿Quién desafió la excelencia de los medios de producción y los bienes de consumo extranjeros, la superioridad del extranjero, la atracción irresistible de las grandes y lejanas pero cultas capitales extranjeras? ¿Cómo no derrochar los recursos extraordinarios del salitre transformando el Estado nacional en la palanca maestra de la modernización industrial y liberal del país?

La vorágine modernizadora eclipsó y arrolló todo lo que, no siendo parte de ella, encontró a su paso: los colores locales, las modernizaciones locales,

<sup>24</sup> G. Salazar, "Entrepreneurs...", *loc. cit.*, pp. 112-166.

<sup>25</sup> J. Rector, "Merchants, Trade and Commercial Policy in Chile: 1810-40" (Ph. D. Thesis, Indiana University, 1976).

<sup>26</sup> Ver trabajos citados de este autor.

las crisis locales. Así, el derrumbe del empresariado popular, y su explosión consiguiente en miríadas de bandas peonales ambulatorias, no tuvo ni percepción ni concepto, ni intelectual ni político, pero sí los tuvo el miedo ocasionado por la transformación de aquéllas en incontrollables bandas de asaltantes y cuatrerros. Del mismo modo, la crisis de la vieja oligarquía mercantil criolla, arrinconada hasta el límite por su homóloga extranjera, y estallada en múltiples esquirlas de capitalismo barato (agiotismo, especulación con propiedades y renta urbanas, apropiación dolosa de tierras australes, autárquica profesionalización de la política, etc.), sólo se entendió, tardíamente, como una vaga, irresponsable y más bien literaria "decadencia, por crisis moral"<sup>27</sup>. Pero sobre todo, la vorágine modernizadora ocultó el vacío de poder que envilecía por dentro a la clase dirigente nacional: la ausencia en ella de un auténtico proyecto y liderazgo históricos para el país.

La modernización 'nórdica', comprada en masa por la vieja oligarquía colonial, se precipitó pesadamente sociedad abajo, a contrapelo de todo. Su profundización requirió a los estadistas endurecer, principalmente, las verticales del orden social. El autoritarismo se clavó entonces, por doquier, como bastón de caballero: desde el Estado hasta el campamento minero, desde el cuartel hasta la cocina de las sirvientes, desde la escuela y el púlpito hasta el lecho del amor, apaleando cada rincón hábil de la sociedad. Quebrando las remodelaciones coloniales —inclusive la oligárquico-mercantil—, y exprimiendo peones y más peones del comprimido empresariado popular. La modernización 'nórdica' se impuso en Chile a través del comercio (se ofrecía por dinero) y del autoritarismo mercantil (se vendió con ilustrada voz política de mando).

Decolorada la diversidad y policromía de las remodelaciones locales, se entretejió, por doquier, una tensa homogeneidad lejana: por abajo, procesos laborales mecanizados, fichas-salarios, trabajadores sin rostro ni familia, conventillos, mortalidad; por arriba, europeísmo en las calles y en el salón, idiomas rubios, decretos con voluntad de ley, ciclos monetarios ingobernables, parlamentarismo a toda prueba y, por sobre todo, miedo. Miedo político a la desestabilización del sistema moderno.

La "época de Balmaceda" fue la época cumbre del autoritarismo modernizante venido desde el norte. La época en que la oligarquía criolla, sucumbida ya su vieja hegemonía mercantil, se diluyó en la crisis de su ética empresarial, en la duda de su lealtad desnacionalizante, y en la falencia de su liderazgo histórico. La época en que esa dirigencia, alienada hasta el absurdo y abocada a una crisis estructural, prefirió luchar contra sí misma, en su incapacidad de hacerlo contra la modernización foránea. La época, en fin, en que el comerciante extranjero, dueño absoluto del progreso material del país, no halló más límite para su desarrollo que la propia crisis desatada en la sociedad por la

<sup>27</sup> El discurso de E. Mac-Iver sobre este problema concluyó por aceptarse como explicación oficial. Una visión más penetrante en L. Orrego Luco, *Casa Grande* (Santiago, 1908).

modernización que él mismo, mercantil y autoritariamente, había introducido en ella. Límite que, por paradoja, no podía ni pudo trasponer. Aquí, en lo local, su mítico poder foráneo se tornó frágil, y fracasó también<sup>28</sup>.

Era la crisis en la altura.

## V

Desde que inició la compra total de la modernización nórdica, la oligarquía mercantil criolla no perseveró en su afán colonial de automodernización. Su trabajo empresarial, ya claramente enrarecido en la "época de Balmaceda", sólo demostró iniciativa para incrementar sus compras de tecnología industrial foránea y, sobre todo, para consumir exacciones contra el capital (salitrero) del Estado<sup>29</sup>. El parlamentarismo liberal, adaptado para revitalizar la acumulación privada restando de la acumulación fiscal, se convirtió por décadas, para todo efecto histórico, en su verdadero 'mercado'.

Fue allí, en la composición autoritaria y en la descomposición parlamentaria de la modernizante empresarialidad mercantil criolla (ocurridas ambas alrededor de la "época de Balmaceda", y no en las "planificaciones globales" intentadas después de 1920 por las masas del Centro y la Izquierda políticos) donde se echaron las bases del estatismo en Chile<sup>30</sup>. En rigor, el intervencionismo mercantil en el Estado (a favor de la modernización liberal) fue el precedente que pavimentó el camino para el desarrollo posterior del intervencionismo económico desde el Estado (en contra de la crisis provocada por la modernización liberal).

Pero mientras la automodernización de la oligarquía mercantil criolla se detenía para dar paso a la compra de otra ajena, el empresariado productivo popular perseveraba todavía por otro medio siglo en el autonomismo productivo local y en el rechazo a la modernización desde fuera. Y esta perseverancia fue tanto más notable, habida consideración de las presiones que recayeron sobre él.

En efecto, la descarga modernizadora liberal cayó en vertical, a mediados del siglo XIX, sobre el proyecto de automodernización productiva que, a ras de tierra, desde comienzos del siglo XVIII o de antes, había estado tramando el empresariado popular. Habiendo sido, por demás, combatido y expoliado por los mercaderes coloniales desde su mismo comienzo, el frágil status doméstico y protoburgués de ese proyecto quedó sepultado a perpetuidad tras la dicha

<sup>28</sup> Acerca de la declinación de los inversionistas chilenos, T. O'Brien, *The Nitrate Industry and Chile's Crucial Transition (1870-1891)* (N. York, 1982). El fracaso del desarrollismo basado en el capital extranjero se observó, especialmente, en el período 1908-1930.

<sup>29</sup> Después de 1900 se institucionalizó entre los empresarios el viaje anual o bianual a Estados Unidos o Europa, para observar, estudiar y comprar los nuevos adelantos tecnológicos.

<sup>30</sup> Cotejar con los análisis realizados a este respecto por M. Góngora en su *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago, 1981).



descarga. Y no tuvo más responso que la condenación oficial de las autoridades, por su 'barbarie'. Así, de la línea ascendente de su laboriosa automodernización productiva, el empresariado popular cayó, a pesar suyo, en la (indigente) economía marginal de subsistencia. Las flechas empresariales que direccionaban su progreso fueron retorcidas en 180 grados, para apuntar a las rutas de la proletarización peonal. El labrador, el pirquinero y el artesano independientes fueron públicamente degradados, a vista y presencia del prestigio en alza del "mecánico extranjero" y del "peón a contrata"<sup>31</sup>.

Los grupos populares afectados, sin embargo, no escaparon a la crisis remontando hacia arriba la descarga que caía sobre ellos. Contrariamente a lo esperado —se esperaba una dócil proletarización peonal—, lo hicieron abriéndose en abanico por la horizontal, adheridos al plano corredizo del paisaje productivo. Eso significaba mantener las lealtades en línea con las continuidades históricas. Detrás de la predisposición colonial a la autonomía, pero delante de los emergentes aprestos de reivindicación y resistencia. En realidad, al recibir el impacto, los grupos populares reaccionaron aferrando su proyecto social-productivista, en un típico gesto de guerra defensiva (no lo sabían, pero estaban en retirada).

Es que, de algún modo, percibían que su perseverancia empresarial era sólo un gesto de identidad, no un proyecto de probabilidad. Pues, después de 1850, uno tras otro, los espacios e intersticios productivos del país comenzaron a ser sistemáticamente enganchados, política o económicamente, por la modernización importada. El despliegue lateral del empresariado popular en crisis ya no podía, en consecuencia, desenvolver su proyecto social-productivista en un sentido progresivo sino, tan sólo, reivindicativo. No como un proyecto empresarial de acumulación (por abajo), sino como una agitación social y política de *ideología* social-productivista. El tiempo en que fue posible tejer a mano sobre el suelo, relajadamente, diversas tramas productivas, y sobre éstas un modo social, cultural, comunitario y localista de convivir, había sido, al parecer irreversiblemente, enterrado.

De modo que, bajo la descarga modernizadora liberal, la clase popular respondió, como norma histórica, oponiendo cursos elusivos de acción: a) una defensa reivindicativa, en todos los frentes, de las "clases productoras"; b) una resistencia sabotadora frente a la proletarización mercantil y peonal autoritariamente ofrecida y, c) un desenvolvimiento puertas adentro de su autonomía social y política.

En esas condiciones, los diversos segmentos (o fragmentos) del movimiento popular iniciaron, cada cual a su modo, una larga marcha de medio siglo (1846-1925) a espaldas y contrapelo de la modernización liberal de las elites mercantiles. Ese movimiento, sin embargo, tenía que ser forzosamente ejecutado bajo una fuerte presión económica y extraeconómica, y no podía, de

<sup>31</sup> Revisar debates del Primer Congreso Libre de Agricultores de la República de Chile (Santiago, 1876).

consiguiente, desenvolver la autonomía popular en un sentido estrictamente empresarial. En realidad, sólo podía hacerlo en un sentido crecientemente político, puesto que, sobre este frente —al contrario del económico, donde ejercía su liderazgo el eficiente conglomerado extranjero— la crisis progresiva del Estado portaliano ofrecía una brecha ancha, que favorecía el tráfico reivindicativo de todos. Es por esto que, buscando dar continuidad al social-productivismo, el “bajo pueblo” se halló, a comienzos del siglo xx, luchando por el sociocratismo político.

Las ‘clases productoras’ tendieron a unirse. Sin importar su nivel y su categoría, los productores iniciaron la defensa de los procesos productivos frente a las expoliaciones —“agiotistas, despóticas y usureras”— de las elites mercantiles. Los artesanos fundaron sus logias y reclamaron protección para la clase industrial, rebaja arancelaria para la importación de las materias primas, creación de un banco estatal de fomento a la producción, ruptura del monopolio mercantil sobre el crédito, derogación de la ley de patentes que privilegiaba al extranjero, etc.<sup>32</sup> Algunos oligarcas con mentalidad productivista y sensibilidad intelectual percibieron también, desde el comienzo, los peligros inherentes a la modernización económica liberal. Uno de ellos escribía a mediados de la década de 1850:

“Para libertar a la industria de la tiranía del capital, no hai más recurso que la organización del crédito público, y la creación de un banco nacional que baje los intereses hasta un mñimum... esta es la reforma más oportuna, la que infaliblemente traerá la ruina de la usura y la nulidad de esa clase funesta que, sin producir nada, ha levantado su solio sobre los escombros y ruinas de la industria... En mi concepto, Chile está llamado a ser un país fabril e industrial...” (p. xv).

A juicio de este autor, el desarrollo del capital, por la vía del monopolio mercantil y la usura, estaba generando en el país “la desnivelación completa de la sociabilidad, que elevando al capital a mayor altura que el trabajo... no podía menos que levantar una clase explotadora, que se apropiase este mismo trabajo... elevando a una clase de la sociedad y anulando la otra hasta conducirla a la servidumbre” (p. 40). Todo ello con el agravante de que tal desnivelación se estaba expresando también en la estructura del poder político: “el trabajo lo hace el brazo del pobre y éste nunca se sienta en el banco de los legisladores, para que algunas leyes lo pusieran a cubierto de la opresión y el monopolio” (p. 66).

Tal desventaja consolidó y desarrolló hasta el límite el poder de las elites mercantiles:

“De aquí la aparición en este último siglo de una nueva aristocracia de especuladores y usureros, sometiendo toda industria a su acción mezquina y

<sup>32</sup> G. Salazar, “Empresariado industrial y liderazgo nacional en Chile. 1878-1938” (Informe de Investigación, CONICYT, 1989), vol. I.

opresora, y también a la tesorería nacional a la cabalística ciencia de un crédito público tal cual ellos lo comprenden... (así) la tasa de interés se ha sostenido invariablemente en una desproporción muy funesta con los productos de la industria" (p. 71).

En este contexto —declaró el autor citado—, "el capital es un rei; el trabajo, algo menos que un esclavo". El capital en sí era necesario e indispensable, pero "en la forma de usura que entre nosotros ha tomado, es estéril para toda industria" (pp. 100-101). ¿Quiénes eran los capitalistas usureros? ¿Sólo los chilenos? No tan sólo: "los extranjeros hacen el negocio de la usura aun en mayor escala que los del interior, y es por esto que se han uniformado tan completamente en anular toda institución de crédito... quedando pacíficos poseedores del derecho a estafar la sociedad entera, subiendo a su antojo los réditos" (p. 110).

¿Era sólo un problema derivado del monopolio financiero sobre el crédito? ¿O también derivaba del gran capital mercantil? La respuesta fue que la estructuración del comercio exterior era una causal emparentada y paralela, tanto o más destructiva que la usurera:

"Tal comercio nos degrada: se llevan nuestras ricas producciones, servimos de mercado a sus manufacturas... Jamás tendremos verdadera independencia si no podemos bastarnos a nosotros mismos... ¿Qué importa el que podamos comprar más barato del extranjero, si nuestra seguridad, nuestro amor propio, nuestro porvenir... quedan ligados a un comercio tan desigual... Ha llegado a ser una condición envidiable la de ser extranjero entre nosotros: no están sujetos a ningún servicio ni a ninguna contribución, sus cónsules y ministros reclaman contra todo lo que no les acomoda, y sus buques de guerra en nuestros puertos y sus amenazas de bloqueo son su derecho y su lei" (pp. 232-4).

El mal, como las tempestades, azotaba desde arriba. Era ancho, visible para todos, y afectaba a cada uno por igual. Y era por esto que —previno el autor— "la asociación del pueblo se acerca, ésta puede ser tácita o espresa, en la plaza pública a la voz de un orador que uniforme sus sentimientos y sus ideas, o en el aislamiento de la propia familia... la asociación de todas las fuerzas populares para reclamar contra los abusos de la usura y lanzar el mismo anatema contra los usureros que hoy gravita sobre los degradados y aborrecidos (está cerca)..." (pp. 108-9)<sup>33</sup>.

"No es extraño entonces que la movilización de los productores hubiese concluido por venir. Primero, desde 1846, a 1859, en forma abierta, subversiva,

<sup>33</sup> ¿Quién era este autor? ¿Acaso un marxista criollo madrugador, contemporáneo de K. Marx? No, era simplemente Pedro Félix Vicuña, empresario, productor y político chileno, de relevante actuación opositora a mediados del siglo XIX. Los textos citados son de su notable pero ignorado *El porvenir del hombre, o relación íntima entre la justa apreciación del trabajo y la democracia* (Valparaíso, 1858).

"contra el tirano"<sup>34</sup>. Movilización desenfocada y a la larga distorsionada por las elites políticas "girondinas" que, oportunistamente, intentaron sumergirse en ella, para, tras la relegación, escribir célebres testimonios a la posteridad, en los que sólo dejaron constancia de su propio discurso protagónico y de sus específicas rencillas interelitarias, sin referirse ni profundizar en el movimiento popular que, históricamente, generó y perdió ese proceso<sup>35</sup>.

Más allá de las derrotas a campo abierto experimentadas en el período indicado, la alianza de las 'clases productoras' logró sobrevivir. Sobre todo, como una asociación ("a veces tácita, a veces expresa") del pueblo trabajador. Como un proyecto histórico latente, o una mentalidad social de bajo fondo que se resistía a morir. Sobre esa extensa tosudez surgieron nuevas fórmulas políticas de oposición y nuevas orgánicas partidarias: primero el Partido Radical, luego el Partido Democrático y, más tarde, el Partido Obrero Socialista. Todos buscando acercarse a la fuente legitimadora, social-productivista, de su propia existencia. Todos, sin embargo, transando a la larga, de un modo u otro, con el sistema liberal (en parlamentarización continua) y en consecuencia alejándose de ella<sup>36</sup>.

También en esa extensa tosudez se inspiró la movilización de la primera clase obrera propiamente industrial (la de los "mecánicos") que, durante casi tres décadas, salió a la calle principalmente en orden a reclamar proteccionismo para la industria nacional (sobre todo metalmecánica), en perfecto acuerdo con las demandas planteadas por sus propios patrones desde la Sociedad de Fomento Fabril<sup>37</sup>. Sólo la crisis inflacionaria desencadenada a fines de siglo —iniciada con moderación en 1860 y acelerada irreversiblemente desde 1900— vino a quebrar esta peculiar "asociación" de productores, al lanzar a los trabajadores asalariados contra el empresariado industrial, y a éste contra aquéllos; inaugurando así la "moderna lucha de clases" y eclipsando, con ello, la contradicción 'colonial' entre productores en general y mercaderes en particular<sup>38</sup>. Socorrida en un momento crítico por la entrada en escena de esa nueva contradicción —lo que también ocurrió en la "época de Balmaceda"—, la oligarquía mercantil, usurera, cosmopolita y parlamentaria vio consumarse, delante de ella (o a sus pies) la división y antagonización de su principal enemigo: el movimiento social-productivista. El premoderno capitalismo mercantil se vio beneficiado, así, por el surgimiento de la moderna lucha de clases.

<sup>34</sup> Revisar los conocidos trabajos de B. Vicuña a este respecto, pero también el ya citado de S. Grez. Es iluminador el estudio de A. Yñiguez V. *Historia del período revolucionario en Chile: 1848-1851* (Santiago, 1906), especialmente pp. 430-55.

<sup>35</sup> Alusión, sobre todo, a los conocidos testimonios de F. Bilbao, S. Arcos y del propio B. Vicuña. Los testimonios de los artesanos a los jueces que los interrogaron denotan claramente la 'diferencia'. Ver archivos judiciales correspondientes.

<sup>36</sup> Revisar estatutos de los Partidos mencionados, sus actas de convenciones y cotejar el comportamiento de los sectores populares organizados. El desengaño fue un sentimiento constante en esos sectores.

<sup>37</sup> G. Salazar, "Entrepreneurs...", *loc. cit.*, pp. 581-588.

<sup>38</sup> *Ibidem*.

De modo que, ya en pleno siglo xx, la modernización liberal pudo llevar a término en el país, sin oposición notable, no el desarrollo del capitalismo industrial, sino la restauración (seudodemocrática) del preindustrial Estado liberal portaliano.

La defensa de la producción y de los productores no fue el único torrente de acción seguido por la clase popular frente a la modernización liberal. El desecho social masivamente generado por la crisis del empresariado productivo: el "peonaje vagabundo", hizo también lo suyo. Sólo que no en referencia al Estado, como los artesanos y los mineros, sino en proyección al territorio y la geografía. Por centenares de miles —constituyeron la mitad de la población activa del país—, los peones se hundieron en el polvo de los caminos, en el roquerío de los cerros, en los boquetes cordilleranos, en los valles de California, Patagonia, Atacama, Perú, Panamá, Australia. Yéndose y viniéndose, en un perpetuo deambular.

¿De qué escapaban? ¿Qué buscaban? ¿Qué querían?

Era evidente: escapaban de la crisis empresarial irremediable de sus padres, pero también de la proletarianización peonal (forzamiento, ficha-salario, campamento esclavista, azote o cepo, leva) que la modernización liberal desencadenaba sobre sus vidas. Buscaban —más que nada, en sus propias fantasías— un nuevo mundo para colonizar; o al menos un intersticio donde trabajar independientemente, fuera del alcance de la usura y la represión. O, por último, una oferta salarial civilizada y aceptable<sup>39</sup>. Para ellos, en el camino restaba aun una posibilidad. Podía ser sólo una esperanza vaga o un mito fabuloso, pero también —¿por qué no?— un destino todavía abierto. Por esto, para los poseedores de esa esperanza vaga, el 'contrato peonal' ofrecido por la decadente oligarquía patronal chilena de la segunda mitad del siglo xix, sólo tenía sentido como un medio para pernoctar a lo largo de su camino. Los propietarios de tales fantasías no necesitaban históricamente, pues, del llamado mundo real, puesto que éste se había hecho viejo ofertando sólo y la misma opresión destructiva. De modo que el peón "libre" (como lo llamaron los patrones en su Convención de 1875) podía —y pudo— darse el lujo de ser insolente con ese mundo real. Insolente con sus padres fracasados, con los mercaderes y jueces que habían hecho fracasar a sus padres, con los patrones que lo explotaban dondequiera que iba, con los sacerdotes que denunciaban sus amores, con los soldados y alguaciles que lo reclutaban, encarcelaban o azotaban. Insolente, en fin, con toda la vieja sociedad colonial y toda la nueva sociedad moderna y liberal.

La epopeya de las masas peonales chilenas del siglo xix, que escaparon en todas direcciones por delante de la arrasadora modernización liberal que les cayó encima, no ha sido aún escrita. No, cuando menos, desde su perspectiva. Se ha escrito sí, y mucho, de su comportamiento bárbaro, premoderno. De su

<sup>39</sup> El autor lleva actualmente a cabo una investigación específica acerca de la rebeldía peonal chilena del siglo xix.



insolencia ("roto alzado"). De su vagabundeo ("pat'e perro"). De su inmoralidad ("borracho, amancebado"). De su delictualidad ("cuatrero, asaltante, asesino"). De su furia guerrera. Pero no de su desesperado intento por mantener la autonomía social y económica de sus ancestros, ni de su resistencia a la proletarianización esclavizante que se le imponía; actitudes básicas que explican en gran medida sus repetidos "alzamientos en la faena", sus asaltos a minas y haciendas y su larga historia de indisciplina frente a las rígidas jerarquías de la segunda mitad del siglo XIX chileno. Así, orlando la lucha que los artesanos, mineros y obreros industriales daban por defender la producción, las masas peonales, desde el polvo de los caminos y los suburbios, lanzaron sobre los centros emergentes de la modernidad chilena su deserción insurreccional, su bárbara presión desestabilizadora<sup>40</sup>.

Hubo, pues, miedo. Miedo a esa involutiva rebeldía del bajo fondo social. Miedo, porque la guarnición policial no pudo proteger suficientemente las cúpulas de modernización liberal. Los robos, asaltos, saqueos y asesinatos se multiplicaron hasta niveles insoportables. Las huelgas rebasaron los marcos estructurales del conflicto y se derramaron sobre calles, plazas y ciudades completas, erigidas en franca revuelta popular. Tuvo que salir el Ejército a todas partes, presuroso, corriendo, en formación de batalla. Tuvo que desembarcar la marinería extranjera y poner orden en los puertos, en almacenes y bodegas. Los boquerones del casco liberal, que eran múltiples, abrían paso a la inundación desde abajo. Hubo que cerrar las brechas disparando. Hubo que "palomear" rotos. Masacrar. Y el movimiento popular tuvo que anotar sus efemérides rojas: 1890, 1903, 1905, 1906 y, sobre todo, 1907. Hacia 1910, el Ejército Nacional concluía, con éxito, su quinta pacificación social del "bajo pueblo". Debajo de la gloria militar consiguiente, la asociación social y productivista del pueblo —peones incluidos—, pareció rota y pisoteada, tal vez para siempre. El peonaje sintió en carne viva que, de cerca como de lejos, los caminos se cerraban. Que sus fantasías de nuevo mundo se desintegraban en el horizonte. Que había, pues, que desandar los derroteros. Remorder el polvo de los caminos. Volver. Cobijarse por millares en los albergues y conventillos del realismo moderno. Resignadamente, o alcohólicamente. Y aguardar el arribo de las ofertas proletarizantes, más amenazantes que inminentes, más premodernas que modernas. ¿Qué más cabía hacer?

¿Murió la autonomía de las bases populares tras la quinta pacificación social del bajo pueblo que, también, tuvo lugar en la "época de Balmaceda"?

No. No murió. No murió, pues aún restaba la activación de otro (aparentemente inmóvil) torrente autonomista: el constituido por los empresarios populares y trabajadores que, desde la década de 1830, habían desarrollado, puertas adentro entre sí mismos, la 'mutualización'.

El movimiento social popular es, en todas las épocas, ancho y diverso,

<sup>40</sup> Un examen desapasionado de las huelgas del período 1890-1910 muestra ese tipo de participación peonal en ellas.

abigarrado y heterogéneo. Y puede, en consecuencia, viajar acunado por uno u otro de sus múltiples torrentes. De modo que los recursos históricos que es capaz de poner en movimiento pueden ser más de los que logran contabilizar los que le observan con monóculos de epistemología simple. Así, tras la aplastante pacificación social rematada en la Escuela Santa María de Iquique, en 1907, el movimiento social-productivista chileno pudo, todavía, en pleno triunfalismo modernista, mover nuevas piezas y jaquear, de nuevo y desde otro flanco, los pies de barro del sistema liberal.

Las "sociedades mutuales" constituyeron, desde mediados del siglo XIX, centros de repliegue y reproducción para la (desplazada) autonomía empresarial del movimiento popular. Crisálidas donde esa autonomía se conservó, pero donde también realizó su metamorfosis. Cámaras de identidad profunda, hundidas en lo social, de refugio y experimentación histórica. Allí se mezclaron, refundiéndose, los antiguos y los nuevos elementos; donde rebotaron una vez y otra, con eco multiplicado, sucesos como, por ejemplo, la derechización de los partidos populistas, la crisis moral de la oligarquía criolla, la hegemonía de los extranjeros, el empantamiento de la industria, la división de la alianza productora, las pacificaciones sociales del Ejército, el saqueo de los bienes fiscales, la desesperación heroica del peonaje, los estragos de la inflación, las conferencias de Recabarren, los discursos de Belén de Sárraga, etc.

Las sociedades mutuales no fueron, sin duda, destacamentos de vanguardia de la emergente e industrial lucha de clases. Tampoco fueron gavillas alineadas en la guerra total del peonaje. Ni fueron orgánicas partidarias de gravitación estatista o parlamentarización populista. No estaban, qué duda cabe, en la primera línea de ninguno de los frentes visibles de la lucha. Pero sí operaron como núcleos de 'inteligencia' que, tanto en la vanguardia como en la retaguardia, archivaron, observaron, procesaron y reorientaron, *democráticamente*, la dirección histórica del movimiento. Constituyeron formas sociales de transición. Pero su trabajo, soterrado y lento, saltó a la evidencia entre 1917 y 1925, fase políticamente culminante del social-productivismo popular, y de finiquito para la "época de Balmaceda".

El mutualismo tuvo en Chile una vida larga de 100 años. Durante casi 90, su red de sociedades entrenó a sus socios —hombres, mujeres y niños de diversa condición— en la práctica cotidiana de una *democracia social de bases*. Es decir: en la recolección y administración de fondos propios, para problemas y soluciones propias. En la mantención y desenvolvimiento, si no de la autonomía productiva, cuando menos de la autonomía previsional, educacional, cultural y aun política de sus asociados<sup>41</sup>. La autonomía social, así centralizada y diversificada, concluyó por sustituir la declinante autonomía empresarial del pueblo productor; de la que, en el pasado, había sido una parte secundaria. De este modo, muchas décadas antes de que en Chile se comenzara

<sup>41</sup> Se necesita un estudio más sistemático a este respecto. El periodismo obrero del período 1912-26 avala lo dicho en el texto.

a hablar públicamente de democracia con ribete social (desde 1920), el mutualismo popular la practicaba, no como discurso sino como práctica cotidiana, puertas adentro. Como un autocultivo histórico, de proyección estratégica. Como un aprendizaje práctico de cómo ejercitar la soberanía popular.

Fue en esa crisálida de identidad profunda donde la autonomía empresarial del bajo pueblo productor, bloqueada en todos los frentes, se refugió, potenciando así 'lo social' en todas las direcciones de la historia. Donde, por ello mismo, dio vida a la fuente autóctona del socialismo en Chile.

Luis Emilio Recabarren, heredero y epítome de esa larga transmutación de autonomías, lo resumió así: "socialismo significa armar al pueblo de inteligencia para conquistar la felicidad"<sup>42</sup>. O sea, desarrollar en el pueblo las capacidades necesarias para ejercitar su soberanía popular. Así lo entendió también el poeta popular Álvaro Ortiz, cuando en 1913 conminó a los trabajadores:

*¡Ergúlos ya! Por más tiempo  
no continuéis de rodillas,  
pues no es bien que se prosterne  
quien tiene la soberanía*<sup>43</sup>.

Después de 1900, las sociedades mutuales ya habían instalado en sus asambleas de base 'la inteligencia' necesaria como para asimilar, discutir y reciclar los problemas globales de la sociedad nacional. Así lo revelan sus periódicos y boletines. Después de 1917, también estaban preparadas para ejercer, propositiva y directamente, su soberanía popular. Desde 1918, de hecho, comenzaron a operar como un Congreso Popular, paralelo al Congreso nacional, a quien enviaron repetidos proyectos de ley con 'obligación' de ser aprobados. Desde que el gobierno supuestamente populista de Arturo Alessandri Palma demostró su impotencia democrática y sus compromisos con la oligarquía liberal (1922-23), el movimiento popular transformó sus "centros de estudios sociales" en congresos Públicos de discusión permanente, e inició el debate acerca de cómo reforma el conjunto del Estado. Desde mediados de 1924, reclamó la convocatoria a una Asamblea Constituyente, exigiendo en ella la participación determinante y mayoritaria de sus delegados. En marzo de 1925, las bases populares se sintieron suficientemente preparadas como para autoerigirse en un autónoma Asamblea Constituyente de Trabajadores e Intelectuales, y, en consecuencia, aprobar —por primera y última vez en el siglo xx chileno— los principios que debían constituir el Estado nacional. En esos principios, las viejas ideas social-productivistas, unidas a las nuevas ideas acerca de la soberanía social-popular, quedaron nítidamente reflejadas<sup>44</sup>.

<sup>42</sup> Citado por C. Aranda & R. Canales, *Páginas literarias de los obreros socialistas. 1912-15* (Santiago, 1991), p. 5.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, p. 31.

<sup>44</sup> G. Salazar, "La Asamblea Constituyente de Trabajadores e Intelectuales de 1925", *Página abierta* 50 y 51 (1991), *passim*.

La autonomía popular, bloqueada en lo empresarial y en el mercado, se concentró en lo mutual, y desde aquí, políticamente (el mercado político fue menos bloqueado) se proyectó a la construcción social del Estado. Durante la "época de Balmaceda", pues, el movimiento popular, reciclando sus fracasos sin modificar la dirección autónoma de su proyecto, avanzó desde su frenada construcción de tejidos económicos y sociales hacia la construcción de los tejidos políticos superiores de la sociedad. A este avance acompañaron su paso, aunque en función de su propio tema, tanto el autonomismo reivindicativo del moderno proletariado industrial, como el marginal del premoderno peonaje suburbano.

Era la transición en la profundidad.

## VI

La modernización liberal, vendida a Chile por vía mercantil, cerró los caminos históricos de los viejos procesos 'coloniales' de automodernización y remodelización.

El movimiento popular, nacido y formado en el andar de esos caminos, perdió con ello la posibilidad (tradicional) de construir por sí mismo los tejidos económicos básicos de la nación. Después de esa pérdida, sólo pudo construir, aparentemente, sociedad marginal, o sociedad anómica. O bien, proletarizarse en las condiciones (peonales) que la oligarquía criolla, arrinconada y comprimida contra su respaldo propietario de haciendas, minas y oficinas estatales, sentía de su obligación imponerle.

La ancha y diversa gama de posibilidades empresariales que el bajo pueblo tuvo en su larga etapa colonizadora, fue así reducida hasta un mínimo: su propia identidad subjetiva e intersubjetiva. En torno a ésta, los grupos desplazados acometieron la reinstalación de su autonomía. Unos, intentando, a través de una coalición ideológica (residual) de clases productoras, desafiar el poder de las elites mercantiles. Otros, desertando de todo y luchando, desde los caminos y sus propios sueños, contra todo. Otros, en fin, replegándose en organizaciones de experimentación y autocultivo, para consolidar bases sólidas de reprojeción histórica.

La ancha empresarialidad autónoma del colonizador latino sufrió un drástico proceso reduccionista. Una suerte de embudo la atrapó, transmutándola en la elemental autonomía de 'lo social'. Pero lo social, sobrecargado de mundos en fase de repliegue, se potenció a sí mismo, históricamente, en proyección a todo. Devino así en un principio sociocrático, soberano, imponiendo la autonomía de lo social al absolutismo de lo político. Tras un siglo, surgió como proceso refundador del Estado, pero no desde el nivel estricto de la política pura, sino desde el bajo fondo autodemocratizado de la sociedad. Así se constituyó la fuente autóctona del socialismo en Chile.

El socialismo no 'apareció' sólo en la prédica agitativa de los artesanos y obreros 'modernos' contratados en Europa por el Estado, a ruego de la Sociedad

de Fomento Fabril y otras organizaciones patronales de fines del siglo XIX. No fue, históricamente hablando —como la modernidad industrial— un producto de importación. Surgió sí en la resaca de los arrasamientos mercantiles perpetrados en el paisaje productivo por la importada modernización industrial y liberal. Surgió, más específicamente, de la descomposición que barrenó la autonomía social-productivista y empresarial del bajo pueblo, y de su transformación posterior en nuevos tipos (sociopolíticos) de autonomía. La prédica de los “agitadores” europeos sólo añadió un mayor condimento teórico —más que nada, una jerga ideológica vinculada a la lucha de clases europea— a un movimiento local que ya había acumulado y procesado, en su democracia interior, sus propias experiencias y evidencias.

La “época de Balmaceda” demostró, pues, que la fuerza local del socialismo no provino tanto de una diametral y pura oposición *ideológica* al modernismo liberal (o al capitalismo moderno), sino, más bien, de la fuerza histórica que ése fue capaz de crear en las identidades productivas y sociales que trituró y/o desplazó. De este modo, la crisis en la altura condicionó la transición en la profundidad; es decir, el movimiento del bajo pueblo hacia el control político del Estado, y hacia el socialismo.

Es una cuestión a debatir o/y probar que la eliminación de la crisis en la altura es capaz de disolver ese tipo de transición en la profundidad. Pero esto no lo probó la “época de Balmaceda”.

## VII

La amnesia de los constituyentes liberales (designados) de 1925, que olvidaron constitucionalizar las demandas del movimiento social-productivista del país, bloquearon la empresarialidad política del movimiento popular. Es decir, anularon su capacidad para construir por sí mismo, legítima y soberanamente, tejido estatal.

Como en el siglo XIX, cuando las múltiples modernizaciones ‘nórdicas’ empujaron al empresariado popular hacia la marginalidad económica y la proletarianización peonal, así, después de 1925, las operaciones mancomunadas del Presidente Arturo Alessandri, del dictador Carlos Ibáñez y de sus respectivas cohortes estatales, empujaron al movimiento social del bajo pueblo a la marginalidad política y a la peonización cívica del ciudadano. La nueva posición no admitió, salvo por error o excepción, iniciativas de real autonomía o directa soberanía. Toda actitud ‘empresaria’ quedó bajo sospecha, mientras la actitud proletaria fue clientelísticamente demandada y parlamentariamente ensalzada. Por ello, la autonomía admisible sólo fue aquella de mera (y eventualmente radicalizada) *oposición ideológica* al sistema dominante, y de simple opcionalidad mutante frente a la galería de políticos en exhibición electoral.

Después de consumada la crisis comercial de 1930, aprobado el modernista e industrialista Código del Trabajo de 1931 y consolidada en 1932 la Consti-



tución liberal de 1925, una a una, todas las fuerzas sociales del país comulgaron con los artículos de fe de la modernización industrial importada. El consenso producido sacó el social-productivismo de su anidamiento 'social', y lo proyectó a lo 'nacional', transformándolo en una tarea monopolizada por el Estado. Se inició así la gran cruzada *política* del nacional-desarrollismo; la carrera consensual tras la modernización completa. La clase política pudo, al fin, combinar su fe liberal (privada) con la demanda nacionalista: surgió la CORFO, los partidos reformistas (desarrollistas), el empresariado de Estado y las revoluciones en modernidad.

Surgió también un convidado de piedra: la dependencia insoslayable del capital extranjero.

La crisis de 1954 y años siguientes desnudó el fracaso latente del nacional-desarrollismo y la ineficiencia de la clase política en orden a satisfacer las demandas nacionales de modernización para todos. Las masas populares, entrenadas sistemáticamente por décadas en un tipo peonal de participación política (comparsa callejera), y en la mera oposición ideológica al sistema dominante, respondieron a la frustración combinando lo que se les había enseñado después de 1932 con lo que ellas habían incorporado antes de esa fecha. Es decir: combinaron la rebelión ideológica total contra el sistema (revolución), con la construcción territorial de su autonomía (poder popular). Lo primero despertó en las elites su clásico miedo a las inestabilizaciones provocadas por el fondo convulso de la sociedad. Lo segundo, desconcertó y dividió ideológicamente a las elites políticas de la Izquierda modernizada.

Y de nada sirvió que la clase política, rápidamente, saltara del nacional-desarrollismo al nacional-populismo; es decir, que atentara, a nombre del bajo pueblo frustrado, contra las mismas bases capitalistas de la modernización liberal. Eso, sólo, acentuó la crisis y percutió la dictadura modernista.

Rindiendo pleitesía constante a la modernización liberal importada, la "época de Balmaceda" se deslizó, pues, entre dos procesos destructivos: uno, en sus inicios, y fue la destrucción de la autonomía empresarial de la clase popular; otro, en sus postrimerías, y fue la destrucción de la autonomía política del movimiento social popular. De allí surgió un doble peonaje —asociado a una utopía socialista de tipo peonal—, que no tuvo ante sí más escape histórico aparente que intentar un asalto formal contra el Estado desarrollista, sin más proyecto socialista tras de sí que el *traspaso a propiedad proletaria de la misma modernidad mercantilmente construida en Chile*.

La séptima pacificación social perpetrada desde 1973 por las Fuerzas Armadas puso término abrupto a esa (nueva y heroica) locura 'peonal'.

La presente "época de modernidad" —que las actuales elites planifican para algunos pero no para todos (ver supra)—, en consecuencia, se ha hecho finalmente cargo de la indeseable doble masa peonal, que, tras el paso de las épocas y las modernizaciones, pareciera no contar ya con ninguno de sus clásicos recursos históricos: ni con la autonomía, ni con el socialismo, ni siquiera con el populismo. ¿Es suficiente esto para que las elites pierdan su temor a la vida histórica que se agita en el bajo fondo de la sociedad moderna?

¿O para reproducir confiadamente, a este respecto, los episodios de amnesia política, como la registrada en 1925?

En cuanto al doble peonaje mismo —que no tiene otro refugio a mano que sus múltiples identidades subjetivas e intersubjetivas— no tiene época para sí, como no sea la que pueda construir por sí mismo sobre su propia identidad y sobre el reciclaje de su larga experiencia; entre otras, de la acumulada bajo la “época de Balmaceda”.

La Reina, diciembre de 1991

SECC. CHILENA  
ANEXO 1033